

EDGAR RICE BURROUGHS

LLANA DE GATHOL



Lectulandia

En Los hombres sintéticos de Marte, noveno libro de la serie de John Carter de Marte, el Señor de la Guerra, en compañía de Vor Daj, parte hacia las Grandes Marismas Toonolianas a la búsqueda de Ras Thavas, el Cerebro Supremo de Marte, único hombre cuya ciencia puede salvar a su princesa Dejah Thoris. El éxito que sonríe a su empresa pronto queda empañado al descubrir una amenaza creciente, que puede terminar con toda forma de vida en el planeta.

Edgar Rice Burroughs (1875-1950), es el gran clásico de la Ciencia-Ficción aventurera. Aunque es conocido fundamentalmente por la serie de Tarzán y sus innumerables adaptaciones cinematográficas, es creador de otros ciclos, como el de Pellucidar, que recrea una humanidad prehistórica en el centro de la Tierra, o el de Carson Napier, que se desarrolla en el Venus clásico de los bosques jurásicos y las princesas cautivas. Sin embargo, para el lector de Ciencia-Ficción, su creación más lograda es la serie de John Carter de Marte, que narra las aventuras de un caballero virginiano del siglo XIX en un Marte moribundo hecho para el combate y la aventura.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Llana de Gathol

Ciclo John Carter 10

ePUB v1.1

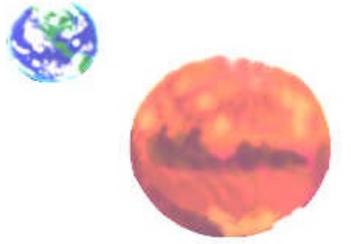
OZN 24.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Llana of Gathol*
Edgar Rice Burroughs, 1941.
Traducción: R. Goicoechea
Ilustraciones: Michael Whelan
Diseño/retoque portada: LaNane

Editor original: OZN (v1.0 a v1.1)
Corrección de erratas:
ePub base v2.0

PRÓLOGO



Lanikai es un barrio residencial con una playa, una oficina de correos y una tienda de embutidos. Se encuentra en la orilla de la isla de Oahu, bastante lejos de Marte.

Sus aguas son azules, bellas y calmadas en sus bosques de coral, y el viento que atraviesa sus abundantes cocoteros parece por la noche el murmullo de voces de espíritus de reyes y caciques que pensaban en sus tranquilas aguas mucho antes de que los capitanes de mar trajeran nuevas creencias. Recuerdos del pasado e imágenes vagas pasaban furtivamente por mi mente una noche en la que no podía dormir y me encontraba sentado bajo una palmera observando cómo los níveos cargueros del mar navegaban hacia la playa bajo la luz de la Luna. Vi a sus reyes gigantes de la vieja Hawai y a sus poderosos jefes, vestidos con casco y capa de plumas. Llegó Kamehameha, el gran conquistador, sobresaliendo entre ellos. Venía de la parte baja de Nwanu Pali, pasó sobre campos de cañas. El borde de su capa se enredó en la aguja de la iglesia y la hizo caer al suelo, caminó sobre tierra baja y lisa, y cuando levantó su pie, el agua de un lodazal llenó su huella, y allí hubo un lago.

Estaba muy interesado en la llegada de Kamehameha, el rey, porque siempre le había admirado, aunque nunca había esperado verle, puesto que había muerto hacía unos cien años más o menos y sus huesos estaban enterrados en un lugar sagrado y secreto que ningún hombre conoce. Sin embargo, no estaba en absoluto sorprendido de verle. Lo que me sorprendía era el hecho de que no estaba asombrado. Recuerdo especialmente esta reacción. También recuerdo que tenía la esperanza de que me viera y no me arrollara.

Mientras pensaba estas cosas, Kamehameha se paró frente a mí, me miró y dijo:

–Bien, bien, dormido en una bella noche como ésta. ¡Me sorprendes!

Cerré los ojos con fuerza y miré de nuevo. Allí, frente a mí, permanecía de pie un guerrero extrañamente ataviado pero no era el rey Kamehameha. A la luz de la luna los ojos a veces te juegan malas pasadas. Los cerré de nuevo, pero el guerrero no desaparecía. Entonces lo supe. Dando un salto, extendí mi mano.

–¡John Carter! – exclamé.

–Veamos -dijo-. ¿Dónde nos vimos por última vez? ¿En las aguas del Little Colorado o en Tarzana?

–En las aguas del Little Colorado en Arizona, creo -contesté yo-. Eso fue hace

mucho, nunca creí que volvería a verte. ¿Por qué has vuelto? Debe ser algo importante.

–Nada cósmicamente importante -dijo sonriendo-, pero importante para mí a pesar de todo. Quería verte.

–Aprecio eso -dije.

–Verás, tú eres el último de mis familiares en la Tierra a quien conozco personalmente. Cada cierto tiempo siento necesidad de verte y visitarte, y sólo después de largos intervalos soy capaz de satisfacer esa necesidad, como ahora. Cuando hayas muerto, y eso ocurrirá tarde o temprano, ya no tendré contactos con la Tierra, y no habrá por tanto razón para volver a los escenarios de mi antigua vida.

–Están mis hijos -le recordé-, siguen siendo parientes tuyos.

–Sí -aceptó-, lo sé; pero se asustarán de mí. Después de todo, los terrestres pueden considerarme algo así como un fantasma.

–No para mis hijos -le aseguré-. Te conocen tan bien como yo. Cuando yo ya no exista, ven a verlos de vez en cuando.

Él movió la cabeza.

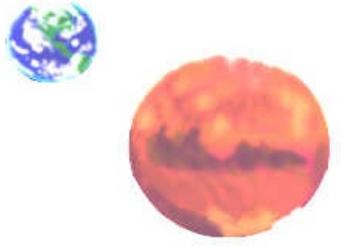
–Quizá lo haga -prometió a medias.

–Y ahora -dije-, cuéntame algo sobre ti, sobre Marte, sobre Dejah Thoris, sobre Carthoris y Thuvia y sobre Tara de Helium. ¡Vamos a ver! ¿Fue Gahan de Gathol, quien se casó con Tara de Helium?

–Sí -replicó el guerrero-. Fue Gahan de la ciudad libre de Gathol, y tuvieron una hija cuyo carácter y cuya belleza, como las de ellas, hizo que naciones enteras entablaran guerras. Quizás te gustaría oír la historia de Llana de Gathol.

Asentí, y ésta es la historia que él me contó aquella noche bajo los cocoteros de Oahu.

LA VIEJA MUERTE



I

No importa cuan instintivamente gregario pueda uno llegar a ser. Hay ocasiones en las que se desea la soledad. A mí me gusta la gente y estar con mi familia, con mis amigos, con mis soldados y, probablemente, por el mero hecho de ansiar compañía, también a veces ansío estar solo. Y es precisamente en esos momentos cuando puedo resolver mejor los enrevesados problemas de gobierno en tiempos de guerra o de paz. Es entonces cuando puedo meditar sobre los variados aspectos que acarrea una vida como la mía, y, por el mero hecho de ser humano, cometo muchas faltas, sobre las que debo reflexionar para poder tomar conciencia y tratar de corregirlas.

Cuando siento que esa extraña necesidad de soledad me invade, tengo por costumbre tomar una nave monoplaza y recorrer los lechos del mar muerto y otros pasajes deshabitados de este moribundo planeta; porque ciertamente ahí reina la soledad. Hay vastas zonas en Marte que jamás ha hollado el pie humano, y otras grandes áreas que durante miles de años sólo han conocido a los gigantescos hombres verdes, los errantes nómadas del desierto.

Algunas veces, estoy descansando fuera, durante semanas en estas gloriosas aventuras en solitario. Gracias a ellas conozco probablemente más de la geografía y topografía de Marte que cualquier hombre porque éstas y mis otras aventuradas excursiones por el planeta me han llevado desde el Mar Perdido de Korus, en el Valle del Dor en el helado sur a Okar, tierra de los hombres amarillos de negra barba del helado norte, y desde Kaol a Bantoom; y sin embargo, hay muchas partes de Barsoom que no he visitado, y que esto no te parezca tan extraño, pues considera el hecho de que, aunque el área de Marte es más o menos un cuarto del de nuestro planeta, su zona de tierra es casi dieciséis millones de kilómetros mayor. Eso se debe a que Barsoom carece de grandes masas de agua sobre su superficie; su océano mayor conocido es totalmente subterráneo, y creo que admitirás conmigo que ciento dieciséis millones de kilómetros cuadrados es demasiado territorio para conocerlo palmo a palmo. En la ocasión de la que estoy hablando volé hacia el noroeste de Helium, que se encuentra a 30 grados al sur del ecuador, el cual crucé más o menos a 3.000 kilómetros al este de Exus, el Greenwich Barsoomiano. Al norte y oeste de mi posición se extendía una vasta y apenas explorada región, y allí pensaba encontrar la absoluta soledad que tanto ansiaba.

Había colocado mi compás direccional hacia Horz, la ya hace tiempo abandonada ciudad de la antigua cultura Barsoomiana y volado a ciento cincuenta kilómetros por hora a una altitud que oscilaba entre los quinientos y mil pies. Había visto algunos hombres verdes al noreste de Torquas y me había visto forzado a escapar de sus disparos a los que no contesté ya que no buscaba aventuras, y había cruzado dos franjas gemelas de tierra de cultivo marciana rodeadas de los canales que traen las

ricas aguas procedentes del deshielo de las gélidas aguas de los polos. Más tarde, no vi ningún signo de vida humana en los diez mil kilómetros que median entre Helium Menor y Horz.

Siempre me ha parecido un tanto triste mirar desde las alturas un planeta moribundo, apreciar las ilimitadas extensiones de vegetación ocre y mohosa que cubren vastas extensiones donde una vez existieron grandes océanos en un Marte más joven, y pensar que justo debajo mío cruzaron una vez orgullosas flotas y barcos mercantes de una docena de ricas y poderosas naciones, donde se extiende una seca soledad cuyo silencio sólo es roto por los rugidos del depredador, y los gritos agonizantes de la presa.

Por la noche dormía, seguro de que mi compás direccional trazaría la dirección correcta hacia Horz y siempre a la altitud a la que lo había dispuesto, mil pies, no sobre el nivel del mar sino sobre el del terreno que sobrevolaba la nave. Estos sorprendentes y pequeños instrumentos se pueden apuntar hacia cualquier punto de Barsoom, y a cualquier altura sobre el objetivo; El piloto de una nave equipada con uno de estos compases direccionales no tiene ni que permanecer despierto, y así viajar día y noche sin peligro.

Fue al anochecer del tercer día cuando avisté las torres de la antigua Horz. La parte mas vieja de la ciudad se encuentra en el borde de una vasta llanura; Las zonas nuevas, de incontables milenios de antigüedad, están dispuestas en forma de tenazas sobre el terreno de un gran golfo, que marca la línea hasta donde llegaba el ya desaparecido mar. Las pobres y desgastadas estructuras de una agonizante raza habían desaparecido o se habían convertido en ruinas deformes con el tiempo. Pero las espléndidas construcciones primitivas permanecían todavía en el borde de la llanura, mudos pero elocuentes recordatorios de su desaparecida grandeza, perennes monumentos a la raza de piel blanca y rubios cabellos extinguida para siempre.

Siempre me han interesado estas ciudades desiertas del Marte antiguo. Poco se sabe de sus habitantes, únicamente lo que puede extraerse de las historias narradas en los relieves que decoran los exteriores de muchos edificios públicos así como de los pocos murales que han soportado el paso del tiempo y el vandalismo de las hordas verdes que han deteriorado muchos de ellos. La extremadamente escasa humedad ha ayudado a la conservación, pero sobre todo se ha debido a la consistencia de su construcción. Estas magníficas edificaciones fueron construidas no para que perduraran años, sino en eternidades. Los secretos de sus morteros, sus cementos, y sus pigmentos se han perdido hace mucho; y durante largo tiempo, mucho después de que la última vida desaparezca de la faz de Barsoom, sus obras perdurarán elevándose hacia el espacio durante toda una eternidad sobre un planeta muerto y frío donde no existan ojos para observarlos y sensibilidad para apreciarlos. Su contemplación es triste.

Al fin estaba sobre Horz. Hace tiempo me había prometido a mí mismo que algún día debía viajar hasta allí porque ésta es quizá la más antigua y grande de las ciudades muertas de Barsoom. La abundancia de agua hizo posible su construcción y su falta provocó su muerte. A menudo me pregunto si la gente de la Tierra, que dispone de agua en abundancia, realmente aprecia su valor. Me pregunto si los habitantes de Nueva York se dan cuenta de lo que significaría para ellos si algún enemigo estableciendo una base aérea sobre puntos clave de la principal ciudad del nuevo mundo, bombardeara y destruyera certeramente el sistema de aguas de Croton Dam y las Catskill. Las carreteras y autopistas se llenarían de refugiados, morirían millones de personas y durante años, o quizás para siempre, Nueva York, sería una ciudad muerta.

Mientras flotaba perezosamente sobre la abandonada ciudad vi figuras moviéndose en una plaza que tenía debajo.

¡Así que Horz no estaba completamente desierta! Mi curiosidad aumentó; descendí un poco, y lo que vi borró los pensamientos de soledad de mi mente: un solitario hombre rojo se veía acosado por media docena de fieros guerreros verdes.

No buscaba aventuras, pero allí estaban, y ningún hombre digno de sus armas abandonaría a alguien de su raza en un caso tan extremo. Vi un lugar donde me era posible aterrizar, en una plaza cercana, y rogando para que los hombres verdes estuvieran demasiado ocupados con su acción para notar mi presencia, me dirigí rápida y silenciosamente hacia el lugar de mi aterrizaje.

II

Afortunadamente tomé tierra sin ser visto, oculto por una gran torre que se elevaba junto a la plaza que había elegido. Había observado que luchaban con espadas largas, así que desenfundé la mía mientras corría hacia donde tenía lugar la desigualdad pelea. El que el hombre rojo resistiera tan sólo unos instantes ante tal desventaja era una muestra de su habilidad con la espada, y esperaba que aguantase hasta que yo llegara; porque entonces tendría al mejor espadachín de todo Barsoom para ayudarlo y la espada que había dado cuenta de miles de enemigos a lo largo y ancho de un mundo.

Encontré el camino desde la plaza en la que había aterrizado, pero sólo para verme frenado por una pared de quince metros en la que no se apreciaba abertura alguna. Indudablemente había una, lo sabía, pero mientras perdía tiempo en encontrarla mi hombre sería asesinado fácilmente.

El entrechocar de espadas, las imprecaciones, y los gruñidos de los combatientes me llegaban nítidamente desde el otro lado del muro que cortaba el paso.

Podía oír incluso la pesada respiración de los luchadores. Oí cómo los hombres verdes exigían la rendición de su adversario, y la desafiante respuesta de éste. Me gustó lo que dijo y la manera en que lo expresó, justo en la cara de la muerte. Mi conocimiento del comportamiento de los hombres verdes me aseguró que intentarían su captura con propósitos de torturarlo mejor que matarlo al instante, pero si iba a salvarlo de tal destino tenía que actuar con rapidez.

Sólo había una manera de llegar hasta él, sin perder tiempo, y esa manera era practicable para mí gracias a la menor fuerza de gravedad de Marte y a mi gran fuerza y agilidad adquiridas en la Tierra. Simplemente saltaría espada larga en mano para colocarme junto al hombre rojo.

Cuando me lo propongo, soy capaz de saltar alturas increíbles. Quince metros no son nada para mí, pero esta vez calculé mal. Me encontraba a varios metros de la pared cuando tomé una corta carrerilla y salté. En lugar de caer en la parte superior del muro, como había planeado, la rebasé por completo pasando a unos cinco metros de altura sobre mi supuesto lugar de caída.

Debajo mío se hallaban los combatientes y aparentemente iba a aterrizar justo entre ellos. Estaban tan ocupados manejando sus espadas que no notaron mi presencia, por suerte para mí, ya que uno de los hombres verdes podría fácilmente haberme atravesado con su espada cuando caía.

El hombre a quien deseaba socorrer se veía duramente presionado. Resultaba evidente que los hombres verdes habían desechado la idea de capturarlo e intentaban acabar con él, atravesándole con las espadas, cuando de pronto aparecí yo. Por una casualidad caí justamente sobre la espalda del hombre que iba a acabar con el

guerrero rojo, y además caí con la punta de mi acero precediendo a mi cuerpo. Se le clavó en el hombro izquierdo y le atravesó hasta el corazón. Incluso antes de que cayera ya había plantado yo mis pies sobre sus hombros y tirando hacia arriba, desclavando mi espada de su espalda.

Durante un momento, mi súbita llegada les hizo descuidar su guardia, y en ese momento salté al lado del hombre rojo y afronté a sus restantes enemigos con mi espada manchada de la roja sangre del verde guerrero.

El hombre rojo me lanzó una rápida mirada, y al instante los hombres verdes que quedaban cayeron sobre nosotros. No hubo tiempo para pronunciar una sola palabra.

Uno de ellos lanzó una estocada hacia mí y falló. ¡Buen espadazo! Si hubiera acertado, tendría menos cabeza que un rykor. Fue una desgracia para él haber fallado, pues yo no lo hice. Corté horizontalmente con toda mi fuerza terrestre, que es grande en la Tierra e infinitamente mayor en Marte, su enorme cabeza. Mi espada larga, con un filo tan agudo como una cuchilla y de un acero que sólo Barsoom puede producir, pasó de lado a lado a través del cuerpo de mi antagonista, cortándole en dos partes.

–¡Bien hecho! – exclamó el hombre rojo, y de nuevo me inspeccionó con una rápida ojeada.

Con el rabillo del ojo atrapé una imagen momentánea de mi desconocido camarada, y en él vi a un experto espadachín. Me sentía orgulloso de pelear al lado de tal hombre. Para entonces habíamos reducido el número de nuestros antagonistas a tres. Retrocedieron unos pasos bajando sus espadas para tomarse un respiro. Yo ni necesitaba ni deseaba tomarme un descanso, pero observando a mi compañero vi que estaba exhausto; así que bajé mi espada yo también y esperé.

Fue entonces cuando pude fijarme bien en el hombre a quien había ayudado; y me llevé también una sorpresa: no era un hombre rojo, sino blanco, si es que alguna vez he visto alguno. Su piel estaba bronceada debido a su exposición al sol, como la mía, y eso al principio me confundió. Pero ahora veía que no tenía nada de marciano rojo. Sus correajes, sus armas, todo en él era diferente a lo que yo había visto en Marte.

Llevaba la cabeza cubierta, y eso es bastante raro en Barsoom. Su casco consistía en una banda de cuero que le recorría la cabeza de derecha a izquierda y una segunda que iba de la cara hasta la nuca. Estas bandas estaban detalladamente ornamentadas con bordados y joyas con metales preciosos. En el centro de la pieza que cruzaba su frente había añadido un macizo pedazo de oro con forma de cabeza de lanza con la punta hacia arriba, bellamente tallado y llevaba un extraño dispositivo rojo y negro.

Entre los atavíos de su cabeza se distinguía una melena de pelo rubio, cosa aún más sorprendente de ver en Marte. Al principio llegué a la conclusión de que debía ser un thern de las lejanas tierras polares; pero descarté ese pensamiento una vez que pude darme cuenta de que el pelo era suyo. Los thern son completamente calvos y llevan grandes pelucas amarillas.

También observé que mi compañero era extremadamente apuesto, por no decir bello de no ser por la feminidad que dicha palabra conlleva, y no había nada femenino en la forma de luchar de aquel hombre o en los fuertes juramentos que profería cuando le dirigía la palabra a un adversario. Nosotros, los guerreros, no somos muy dados a charlar, pero cuando sientes que tu sable parte un cráneo en dos pedazos o se hunde en el corazón de un enemigo entonces, algunas veces, no puedes evitar un juramento en tus labios.

Pero tenía poco tiempo para alabar a mi acompañante porque nuestros tres enemigos nos encimaban de nuevo. Supongo que luché ese día como siempre he luchado, tan bien como lo hice en esa ocasión. No presumo de mi habilidad en el combate, porque me parece que mi espada es inspirada por otra mente ajena a mí; ningún hombre podría pensar tan deprisa como se mueve mi acero, siempre al punto exacto y al tiempo exacto, como anticipándose al próximo movimiento de un adversario. Forma una red de metal a mi alrededor que pocos hombres han atravesado. Llena los ojos del enemigo de desconcierto, de dudas su mente y de miedo su corazón. Me imaginé que gran parte de mi triunfo se debe al efecto psicológico que mi esgrima ejerce sobre mis antagonistas.

Al mismo tiempo mi compañero y yo acabamos con sendos adversarios, y el guerrero que quedaba optó por huir.

–¡No le dejes escapar! – gritó mi camarada de armas mientras saltaba en su persecución al mismo que pedía ayuda en voz alta, algo que no había hecho cuando había estado tan cerca de la muerte ante las seis puntas de seis espadas.

Pero... ¿quién esperaba que respondiese a su llamada en esa ciudad muerta y desierta?, ¿por qué pedía ayuda cuando el último de sus enemigos huía desesperadamente? Yo estaba hecho un lío, pero una vez inmerso en aquella extraña aventura creí que lo menos que podía hacer era llegar a su final, así que yo también salí en persecución del fugitivo hombre verde.

Cruzó el solar donde habíamos luchado y se metió por un camino que describía un gran arco y que le condujo a una ancha avenida. Le seguía de cerca, sin perderle de vista a él ni al guerrero verde. Entré en la avenida donde vi por lo menos un centenar de guerreros que salían de un edificio cercano. Eran hombres blancos y de rubios cabellos y vestían como mi combativo compañero, a quien se unían en persecución del hombre verde. Iban armados con arcos y flechas; enviaron una andanada de proyectiles tras el fugitivo enemigo a quien no podían dar caza quedando pronto fuera del alcance de sus armas.

El espíritu de aventura es tan fuerte en mí que a menudo me dejo llevar por él, a pesar de los dictados de mi sentido común. Aquella situación no era asunto mío; había hecho ya todo, e incluso más de lo que podría esperarse de mí, y sin embargo salté a espaldas de uno de los thoats que quedaban y salí en persecución del guerrero

verde.

III

Hay dos especies de thoats en Marte: el pequeño; una raza comparativamente dócil, empleada por los marcianos rojos que bordean los grandes canales de irrigación; y las grandes e indomables bestias que los guerreros verdes usan exclusivamente como cabalgaduras de guerra.

Estas criaturas miden cinco metros de altura hasta el hombro, tienen cuatro patas a cada lado y una cola ancha y aplanada, más grande en su extremo que en su nacimiento, que llevan erecta horizontalmente mientras corren. Sus bostezantes bocas dividen sus cabezas desde el hocico hasta el largo y macizo cuello. Sus cuerpos, cuya parte superior es de un color pizarra oscuro y extremadamente lisa y brillante, están completamente desprovistos de pelo. Sus vientres son blancos y sus patas pasan gradualmente del color pizarra de sus cuerpos a un amarillo vivo en los pies, que están abundantemente acolchados y sin uñas.

El thout del hombre verde tiene la más abominable tendencia de todas las criaturas que he visto, sin exceptuar a los propios hombres verdes. Pelean continuamente entre ellos y pobre del jinete que pierda el control de su terrible montura; sin embargo, y aunque pueda parecer paradójico, se les monta sin riendas o bridas y sólo se les controla por medios telepáticos, lo cual, para mi fortuna, aprendí hace años cuando era prisionero de Lorquas Ptomel, jed de los tharcanos, una horda de marcianos verdes.

La bestia a cuya espalda iba montado era un demonio salvaje, creo que sentía aversión por mí, probablemente a causa mi olor. Intentó desmontarme, y al no conseguirlo echó hacia atrás sus enormes y abiertas fauces en un esfuerzo por agarrarme.

Hay, debo mencionar, un método auxiliar de control para cuando estas horribles bestias se ponen insoportables; que adopté en alguna ocasión, ganándome, con muy mala gana por su parte, la aprobación de los fieros tharks verdes, por controlar los thoats utilizando la paciencia y el cariño. Pero en aquellos momentos tenía poco tiempo para practicar esos sistemas ya que mi enemigo corría presuroso a través de la ancha avenida que conducía a las antiguas puertas de Horz y a los vastos fondos del mar muerto que quedaban más allá. De modo que me puse a golpear con fuerza la cabeza y el morro de la bestia con la empuñadura de mi espada hasta que la hice entrar en razón; entonces obedeció mis órdenes telepáticas, y salimos en su persecución a gran velocidad.

Era un thout muy rápido, de los más rápidos que había conducido, y además llevaba menos peso que la bestia a la que queríamos alcanzar, así que pronto redujimos la distancia que me separaba del huidizo hombre verde.

Le alcanzamos en el mismo borde de la llanura sobre la que se construyó la

ciudad; allí paró, giró su montura y se aprestó para la batalla. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de la maravillosa inteligencia de mi cabalgadura: casi sin que yo le dirigiera, se situó en la posición correcta para darme ventaja en el salvaje duelo, y cuando al cabo yo había conseguido una clara superioridad en la lucha, casi desmontando a mi rival, mi thout se lanzó como un diablo enloquecido hacia la cabalgadura del guerrero verde, mordiéndole el cuello con sus poderosas mandíbulas mientras intentaba hacerla caer de rodillas con el peso de su salvaje asalto.

En ese momento fue cuando di el golpe de gracia a mi abatido y sangriento adversario, y, dejándole donde había caído, regresé para recibir los aplausos y los parabienes de mis nuevos amigos.

Rondarían la centena, y estaban esperándome en lo que en apariencia había sido una vez un mercado de la milenaria ciudad de Horz. No sonreían; parecían tristes y, mientras desmontaba, se congregaron a mi alrededor.

–¿Ha escapado el hombre verde? – preguntó uno de ellos, cuyos adornos y metales lo acreditaban como jefe.

–No -respondí-, está muerto.

Una gran exclamación de alivio salió de un centenar de gargantas. No comprendía porqué sentían tanto consuelo porque un simple hombre verde hubiera muerto.

Me dieron las gracias, formando un corro a mi alrededor mientras lo hacían, y sin embargo estaban serios y tristes. De repente, me di cuenta de que aquellas personas no eran amistosas, lo supe instintivamente, pero demasiado tarde. Se apretaban contra mí desde todos los lados de manera que no pudiera levantar ni siquiera un brazo y después, a una voz de su jefe, fui desarmado.

–¿Qué significa esto? – pregunté-. Por mi propia voluntad ayudé a uno de los vuestros que de otra manera habría sido asesinado. ¿Así me lo agradecéis? Devolvedme mis armas y dejadme marchar.

–Lo siento -dijo el que había hablado al principio-, pero no podemos hacer otra cosa. Pan Dan Chee, a quien ayudaste, ha implorado para que te permitiéramos seguir tu camino, pero esa no es la ley de Horz. Debo llevarte ante Ho Ran Kim, el gran jeddak de Horz. Allí todos suplicaremos por ti, pero nuestras súplicas no tendrán valor. Al final serás destruido. La seguridad de Horz es más importante que la vida de cualquier hombre.

–¡No estoy amenazando la seguridad de Horz! – repliqué-. ¿Porqué iba yo a ser un peligro para una ciudad muerta, que por otro lado carece absolutamente de importancia para el imperio de Helium, al servicio de cuyo jeddak, Tardors Mors ostento los correaes de un guerrero?

–Lo siento -se lamentó Pan Dan Chee, que se había abierto paso a empujones entre los opresivos guerreros para llegar junto a mí-; te llamé cuando montaste el thout y saliste en persecución del guerrero verde y te dije que no volvieras, pero

evidentemente no me oíste. Por ello tal vez muera, pero moriré orgulloso. Intenté persuadir a Lon Sohn Wen, quien capitanea este utan, de que te dejara escapar, pero fue en vano. Intercederé por ti ante Ho Ran Kim, el jeddak, pero me temo que no hay esperanza.

–¡Ven! – dijo Lon Sohn Weng-. Ya hemos perdido bastante tiempo aquí. Llevaremos al prisionero a presencia del jeddak. A propósito ¿cuál es tu nombre?

–Soy John Carter, príncipe de Helium y guerrero de Barsoom -respondí.

–Un orgulloso título, ese último -dijo-, pero nunca he oído hablar de Helium.

–Si aquí se me infringe daño alguno -contesté-, oirás hablar de Helium, si Helium lo averigua.

Fui escoltado a través de magníficas avenidas flanqueadas por bellos edificios a pesar de su deterioro. Creo que nunca he visto una arquitectura tan hermosa, ni construcciones tan perdurables. No sabía la antigüedad de aquellos edificios, pero había oído a los sabios marcianos decir que la raza dominante, los hombres de piel blanca y pelo amarillo, floreció plenamente hará cosa de un millón de años. Parecía increíble que sus obras existieran todavía, pero en Marte hay muchas cosas increíbles para el escéptico hombre de nuestra querida bola de polvo.

Por fin nos detuvimos frente a una pequeña puerta abierta en un colosal edificio con apariencia de fortaleza. No había más entrada que esa, por debajo de los setenta metros de altura a partir del suelo, donde había un balcón desde el que nos observaba un centinela.

–¿Quién viene? – preguntó de modo autoritario, aunque sin duda podía ver quiénes éramos y debía haber reconocido a Lon Shon Weng.

–Soy Lon Shon Weng, dwar al mando del primer utan de la guardia del jeddak, traigo un prisionero -respondió Lon Shon Weng.

El centinela pareció enfurecerse.

–Tengo órdenes de no admitir extranjeros -dijo-, y de matarlos inmediatamente.

–Llama al comandante de la guardia -ordenó Lon Shon Weng.

Al instante un oficial apareció en el balcón del centinela.

–¿Qué es esto? – dijo-. ¡Nunca se ha traído ningún prisionero!

–Esto es una emergencia -contestó Lon Son Weng-. Debo llevar a este hombre a presencia del propio Ho Ran Kim. ¡Abrid la puerta!

–Solamente si Ho Ran Kim lo ordena -repuso el comandante de la guardia.

–Entonces ve y obten la orden -dijo Lon Sohn Weng-. Di al jeddak que tenga la bondad de recibirnos cuanto antes a mí y a mi prisionero. Éste no es como los otros prisioneros que han caído en nuestras manos anteriormente.

El oficial penetró en la fortaleza, estuvo ausente durante unos quince minutos y, finalmente, la pequeña puerta se abrió y el propio comandante de la guardia les hizo pasar.

–El jeddak os recibirá -le dijo al uwar Lon Shon Weng.

La fortaleza era un enorme recinto amurallado en el interior de la ciudad de Horz. Evidentemente era prácticamente inexpugnable a cualquier ataque, a excepción de uno aéreo. En su interior había agradables avenidas, casas, jardines y tiendas. Gente alegre y ociosa se detenía para observarme con asombro mientras era conducido a través de un ancho bulevar que desembocaba ante un bello edificio. Era el palacio del jeddak Ho Ran Kim. A cada lado del portalón había sendos centinelas, sin un cuerpo de guardia aparente, y estos dos parecían más bien producto de una formalidad o mensajeros que una medida de protección, porque una vez en el interior de las murallas de la fortaleza ningún hombre necesitaba la protección de otro; como yo ya empezaba a averiguar.

Nos detuvimos en una antesala durante unos minutos mientras éramos anunciados. Después fuimos guiados a través de un largo pasillo hasta una sala de tamaño medio donde un hombre, solo, se hallaba sentado tras una mesa. Era Ho Ran Kim, jeddak de Horz. Su piel no estaba tan bronceada como la de sus guerreros, pero sus cabellos eran tan amarillos y sus ojos tan azules como los de estos.

–Esto es muy poco usual -dijo con voz pausada y bien modulada-. Sabes que otros horzanos han muerto por menos que esto, ¿verdad?

–Lo sé, mi jeddak -respondió el dwar-, pero ésta es una emergencia poco corriente.

–Explícate -dijo el Jeddak.

–Déjame explicarme a mí -interrumpió Pan Dan Chee-, pues después de todo la responsabilidad es mía. Yo le supliqué a Lon Shon Weng que se hiciera esto.

El Jeddak movió la cabeza.

–Habla -dijo.

IV

No acertaba a comprender el motivo por el que armaban todo ese tinglado por traer a un simple prisionero, ni porqué había hombres que habían muerto por menos, como Ho Ran Kim había recordado a Lon Shon Weng. En Helium un guerrero habría recibido al menos elogios por traer un prisionero. Por traer a John Carter, Señor de la Guerra de Marte, un simple soldado se vería fácilmente ennoblecido por un príncipe enemigo.

–Mi Jeddak -comenzó Pan Dan Chee-, cuando me veía amenazado por seis guerreros verdes, este hombre, quien dice ser conocido como John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, llegó voluntariamente a combatir a mi lado. Ignoro de dónde vino, lo único que sé es que en un determinado momento luchaba solo, una lucha desesperada, y que un momento después luchaba junto a mí el más grande guerrero que Horz jamás ha visto. Si no lo hubiera deseado, no habría participado en la lucha y habría partido hacia cualquier lugar; pero no lo hizo así, y, mientras yo estoy vivo, seis guerreros verdes yacen muertos frente a la antigua fuente. Uno pudo haber escapado, pero John Carter saltó a la grupa de un zoot y le dio caza.

»Más tarde, pudo no haber regresado, y sin embargo lo hizo. Luchó por un guerrero de Horz. Confió en los hombres de Horz... ¿Y éste es nuestro pago?

Pan Dan Chee, dejó de hablar, y Ho Ran Kim posó sus azules ojos sobre mí.

–John Carter -dijo-. Lo que has hecho merece el respeto y las simpatías de cualquier hombre de Horz y el agradecimiento de su Jeddak, pero... -añadió, dudando-, tal vez si te cuento algo de nuestra historia, comprenderás porqué debo condenarte a muerte -hizo pausa durante un momento, como si meditara.

En esos instantes, yo me sentía un tanto anonadado. La indiferencia con la que Ho Ran Kim me había sentenciado a muerte casi me había cortado el aliento. Parecía un hombre tan amistoso, que parecía imposible que sintiera alguna hostilidad hacia mí, pero una mirada en sus fríos ojos azules me demostró que no bromeaba en absoluto.

–Estoy seguro -dije- que la historia de Horz, debe ser sumamente interesante, pero en este momento estoy más interesado en saber por qué debo morir por ayudar a un guerrero de Horz.

–Te explicaré eso -dijo.

–Vas a necesitar una explicación muy convincente, majestad -aseguré.

No puso atención a mis palabras, sino que continuó hablando:

–Los habitantes de Horz son, que nosotros sepamos, el último reducto existente de la, en otro tiempo, raza dominante de Barsoom, los orovars. Hace un millón de años nuestras naves recorrían los cinco grandes océanos, los cuales dominábamos. La ciudad de Horz no fue sólo la capital de un gran imperio sino también la base de la sabiduría y cultura de la raza más gloriosa que los seres humanos de cualquier mundo

han conocido. Nuestro imperio se extendió de polo a polo. Había otras razas en Barsoom, pero eran pocas en número y carentes de importancia. Las considerábamos como criaturas inferiores. Los orovars éramos los dueños de Barsoom, que estaba dividido entre un conjunto de poderosos jeddaks. Eran gente próspera, feliz y prudente. Las diferentes naciones rara vez peleaban entre sí. Horz disfrutó de miles de años de paz.

»Habíamos alcanzado el último pináculo de civilización y perfección cuando la primera sombra del amenazador destino oscureció su horizonte. Los mares empezaron a retroceder, la atmósfera se hizo más tenue. Lo que la ciencia había predicho hacía tiempo iba a suceder, un mundo comenzaba a morir.

»Durante años nuestras ciudades siguieron a las recesivas aguas. Cañones, bahías, canales y lagos se secaron. Prósperos puertos se convirtieron en desiertos. Llegó el hambre. Las hambrientas hordas hicieron la guerra a las más prósperas. Las crecientes tribus de los salvajes hombres verdes arrasaron lo que una vez habían sido fértiles campos y cayeron sobre nosotros.

»La atmósfera llegó a ser tan tenue que resultaba difícil respirar. Los científicos trabajaban en una planta atmosférica, pero antes de que estuviera acabada y operando con éxito, casi todos los habitantes de Barsoom habían muerto. Sólo los más fuertes sobrevivieron. Los hombres verdes, los hombres rojos y unos cuantos orovars; después, la vida se convirtió en una batalla por la supervivencia de los más aptos.

»Los hombres verdes nos daban caza como nosotros habíamos cazado a las bestias de presa. No nos daban respiro, ni mostraban piedad; nosotros éramos pocos, ellos muchos. Horz se convirtió en nuestro último refugio, y nuestra única esperanza de sobrevivir era evitar que el mundo exterior supiera que existíamos; así que, durante siglos, hemos matado a todo extraño que venía a Horz y veía un orovar, a fin de que ningún hombre pudiera huir para delatar nuestra presencia ante nuestros enemigos.

»Ahora comprenderás que no importa lo profundamente apenados que nos sentimos al cumplir nuestra obligación, es obvio que no podemos dejar que sigas viviendo.

–Puedo comprender -dije-, que consideréis necesario destruir a un enemigo; pero no veo motivo para destruir a un amigo. Sin embargo, eso lo tenéis que decidir vosotros.

–Ya está decidido, amigo mío -repuso el jeddak-, debes morir.

–¡Un momento, oh jeddak! – exclamó Pan Dan Chee-. Antes de que pronuncies tu último juicio, considera esta posibilidad. Si se queda aquí, en Horz, no podría decir nada a nuestros enemigos. Le debemos un gesto de gratitud. Permítele entonces vivir, pero siempre en el interior de las murallas de la fortaleza.

Hubo sonidos de aprobación por parte de los otros presentes, y observé en sus

rápidos y agudos ojos que Ho Ran Kim lo había notado. Aclaró su garganta.

–Quizá debería meditar sobre ello -dijo-. Reservaré mi juicio hasta mañana. Hago esto porque te aprecio, Pan Dan Chee, en tanto que, se debió a tu imprudencia el que este hombre esté aquí, debes sufrir el mismo destino que le sea impuesto.

Pan Dan Chee estaba realmente sorprendido, y no podía ocultar este hecho, pero afrontó esas palabras como un hombre.

–Consideraré un honor, dijo, compartir cualquier destino que se decida para John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom.

–¡Bien dicho Pan Dan Chee! – exclamó el jeddak-. Mi admiración hacia ti aumenta como lo hace la amargura de mi pesar cuando contemplo la casi ineludible convicción de que mañana morirás.

Pan Dan Chee se inclinó.

–Agradezco a su majestad la profunda pena que siente por mí -dijo-, su recuerdo glorificará mis últimas horas.

El jeddak volvió sus ojos hacia Lon Shon Weng, y los fijó en él durante lo que pareció un minuto completo. Habría apostado diez contra uno a que Ho Ran Kim, estaba a punto de causarse a sí mismo mayor dolor al condenar a muerte a Lon Shon Weng. Creo que Lon Shon Weng pensó lo mismo. Parecía preocupado.

–Lon Shon Weng -dijo Ho Ran Kim-, conducirás a ambos a los fosos y les dejarás allí durante la noche. Cuida de que tengan buena comida y la máxima comodidad posible, porque son mis invitados de honor.

–¡Pero los fosos, majestad! – exclamó Lon Shon Weng-. No se han utilizado durante siglos. Ni siquiera sé si podré encontrar su entrada.

–Eso es cierto -dijo Ho Ran Kim pensativamente-, y aunque la encontraras, estarán muy sucios e incómodos, tal vez sería mejor matar a John Carter y a Pan Dan Chee ahora mismo.

–¡Espera, majestad! – pidió Pan Dan Chee-. Yo sé dónde se encuentra la entrada a los fosos. He estado en ellos y pueden acomodarse fácilmente. No quiero alterar sus planes o causarle inmediatamente el profundo pesar de lamentar las muertes de John Carter y la mía. ¡Ven, Lon Shon Weng, te mostraré el camino que lleva a los fosos de Horz!

V

Fue una suerte para mí el que Pan Dan Chee fuera rápido con las palabras. Antes de que Ho Ran Kim pudiera formular cualquier objeción ya habíamos abandonado la sala de audiencias y emprendíamos el camino hacia los fosos de Horz y debo confesar que me alegraba el dejar de ver la cara de aquel amable y considerado tirano. Nadie podría decir cuándo algún estímulo nuevo y humanitario le haría ordenar que nos cortaran la cabeza al instante.

La entrada a los fosos de Horz se halla en un pequeño edificio sin ventanas cercano a la muralla posterior de la fortaleza. Estaba cerrada por grandes portalones que rechinaban sobre corroídos goznes mientras las abrían dos de los guerreros que nos acompañaban.

–Está oscuro ahí dentro -dijo Pan Dan Chee-. Nos romperemos la cabeza si entramos sin luces.

Lon Shon Weng, mostrándose amistoso, envió a uno de sus hombres a por algunas antorchas y cuando volvió, Pan Dan Chee y yo entramos en la lóbrega caverna.

Habíamos dado unos cuantos pasos por la superficie de una rampa rocosa que descendía hacia las estigias tinieblas, cuando Lon Shon Weng gritó:

–¡Esperad! ¿Dónde está la llave de estas puertas?

–El carcelero de algún gran jeddak que vivió hace miles de años puede que lo sepa -replicó Pan Dan Chee-, pero yo no.

–¿Entonces cómo voy a encerraros? – preguntó Lon Shon Weng.

–El jeddak no te dijo que nos encerraras -objetó Pan Dan Chee-. Dijo que nos llevaras a los fosos y nos dejaras ahí, durante la noche. Recuerdo perfectamente sus palabras.

Lon Shon Weng estaba hecho un lío, pero al fin encontró un modo de salir del paso.

–¡Venid! – dijo-. Volveremos ante el jeddak y le explicaremos que no hay llaves, entonces él decidirá.

–¡Ya sabes que es lo que hará! – dijo Pan Dan Chee.

–¿Qué? – preguntó Lon Shon Weng.

–Ordenará nuestra destrucción en el acto. Vamos Lon Shon Weng, no nos condenes a una muerte inmediata. Sitúa una guardia aquí, en las puertas con órdenes de matarnos si intentamos escapar.

Lon Shon Weng, consideró esto durante un momento, y finalmente movió la cabeza en consentimiento.

–Es un plan excelente -dijo, después señaló a dos guerreros y les advirtió que permanecieran de guardia y tras situarlos nos deseó buenas noches y se marchó con

sus soldados.

Nunca he visto una gente tan cortés y considerada como los orovars, hasta es posible que resulte agradable el que uno de ellos te corte el pescuezo, creo que lo haría muy educadamente. Son el polo opuesto de sus enemigos hereditarios, los hombres verdes, porque éstos carecen de toda cortesía, consideración o amabilidad. Son fríos, crueles y despiadados brutos que no conocen el amor y cuyo único credo es el odio.

A pesar de todo, los fosos de Horz, no eran un lugar placentero. El polvo de los siglos yacía sobre una rampa por la que caminábamos. Desde su final, un corredor se extendía más allá de donde llegaba la luz de nuestras antorchas. Era un pasillo ancho, con puertas abiertas a ambos lados. Estos, me supuse, eran los calabozos donde los antiguos jeddaks habían confinado a sus enemigos, y así se lo pregunté a Pan Dan Chee.

–Probablemente -dijo-, aunque nuestros jeddaks nunca los han usado.

–¿Nunca han tenido enemigos? – pregunté.

–Por supuesto, pero consideraban una crueldad el encerrar hombres en agujeros tan oscuros como éste, así que los mataban inmediatamente si sospechaban que eran enemigos.

–¿Entonces por qué hay fosos aquí? – le interrogué.

–Oh, fueron practicados cuando la ciudad se edificó, tal vez hace un millón de años, quizá más. Dio la casualidad de que la fortaleza se construyó alrededor de la entrada.

Eché una ojeada a uno de los calabozos. Un desmoronado esqueleto yacía sobre el suelo, las enmohecidas cadenas que lo habían sujetado a la pared se hallaban esparcidas entre los huesos. En el siguiente calabozo había tres esqueletos y dos cajas de metal magníficamente entalladas. Cuando Pan Dan Chee levantó una de las tapas de las cajas, apenas pude reprimir un gesto de asombro y admiración. La caja estaba llena de magníficas gemas engarzadas con elaborada belleza; muestras de artes olvidados, la obra de un maestro en su oficio que había vivido hace miles de años. Creo que nada de lo que había visto antes me había impresionado tanto. Y era deprimente, porque estas joyas habían sido lucidas por bellas mujeres y valientes hombres que habían desaparecido en un olvido tan completo que ni siquiera quedaba memoria de ellos.

Mi abstracción se vio interrumpida por el ruido de evasivos pies a mi espalda. Me di la vuelta e instintivamente mi mano se dirigió hacia donde la empuñadura de una espada debería haber estado pero que, de hecho, no estaba. Frente a mí y listo para saltar, se encontraba el ulsio más grande que había visto en mi vida.

Estas ratas marcianas son unas criaturas fieras y asquerosas. Tienen numerosas patas, y carecen de pelo, su piel se parece repulsivamente a la de un ratón recién

nacido, sus ojos son pequeños, están juntos, y se encuentran casi escondidos en carnosas y profundas aberturas. Pero lo más temible y repulsivo en ellos son sus fauces; cuando se abren dejan ver cinco afilados y puntiagudos dientes en cada mandíbula, cuya estructura ósea sobresale varias pulgadas de la carne semejando una putrefacta cara de la que ha desaparecido la mayor parte del rostro. Normalmente tienen el tamaño de terrier de Airdale, pero el bicho que saltaba hacia mí en los fosos de Horz aquel día, era tan grande como un puma joven y diez veces más feroz.

Cuando la criatura brincó hacia mi cuello, le di un fuerte golpe en un lado de la cabeza y la hice caer de lado, pero pronto se enderezó y se lanzó hacia mí de nuevo. Entonces Pan Dan Chee entró en escena. No le habían desarmado y con su espada corta cayó sobre el ulsio.

Fue una buena batalla. El ulsio era la bestia más feroz y tozuda que jamás había visto, y ofreció a Pan Dan Chee la lucha de su vida. Le había cortado dos de sus seis patas, una oreja, y la mayor parte de sus dientes antes de que la ferocidad de sus repetidos ataques se desvaneciera. El animal estaba casi hecho pedazos y, sin embargo, todavía ofrecía pelea. Yo sólo podía callar y observar, lo cual no me gusta hacer ante una lucha. Al fin sin embargo, acabó: el ulsio estaba muerto y Pan Dan Chee me miró y sonrió.

Buscaba a su alrededor algo con lo que poder limpiar su ensangrentada espada.

–Quizás haya algo en la otra caja -sugerí, y llegando hasta donde estaba, levanté la tapa.

La caja tenía unos dos metros y medio de largo, un metro y medio de ancho y medio de profundidad. En su interior yacía el cuerpo de un hombre, su elaborado corraje estaba incrustado de joyas. Llevaba puesto un casco totalmente cubierto de diamantes, uno de los pocos cascos que había visto en Marte. Las fundas de su espada larga, cota y de su daga aparecían decoradas de forma similar.

Había sido un hombre muy guapo y aún su cadáver lo era. Se conservaba de tal modo que, aparentemente, podría seguir estando vivo de no ser por la fina capa de polvo que cubría sus facciones. Cuando soplé y desapareció parecía estar tan vivo como tú o como yo.

–¿Enterráis a vuestros muertos aquí? – pregunté a Pan Dan Chee, pero negó con la cabeza.

–¡No! – replicó-. Puede llevar aquí un millón de años.

–Tonterías -exclamé-. Se habría secado y convertido en cenizas hace milenios.

–Eso lo ignoro -me respondió Pan Dan Chee-. Había montones de cosas que los antiguos sabían y que hoy día son artes perdidas. Sé que el del embalsamamiento era una de ellas. Existe la leyenda de Lee Um Lo, el más famoso embalsamador de todos los tiempos, que cuenta cómo su trabajo era tan perfecto que ni siquiera el mismo cadáver sabía que estaba muerto; y en varias ocasiones se levantaban y caminaban

durante los servicios funerarios. El fin de Lee Um Lo llegó cuando la esposa de un gran jeddak se dio cuenta de que no estaba muerta y se reintegró a la vida junto al jeddak y su nueva esposa. Al día siguiente Lee Um Lo perdió la cabeza.

–Es una buena historia -dije riéndome- pero espero que este tipo esté muerto porque voy a desarmarle; me pregunto si hace un millón de años, soñó alguna vez que algún día iba a ceder sus armas a un guerrero de Barsoom.

Pan Dan Chee me ayudó a enderezar el cadáver y desprenderle de sus cintos. Mientras lo hacíamos ambos estábamos sorprendidos por lo lisa y flexible que era la textura de la carne y de su temperatura normal.

–¿Supones que podemos habernos equivocado? – le pregunté-. ¿Pudiera ser que no estuviera muerto?

Pan Dan Chee se encogió de hombros.

–El conocimiento de las artes de los antiguos quedan fuera del alcance del hombre moderno -dijo.

–Eso no nos ayuda mucho -observé-. ¿Crees que este hombre pueda estar vivo?

–Su cara estaba cubierta de polvo -repuso Pan Dan Chee- y nadie ha estado en estos fosos durante miles y miles de años. Si no está muerto, debería estarlo.

Le hice un gesto de asentimiento y me coloqué los fantásticos cintos a mi alrededor con no poco trabajo. Desenfundé las espadas y la daga y las examiné. Estaban tan brillantes y relucientes como el día que las pulieron por vez primera, y sus bordes estaban afilados. Una vez más, me sentía un hombre entero, ya que la espada es parte de mí.

Mientras nos adentrábamos en el corredor, observé una luz lejana. Desapareció, casi al instante.

–¿Viste eso? – pregunté a Pan Dan Chee.

–Lo vi -dijo, y su voz era indecisa-. No debería haber luces aquí, ya que no hay gente.

Permanecemos con la mirada fija en el pasillo esperando que la luz se repitiera. No lo hizo, pero en la lejanía se escuchó una risotada cuyo eco recorrió el corredor.

VI

Pan Dan Chee me miró.

–¿Qué puede haber sido eso?

–A mí me pareció una carcajada -repliqué.

Pan Dan Chee meneó la cabeza.

–Sí -asintió-. ¿Pero cómo puede haber risa donde no hay nadie para reír?

Pan Dan Chee estaba perplejo.

–Quizás los ulsios de Horz hayan aprendido a reír -sugerí con una sonrisa.

Pan Dan Chee hizo caso omiso de mi locuacidad.

–Vimos una luz y oímos una carcajada -dijo pensativamente-. ¿Qué significado tiene eso para ti?

–El mismo que para ti -dije-. Hay alguien aquí abajo, en los fosos de Horz, además de nosotros.

–No veo cómo pueda ser eso posible -argüyo.

–Investiguémoslo -le sugerí.

Avanzamos con las espadas desenfundadas, porque no conocíamos la naturaleza o el temperamento del propietario de aquella risotada, y por otro lado siempre existía la posibilidad de que un ulsio pudiera saltar desde uno de los calabozos y nos atacara.

El corredor era recto durante un tramo, y después comenzaba a curvarse. Había ramificaciones e intersecciones pero continuamos por lo que creíamos que era el pasillo principal. No volvimos a ver más luces ni a oír más carcajadas. No había otro sonido en todo aquel vasto laberinto de pasajes que el débil tintineo producido por nuestros metales, el ruido ocasional de nuestros pies y los ligeros murmullos del roce de nuestros correajes.

–Es inútil buscar más allá -dijo al fin Pan Dan Chee-, será mejor que empecemos de nuevo.

En ese momento no tenía intención alguna de volver hacia mi muerte; deduje que la luz y la risa indicaban la presencia del hombre en estos fosos. Si los habitantes de Horz no sabían nada sobre ellos es que entonces debían entrar a los fosos desde el exterior de la fortaleza, lo cual significaba una vía de escape para mí. Por consiguiente, no deseaba volver sobre nuestros pasos; así que sugerí que descansáramos un rato y discutiéramos nuestros futuros planes.

–Podemos descansar -dijo Pan Dan Chee-, pero no tenemos nada que discutir. Ho Ran Kim ya ha trazado nuestro futuro.

Penetramos en una celda que no contenía ningún recuerdo de alguna pasada tragedia, y, después de colocar una de nuestras antorchas en una abertura de la pared, nos sentamos en el duro suelo de piedra.

–Puede que tus planes hayan sido hechos en tu lugar por Ho Ran Kim -le dije-,

pero yo hago mis propios planes.

–¿Y son...? – preguntó.

–No me seduce volver para ser asesinado. Voy a buscar la manera de salir de estos fosos.

Pan Dan Chee movió su cabeza apenado:

–Lo siento -me dijo- pero vas a regresar para afrontar tu destino conmigo.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Porque yo tendré que llevarte. Sabes bien que no puedo permitir que un extranjero escape de Horz.

–Eso significa que tendremos que luchar hasta que uno de los dos muera, Pan Dan Chee -afirmé-, y no deseo matar a alguien a cuyo lado he combatido y a quien he aprendido a admirar.

–Yo también siento lo mismo, John Carter -dijo Pan Dan Chee-. Tampoco yo deseo matarte; pero debes comprender mi situación: si no vienes conmigo voluntariamente, tendré que acabar con tu vida.

Intenté disuadirle de su terca postura, pero continuaba firme en sus ideas. Desde luego Pan Dan Chee me caía bien, y la idea de matarle me estremecía, ya que sabía que debería hacerlo. Era un espadachín excelente, pero ¿qué oportunidad tendría contra un maestro en esgrima de dos mundos? Perdonadme si eso parece vanidoso de mi parte, porque aborrezco la presunción. Sólo expongo lo que es un hecho. Soy indiscutiblemente, el mejor espadachín que ha existido.

–Bien -le dije-, no tenemos por qué matarnos ahora mismo, así que disfrutemos de nuestra mutua compañía un poco más.

Pan Dan Chee esbozó una sonrisa.

–Será un gran placer -dijo.

–¿Qué te parece si jugamos al jetan? – le pregunté-. Nos ayudará a pasar el tiempo entretenidos.

–¿Pero como vamos a jugar si no tenemos tablero ni piezas?

Abrí la bolsa de cuero que todos los marcianos suelen llevar, y saqué un pequeño tablero plegable de Jetan con todas sus piezas, un regalo de Dejah Thoris, mi incomparable compañera. Pan Dan Chee se sentía intrigado por ello, ya que es una maravillosa y bella obra hecha a mano. El más grande artista de Helium había diseñado las piezas, talladas bajo sus directrices, por dos de nuestros mejores escultores. Todas las piezas de guerreros, padwars, dwars, panthans y jefes, estaban modeladas con un gusto exquisito y mostraban con detalle las características de los combatientes marcianos. Una de las princesas era una bella miniatura magníficamente conseguida de Tara de Helium, y la otra princesa era Llana de Gathol.

Estoy sumamente orgulloso de poseer este juego de jetan, y, como las figuras son

tan diminutas, siempre llevo conmigo una pequeña pero poderosa lupa, no sólo para mi personal disfrute, sino también para el de otros. Se la ofrecí entonces a Pan Dan Chee, quien examinó las figuras minuciosamente.

–Extraordinario -dijo-. Nunca he visto nada tan bonito.

Había examinado una figura mucho más tiempo que el resto y la sostenía en su mano como si se resistiera a devolverla.

–Qué exquisita imaginación debió tener el artista que creó esta figura, porque no debió haber tenido modelo de una belleza tan fantástica; tal belleza es imposible que exista en Barsoom.

–Todas esas figuras representan personas reales -le dije.

–Quizás las otras -repuso- pero no ésta. No es posible que una mujer tan bella puede ser real.

–¿Cuál es? – le pregunté, y me la pasó.

»Ésta -le respondí- es Llana de Gathol, la hija de Tara de Helium, mi hija. Vive de veras y ésta es una excelente imagen suya. Por supuesto nunca podrá hacerla justicia ya que no es capaz de reflejar ni el ánimo ni y el encanto de su personalidad.

Volvió a coger la figura y la observó durante un buen rato con la lupa, después la colocó de nuevo en la caja.

–¿Jugamos? – le pregunté.

Movió la cabeza y dijo:

–Sería un sacrilegio jugar con la figura de una diosa.

Metí las piezas en la pequeña caja, que al mismo tiempo hacía las veces de tablero, y la introduje en mi bolsa. Pan Dan Chee guardaba silencio. La luz de la única antorcha proyectaba nuestras largas y oscuras sombras sobre el suelo.

Las antorchas de Horz eran algo nuevo para mí. Son muy ingeniosas. Tienen forma cilíndrica y poseen un núcleo central que reluce brillantemente con una luz fría cuando es expuesto al aire, lo cual se consigue volviendo una tapa sujeta por medio de bisagras y empujando hacia arriba; cuanto mayor es la porción expuesta, más intensa es la luz.

Pan Dan Chee me contó que habían sido inventadas hacía siglos y que la luz así producida llevaba consigo tan poca pérdida de materia que eran prácticamente eternas. El arte de obtener el núcleo central se perdió en la lejana antigüedad y ningún científico desde entonces ha sido capaz de analizar su composición.

Pasó un buen rato antes de que Pan Dan Chee hablara de nuevo, entonces se levantó. Parecía cansado y triste.

–Venga -dijo- cuanto antes acabemos mejor. – Y desenfundó su espada.

–¿Por qué tenemos que pelear? – le pregunté-. Somos amigos. Si logro salir de aquí, te doy mi palabra de honor de que no traeré a nadie a Horz; por lo tanto, te ruego que me dejes en paz. No quiero matarte. O mejor aún, vente conmigo. Hay

mucho que ver más allá de Horz, tienes todo un mundo exterior que conocer.

–No me tientes -suplicó-. Quiero ir. Por primera vez en mi vida deseo abandonar Horz. Pero no debo hacerlo. ¡Vamos, John Carter, en guardia!, uno de los dos debe morir, a menos que regreses voluntariamente conmigo.

–En cuyo caso ambos moriremos -le recordé-. Es una estupidez, Pan Dan Chee.

–¡En guardia! – Fue su única respuesta.

No me quedaba otra cosa que hacer que desenfundar mi espada y defenderme, y, la verdad, nunca me había costado tanto trabajo desenfundar.

VII

Pan Dan Chee no quería tomar la ofensiva y ofrecía una débil defensa. Pude haber acabado con él cuando hubiera querido, desde el instante en que desenfundé mi arma. Casi inmediatamente me di cuenta de que me estaba regalando mi libertad a expensas de mi propia vida.

Al fin retrocedí unos pasos y solté mi acero.

–No soy ningún carnicero, Pan Dan Chee -dije-. ¡Vamos! ¡Ataca!

Movió su cabeza.

–No puedo matarte -dijo sencillamente.

–¿Por qué? – le pregunté.

–Porque soy un tonto -repuso-. La misma sangre corre por tus venas y por las de ella. No podría derramar esa sangre. No podría hacerla desgraciada.

–¿Qué quieres decir? – pregunté con tono imperioso-. ¿De qué estás hablando?

–Estoy hablando de Llana de Gathol -contestó-. La mujer más bella del mundo, la mujer a quien nunca veré, pero por quien ofrezco gustoso mi vida.

Los guerreros marcianos se muestran absolutamente caballerosos en lo que a amores se refiere, pero éste estaba llevando su caballerosidad más lejos de lo que yo había visto en mi vida.

–Muy bien -le dije- ya que no tengo intención de matarte, no hay motivo para continuar con este tonto duelo.

Devolví mi espada a mi vaina y Pan Dan Chee hizo lo mismo.

–¿Qué vamos a hacer? – preguntó-. No puedo dejar que huyas, pero por otro lado no puedo impedírtelo. Soy un traidor a mi patria, por tanto tendré que destruirme a mí mismo.

Entonces se me ocurrió un plan. Acompañaría a Pan Dan Chee hasta casi la entrada de los fosos, y una vez allí, le reduciría, le vendaría los ojos y lo amordazaría, después huiría o al menos, intentaría encontrar alguna otra salida de los fosos. Pan Dan Chee sería descubierto y afrontaría su destino sin que su nombre se viera deshonrado por la traición.

–No tienes porque suicidarte -le dije-. Te acompañaré hasta la entrada de los fosos; pero te advierto que si se me presenta la oportunidad de escapar la aprovecharé.

–Lo tendré en cuenta -dijo-, es muy generoso de tu parte, has hecho posible el que pueda morir dichoso y con honor.

–¿Acaso deseas morir? – le interrogué.

–Ciertamente no -me aseguró-. Quiero vivir, y si vivo, algún día encontraré el camino que conduce hasta Gathol.

–¿Por qué no vienes conmigo entonces? – pregunté-. Tal vez juntos podamos

encontrar la forma de escapar de estos fosos. Mi nave se encuentra a muy poca distancia de la fortaleza y desde Horz a Gathol sólo hay unos cuatro mil haads.

Sacudió la cabeza.

–La tentación es grande -dijo-, pero hasta que haya agotado todos los recursos y evite ser llevado de nuevo ante Ho Ran Kim mañana antes del mediodía, no puedo hacer otra cosa.

–¿Por qué mañana al mediodía? – le pregunté.

–Es una ley orovarana muy antigua -respondió-, que limita la duración de una sentencia de muerte al mediodía de la fecha en que alguien es condenado a morir. Ho Ran Kim decretó que deberíamos morir mañana. Si no es así, dejamos de poseer el temor de volver a su presencia.

Tristemente, nos pusimos en camino hacia la puerta que se suponía nos conduciría hasta nuestro destino, por supuesto yo no tenía intención de atravesarla pero iba triste a causa de Pan Den Chee. Había llegado a agradarme sobremanera. Era hombre de gran honor y un valeroso luchador.

Continuamos andando, hasta me convencí de que si hubiéramos seguido por el pasillo correcto deberíamos haber llegado hacía mucho tiempo a la entrada. Se lo sugerí a Pan Dan Chee y estuvo de acuerdo conmigo; entonces volvimos sobre nuestros pasos y probamos por un corredor diferente. Seguimos probando pasillos hasta acabar exhaustos, pero no conseguimos encontrar el corredor adecuado.

–Sospecho que nos hemos perdido -afirmó Pan Dan Chee.

–Yo no lo sospecho... estoy seguro -afirmé con una sonrisa.

Si de verdad estábamos tan perdidos como suponíamos, posiblemente no seríamos capaces de encontrar la entrada antes del mediodía del día siguiente, en cuyo caso Pan Dan Chee estaría libre para ir donde quisiera, y yo tenía bastante idea sobre dónde le gustaría ir.

No soy ningún casamentero, pero tampoco soy de esos que se ponen en mitad del camino para evitar el encuentro de un hombre y una mujer. Creo que a la naturaleza se la debe dejar seguir su curso. Si Pan Dan Chee creía que estaba enamorado de Llana de Gathol y deseaba ir a Gathol para intentar conquistarla, solamente me habría resultado tal idea desalentadora si se hubiera tratado de un hombre de dudoso origen o de naturaleza deshonrosa, y Pan Dan Chee no poseía ninguna de las dos cosas. La raza a la que pertenecía es la más antigua de las razas civilizadas de Barsoom, y me había demostrado ampliamente que era un hombre de honor.

Yo no tenía motivos para creer que su propósito se viera coronado por el éxito. Llana de Gathol era todavía muy joven, pero a pesar de ello las espadas de las más grandiosas casas de Barsoom habían sido arrojadas a sus pies. Como casi todas las mujeres marcianas de alta condición, tenía unas ideas bien definidas. Como tantas, era posible que cayera bajo las redes de algún impetuoso pretendiente para luego

amarle o clavarle una daga entre sus costillas, pero nunca viviría junto a un hombre a quien no amara. Sentía más temor por Pan Dan Chee que por Llana de Gathol.

Una vez más retrocedimos sobre nuestros pasos y probamos por otro corredor; sin embargo no conducía a la entrada. Nos tumbamos y descansamos un momento, después lo intentamos de nuevo. El resultado fue el mismo.

–Ya debe haber amanecido -dijo Pan Dan Chee.

–Ya es de mañana -le dije consultando mi cronómetro-. Es casi mediodía.

Por supuesto yo no empleé el término mediodía, sino el equivalente Barsoomiano: 25 xats pasados del 3^{er} zodo, que son las 12 del mediodía hora terrestre.

–¡Debemos darnos prisa! – exclamó Pan Dan Chee.

Una fría carcajada sonó a nuestras espaldas, y volviéndonos rápidamente, vimos una luz en la distancia. Desapareció inmediatamente.

–¿Por qué tenemos que darnos prisa? – pregunté.

»Hemos hecho todo lo que podíamos. El que no hayamos encontrado el camino de regreso a la fortaleza y a la muerte no es culpa nuestra. – Pan Dan Chee hizo un gesto de asentimiento-. Ya no importa la prisa que nos demos, es muy poco probable que alguna vez hallemos la entrada.

Desde luego era un pensamiento de alivio, pero también lo era bastante acertado. Nunca encontraríamos la entrada a la fortaleza.

–Ésta es la segunda vez que oímos esa risotada y vemos esa luz -comentó Pan Dan Chee-, creo que deberíamos investigar este misterio. Tal vez quien enciende la luz y suelta esa carcajada pueda conducirnos hacia la entrada.

–No tengo objeción en investigarlo -repuse-, pero dudo que al encontrar al causante encontremos a un amigo.

–Es muy desconcertante -dijo Pan Dan Chee-. Durante toda mi vida he creído, al igual que todos los habitantes de Horz, que los fosos de la ciudad estaban desiertos. Hace mucho tiempo, siglos tal vez, algunos aventureros entraron a los fosos para investigarlos. Estas expediciones se llevaban a cabo a intervalos, y ninguno de los que entraban a los fosos volvía jamás. Se supuso que se perdían y morían de hambre y sed. Puede que también ellos oyeran la carcajada y vieran las luces.

–Puede.

VIII

Pan Dan Chee y yo perdimos toda noción del tiempo, durante las horas que llevábamos en los fosos de Horz, y no habíamos comido ni bebido. No podíamos llevar más de dos días allí, pues todavía nos encontrábamos con fuerzas, y más de dos días sin agua acaba con las fuerzas del hombre mejor constituido. En dos ocasiones más, vimos la luz y escuchamos la risa.

¡Que carcajadas! Todavía puedo oírlas. Intenté pensar que eran humanas. No quería volverme loco.

Pan Dan Chee dijo:

–¡Busquemosle y cuando le encontremos beberemos su sangre!

–No Pan Dan Chee -dije terminantemente-. Somos hombres, no bestias.

–Tienes razón -musitó-. Estoy perdiendo el control.

–Debemos utilizar la cabeza -le dije-. Sabe siempre dónde estamos porque puede ver la luz de las antorchas a cada momento. Supon que la apagamos, y nos arrastramos por el suelo silenciosamente. Si escuchamos con atención, verás como oímos sus pisadas.

Lo había planeado todo minuciosamente y Pan Dan Chee estuvo de acuerdo en que la idea era perfecta. Creo que todavía tenía en mente el beberse la sangre de la criatura cuando la encontráramos y yo me estaba aproximando a un punto crítico en el que gustosamente bebería un buen trago. ¡Oh Dios!, si nunca has padecido hambre y sed, no juzgues a los demás severamente.

Apagamos la antorcha. Teníamos una cada uno, pero no había necesidad de tener las dos encendidas. La luz de una podría haber alcanzado una intensidad cegadora. Nos arrastramos en silencio hacia donde habíamos visto la luz por última vez. Llevábamos las espadas desenvainadas. Tres veces ya, habíamos sido atacados por los tremendos ulsios de aquellos fosos de Horz; pero en esas ocasiones, habíamos tenido la ventaja de la luz de nuestras antorchas. Me preguntaba cómo saldríamos parados si uno de ellos nos atacara ahora.

La oscuridad era completa, y no se escuchaba nada en absoluto. Nos pegamos al cuerpo las espadas a fin de que no se entrechocaran con las partes metálicas de nuestro correaje. Dábamos grandes pasos, y posábamos los pies suavemente sobre el suelo de piedra. No se oía nada. Apenas respirábamos.

De repente una luz apareció ante nosotros. Nos detuvimos y esperamos a la vez que escuchábamos. Vi una figura, tal vez fuera humana, tal vez no. Toqué a Pan Dan Chee ligeramente en el brazo, y me volví hacia adelante. Él me siguió. No hacíamos ningún ruido, no se percibía absolutamente ningún sonido. Creo que tanto él como yo conteníamos la respiración.

La luz se hizo más brillante. Entonces pude ver que una cabeza y un hombro

sobresalían por el marco de una puerta sita a un lado del pasillo. La criatura, al menos, tenía contornos humanos. Me imaginé que estaría preocupada por nuestra súbita desaparición, seguramente se preguntaba qué había sido de nosotros. Se apartó del umbral de la puerta donde había permanecido, pero la luz persistía. Podíamos ver cómo brillaba en el interior de la celda o habitación en la que la criatura había penetrado.

Nos aproximamos; allí debía encontrarse la meta de nuestra búsqueda de agua y comida. Si la criatura era humana, necesitaría de ambas cosas, y si las tenía, nosotros las tendríamos.

Silenciosamente nos acercamos al umbral de la puerta por la que la luz salía e iluminaba el corredor. Nuestras espadas estaban desenfundadas. Yo iba a la cabeza. Temía que si la criatura se percataba de nuestra proximidad, desapareciese, y eso no debía suceder. Teníamos que verla, teníamos que cogerla y teníamos que obligarla a que nos diera agua. ¡Comida y agua!

Llegué por fin al umbral y mientras lo atravesaba tuve una momentánea visión de una figura extraña; después quedé sumido en la más completa oscuridad y una seca risotada se dejó oír en la estigia negrura de Horz.

En mi mano derecha sostenía la espada larga del hace tiempo muerto orovarano de cuyo ataúd la había cogido. En mi mano izquierda llevaba la sorprendente antorcha de los Horzanos. Cuando desapareció la luz en el recinto, apreté el botón de mi antorcha, y la habitación en la que me hallaba se iluminó.

Observé una gran cámara llena de numerosas cajas. Había un lecho muy simple, una banqueta, una mesa, estantes llenos de libros, una antigua estufa marciana, un depósito de agua y la más extraña figura de hombre sobre la que mis ojos se habían posado alguna vez.

Me adelanté hacia él, y dirigí mi espada hacia su corazón ya que no quería que escapara. Él se inclinó y grito mientras rogaba por su vida.

–Queremos agua -le dije-. Agua y comida, ofrécenos lo que te pedimos y no intentes dañarnos, y estarás a salvo.

–Servios vosotros mismos -me contestó-. Aquí hay agua y comida, pero decidme cómo es que estáis aquí y cómo conseguisteis entrar en los fosos de la antigua Horz, la muerta Horz... muerta durante incontables siglos. He estado esperando durante años a que alguien viniera, y ahora vosotros habéis llegado. Sed bienvenidos. Seremos grandes amigos. Permaneceréis aquí conmigo para siempre, como los otros han hecho. Al fin voy a tener compañía en las solitarias profundidades de Horz.

Después rió maniáticamente.

Era evidente que la criatura estaba loca. No sólo parecía demente sino que actuaba como tal. Algunas veces su lenguaje era un inarticulado chapurreo y a menudo se veía interrumpido por una inoportuna y absurda carcajada... la fría

risotada que habíamos oído anteriormente. Su apariencia era por demás repulsiva. Iba desnudo, a excepción del arnés que sujetaba una espada y una daga. La piel de su deforme cuerpo era de un blanco ceniciento, el color de un cadáver; su rugosa boca permanecía abierta, revelando unos cuantos dientes podridos y amarillentos; sus ojos eran grandes y redondos, completamente blancos alrededor del iris. No tenía nariz; parecía haber sido devorada por alguna enfermedad.

No aparté mis ojos de él ni un momento mientras Pan Dan Chee bebía; después él le vigiló mientras yo saciaba mi sed, durante todo ese rato la criatura no hacía más que escupir un montón de palabras sin sentido. Tomaba una palabra como por ejemplo «calot», y la repetía una y otra vez como si eso para él significara conversar. Se podía detectar que una frase era interrogativa por su tono de voz y por el acento y lo mismo para frases declarativas, imperativas o exclamativas. Durante todo el tiempo, estuvo gesticulando como un orador.

Por fin, dijo:

–Sois muy estúpidos, pero parece que al menos me comprendéis. Ahora hablemos de la comida; preferís el ulsio crudo, supongo. ¿O queréis que lo guise?

–¡Ulsio! – exclamó Pan Dan Chee-. ¿No querrás decir que comes ulsio, verdad?

–Es una delicia -dijo aquel ser.

–¿No tienes otra cosa? – preguntó Pan Dan Chee.

–Queda un poco de Ro Tan Bim -dijo el extraño ser-. Pero está resultando un poco lujoso incluso para un caballero como yo.

Pan Dan Chee me miró.

–No tengo hambre -dijo.

–Ven, intentaremos salir de aquí. – Mientras pronunciaba estas palabras me volví hacia el anciano-. ¿Qué corredor es el que lleva a la ciudad?

–Debéis descansar -dijo-, y después os lo mostraré. Recostaos en ese lecho y descansad.

Siempre había oído que a los locos había que llevarles la corriente, y ya que esperábamos un favor de aquella criatura, me pareció oportuno obedecerla. Por otra parte, Pan Dan Chee y yo estábamos agotados, así que nos echamos en el camastro y el anciano se sentó junto a nosotros en una banqueta. Comenzó a hablar con voz pausada y agradable.

–Estáis muy cansados -decía una y otra vez monótonamente, mientras sus grandes ojos se clavaban primero en uno de nosotros y después pasaban al otro. Sentía que mis músculos se relajaban. Observé como Pan Dan Chee bajaba sus párpados-. Pronto os quedaréis dormidos -murmuró el anciano de los fosos.

»Dormiréis, dormiréis y dormiréis, quizás durante siglos al igual que los otros. Sólo despertaréis cuando os lo diga, o cuando muera, y yo nunca moriré.

»Despojaste a Hor Kai Lan de su correa y de sus armas -me miraba a mí

mientras hablaba-. Hor Kai Lan se pondría muy furioso si se despertara y encontrara que le has robado sus armas, pero Hor Kai Lan no despertará. Ha estado dormido durante cientos y cientos de años. Tiempos de los que ya no me acuerdo. Todo está apuntado en mis libros, pero ¿qué importancia tiene eso? ¿qué importancia tiene el que lleves el arnés de Hor Kai Lan? Nadie usará sus espadas de nuevo; y, de cualquier manera, cuando Ro Tan Bim desaparezca, tal vez use a Hor Kai Lan. O tal vez os utilice a vosotros. ¿Quién sabe?

Su voz era como un arrullo soñoliento. Sentía cómo me iba sumiendo en un placentero sueño. Eché una ojeada a Pan Dan Chee, quien ya estaba dormido. Entonces la importancia de las palabras de la criatura llegaron a mi mente. ¡A través de hipnosis estábamos siendo condenados a morir en vida! Intenté sobreponerme al letargo y hacer acopio de lo que quedaba de mi fuerza de voluntad. Mi mente siempre ha sido más resistente que la de cualquier marciano.

La horrorosa situación en la que nos hallábamos me dio fuerzas. La idea de yacer allí durante incontables siglos recogiendo el polvo de los fosos de Horz, o de ser devorados por aquel casi desdentado maniático no me seducía en absoluto.

Utilicé toda la fuerza de voluntad que me quedaba en un terrible esfuerzo final para romper los lazos mentales que me sujetaban. Era incluso más devastador que realizar un esfuerzo físico. Rompí en violenta respiración y sentía cómo mi cuerpo temblaba de la cabeza a los pies. ¿Habría triunfado?

Evidentemente, el marciano se dio cuenta de la batalla que estaba librando por ganar mi libertad, y así redobló sus esfuerzos para mantenerme sometido. Su voz y sus ojos me envolvieron casi con fuerza física. La criatura sudaba en aquel momento, sus esfuerzos por dominar mi mente eran increíbles. ¿Conseguiría su propósito?

IX

¡Yo estaba ganando! ¡Sabía que vencía! Y la criatura también debía saberlo porque la vi sacar la daga que tenía a su lado de su funda. Si no podía mantenerme en muerte aparente lo haría en muerte real. Intenté liberarme de los últimos y débiles tentáculos de las malignas fuerzas mentales del extraño ser antes de que pudiera atestarme el golpe fatal que significaría mi muerte y la equivalente para Pan Dan Chee.

La mano que sostenía la daga se elevó sobre mí. Aquellos terribles ojos, iluminados por las infernales llamas de la locura, se clavaron en los míos, y, entonces, en el último momento, vencí. Estaba libre. Aparté de mí la mano que sujetaba la daga y di un salto para quedar de pie, con la fantástica espada larga de Hor Kai Lan en mi mano. La criatura se agachó y gritó. Pedía ayuda a gritos donde no había ayuda y, acto seguido, desenfundó su sable. Pero no tenía intención de deshonar el soberbio arte de mi esgrima combatiendo con aquel ser. Recordé que había dicho que Pan Dan Chee y yo dormiríamos hasta que nos despertara o muriera. Ese pensamiento por si solo fue suficiente para decidirme... no iba a ser un duelista, sino un ejecutor y un liberador.

Lancé un mandoble, y la demente cabeza rodó por el pétreo suelo de los fosos de Horz. Miré a Pan Dan Chee. Estaba despertándose. Se dio la vuelta y se estiró, después se sentó y me miró interrogativamente. Sus ojos recorrieron el cuerpo y la cabeza que yacían en el suelo.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó.

Antes de que pudiera responder, me vi interrumpido por un sonoro estruendo que procedía de la cámara en la que nos hallábamos y de otras cámaras de las profundidades de Horz.

Miramos rápidamente a nuestro alrededor. Las tapas de muchas cajas estaban siendo levantadas y gritos procedentes de otras que no habían sido destapadas se escucharon en todos los fosos. De su interior salían hombres armados... guerreros con fabulosos corrajes. Mujeres frotándose los ojos y mirando a su alrededor con sorpresa.

Desde los pasillos, otros empezaron a converger hacia la cámara, guiados por nuestra luz.

—¿Qué significa todo esto? — preguntó un corpulento hombre magníficamente ataviado-. ¿Quién me trajo aquí? ¿Quiénes sois vosotros?

Miró a su alrededor, evidentemente extrañado, como si buscara alguna cara que le fuese familiar.

—Quizás yo pueda explicártelo -le dije-. Nos encontramos en los fosos de Horz. Yo sólo llevo aquí unas horas, pero si esta criatura que yace en el suelo muerta dijo la

verdad, varios de vosotros debéis llevar aquí siglos. Habéis sido presa de los poderes hipnóticos de este ser enloquecido. Su muerte os ha liberado.

El hombre miró la expresiva cabeza que yacía en el suelo.

–¡Lum Tar O! – exclamó-. Envió a buscarme... me pidió que viniera y hablara con él sobre un asunto importante, y vosotros le habéis matado. Tenéis que explicarme todo esto... mañana. Ahora debo volver con mis invitados.

Había restos de polvo en la cara y en el cuerpo de aquel hombre. Deduje por tanto que debía llevar allí mucho tiempo. De hecho, mi conjetura se iba a ver ratificada de forma un tanto dramática.

Los hombres y mujeres que despertaban hacían lo posible por salir de las cajas en las que habían sido guardados. Los que estaban en las últimas tenían dificultad en retirar las otras cajas que había apiladas encima. Se creaba un gran estruendo y un no menor tumulto cuando las cajas vacías caían al suelo. Se formó un gran alboroto. Había aturdimiento y confusión.

Un empolvado caballero perteneciente a la nobleza abandonó una de las cajas. Al instante él y el corpulento hombre que acababa de hablar se reconocieron mutuamente.

–¿Qué es lo que sucede? – preguntó el último.

–Estás completamente cubierto de polvo. ¿Por qué te has retrasado? ¡Vamos! Tengo que volver con mis invitados.

El otro movió la cabeza con evidente asombro.

–¡Tus invitados, Kam Han Tor! – exclamó-. ¿Crees que tus invitados van a esperar durante veinte años? Te fuiste a mitad del banquete y nunca regresaste.

–¡Veinte años! ¡Estás loco! – exclamó Kam Han Tor.

Me miró y después posó su vista sobre la horrible cabeza que yacía en el suelo, y comenzó a debilitarse. De eso podía percatarme. El otro hombre se ocupaba de su propia cara, y se miraba el polvo que de ella se sacudía.

–También tu estás cubierto de polvo -dijo a Kam Han Tor.

Kam Han Tor hecho un vistazo a su cuerpo y a su correa, después se frotó la cara y se miró los dedos.

–¡Veinte años! – exclamó, y entonces sus ojos se fijaron en la cabeza de Lum Tar O.

–¡Bestia inhumana! – dijo furiosamente-. ¡Yo era amigo tuyo y me hiciste esto!

Tras esas palabras se volvió hacia mí.

–Olvida lo que dije. No comprendía nada. Quienquiera que seas permíteme asegurarte que mi espada estará siempre a tu servicio.

Me incliné con gesto de complacencia.

–¡Veinte años! – repitió Kam Han Tor, como si todavía no pudiera creerlo-. ¡Mi gran nave! Iba a zarpar desde el puerto de Horz al día siguiente al banquete... la nave

más grande que se ha construido. Ahora estará vieja, tal vez carcomida; y yo ni siquiera la he visto en mi vida. Dime... ¿navegaba bien?, ¿es todavía una nave digna de orgullo?

–La vi navegar por Throxheus -repuso el otro- y en verdad era una nave grandiosa, pero nunca regresó de su primer viaje; ni una sola palabra se oyó sobre ella. Debió perderse con toda su tripulación.

Kam Han Tor bajó la cabeza tristemente, después se enderezó y cuadró sus hombros.

–Construiré otra -dijo-. Una nave incluso aún más grande, y con ella navegaré por los cinco extensos océanos de Barsoom.

Ahora empezaba a comprender lo que había sospechado, pero no podía creer. Era totalmente desconcertante. Estaba viendo y conversando con hombres que habían vivido hacía miles de años, cuando Throxheus y los otros cuatro grandes océanos del antiguo Marte habían cubierto lo que hoy son vastas extensiones desérticas que corresponden a los fondos de esos mares muertos; cuando un gran mercante trajo el comercio de una raza de bella piel y rubios cabellos que se suponía extinta hacia incontables siglos.

Me acerqué a Kam Han Tor y le puse una mano sobre el hombro. Los hombres y las mujeres que habían sido liberados del maligno hechizo de Lum Tar O se habían reunido a nuestro alrededor, escuchando.

–Siento desilusionarte, Kam Han Tor -dije-. Pero no vas a construir ninguna nave, ni navegará ningún barco por Throxheus de nuevo.

–¿Qué pretendes decirme? –exigió-. ¿Quién va a impedir que Kam Han Tor, hermano del jeddak, construya embarcaciones y navegue a través de Throxheus?

–Throxheus no existe, amigo mío -dije.

–¿Qué no hay ningún Throxheus? ¡Estás loco!

–Habéis estado aquí, en estos fosos, durante incontables siglos -les expliqué-, y en ese tiempo los cinco grandes océanos de Barsoom se han secado. Ya no hay mares, ya no hay comercio, la raza a la que pertenecéis se ha extinguido.

–¡Estas loco! –gritó.

–¿Sabes cómo salir de estos fosos? –pregunté-. No a la ciudad directamente, ni a la... -iba a decir fortaleza, pero recordé que no existía fortaleza alguna cuando aquella gente utilizaba los fosos.

–¿No a mi palacio quieres decir? –preguntó Kam Han Tor.

–Sí -dije-. No a tu palacio, sino a los muelles; allí podré mostrarte que el océano de Throxheus ya no existe.

–Sí, desde luego que conozco el camino -dijo-. ¿Acaso estos fosos no fueron contruidos según mis planos?

–Vamos pues -le dije.

Un hombre se hallaba de pie mirando atentamente la cabeza de Lum Tar O.

–Si lo que este hombre dice es cierto, Lum Tar O debió haber vivido muchos siglos. ¿Cómo es posible que estuviera vivo después de tanto tiempo? ¿Cómo es que nosotros estamos vivos?

–Vosotros vivisteis en estado de animación suspendida -comenté-. Pero Lum Tar O... es un misterio.

–Quizás no sea un misterio después de todo -replicó el hombre.

»Conocía bien a Lum Tar O. Era un ser débil y un cobarde, y sus reacciones psicológicas eran las propias de un hombre de esas características. Odiaba a todos los que fueran fuertes y valerosos, y deseaba lo peor para ellos. Su único amigo era Lee Um Lo, el más famoso embalsamador que el mundo ha conocido. Cuando Lum Tar O murió, Lee Um Lo embalsamó su cuerpo. Evidentemente hizo un trabajo tan magnífico que el cadáver de Lum Tar O nunca se percató de que su dueño estaba muerto, y continuó funcionando como en vida. Eso explicaría el largo tiempo que ha existido la criatura... no un ser humano, ni siquiera una criatura viva, solo un cadáver cuyo maligno cerebro seguía funcionando.

Cuando el hombre acabó de hablar, hubo un gran revuelo en la entrada a la cámara. Un gigantesco hombre, casi desnudo, entró precipitadamente. Estaba muy furioso.

–¿Qué significa esto? – preguntó con tono imperioso-. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué estáis todos vosotros haciendo aquí? ¿Quién me ha robado mi corraje y mis armas?

En aquel momento le reconocí... Era Hor Kai Lan, y yo llevaba su equipo de combate. Se le veía muy excitado, y no podía culparle en parte. Se abrió paso a través de la multitud y cuando posó sus ojos sobre mí, reconoció sus pertenencias.

–¡Ladrón! – gritó-. ¡Devuélveme mis cinturones y mis armas!

–Lo siento -contesté-. A menos que me des otras a cambio, me quedaré con éstas.

–¡Calot! – gritó vivamente irritado-. ¿Te das cuenta con quién estas hablando? ¡Soy Hor Kai Lan, hermano del jeddak!

Kam Han Tor le miró con sorpresa.

–¡Has estado muerto durante quinientos años, Hor Kai Lan! – exclamó-. Mi hermano sucedió al último jeddak en el años 27M382J4.

–Todos vosotros habéis estado muertos durante siglos -dijo Pan Dan Chee-. Incluso ese calendario es algo que pertenece a un pasado muerto.

Creí que Hor Kai Lan iba a reventar en aquel momento.

–¿Quienes sois vosotros? – gritó-. Quedáis arrestados... todos quedáis bajo arresto. ¡A mí la guardia!

Kam Han Tor intentó apaciguarle, y por lo menos consiguió que estuviera de acuerdo en acompañarnos hasta los embarcaderos para zanjar la cuestión sobre la

existencia de Throxheus, que sería la prueba definitiva, positiva o negativa, de las desdichadas verdades que me había visto forzado a explicarles.

Cuando partíamos guiados por Kam Han Tor, noté cómo la tapa de una de las cajas se movía ligeramente. Era subida poco a poco, y pude observar como dos ojos escudriñaban a través de la ranura. De repente, la voz de una chica gritó:

—¡John Carter, Príncipe de Helium! ¡Bendito sea mi primer antepasado!

X

Si mi primer antepasado se hubiera materializado en aquel instante ante mis ojos, no podría estar más sorprendido de lo que estaba al oír pronunciar mi nombre desde el interior de una de aquellas cajas de las profundidades de Horz.

Cuando iba a empezar a investigar, la tapa de la caja se abrió por completo, y una muchacha salió de su interior y se plantó ante mí; aquello era más asombroso de lo que habría sido la visión de mi primer antepasado, porque la chica era... ¡Llana de Gathol!

–¡Llana! – grité-. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Yo iba a hacerte la misma pregunta, mi reverenciado progenitor -me lanzó con esa falta de respeto hacia mi avanzada edad que siempre ha caracterizado a los más allegados a mí en parentesco y afecto.

Pan Dan Chee se adelantó con la boca abierta y los ojos casi desorbitados.

–¡Llana de Gathol! – murmuró de igual forma que se pronuncia el nombre de una diosa.

Aquella habitación llena de anacronismos parecía un grotesco sueño.

–¿Quién es esta persona? – preguntó Llana de Gathol.

–Mi amigo Pan Dan Chee de Horz -le expliqué.

Pan Dan Chee sacó su espada y la depositó a sus pies. Un acto difícil de explicar, según las normas de conducta terrestres. No es exactamente una declaración de amor o una proposición de matrimonio, significa que durante toda su vida esa espada estará al servicio de aquel a cuyos pies ha sido colocada. Un guerrero puede por tanto dejar su espada a los pies de un hombre o de una mujer. En definitiva, le ofrece lealtad para toda la vida. Cuando el objeto de esa lealtad es una mujer, es que el hombre debe tener en mente algo más. Y yo estoy seguro de que Pan Dan Chee lo tenía.

–Tu amigo actúa con una rapidez impresionante -dijo Llana de Gathol; pero se detuvo y recogiendo la espada, se la devolvió a Pan Dan Chee con la empuñadura por delante! Aquello quería decir que se sentía complacida y que aceptaba su ofrecimiento de lealtad. En caso de no aceptarlo, habría dejado la espada en el lugar en que había sido colocada. Si hubiera menospreciado su ofrecimiento, le habría devuelto la espada con la punta por delante, lo cual significaría un insulto definitivo y mortífero. Me alegré de que Llana de Gathol hubiera devuelto la espada a Pan Dan Chee por la empuñadura ya que éste me caía bien y, muy particularmente, me sentía feliz de que no se la devolviera por la punta, porque tal acto determinaría el que yo, como pariente varón más cercano de Llana de Gathol, habría tenido que luchar contra Pan Dan Chee; y desde luego yo no quería hacerlo.

–Bueno -interrumpió Kam Han Tor-, todo esto es muy interesante y significativo; pero... ¿no podemos posponerlo hasta que hayamos llegado a los muelles?

Pan Dan Chee hizo caso omiso a tales palabras y puso la mano sobre la empuñadura de su espada. Traté de evitar una acción inconveniente por su parte sugiriendo que Kam Han Tor tenía toda la razón y que nuestros asuntos podían esperar hasta ver resuelta la cuestión del océano, tan vital para aquellas gentes. Pan Dan Chee asintió y, así, reemprendimos la marcha hacia los embarcaderos de la milenaria Horz.

Llana de Gathol caminaba a mi lado.

–Ahora tal vez puedas contarme -dije- cómo estabas en los fosos de Horz.

–Han pasado muchos años -comenzó a decir- desde que estuviste en el reino de Okar en el helado norte. Talu, el príncipe rebelde, a quien elevaste a ocupar el trono de Okar visitó Helium casi inmediatamente después. Desde entonces, según he oído, no ha habido ningún altercado entre Okar y el resto de Barsoom.

–¿Y qué tiene todo eso que ver con tu estancia en los fosos de Horz? – pregunté.

–¡Espera! – me advirtió-. Ahora voy a eso. La creencia general ha sido siempre de que la región que rodea el Polo Norte apenas está habitada por una raza de hombres amarillos con negras barbas solamente.

–Correcto -observé.

–Incorrecto -afirmó ella-; existe una nación de hombres rojos que ocupa un área considerable, pero a bastante distancia de Okar. Tengo la impresión de que cuando estuviste allí los propios okarianos jamás habían oído hablar de la existencia de aquel pueblo.

»Hace poco, llegó hasta la corte de mi padre, Gahan de Gathol, un extraño hombre rojo. Era como nosotros y al mismo tiempo diferente. Vino en una nave antiquísima; mi padre dijo que debía tener varios cientos de años de antigüedad. Llevaba una dotación de cien guerreros, cuyos correaes y armas nos eran desconocidos. Tenían apariencia fiera y guerrera, pero venían en paz, y en paz fueron recibidos. Su jefe, llamado Hin Abtol, era un perfecto fanfarrón y un patán sin ninguna cultura; pero, como invitado nuestro, fue tratado con cortesía. Dijo que era jeddak de jeddaks del Norte. Mi padre contestó que si no era Talu quien ostentaba aquel título; “Lo ostentaba”, replicó Hin Abtol, “hasta que conquisté su país y se convirtió en vasallo mío. Ahora soy jeddak de jeddaks del Norte. Mi reino es frío y desértico fuera de nuestras cristalinas ciudades. He venido hacia el sur en busca de otras tierras en las que mi pueblo pueda establecerse y progresar”.

»Mi padre le dijo que todas las tierras de cultivo estaban ocupadas y pertenecían a otras naciones que las habían trabajado durante siglos.

»Hin Abtol simplemente se limitó a gesticular una mueca de muy mal gusto. “Cuando encuentre lo que deseo”, dijo, “someteré a sus gentes. Yo Hin Abtol, consigo cuanto quiero de los pueblos inferiores de Barsoom. Por lo que he oído son todos débiles y sumisos; no guerreros poderosos como nosotros, los panars.

Educamos a nuestros hombres en las artes del combate y además poseemos incontables mercenarios. Podría conquistar todo Barsoom si quisiera”.

»Naturalmente, aquella grosera fanfarronada disgustó a mi padre, pero contuvo su temperamento, ya que Hin Abtol era su invitado. Supongo que Hin Abtol pensó que mi padre le temía. A menudo, los de su calaña tienden a creer que la educación es un signo de debilidad. Recuerdo que una vez le dijo a mi padre: “Considérate afortunado de que Hin Abtol sea tu amigo. Otras naciones caerán ante mis ejércitos, pero a ti se te permitirá conservar el trono, tal vez exija un pequeño tributo de tu parte, pero eso te hará ganar la seguridad de que Hin Abtol te protegerá”.

»No sabía cómo controlaba mi padre sus nervios. Yo estaba furiosa. Insulté a aquel tipo una docena de veces, pero era un patán demasiado egoísta para darse cuenta de que estaba siendo insultado; entonces vino lo peor; le dijo a mi padre Gahan de Gathol que había decidido honrarle tomándome a mí, Llana de Gathol, como esposa. ¡Y ya había fanfarroneado de que tenía siete!

»“Eso” dijo mi padre, “es algo que no puedo discutir contigo. La hija de Gahan de Gathol elegirá a su propio compañero”. Hin Abtol rompió en risotadas, “Hin Abtol”, afirmó, “escoge a sus mujeres... y ellas no tienen ni una palabra que decir”.

»Bueno, ya había aguantado todo lo que podía a aquel mamarracho, así que decidí ir a Helium para visitaros a ti y a Dejah Thoris. Mi padre decidió que debería ir en una pequeña nave voladora tripulada por veinticinco de sus hombres de confianza, todos miembros de mi guardia personal.

»Cuando Hin Abtol se enteró de que me marchaba, dijo que él también se iba... que volvía a su propio país pero que volvería para recogerme. “Y espero no tener dificultades al respecto”, observó, “sería desastroso para Gathol que, por su causa, me convirtiera en enemigo vuestro, yo, Hin Abtol, de Panar, jeddak de jeddaks del Norte”.

»Partió un día antes de mi marcha, y desde luego su marcha no me hizo cambiar de planes. De hecho, llevaba planeando aquella visita durante algún tiempo. Mi vehículo habría cubierto unos cien haads escasos de mi viaje a Helium, cuando vimos cómo una nave se elevaba desde el borde de un bosque de serapus que teníamos delante. Se acercó lentamente hacia nosotros, y cuando estuvo a cierta distancia pude reconocer su antigua estructura. Era la nave de Hin Abtol, de Panar, el renombrado jeddak de jeddaks del Norte.

»Cuando estuvimos lo suficientemente próximos nos saludó, y su capitán nos dijo que su circuito se había estropeado y que estaban perdidos. Pidió que uniéramos los costados de las naves para que pudiera pasar a examinar nuestras cartas de navegación y presentarnos sus respetos. Esperaba, dijo, que pudiéramos reparar su circuito.

»Bajo tales circunstancias no podíamos hacer otra cosa que acceder a su petición,

ya que no podíamos dejar a una nave averiada sin ofrecer ayuda. Como no quería ver a Hin Abtol, bajé a mi camarote.

»Sentí el choque entre las dos naves, y un momento después oí gritos y maldiciones y los sonidos propios de una batalla que se desarrollaba en cubierta.

»Subí a toda prisa por la escalera y la vista que se ofreció ante mis ojos me hizo enfurecer de rabia. Casi un centenar de guerreros pasaban a la cubierta de nuestra nave desde el antiguo transporte de Hin Abtol. Nunca he visto practicar brutalidad mayor, ni siquiera a los hombres verdes. Aquellas bestias ignoraban por completo las más comunes reglas éticas de un combate civilizado. Nos sobrepasaban en número; cuatro de ellos por cada uno de nosotros. No teníamos ninguna oportunidad, pero los hombres de Gathol ofrecieron una noble lucha, haciendo manar en abundancia la sangre de sus atacantes, de tal forma que Hin Abtol debió perder como mínimo cincuenta hombres antes de que el último miembro de mi valerosa guardia fuera pasado a cuchillo. Los panars arrojaron a nuestros muertos y heridos por la borda, sin siquiera asestar a los moribundos el golpe de gracia. De toda mi tripulación, nadie quedó con vida.

»Después Hin Abtol abordó la nave. “Te dije”, comentó, “que Hin Abtol escoge a sus esposas. Habría sido mejor para ti y para Gathol que hubieras creído”.

»“Habría sido mejor para ti”, repliqué, “que no hubieras oído hablar nunca de Llana de Gathol. Puedes estar seguro de que mi muerte será vengada”.

»“Yo no intento matarte”, dijo.

»“Me mataré yo misma”, repuse, “nunca seré la compañera de un ulsio como tú”. Eso le irritó y me golpeó. “Y además de ulsio, eres un cobarde”, le dije.

»No me pegó de nuevo, pero ordenó que me llevaran a mi camarote. Una vez allí me di cuenta de que la nave se ponía en marcha de nuevo, y mirando a través de las ventanas vi que llevaba dirección norte... norte, hacia la helada tierra de los panars.

XI

—Temprano, a la mañana siguiente, un guerrero entró en mi camarote. “Hin Abtol ordena que vayas ahora mismo a la sala de control”, dijo. “¿Qué quiere de mí?”, exigí saber. “Su navegante no comprende esta nave, ni sus instrumentos”, explicó. “Quiere hacerte algunas preguntas”.

»Pensé deprisa. Tal vez consiguiera frustrar los planes de Hin Abtol si pudiera manipular durante unos minutos los controles y los instrumentos de navegación, que yo conocía tan bien como cualquiera conoce la casa de un ser querido; así que seguí al guerrero hasta cubierta.

»Hin Abtol se hallaba en la sala de controles con tres de sus oficiales. Su faz era una máscara negra cuando entré. “Estamos fuera de rumbo”, dijo secamente, “y durante la noche hemos perdido el contacto con nuestra propia nave. Instruirás a mis oficiales en el manejo de estos estúpidos instrumentos que les han confundido”. Tras esas palabras abandonó la cabina de control.

»Miré a mi alrededor al horizonte en todas direcciones. La otra nave no estaba a la vista. Mi plan quedó formado instantáneamente. Si la otra nave pudiera avistarnos, no triunfaría. Sabía que si la nave en la que iba prisionera llegaba a Panar, tendría que exponer mi propia vida para escapar a un destino peor que la muerte. En tierra también podía encontrar la muerte, pero tendría mayor oportunidad de huir.

»“¿Qué es lo que no comprendéis?” pregunté a uno de los oficiales. “Todo”, replicó. “¿Qué es esto?”.

»“Un compás direccional”, expliqué. “Pero... ¿Qué habéis hecho? ¡Está destrozado!”.

»Hin Abtol no podía comprender para qué servía lo que le hizo encolerizarse, así que empezó a romperlo para ver que había dentro.

»“Ha hecho un buen trabajo”, le dije, “ahora él o uno de vosotros debería armarlo de nuevo”.

»“No sabemos cómo”, dijo el individuo. “¿Y tú?”.

»“Por supuesto que no”.

»“¿Entonces qué vamos a hacer?”.

»“Aquí hay un compás normal”, le dije. “Haz que apunte hacia el norte, pero primero vamos a ver que más deterioros habéis causado”.

»Mi intención era examinar los demás instrumentos y controles, y mientras lo hacía, abrí las válvulas de los tanques de flotación y las atranqué para que no pudieran cerrarse.

»“Ahora todo va bien”, le dije. “Solamente cuida de que este compás señale hacia el norte. No necesitaréis el compás direccional”.

»Debería haber añadido que dentro de poco tiempo no iban a necesitar ningún

compás en lo que a la navegación de la nave se refería. Después bajé a mi camarote.

»Sabía que algo sucedería muy pronto, y mi conjetura fue certera. Pude ver por el ojo de buey cómo perdíamos altura... caíamos lentamente poco a poco; justo en aquel momento otro guerrero entró en mi camarote y me comunicó que se me necesitaba en la sala de controles de nuevo.

»Una vez más Hin Abtol se encontraba allí. “Estamos descendiendo”, me dijo... hecho que era demasiado obvio para ser mencionado.

»“Hace mucho que lo he notado”, repuse.

»“¡Bien, haz algo al respecto!”, dijo con énfasis. “Conoces todo lo referente a esta nave”.

»“Creía que un hombre que piensa conquistar todo Barsoom sería capaz de dirigir una nave sin la ayuda de una mujer”, comenté. Hin Abtol enrojeció al oír aquello y desenfundó su espada. “Vas a decirnos qué es lo que no marcha bien”, gruñó, “o te abriré el cuerpo desde la coronilla hasta el vientre”.

»“Tan caballeroso y gentil como siempre”, observé con desprecio; pero, aunque no me hubiera amenazado le hubiera dicho qué era lo que funcionaba mal.

»“Bueno, ¿qué es?”. Me exigió.

»“Al inspeccionar estos controles, tú o uno de tus igualmente estúpidos brutos ha abierto las válvulas del tanque de flotación. Todo lo que tenéis que hacer es cerrarlas. Cuando lo hagáis no descenderemos más, pero tampoco podremos ganar altura otra vez. Espero que no haya montañas o colinas un poco altas de aquí a Panar”.

»“¿Dónde están las válvulas?”, preguntó.

»Se las mostré e intentaron cerrarlas, pero las había atrancado tan bien que no pudieron hacerlo. Mientras, seguíamos cayendo cada vez más hacia la ocre vegetación del fondo de un mar muerto.

»Hin Abtol estaba furioso. Y lo mismo sus oficiales. Allí estaban, a miles de haads de su hogar, veinticinco hombres que habían pasado la mayor parte de sus vidas en las vidriosas y cálidas ciudades de las tierras del Polo Norte, sin conocimientos, o muy pocos del mundo exterior y sobre qué clase de bestias, hombres u otros peligros podían resultar un obstáculo en el camino hacia su país. Apenas podía aguantar la risa.

»Mientras perdíamos altitud, divisé las torres de una ciudad en la lejanía, al norte de nuestra posición; también lo observó Hin Abtol. “Una ciudad”, dijo, “estamos de suerte. Allí podremos encontrar mecánicos que reparen nuestra nave”.

»“¡Sí!”, pensé, “si hubierais llegado hace un millón de años, puede que hubierais encontrado mecánicos, pero no tendrían ni idea de cómo reparar un aparato volador porque tales aparatos no habían sido inventados entonces, pero sí que os podrían haber construido una sólida embarcación con la que podrían haber navegado por los cinco océanos del milenario Barsoom”, pero no dije nada. Quería dejar que Hin Abtol

lo averiguara por sí mismo.

»Nunca había estado en Horz, pero sabía que aquellas torres que se destacaban en la lejanía sólo podían pertenecer a esa ciudad muerta hacía mucho tiempo, y, además, deseaba saborear el placer de contemplar el disgusto de Hin Abtol después de que hubiera recorrido el largo e inútil camino hacia allí.

–Eres una pequeña bribona vengativa -dije.

–Me temo que lo soy -admitió Llana de Gathol-. Pero en tales circunstancias, ¿puedes reprochármelo?

Tuve que admitir que no podía.

–Continúa -me apresuré a decir-, cuéntame que pasó después.

–¡Parece que no vamos a llegar nunca al final de estos abominables fosos! – exclamó Kam Han Tor.

–Eso deberías saberlo tú -le dijo Pan Dan Chee-. Acabas de decir que fueron contruidos según tus planos.

–Eres un insolente -repuso Kan Han Tor-, y serás castigado por ello.

–Has estado muerto durante un millón de años -observó Pan Dan Chee- y así deberías continuar.

Kam Han Tor se llevó la mano a la empuñadura de su espada larga. Estaba muy furioso, y no podía culparle, pero aquel no era el momento adecuado para permitirse el lujo de empezar un duelo.

–¡Esperad! – grité-. Tenemos cosas más importantes en qué pensar que en rencillas personales. Pan Dan Chee habló sin pensar. Se disculpará ahora mismo.

Pan Dan Chee me lanzó una mirada de sorpresa y desaprobación, pero enfundó su arma.

–Lo que John Carter, Príncipe de Helium, Señor de la Guerra de Barsoom, me ordena hacer, lo hago -dijo-. Te ofrezco mis disculpas Kam Han Tor.

–Bien. – Kam Han Tor las aceptó de buena gana y una vez que se hubo arreglado el incidente, apremié a Llana de Gathol para que continuara con su historia.

–La nave se posó suavemente sobre el suelo sin que se produjeran más daños -prosiguió-. Hin Abtol estaba indeciso al principio sobre si llevar con él a todos sus hombres a la ciudad o dejar algunos para que vigilaran el transporte. Finalmente, decidió que sería mejor para todos permanecer juntos por si se encontraban con un recibimiento hostil en las puertas de la ciudad. Se diría, de la manera que habló, que veinticinco soldados de Panar podrían tomar cualquier ciudad de Barsoom.

»“Yo esperaré aquí”, le dije, “no hay razón para que os acompañe a la ciudad”.

»“Y para cuando yo vuelva ya te habrás ido”, repuso él, “eres una muchacha astuta, pero yo soy más astuto que tú. Vendrás con nosotros”.

»Así que tuve que recorrer con ellos todo el camino hacia Horz, y la verdad es que había un largo y cansado camino. Cuando nos aproximábamos a la ciudad Hin

Abtol hizo notar que era sorprendente que no viéramos señales de vida. No había humo, ni movimiento alguno a lo largo de la avenida que corría paralela a la planicie que la limitaba; la llanura que una vez había sido un poderoso océano. No fue hasta que penetramos en la ciudad cuando se dio cuenta de que estaba muerta y desierta... aunque no totalmente, como pronto íbamos a descubrir.

»Habíamos avanzado una corta distancia a través de la avenida principal cuando, de pronto, una docena de guerreros verdes salió de un edificio y cayó sobre los panars. Habría sido una buena batalla, John Carter, si tú y dos de los guerreros de tu guardia os hubierais enfrentado a los hombres verdes; pero aquellos panars no se mostraban fieros y valientes a menos que la ventaja les favoreciese.

»Por supuesto, sobrepasaban en número a los hombres verdes, pero el gran tamaño, fuerza y salvaje ferocidad de los últimos les hacía llevar ventaja sobre tan débiles adversarios.

»Vi bastante poco de la lucha. Los contrincantes no me prestaban ninguna atención. Estaban demasiado enfrascados unos contra otros. En aquel momento, vi el comienzo de una rampa cercana y me dirigí hacia ella. Lo último que vi del combate fue como Hin Abtol corría con todas sus fuerzas hacia la llanura y a sus hombres siguiéndolo. Tras ellos, los hombres verdes les pisaban los talones. En cuestión de velocidad, el sobresaliente se lo llevaban los panars. Tal vez no fueran capaces de pelear, pero correr sí que corrían.

XII

–Sabido que los hombres verdes regresarían a por sus thoats y que debía, por tanto, esconderme, descendí por la rampa -continuó Llana- que me condujo a los fosos que había bajo la ciudad. Pretendía introducirme sólo lo suficiente para evitar ser descubierta desde arriba y para poder estar al tanto si los hombres verdes bajaban por la rampa en mi busca... no iban a desperdiciar la oportunidad de capturar a una mujer roja para torturarla o esclavizarla.

»Había abandonado la rampa y me había adentrado un poco por un corredor, cuando de repente vi una débil luz en la lejanía. Pensé que aquello era digno de ser investigado, ya que no deseaba ser cogida de sorpresa por la espalda o, tal vez, encontrarme entre dos fuegos; así que avancé por el pasillo en dirección a la luz, y en aquel instante descubrí cómo retrocedía. Sin embargo, continué siguiéndola, hasta que al fin se detuvo en un recinto lleno de cajas.

»Al mirar al interior de la habitación, vi una criatura de horrible apariencia...

–Lum Tar O -dije- la criatura que maté.

–Sí -dijo Llana-. Lo observé durante un momento, sin saber qué hacer. Una antorcha iluminaba la cámara y él tenía otra en su mano izquierda. De repente, se puso alerta. Parecía escuchar con suma atención, después, salió arrastrándose de la habitación.

–Debió ser entonces cuando por primera vez nos oyó a Pan Dan Chee y a mí -sugerí.

–Supongo -dijo Llana de Gathol-. De cualquier manera, me quedé sola en la cámara. Si volvía por donde había venido era muy posible que cayera en manos de algún hombre verde. Si seguía a la horrenda criatura que acababa de ver, sin duda me esperaba algo muy desagradable. ¡Si pudiera encontrar un lugar que resultara lo bastante seguro para esconderme, hasta que llegara el momento de salir de los fosos!

»Las cajas eran el lugar perfecto. Una de ellas me proporcionaría un escondite excelente. Fue pura coincidencia el que la primera que abriera estuviera vacía. Me introduje en ella y puse la tapa sobre mí. Ya conoces el resto.

–Ahora vas a salir por fin de los fosos -dije mientras subíamos por una rampa en cuyo extremo podía verse la luz del día.

–Dentro de unos momentos -observó Kam Han Tor- contemplaremos las ricas aguas de Throxheus.

Bajé la cabeza.

–No te sientas muy defraudado -le dije.

–¿Es que os habéis puesto de acuerdo, tu amigo y tú para tomarme el pelo? –preguntó Kam Han Tor-. Ayer mismo pude contemplar las naves de la flota ancladas a lo largo del puerto. ¿Crees que me voy a creer que ya no existe un océano cuando

ayer mismo sí existía, y donde lleva desde que se creó Barsoom? Los océanos no desaparecen de un día para otro, amigo mío.

Se escuchó un murmullo de aprobación por parte de aquella espléndida compañía de nobles y sus esposas que habían oído a Kam Han Tor. Se resistían a creer lo que no deseaban crecer y, noté, lo que debió haber parecido un insulto hacia su inteligencia.

Ponte en su lugar. Imagina que vives en San Francisco. Te vas a la cama una noche y cuando despiertas, un completo extraño te dice que el océano Pacífico se ha secado y que puedes ir andando hasta Honolulu, Guam o Las Filipinas. Estoy seguro de que no le creerías.

Cuando llegamos a la ancha avenida que desemboca en la parte de Horz que da al mar, la comitiva de los ricamente ataviados hombres y mujeres miraron a su alrededor con desolador asombro las decaídas ruinas de la que una vez fue su orgullosa ciudad.

–¿Dónde está todo el mundo? – preguntó uno-. ¿Por qué está desierta la Avenida de los Jeddaks?

–¿Y el palacio del jeddak? – exclamó otro-. ¡No hay guardias!

–¡No hay nadie! – susurró una mujer.

Nadie volvió a hablar, mientras se dirigían ansiosamente hacia el muelle. Antes de que llegaran ya podían posar sus ojos sobre una estéril extensión desértica de fondo marino, una vez bañada por las aguas del Throxus.

En silencio continuaron hasta la avenida del puerto. Simplemente, no podían creer lo que veían con sus propios ojos. No recuerdo que en mi vida hubiera sentido un pesar mayor por uno de mis amigos que el que en aquel momento sentía por aquellas pobres gentes.

–Ya no está -dijo Kam Han Tor, en un murmullo casi imperceptible.

Una mujer rompió en llanto. Un guerrero sacó su daga y se la hundió en su propio corazón.

–Todos los muelles han desaparecido -dijo Kam Han Tor-. Nuestro propio mundo ha desaparecido.

Allí permanecieron, contemplando la vasta extensión desértica, tras ellos una ciudad muerta, que en un lejano ayer, había rebotado de vida, juventud y energía. De repente, algo extraño sucedió ante mis ojos. Kam Han Tor comenzó a encogerse y desmenuzarse. Puede decirse que se desintegraron, él y el cuero de su correa. Sus armas cayeron sonoramente sobre el pavimento y allí quedaron, entre un pequeño montoncito de polvo, los restos de quien había sido poco antes Kam Han Tor, hermano del jeddak.

Llana de Gathol se me acercó y me cogió del brazo.

–Es horrible -susurró-. ¡Mira, mira a los otros!

Miré a mi alrededor. Poco a poco, en grupos de dos o tres, los hombres y mujeres

de la milenaria Horz se estaban convirtiendo en el polvo que eran...

«La tierra a la tierra, las cenizas a cenizas, el polvo al polvo».

–Durante todos los siglos que han yacido en los fosos de Horz -dijo Pan Dan Chee-. Esta desintegración ha ocurrido poco a poco, sólo los obscenos poderes de Lum Tar O fueron los que les dotaron de una apariencia de vida. Una vez que su efecto les abandonó, la desintegración sucedió instantáneamente.

–Esa debe ser la explicación -dije- y mejor que haya sucedido de esta forma, porque esta gente jamás podría haber encontrado en el Barsoom de hoy la felicidad... un mundo moribundo, tan diferente al Barsoom esplendoroso de antaño, con sus cinco océanos, sus grandes ciudades, sus prósperos y felices pueblos, quienes si la historia no miente, habían acabado con todos los guerreros y amantes de la guerra y habían establecido la paz de un pueblo a otro.

–No -dijo Llana de Gathol-, nunca podrían haber sido felices de nuevo. ¿Notaste lo bellos que eran?, y el color de su piel era igual que el de la tuya, John Carter. A no ser por sus rubios cabellos podían haber sido de la propia Tierra.

–Hay mucha gente que tiene el pelo rubio en mi mundo -repuse-. Tal vez, después de tantos cruces entre las diferentes razas de la tierra, desarrollemos una raza de hombres rojos, como en Barsoom. ¿Quién sabe?

Pan Dan Chee miraba de forma adorable a Llana de Gathol. La miraba de manera tal que pude ver que Llana se molestaba a pesar de que le gustara.

–Venga -dije-, no vamos a adelantar nada quedándonos aquí. Mi nave se encuentra en una plaza cercana. Podrá llevar a los tres. ¿Vendrás conmigo, Pan Dan Chee? Puedo asegurarte que serás bienvenido en Helium y se te ofrecerá un puesto en el ejército del jeddak.

Pan Dan Chee movió la cabeza con pesar.

–Debo volver a la fortaleza -replicó.

–A Ho Ran Kim y a la muerte -le recordé.

–Sí, a Ho Ran Kim y a la muerte -dijo.

–No seas tonto Pan Dan Chee -repuse-, te has liberado a ti mismo honorablemente. No puedes matarme y sé que no matarías a Llana de Gathol. Nos iremos de aquí, y llevaremos con nosotros el secreto del pueblo olvidado de Horz, no importa lo que hagas, pero has de saber que ninguno de nosotros utilizará nunca ese secreto para causar daño a tu gente. ¿Por qué entonces tienes que afrontar tu muerte sin necesidad? Ven con nosotros.

Sus ojos se clavaron en los de Llana de Gathol.

–¿Deseas que os acompañe? – preguntó.

–Si tu negativa te va a conducir a la muerte -contestó ella- entonces sí, es mi deseo el que vengas con nosotros.

Una sonrisa onduló los labios de Pan Dan Chee, evidentemente había visto un

rayo de esperanza en su ambigua respuesta, porque me dijo:

–Te lo agradezco John Carter. Iré contigo. Mi espada será siempre tuya.

XIII

No tuve dificultad en encontrar la plazoleta donde había aterrizado mi nave. Cuando nos acercábamos vi cierto número de hombres que yacían en la avenida. Estaban contorsionados en las grotescas posturas de la muerte. Algunos estaban abiertos desde la cabeza hasta el vientre.

–Es obra de los hombres verdes -dije.

–Eran los hombres de Hin Abtol -observó Llana de Gathol.

Contamos diecisiete cadáveres hasta llegar a la entrada de la plaza. Cuando la eché una ojeada me detuve aterrado... mi nave ya no estaba allí. Cinco panars más yacían muertos cerca de donde había permanecido.

–Ya no está -dije.

–Hin Abtol -me respondió Llana de Gathol-. El muy cobarde abandonó a sus hombres y huyó en tu vehículo. Sólo dos de sus guerreros consiguieron huir con él.

–Puede que hubiera hecho el tonto de haberse quedado -dije-. Con ello sólo habría conseguido encontrar la misma muerte que sus hombres.

–En similares circunstancias, John Carter habría hecho el tonto entonces -observó ella maliciosamente.

Quizás tuviera razón, porque la verdad es que me gustaba la lucha. Supongo que eso no está muy bien visto, pero no puedo evitarlo; pelear ha sido mi profesión durante toda mi vida o al menos hasta donde alcanza mi memoria. Combatí durante la Guerra Civil en el ejército confederado, pero antes ya había batallado en otras guerras. No voy a aburrirte con mi biografía. Basta con decir que siempre he luchado. No sé la edad que tengo, el caso es que no recuerdo mi infancia, pero siempre he aparentado tener treinta años, aún hoy. No sé de dónde vine, ni si me parió una mujer como a los demás hombres. Que yo sepa, yo he existido siempre. Quizás sea la reencarnación de algún milenario guerrero fallecido en otra época. ¿Quién sabe? Eso podría explicar mi habilidad para cruzar la fría y oscura extensión espacial que existe entre la Tierra y Marte. Eso no lo sé.

Pan Dan Chee rompió el encanto de mis meditaciones.

–¿Y ahora qué? – preguntó.

–Ahora una buena caminata -repuse-. Hay por lo menos cuatro mil haads desde aquí a Gathol, la ciudad amistosa más cercana.

Eso equivalía a mil quinientas millas... en verdad un buen paseo.

–¿Y solamente este desierto para buscar nuestro sustento? – interrogó Pan Dan Chee.

–Encontraremos colinas -le dije-. Habrá pequeños pero profundos barrancos donde crecen musgos y otras hierbas que son comestibles; pero es posible que allí haya hombres verdes, y muy probablemente banths y otras bestias de presa. ¿Tienes

miedo Pan Dan Chee?

–Sí -contestó él-, pero sólo por Llana de Gathol. Es una mujer... no es aventura para una dama, tal vez no sobreviva.

Llana de Gathol estalló en carcajadas.

–Tú no conoces a las mujeres de Helium -dijo- y menos a una por cuyas venas corren las sangres de Dejah Thoris y de John Carter. Quizás lo averigües antes de que lleguemos a Gathol.

Se detuvo y recogiendo el correaje y las armas de un panar muerto se los colocó. Su acción fue más elocuente que sus palabras.

–Ahora somos tres buenas espadas -comentó Pan Dan Chee riendo. Pero sabíamos que no se reía por burla hacia Llana de Gathol, sino por admiración.

Y así, los tres emprendimos el largo viaje hacia la lejana Gathol... Llana de Gathol y yo, de una misma sangre y de dos mundos, y Pan Dan Chee de otra sangre y de un mundo ya extinto. Puede pensarse que formábamos un trío un tanto dispar, pero no ocurría tal cosa entre tres personas tan bien armonizadas entre sí... al menos al principio.

Durante cinco días no vimos ningún ser viviente. Nos alimentamos solamente con la leche de la planta mantalia, que aparentemente, no necesita agua para desarrollarse. Obtiene su reserva de leche de los productos del suelo, de la escasa humedad del aire y de los rayos solares. Una sola planta de esta especie es capaz de producir de dos a tres litros de leche al día. Se encuentran diseminadas por los fondos de los mares muertos como una bendición de la Providencia, ofreciendo comida y bebida a hombres y bestias.

Mis compañeros habrían fallecido de sed o de hambre si no hubiera estado con ellos, ya que no sabían que aquellas plantas de apariencia tan normal con las que nos cruzábamos repetidamente albergaban en sus raíces y ramas aquel líquido salvador. Descansábamos durante el medio día y dormíamos durante media noche, alternándose en los turnos de guardia... un trabajo que Llana de Gathol insistió en compartir con nosotros.

Cuando nos tumbamos a descansar la sexta noche, a Llana le tocó hacer la primera guardia; y como a mí me correspondía la segunda, me dispuse a dormir inmediatamente. Pan Dan Chee se sentó y empezó a charlar con Llana.

Mientras cogía el sueño, le oí decir:

–¿Puedo llamarte Princesa mía?

Eso en Barsoom es el equivalente a una proposición de matrimonio en la Tierra, intenté taparme los oídos y dormirme de una vez, pero no pude evitar escuchar su respuesta.

–Todavía no has luchado por mí -repuso ella- y ningún hombre debe proponer tal cosa a una mujer de Helium hasta que haya probado sus armas.

–No tuve oportunidad de pelear por ti -replicó él.

–Entonces espera hasta que lo hagas -dijo ella secamente-. Y ahora, buenas noches.

Pensé que se había portado un tanto duramente con él. Pan Dan Chee es un muchacho simpático, y yo estaba seguro de que daría todo de su parte cuando se le presentara la oportunidad. Ella no tenía que haberle tratado como si fuera un don nadie. Pero claro, ya se sabe que las mujeres tienen reacciones muy suyas. Por lo general, utilizan sistemas bastante desagradables pero según parece son los mejores para conquistar a los hombres, así que supongo que obró correctamente.

Pan Dan Chee se alejó unos pasos y se tumbó al otro lado del lugar donde se hallaba Llana de Gathol. Siempre nos las arreglábamos para que permaneciera entre nosotros para así poder protegerla mejor.

Más tarde, un grito y un horrible rugido me despertaron. Salté y me puse en pie, cuando de pronto, vi a Llana de Gathol tirada en el suelo con un gigantesco banth encima. En aquel momento Pan Dan Chee dio un gran salto y cayó sobre la espalda del temible carnívoro.

Sucedió todo tan deprisa que apenas tuve tiempo de verlo. Observé cómo Pan Dan Chee tiraba de la bestia en un esfuerzo de apartarla del cuerpo de Llana, al mismo tiempo que le introducía la daga una y otra vez en su costado. El banth rugía horriblemente a la vez que intentaba librarse de Pan Dan Chee sin retirarse de su posición sobre Llana.

Me acerqué con mi espada corta, pero era difícil encontrar un hueco donde clavar mi acero sin dañar a Llana o a Pan Dan Chee. Debíamos ofrecer un espectáculo divertido; los cuatro dando vueltas, todos mezclados, el banth rugiendo y Pan Dan Chee maldiciendo como un condenado cuando no intentaba decirle a Llana de Gathol lo mucho que la amaba.

Pero al fin encontré una abertura, y hundí mi espada corta en el corazón del banth, que con un chillido final y una seca convulsión, se revolcó y quedó inmóvil.

Cuando iba a levantar a Llana del suelo, saltó y se puso de pie.

–Pan Dan Chee -gritó-. ¿Te encuentras bien? ¿Estás herido?

–Por supuesto que estoy bien -dijo Pan Dan Chee-; pero ¿y tú? ¿has sufrido algún daño?

–No, ninguno en absoluto. Mantuviste al animal tan ocupado que no tuvo oportunidad de hacerme nada.

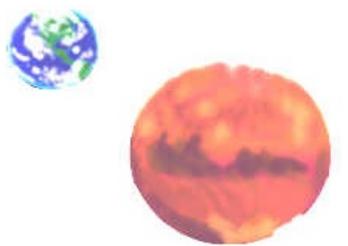
–¡Alabados sean mis antepasados! – exclamó Pan Dan Chee fervorosamente. De repente, se volvió hacia ella-. Ahora -dijo- ya he luchado por ti. ¿Cuál es tu respuesta?

Llana de Gathol encogió sus pequeños hombros.

–No has combatido contra un hombre -repuso-, sólo contra un pequeño banth.

Creo que nunca comprenderé a las mujeres.

LOS PIRATAS NEGROS DE BARSOOM



I

En mi anterior vida en la Tierra pasé más tiempo sobre la silla de montar que a pie, y desde que estoy aquí, en el planeta Barsoom, paso igualmente mucho tiempo en la silla de montar o en las veloces naves del ejército de Helium; tanto es así, que no me entusiasma tener que caminar mil quinientas millas. De todos modos, se tiene que hacer; y cuando hay que realizar algo, lo mejor es empezarlo y terminarlo lo antes posible.

Gathol está situado al sudoeste de Horz; no existen marcas ni señales en la tierra, por lo que me fui demasiado al Oeste, como descubrí más tarde. De no habernos desviado tanto, nos hubiéramos librado de una experiencia muy desagradable. Si hubiéramos tenido en cuenta mi vida anterior, nos encontraríamos con muchas más aventuras.

Habíamos caminado unas dos mil quinientos haads, de las cuatro mil que teníamos que hacer, siendo lo más exacto que se podía calcular, con el mínimo de incidentes previstos. En dos ocasiones fuimos atacados por los banths, pero logramos matarlos antes de que nos hicieran algún daño; tuvimos una lucha con una banda de calots salvajes, pero afortunadamente no tropezamos con ningún ser humano, de todas las criaturas de Barsoom, las más salvajes. Y es que aquí, fuera de la tierra de los Aliados, todos los hombres son tus enemigos y tienen el propósito de destruirte; tampoco es extraño, pues en un mundo donde las riquezas naturales son casi inexistentes, el agua y el aire son apenas suficiente para las necesidades de la actual población.

Las enormes áreas del que fue el lecho del mar, cubierto por una vegetación ocre, que atravesábamos eran interrumpidas ocasionalmente por algunas colinas bajas. A la sombra de éstas, a veces encontrábamos raíces y plantas comestibles. Pero la mayoría del tiempo, subsistíamos con la resina, una forma de leche de la mantalia, planta que crece en estas tierras, aunque son muy escasas.

Habíamos tratado de seguir la cuenta de los días, y fue en el trigésimo séptimo día, cuando nos encontramos con un problema muy serio. Era en el cuarto zode, que sería la una de la tarde en la Tierra, cuando vimos a lo lejos y a nuestra izquierda, lo que reconocí como una caravana de marcianos verdes. Como no hay destino peor, que caer en manos de estos crueles monstruos, caminamos a prisa, con la esperanza de cruzar el camino antes de que nos descubrieran; aprovechando la poca protección que nos ofrecía el terreno y viéndonos muchas veces obligados arrastrarnos sobre nuestros estómagos, un arte que aprendí de los apaches de Arizona. Yo estaba a la cabeza del grupo cuando me encontré con unos esqueletos humanos. Se estaban convirtiendo en polvo, señal de que estaban allí hacía muchos años, puesto que la humedad de Marte es tan baja, que la descomposición ósea es muy lenta. A unos

cincuenta metros había otros esqueletos, y más tarde encontramos muchos más. Era una horrible visión; en un principio pensé que había sido el escenario de una batalla, pero me di cuenta de que estos hombres habían muerto con muchos años de diferencia cuando vi que algunos esqueletos eran recientes y que otros ya habían comenzado a desintegrarse.

Ya habíamos cruzado la línea de marcha de la caravana, y tan pronto como encontráramos un lugar donde escondernos, estaríamos relativamente seguros. Justo entonces, llegué al borde de un abismo anchísimo.

Con excepción del Gran Cañón de Colorado, nunca había visto algo igual. Era un enorme valle que tenía unos quince kilómetros de ancho por cuatro de profundidad, extendiéndose varios kilómetros más en cada dirección.

Había muchas rocas en el borde del risco, y nos escondimos detrás de una de éstas; a nuestro alrededor había esparcidos más esqueletos humanos, como los que habíamos encontrado anteriormente. Quizás fuera un aviso; pero al menos no nos podrían hacer daño alguno, así que pusimos nuestra atención en la caravana que se nos acercaba, la cual había cambiado de dirección y venía hacia nosotros. Con poca esperanza, esperábamos que retomara su antigua ruta y no pararan, y por tal motivo vigilamos su camino.

Cuando, por primera vez, fui transportado milagrosamente a Marte, me vi apresado por una horda de hombres verdes y conviví con ellos una larga temporada, aprendiendo sus costumbres. Por ello, estoy seguro, que esta caravana estaba realizando la peregrinación quinquenal, a los lugares de incubación que estarían bien escondidos.

Cada marciana adulta produce unos trece huevos al año, y los huevos que alcanzan el tamaño y peso necesarios, son escondidos en unas cavidades subterráneas, donde la temperatura es adecuada para su incubación. Cada año, los huevos depositados en estas incubadoras son examinados por un grupo de veinte jefes. De la producción anual de huevos, son conservados los cien mejores que hayan obtenido mejor tamaño, y el resto son destruidos. Al término de cinco años, cerca de quinientos huevos perfectos son los elegidos, de los miles que se han producido. Estos son depositados en unos habitáculos casi herméticamente cerrados, hasta su eclosión, causada por los rayos solares, durante un período de otros cinco años.

Todos los huevos dan su fruto, a excepción de unos pocos que son abandonados a su suerte cuando la horda deja los lugares de incubación. Si de estos huevos abandonados nace alguna criatura, el destino de estos pequeños marcianos es desconocido. Son rechazados, ya que creen que sus descendientes pueden transmitir la tendencia de una incubación retardada y así romper el sistema creado durante mucho tiempo y que le permite a los marcianos el calcular, con exactitud, el regreso a los lugares de incubación.

Estos lugares fueron construidos en sitios lejanos donde hubiera pocas, por no decir ninguna, posibilidad de ser descubiertos por alguna otra tribu. Ya que de ocurrir algo de esto, el desastre sería de tal magnitud, que no habría niños durante cinco años.

Las caravanas de los marcianos verdes son bárbaras y de una belleza extraordinaria. Esta caravana tenía unos doscientos cincuenta carros de tres ruedas, tirados por unos mastodónticos animales conocidos por zitidars, cuya fuerza les permitiría fácilmente tirar de toda la caravana completamente cargada.

Sus carros son enormes, cómodos y fastuosamente decorados; en cada uno de ellos iba sentada una marciana adornada con ornamentos de metal, joyas, sedas y pieles. En el lomo de los zitidars, que tiraban de los carros, iban unos jóvenes marcianos sentados sobre una alfombra.

A la cabeza de la caravana, cabalgaban unos doscientos cincuenta guerreros formando una columna de cinco en fondo, y en la retaguardia formaban otros tantos soldados. De veinticinco a treinta guerreros protegían los flancos de la caravana.

Los animales montados por estos guerreros no tienen semejanza alguna con otros animales de la Tierra. Son de gran altura, con cuatro patas a cada lado, un rabo largo, ancho y plano en su extremo, que queda en forma horizontal cuando están al galope, y con una gran boca, que dividía la cabeza en dos mitades, desde el morro al cuello.

Como sus enormes amos, son seres sin vello, su piel es de un color gris oscuro, suave y brillante; su barriga es blanca, sus patas son del mismo color gris oscuro, pero las pezuñas son de un amarillo vivo. Las pezuñas son acolchadas y sin herradura. Los zitidars no llevan bridas ni riendas, ya que son conducidos por medios telepáticos.

Mientras mirábamos, la magnífica e impresionante caravana cambió nuevamente de dirección, por lo que suspiré de alivio al ver que iban a pasar de largo. Evidentemente, desde lo alto del lomo de los zitidars había visto el risco y se estaban moviendo en paralelo a él.

Mi tranquilidad duró poco, ya que uno de los guerreros de la retaguardia nos vio cuando ésta iba a pasar de largo.

Inmediatamente, el guerrero marciano dio la vuelta a su animal y, gritando a sus compañeros, vino al galope hacia nosotros. Nos pusimos de pie, con las espadas en las manos, esperando morir, pero preparados para vender caro nuestras vidas.

Después de habernos puesto de pie, Llana exclamó:

—¡Mirad, aquí hay un atajo que baja al valle!

Yo miré a mi alrededor, y pude ver el comienzo de un estrecho y tortuoso camino que se dirigía al profundo valle. Si pudiéramos llegar a tiempo al principio del camino estaríamos a salvo, porque los enormes zitidars de los hombres verdes no podrían pasar de manera alguna por el estrecho camino. Es muy posible que los

marcianos ni siquiera se dieran cuenta del riesgo sobre el que nos encontrábamos hasta que nos vieron. Ello se debe a que construyen sus incubadoras en sitios deshabitados y despoblados, en muchas ocasiones a más de mil kilómetros de sus ciudades.

Mientras que los tres, Llana, Pan Dan Chee y yo, corríamos hacia el camino, miré por encima de mi hombro y observé que el guerrero que nos había visto se encontraba a muy pocos pasos de nosotros y no teníamos posibilidad alguna de llegar a tiempo al camino. Grité a Pan Dan Chee para que se diera prisa y bajara con Llana. Los dos se pararon y me miraron.

–¡Esto es una orden! – les dije. Con renuencia se dieron la vuelta y se fueron por el camino, mientras que yo me enfrentaba con el guerrero marciano.

El guerrero paró su animal y se bajó, evidentemente con la intención de hacerme prisionero, en lugar de matarme; pero yo no tenía intención de dejarme capturar, para que me torturasen y me matasen. Era mucho mejor morir allí.

II

El guerrero desenvainó su espada y vino hacia mí. Yo procedí de la misma forma. Estaban a punto de llegar seis guerreros más para ayudarle; si no hubiera sido por esto, no me hubiera preocupado, pues con una espada en las manos, soy un enemigo peligroso para cualquier marciano. Su gran tamaño no le favorecía, y era una desventaja para ellos, ya que sus movimientos son lentos y pesados en comparación con la agilidad terrenal que yo poseía; y aunque me doblan en tamaño, soy de igual fortaleza que ellos. Los músculos del hombre de la Tierra han tenido que luchar con la fuerza de gravedad desde su nacimiento, porque cada movimiento que realiza es contrarrestado por esta fuerza.

Mi antagonista estaba tan seguro de sí mismo al enfrentarse a una criatura tan pequeña como yo, que dejaba partes de su cuerpo al descubierto y que cargó sobre mí como un toro salvaje.

Por la forma de mantener su espada, intuí que pretendía darme en la cabeza con la parte plana de la misma, para dejarme inconsciente, con lo cual le era más fácil el capturarme; pero cuando bajó su espada, no me encontró en el lugar, pues había saltado a su derecha, fuera del alcance de su espada, y al mismo tiempo le tiraba una estocada a su corazón. Hubiera acertado, sino fuera por uno de sus cuatro brazos, que desvió la punta de mi espada, antes de llegar a su cuerpo. Así y todo, le pude herir profundamente en uno de sus costados y gritando de dolor, se dio la vuelta, y arremetió nuevamente contra mí.

En esta ocasión tuvo más cuidado; pero no importaba: las cartas estaban echadas, pues estaba utilizando sus habilidades, en el arte de la lucha con espada, contra el mejor espadachín de dos mundos.

Los otros seis guerreros estaban llegando al escenario de nuestro combate. En ese momento no había tiempo para el deporte de la esgrima; le lancé una estocada y la punta de mi espada llegó perfectamente a su corazón. Viendo a Llana a salvo, di la vuelta por el borde del risco; los seis guerreros verdes realizaron exactamente lo que esperaba. Probablemente se habían alejado de la retaguardia de la caravana, con la esperanza de capturar a un hombre rojo, para torturarlo, o para jugar con él salvajemente. Todos ellos vinieron tras de mí; las pezuñas acolchadas y sin herraduras de sus enormes animales no hicieron ruido sobre la vegetación del suelo de aquel mar muerto. Con sus espadas preparadas, se lanzaron sobre mí, cada uno de ellos tratando de matarme o capturarme. Me sentí como se debería sentir un zorro cuando le estaban cazando.

De pronto, me detuve, me di la vuelta, y cargué contra ellos. Estarían pensando que me había vuelto loco de miedo, puesto que ciertamente no podían saber lo que estaba tramando, ya que les había alejado de la entrada del camino que baja al fondo

del valle. Estaban casi sobre mí, cuando salté al aire y pasé sobre ellos. Mi gran fuerza y agilidad, y la menor gravedad de Marte, se habían vuelto favorables, una vez más, para mí en esta situación de urgencia.

Cuando caí, corrí a la entrada del camino. Cuando los guerreros pudieron parar a sus enormes animales, dar la vuelta y venir tras de mí, ya era tarde. Yo puedo correr más que cualquier animal nacido en Marte. Mas mi orgullo me impedía dejar la lucha; sin embargo, en esta ocasión en que la seguridad de otros dependía de mí, me vi obligado a abandonar para mejor ocasión la lucha que tenía con estos seis guerreros. Rápidamente llegué a la entrada del camino, para ir a donde me esperaban Llana y Pan Dan Chee.

Mientras descendía, miré hacia arriba y vi a los guerreros en la entrada del estrecho camino; y suponiendo lo que iba a ocurrir, metí a Llana bajo la protección de un saliente. Pan Dan Chee, me siguió en el momento en que comenzaron a explotar cerca de nosotros, las balas de radium.

Los fusiles con que están armados los hombres de Marte son de un metal blanco, forrados de una madera muy liviana y de una dureza extrema muy apreciada en Marte, completamente desconocida para los hombres de la Tierra. El metal del cañón del fusil es de una aleación compuesta principalmente de aluminio y acero, a la que han conseguido dotar de una dureza muy superior a la del acero, con el que nosotros estamos familiarizados.

Los pequeños proyectiles de radium que emplean y la gran longitud de su cañón, hacen que sus disparos sean mortales y peligrosos en extremo, puesto que su alcance es enorme, impensable para un lugar como la Tierra.

Los proyectiles que usan explotan cuando dan contra un objeto, rompiéndose su opaca envoltura, dejando en libertad un cilindro, de un cristal sólido, en cuya parte delantera tiene una pequeña cavidad en donde depositan unas pocas partículas de polvo de radium.

En el instante en que la luz del Sol, aunque sea difusa, toca estos polvos de radium, explotan con una violencia a la que nada se puede resistir. En batallas nocturnas no se producen estas explosiones; pero, a la mañana siguiente, el aire se llena de ruidos muy agudos, producidos por las explosiones de los proyectiles que fueron lanzados en la noche anterior. Como es normal en Marte, los proyectiles que no llegan a explotar son utilizados nuevamente.

Creí más seguro quedarnos donde estábamos, que el ponernos al descubierto, tratando de saber si los enormes guerreros verdes habían decidido perseguirnos por el estrecho camino a pie; porque sabía que el camino era demasiado estrecho para sus enormes y pesados cuerpos, y que odiaban el ir a cualquier parte caminando.

Después de unos minutos de espera, me asomé y vi que se habían ido. Sólo entonces comenzamos a bajar al valle, sin arriesgarnos a mostrarnos a esa gran horda

de criaturas crueles y sin piedad.

III

El camino era muy inclinado y en muchas ocasiones peligroso, ya que zigzagueaba por el lado del risco por donde bajábamos. En algunas ocasiones, bajo los salientes del camino que teníamos que pasar, pisábamos el esqueleto de seres humanos, y en tres ocasiones vimos cadáveres recientes que se encontraban en distintas etapas de descomposición.

–¿Qué crees que significan estos cuerpos? – preguntó Pan Dan Chee.

–Estoy desconcertado -le contesté-; tiene que haber muchos más, muertos durante el camino, que los que hemos visto aquí. Notarás que todos están situados debajo de los salientes del camino, donde se diría que han ido a protegerse para morir después, y otros están al pie de este risco.

–¿Y cómo supones que habrán muerto? – preguntó Llana.

–Podría haber habido una epidemia en el valle -sugirió Pan Dan Chee-. Y estos habrían muerto, tratando de escapar.

–No tengo idea alguna sobre lo que significa -contesté-. Se pueden ver, en casi todos, los restos de las cuerdas que los sujetaban, pero ninguno lleva armas. Me inclino a pensar que Pan Dan Chee esté en lo cierto, al pensar que trataban de escapar. Si se trataba de una epidemia u otra cosa, nunca llegaremos a saberlo.

Desde nuestra vertiginosa situación, en este camino tan peligroso, tuvimos una vista excelente del valle. Era llano con bastante agua, y con la monotonía de las hierbas rojas que crecen en Marte, que crece en los lugares húmedos, interrumpida por unos bosques. En general, era una vista muy bella para alguien que no estuviera familiarizado con este planeta moribundo.

En Marte existen sembrados, bosques y otro tipo de vegetación al lado de los canales; hay césped y jardines en las ciudades donde el riego está disponible; pero nunca había visto nada como este valle. Excepto en el Valle del Dor, en el Polo Sur, donde se encuentra el mar perdido de Korus. Pues aquí no solamente se extendía la gran extensión de un fértil valle; sino que había ríos y, al menos, un lago que se podía ver en la lejanía. De repente, Llana llamó nuestra atención, señalando una ciudad deslumbrantemente blanca y con unas torres muy altas.

–¡Qué ciudad tan bella! – exclamó-. Me gustaría saber qué tipo de gente vive allí.

–Posiblemente, gente cuyo mejor deseo sería rebanarnos el gáznate -dije.

–Nosotros, los orovars, no somos así -dijo Pan Dan Chee-. Odiamos matar a la gente. ¿Por qué las demás razas de Marte se odian tanto?

–No creo que sea el odio lo que les hace matarse -repliqué-. Es que se ha convertido en una costumbre desde que se secaron los mares, tiempo atrás, y la supervivencia se ha hecho cada día más difícil. Durante todo ese tiempo, se han acostumbrado a luchar por sus existencias, y ha llegado a ser una norma el matar a

todos los extranjeros.

–Me gustaría ver esa ciudad por dentro -dijo Llana de Gathol.

–Tu curiosidad no será satisfecha -le respondí.

Nos quedamos durante cierto tiempo sobre uno de los salientes del camino, mirando aquel valle tan bello; posiblemente, una de las vistas más hermosas de Marte. Vimos varias manadas de pequeños thoats, utilizados por los marcianos rojos como animales de monta y, en ocasiones, como alimento. Existe poca diferencia entre los animales de monta y los destinados para producir carne de consumo; pero a la distancia en que nos encontrábamos, no podíamos saber cuales eran unos y otros. Vimos animales de caza y nosotros, que habíamos estado tanto tiempo sin haber comido carne, nos sentimos tentados por ella.

–Vamos a bajar -dijo Llana-. No hemos visto a ningún ser humano, y no es necesario el acercarnos a la ciudad; está bastante lejos de nuestro camino, y me gustaría ver el valle más de cerca.

–Me agradaría comer algo de carne fresca -dije.

–A mí también -me respondió Pan Dan Chee.

–Tengo el presentimiento de que vamos a cometer una insensatez -les dije-. Pero si hubiera seguido mis presentimientos siempre, mi vida hubiera sido muy aburrida.

–De todas formas -dijo Llana- no sabemos si hay más peligro en el valle del que hemos pasado en lo alto del risco. Además, ya nos hemos librado de un gran peligro, no creo que éste vuelva a repetirse.

Yo no lo veía de esa forma; aunque he conocido marcianos verdes que han estado cazando a un hombre rojo durante varios días.

Al pie del risco, donde terminaba el camino, había una gran cantidad de huesos humanos y unos cuantos cuerpos destrozados. ¡Pobres diablos! Me preguntaba el motivo de tantos cadáveres a nuestro paso.

Afortunadamente para nosotros, la ciudad estaba a tal distancia que no nos podían ver desde ella, y conociendo las costumbres marcianas, no teníamos ni la intención de acercarnos a ella; y tampoco lo hubiéramos hecho de tener la seguridad de que seríamos bien recibidos, pues el valle era tan bello en su estado natural, que la vista y el sonido de aquella ciudad, era una cosa que desentonaba con el paisaje.

A poca distancia de nosotros había un pequeño río y, más lejos, se extendía un bosque que llegaba a su orilla. Cruzamos el césped rojo hasta llegar al río, cuyo césped, que poseía muy poca altura a causa de los animales que estaban pastando, estaba salpicado por una enorme cantidad de flores de una belleza no terrenal.

A poca distancia río abajo, una manada de thoats estaban apaciblemente pastando. Eran de la variedad empleada para ganadería, ya que su carne es muy buena. Pan Dan Chee sugirió que cruzáramos el río, para poder aprovechar el resguardo que nos ofrecía el bosque al otro lado, poder aproximarnos a la manada y matar a uno de

ellos.

El río estaba lleno de peces y, mientras cruzábamos, pesqué varios con mi larga espada.

–Por lo menos, tendremos pescado para cenar -comenté-. Y si Pan Dan Chee tiene suerte, tendremos carne.

–En el bosque veo frutos y bayas -dijo Llana-. ¡Qué banquete nos vamos a dar!

–Deseadme suerte -dijo Pan Dan Chee mientras entraba en el bosque dirigiéndose a la manada.

Llana y yo mirábamos, pero no veíamos al joven orovar, que salió del bosque y le tiró algo al animal que se encontraba mas cerca, un joven thoat. La bestia rugió de dolor, corrió unos cuantos metros, se tambaleó y luego cayó, mientras que el resto de la manada huía.

–¿Cómo ha hecho eso? – me preguntó Llana.

–No lo sé -confesé-. Lo hizo tan rápido que no pude ver lo que le tiró. No ha sido una lanza, ya que no tiene, y si hubiera utilizado la espada, la hubiera visto.

–Parecía un pequeño trozo de rama -dijo Llana.

Vimos a Pan Dan Chee cortando trozos de carne; enseguida estuvo con nosotros, cargado con una gran cantidad de carne, que habría bastado para satisfacer a una docena de hombres.

–¿Cómo mataste a ese thoat? – le preguntó Llana.

–Con mi puñal -contestó Pan Dan Chee.

–Fue un tiro excelente -le dije-. ¿Pero dónde lo aprendiste?

–El lanzamiento del puñal es un deporte en Horz. Todos somos buenos lanzadores, pero se da la circunstancia de que yo he ganado el trofeo del jeddak durante los últimos tres años; así que me sentí muy capaz de cazar un thoat, aunque nunca he empleado el puñal con tal fin. Además, raramente hay duelos en Horz; y cuando los hay, los contrincantes nunca suelen utilizar el puñal, al menos que uno de ellos sea mejor que el otro.

Mientras que Pan Dan Chee y yo hacíamos fuego, y guisábamos el pescado y la carne, Llana recogía fruta; así, tuvimos una cena deliciosa y, cuando llegó la noche, nos acostamos en el suave césped y dormimos.

IV

Nos despertamos tarde, pues estábamos muy cansados de la noche anterior. Pesqué algunos peces más, y comimos nuevamente los mismos alimentos para desayunar. Luego, comenzamos a seguir el camino que nos llevaba fuera del valle.

–Va a ser una subida muy dura -dijo Pan Dan Chee.

–Esperaba que no tuviéramos que hacerlo -dijo Llana-. Odio dejar este lugar tan bello.

Algo llamó mi atención, de pronto, en la parte baja del valle.

–Posiblemente no tendrás que dejarlo, Llana -dije-. ¡Mira!

Ella y Pan Dan Chee se dieron la vuelta y miraron en la dirección que le indicaba, para ver a unos doscientos guerreros montados en thoats. Los hombres eran negros como el ébano, y me pregunté si podían ser los temibles piratas negros de Barsoom, a quienes había conocido por primera vez, y contra quienes había luchado, hacía ya muchos años, en el Polo Sur; era un pueblo que se llamaban a sí mismos «los Primeros Nacidos».

Venían al galope en sus monturas; nos rodearon y prepararon sus lanzas para cualquier eventualidad.

–¿Quiénes sois? – preguntó su jefe-. ¿Qué estáis haciendo en el valle de los Primeros Nacidos?

–Hemos venido por el camino del risco, huyendo de una horda de hombres verdes -le contesté-. Estamos a punto de irnos. Venimos en son de paz; no queremos luchar, pero somos tres espadas dispuestas a ofrecer una buena batalla.

–Tendréis que venir con nosotros a Kamtol -dijo el jefe.

–¿A la ciudad? – pregunté. Él afirmó con la cabeza. Desenvainé mi espada de un movimiento.

–¡Quieto! – dijo el jefe-. Os superamos en número, vosotros sois solamente tres; si venís a la ciudad, al menos tendréis la posibilidad de seguir viviendo. Si lucháis, moriréis.

Encogiéndome de hombros, como un gesto de indiferencia, les dije:

–No me importa. Llana de Gathol desea ver la ciudad, y yo prefiero no tener que luchar. Pan Dan Chee, Llana, ¿qué opináis?

–Me gustaría ver la ciudad -dijo Llana-, pero lucharé si así lo quieres.

–Tendréis que dejar las armas -dijo el jefe.

No me gustó aquella orden y dudé.

–Eso, o la muerte -me dijo el jefe-. ¡Vamos, decidios, no puedo estar aquí todo el día!

La resistencia era inútil, y me parecía absurdo sacrificar nuestras vidas si existía la posibilidad de que fuéramos bien recibidos en Kamtol; así que fuimos llevados en

el lomo de tres thoats, detrás de sus jinetes, a la bella y blanca ciudad.

Realizamos el viaje a la ciudad sin dificultad alguna, y tuve la oportunidad para observar a nuestros captores más detenidamente. Sin ninguna duda, eran de la misma raza que los de Xodar, dator de los Primeros Nacidos de Barsoom, para darle su título completo, que había sido en primer lugar mi enemigo, y luego, más tarde, mi amigo durante mis extraordinarias aventuras entre los sagrados Therns. Éstos son una raza muy hermosa, sin bello en sus extremidades, y de mucha musculatura, caras inteligentes, y con unas facciones exquisitas, que Adonis mismo hubiera envidiado. Yo, un caballero de Virginia, puede que resulte extraño que lo diga, pero su piel negra era más brillante que el ébano, lo que les hacía más bellos. Los corrajes y adornos metálicos de nuestros captores, eran idénticos a los que llevaban los piratas negros que conocí en los Acantilados Áureos del Valle del Dor.

Mi admiración por estas gentes no me impedía olvidar que eran una raza cruel y sin piedad, y que nuestras vidas, al ser capturados, estaban reducidas a un mínimo de posibilidades.

Kamtol no nos engañó de lejos. Era mucho más bella vista de cerca, que observada en la distancia. Sus blancas paredes estaban talladas, como las partes frontales de sus casas. Las elegantes torres que se elevaban por sus anchas calles estaban llenas de gente cuando entramos en la ciudad. Entre los negros, vimos algunos hombres rojos realizando los trabajos más bajos. Era evidente su esclavitud, y su presencia nos sugirió el destino que nos esperaba.

No puedo decir que quedé muy contento con la posibilidad de que John Carter, príncipe de Helium, guerrero de Marte, pudiera llegar a ser basurero. Una cosa que noté en Kamtol era que las casas no están construidas con columnas cilíndricas, como las casas más modernas de las ciudades de Marte, donde el asesinato había evolucionado a un arte de lo más refinado, y donde los clubes de asesinos son la moda, y en donde sus miembros pasean por las calles, como los gánsters de Chicago.

Bajo estrecha vigilancia, nos llevaron a un edificio y nos separaron. Fui llevado a una habitación donde me sentaron en una silla, con la espalda orientada hacia una extraña máquina, cuya parte delantera estaba cubierta con gran cantidad de botones. Varios cables, cuidadosamente aislados, salían de ella, con terminales metálicos que me pusieron en las muñecas, tobillos y cuello, y cuya terminal me presionaba la base de mi cráneo; entonces, me vistieron con una prenda parecida a una camisa de fuerza, y tuve la sensación de que miles de alfileres tocaban mi columna. Pensé que me iban a electrocutar; no comprendía el trabajo que se estaba realizando para destruirme, cuando hubiera sido más fácil darme una estocada.

Un oficial, que estaba al mando del aparato, se acercó y se paró enfrente de mí.

–Te vamos a examinar -dijo-. Contestarás a todas las preguntas que se te hagan,

diciendo la verdad. – Entonces señaló a un ayudante, que estaba al lado de la máquina, y éste apretó un botón.

Así que no me iban a matar, sino que me interrogarían. No podía suponer la razón de ello. Sentí un suave cosquilleo por todo el cuerpo y comenzaron a hacerme preguntas.

Había seis hombres. Unas veces preguntaban de uno en uno, y otras todos juntos. Durante estos momentos no podía contestar con mucha coherencia, ya que no podía oír las preguntas que se me hacían. A veces me hablaban suavemente, y otras me gritaban enfadados y me insultaban. Me permitieron descansar durante unos momentos y entonces entró un esclavo en la habitación, con una bandeja de comida de suculenta apariencia, y me la ofreció. Cuando la fui a coger, me la quitaron, y mis torturadores se rieron. Me pincharon con unos instrumentos agudos, hasta hacerme sangrar, y entonces me pusieron ácido en las heridas, y poco después me aplicaron una crema que al instante me quitó el dolor. Nuevamente me dejaron descansar y me ofrecieron comida. Como no hice ningún movimiento para cogerla, insistieron.

Durante este tiempo, había llegado a la conclusión de que habíamos sido capturados por una raza de sádicos, y lo que pasó después, me confirmó que estaba en lo cierto. Mis torturadores abandonaron la habitación. Durante varios minutos estuve pensando en todo el procedimiento que habían seguido conmigo, y me preguntaba el porqué no me torturaban con la máquina que me habían aplicado. Estaba de cara a una puerta situada en la pared de enfrente, cuando de pronto se abrió y entró un banth, saltando dentro con un rugido horrible.

Pensé que era el final, mientras que el enorme carnívoro venía corriendo hacia mí. Con la misma rapidez con que entró de la habitación se paró, de una manera tan seca que se cayó al suelo, a mis pies. Entonces vi que estaba atado a una cadena lo suficientemente larga como para que se aproximara pero no pudiera hacerme daño alguno. Ya había experimentado anteriormente todas las sensaciones de una muerte próxima, por lo que si ésas habían sido sus intenciones, habían fracasado, pues yo no temía ya a la muerte.

El banth fue arrastrado por la cadena y sacado de la habitación y la puerta fue cerrada; entraron nuevamente mis torturadores, sonriendo de una manera muy benévola.

–Esto es todo -dijo el oficial-. El examen ha terminado.

V

Después de que me quitaran todos los terminales de la máquina, fui entregado a un guardia y llevado a una celda que se encontraba en la parte subterránea de la ciudad, y que se pueden encontrar en todas las ciudades marcianas, antiguas o modernas. Los corredores laberínticos y sus celdas son utilizados como almacenes y como cárceles para prisioneros, estando habitados estos subterráneos por los ulsios, unos seres muy repulsivos.

Fui encadenado a la pared de una celda muy grande, donde había otro prisionero: un marciano rojo. No pasó mucho tiempo, cuando trajeron a Llana de Gathol y a Pan Dan Chee, quienes fueron encadenados cerca de mí.

–Veo que habéis aprobado el examen -dije.

–¿Qué diablos esperan obtener de todo ello? – preguntó Llana-. Es estúpido y absurdo.

–A lo mejor querían saber si nos podían matar de miedo -indicó Pan Dan Chee.

–Me pregunto cuánto tiempo nos tendrán en este lugar -dijo Llana.

–Llevo en este lugar un año -dijo el hombre rojo-. Ocasionalmente, me sacan para trabajar con otros esclavos, pertenecientes al jeddak; pero hasta que alguien me compre, me tendré que quedar aquí.

–¡Que te compren! ¿Qué quieres decir? – preguntó Pan Dan Chee.

–Todos los prisioneros pertenecen al jeddak -contestó el hombre rojo-. Pero sus nobles y oficiales nos pueden comprar, si desean otro esclavo más. Creo que me están reteniendo aquí para obtener un buen precio por mí, porque varios nobles me han visto y les gustaría comprarme.

Se quedó callado durante unos instantes y luego dijo:

–Perdonad mi curiosidad, pero dos de vosotros no parecéis barsoomianos en absoluto, y me pregunto de qué parte venís. Solamente la mujer es de Barsoom; los dos hombres tenéis la piel blanca, y uno de cabello negro y el otro rubio.

–¿Has oído hablar de los orovares? – pregunté.

–Claro -contestó-. Pero hace siglos que han desaparecido.

–De todas maneras, Pan Dan Chee, este guerrero, es uno de ellos. Hay una pequeña colonia de ellos que han sobrevivido en una ciudad muy apartada.

–¿Y tú? – preguntó-. Tú no eres un orovar, tu cabello es negro.

–No -dije-. Yo soy de otro mundo: de Jasoom.

–¡Oh! – exclamó-. ¿Puede ser que seas John Carter?

–Sí. ¿Y tú?

–Mi nombre es Jad-Han. Soy de Amhor.

–¿Amhor? – dije-. Conozco a una joven de Amhor. Su nombre es Janai.

–¿De qué conoces a Janai? – preguntó él.

–¿La conoces tú? – pregunté.

–Era mi hermana; murió hace años. Mientras yo estaba fuera del país, en un largo viaje, Jad-Han, príncipe de Amhor, empleó a Gantun Gur, un asesino, para que matara a mi padre, ya que no le quería como pretendiente de Janai. Cuando regresé a Amhor, Janai había escapado; y más tarde me enteré de su muerte. Tuve que abandonar la ciudad para evitar que me asesinaran, y después de vagar un cierto tiempo, los Primeros Nacidos me capturaron. Pero dime, ¿qué sabes de Janai?

–Sé que ella no ha muerto -le contesté-. Vive con uno de mis mejores y más leales oficiales, y se encuentra sana y salva en Helium.

Jad-Han estaba embriagado de alegría al saber que su hermana aún vivía.

–Ahora -dijo- si pudiera escapar de aquí, regresaría a Amhor y vengaría la muerte de mi padre, y entonces podría morir feliz.

–Tu padre ha sido vengado -le dije.

–Siento que no fuera yo el que lo matara -dijo Jad-Han.

–Llevas en este lugar un año -le dije-. Debes de saber las costumbres de estas gentes. ¿Nos puedes decir el destino que nos espera?

–Hay varias posibilidades -contestó-. Puede que os pongan a trabajar como esclavos, que son maltratados a menudo. Puede que os permitan vivir durante algunos años; o podéis ser utilizados sólo para los Juegos, que tienen lugar en el gran estadio, donde lucharéis contra otros hombres o bestias, para mayor exaltación de los Primeros Nacidos. Por otra parte, podéis ser ejecutados en cualquier momento. Todo depende de los caprichos de Doxus, jeddak de los Primeros Nacidos; al que tengo por un poco loco.

–Por el examen a que nos han sometido, yo afirmaré que están todos locos -dijo Llana.

–No estés tan segura -observó Jad-Han-. Si entendieras el por qué de ese examen, comprenderías que no fue ideado por una mente desequilibrada. ¿Viste algunos hombres muertos en la entrada del valle?

–Sí ¿pero qué tienen que ver con el examen?

–Ellos fueron sometidos a examen. Por ello es por lo que están muertos allá, tirados en el Valle.

–No entiendo las razones de ello -dijo-. ¿Puedes explicarme el motivo?

–La máquina que les fue conectada grabó cientos de sus reflejos, y automáticamente grabó el índice nervioso de cada uno, que es distinto para cada persona. La máquina central, que no visteis y que tampoco veréis, emite unas ondas vibratorias a las que se añade el índice nervioso; cuando ambas cosas coinciden, tendréis un ataque nervioso tan fuerte que os matará al instante.

–¿Pero para qué tanto despliegue? ¿Para matar a unos cuantos esclavos? – preguntó Pan Dan Chee.

–No es tan sólo para eso -le explicó Jad-Han-. Quizás fue uno de los propósitos iniciales: evitar que los prisioneros se escaparan y pudieran hablar de este maravilloso valle en un planeta moribundo. Puedes imaginar que cualquier país desearía poseerlo. Mas hay otros propósitos que mantienen a Doxus en el trono como rey. Cada persona de este valle tiene su índice nervioso grabado y está a merced de su jeddak. No tiene que abandonar el valle para que sean aniquilados. Un enemigo del jeddak, puede estar sentado en su casa, cualquier día, y cuando la onda de la máquina central le llegue, lo mataría. Doxus es el único hombre de Kamtol cuyo índice no ha sido grabado; él y otro hombre, Myr-Lo, son las únicas personas que saben dónde está la máquina central, y la forma en que funciona. Se dice que es muy delicada y que se puede estropear fácilmente si se desconoce su mecanismo, y que su arreglo es muy difícil y no puede ser reemplazada por otra.

–¿Y por qué no puede ser reemplazada? – le preguntó Llana.

–Él inventor de la máquina ha muerto -contestó Jad-Han-. Se dice que odiaba a Doxus, por la intención que tenía el jeddak de utilizar su máquina; y que Doxus lo mandó matar, por el gran miedo que le tenía. Myr-Lo, que fue el que le sucedió, no tiene el genio suficiente para crear una nueva máquina.

Aquella noche, después de que Llana se hubo dormido, Jad-Han, Pan Dan Chee y yo, conversamos en voz baja para no despertarla.

–Es muy cruel -dijo Jad-Han, que había estado mirando a la joven Llana, mientras dormía-. Es muy cruel, que ella sea tan bella.

–¿Qué quieres decir con eso? – le preguntó Pan Dan Chee.

–Cuando me preguntasteis qué iba a ser de vuestros destinos, yo os dije cuáles eran las posibilidades; pero solamente las de vosotros dos. En cuanto a la joven...

Miró con pena a Llana e hizo un gesto negativo con la cabeza. No necesitaba decir más.

Al día siguiente, nuevos Primeros Nacidos, bajaron a nuestras celdas para examinarnos, tal como se examina ganado que se piensa comprar. Entre ellos había un oficial del jeddak, cuyo trabajo era el de vendedor de esclavos y cuyo objetivo era obtener el mejor precio por nosotros.

Uno de los nobles que vinieron para la compra se encaprichó con Llana, e hizo una oferta para comprarla. Discutieron su valor, durante un tiempo, pero finalmente se pusieron de acuerdo y la compró.

Pan Dan Chee y yo estábamos muy apenados, mientras se llevaban a Llana de Gathol, porque sabíamos que no la volveríamos a ver. Aunque su padre es jeddak de Gathol, en sus venas corre sangre de Helium, y las mujeres de Helium saben cómo actuar cuando las espera un destino peligroso, como el que sabíamos que Llana iba a tener.

–¡Tener que estar encadenado a una pared y sin una espada en la mano, cuando

algo de esto está ocurriendo! – exclamó Pan Dan Chee.

–Sé como te sientes -le dije-. Pero de momento no estamos muertos, Pan Dan Chee, y todavía puede que llegue nuestra oportunidad.

–Si llega, se lo haremos pagar -dijo él.

Dos nobles ofertaron por mí, y al final fui comprado por un dator, llamado Xaxak. Mis cadenas fueron quitadas, y la gente del jeddak, me advirtieron que fuera un esclavo bueno y obediente.

Xaxak iba escoltado por unos guerreros que caminaron a cada lado mío, mientras salía de la celda. Fui objeto de curiosidad mientras íbamos al palacio de Xaxak, que se encontraba cerca de el del jeddak. Mi piel blanca y ojos grises, siempre han sido objeto de mucha curiosidad en las ciudades donde no soy conocido. Estoy bronceado por el sol, pero de todas formas mi piel no es el rojo cobre de los hombres rojos de Barsoom.

Antes de que me llevaran a las habitaciones de los esclavos, en el palacio, Xaxak me preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Dotar Sojat -contesté. Éste es el nombre que me dieron los marcianos verdes que me capturaron por primera vez cuando llegué a Marte, siendo el nombre del primer marciano verde que yo maté en duelo. Tal cosa está considerada como un honor. Un hombre con un solo nombre, un omar, es un paria. Siempre me ha alegrado que me dieran dos nombres, pero si tuviera que dar los nombres de todos los marcianos verdes que he matado en combate, tardaría más de una hora en pronunciarlos todos.

–¿Dijiste dator? – pregunto Xaxak-. ¡No me digas que eres un príncipe!

–Dije Dotar -le contesté.

No había dado mi verdadero nombre, porque tenía razones para pensar que era bien conocido para los Primeros Nacidos, quienes tienen buenos motivos para odiarme, por lo que les había hecho en el Valle del Dor.

–¿De dónde eres? – me preguntó él.

–No pertenezco a ningún país -le contesté-. Soy un panthan.

Como los soldados de fortuna no tienen un lugar fijo donde vivir, vagando de ciudad en ciudad, ofreciendo sus servicios y su espada, a cualquiera que los emplee; ellos son los únicos hombres que pueden ir libremente a todas las ciudades de Marte.

–¡Un panthan! – exclamó-. Supongo que serás muy hábil con la espada.

–Me he encontrado con gente menos hábil que yo.

–Si fueras bueno con ella, te metería en uno de los Juegos Menores -dijo-. Pero he pagado mucho dinero por ti, y no me gustaría arriesgarme a que te mataran.

–No creo que debas preocuparte por ello -le dije.

–Estás muy seguro de ti mismo. Bien, vamos a ver lo que puedes hacer con la espada. ¡Llevadlo al jardín! – ordenó, dirigiéndose a dos guerreros. Xaxak nos siguió

a una parte del jardín que tenía arena.

»Dale tu espada -dijo a uno de los guerreros; mientras que al otro le dijo-. Lucha con él, Ptang; pero no lo mates. – Entonces se dirigió a mí-. Esta lucha no es a muerte, esclavo, ¿lo entiendes? Solamente quiero saber cuáles son tus habilidades con la espada. Cualquiera de los dos puede herir, pero nunca matar.

Ptang, como todos los demás piratas negros de Barsoom que he conocido, era un espadachín muy bueno, frío, rápido y mortal. Vino hacia mí con una sonrisa superficial en los labios.

–No es muy justo, mi príncipe -dijo el otro guerrero de Xaxak-, el enfrentar al esclavo a una de las mejores espadas de Kamtol.

–Es de la única forma en que puedo saber si tiene condiciones o no -contestó Xaxak-. Si te supera, tendré la seguridad de que es lo bastante bueno como para entrar en los Juegos Menores. Quizás me pueda ganar el dinero que he pagado por él.

–Vamos a ver -dijo Ptang, cruzando la espada conmigo. Antes de que supiera lo que estaba pasando, yo le había herido en un hombro. Quedó muy sorprendido y la sonrisa abandonó sus labios.

–Ha sido un accidente -dijo-. No volverá a ocurrir otra vez -y entonces le herí nuevamente en el otro hombro.

A continuación, cometió un error fatal: se enfadó. Mientras que el coraje puede fortalecer el ataque, por contrario, debilita la defensa. Lo he visto miles de veces, y cuando tengo prisa por terminar con mi adversario, siempre intento hacerle enfadar.

–¡Venga! ¡Venga!, ¡Ptang! – dijo Xaxak-. ¿No puedes lucirte mejor contra un esclavo?

Picado en su orgullo, Ptang vino a mí, con los ojos inyectados en sangre, y no vi nada en su mirada que pareciera que solamente venía a herirme. Había avanzado dispuesto a matarme.

–¡Ptang, no le mates! – le gritó Xaxak.

Al escucharlo, me reí y herí a Ptang en el pecho.

–¿No tienen verdaderos espadachines en Kamtol? – pregunté cínicamente.

Xaxak y el otro guerrero habían enmudecido, y en sus rostros leí que estaban muy desencantados. Ptang estaba muy furioso, y vino hacia mí como un toro, lanzándome un tajo con su espada, que casi me cuesta la cabeza. De todas formas, no dio en el blanco; y yo le herí en la articulación de su brazo izquierdo.

–¿No es mejor dejarlo? – le pregunté a Xaxak-. No quiero que tu guerrero se desangre.

Xaxak no contestó; pero yo me estaba cansando con todo lo acontecido y quería terminar; dándole con mi espada un fuerte golpe a la suya, se la arrebaté de la mano, haciéndola volar por el jardín.

–¿Es suficiente por ahora? – pregunté.

Xaxak contestó:

–Sí, es suficiente.

Ptang era uno de los hombres más sorprendidos y humillados que he visto. Se quedó quieto mirándome, sin hacer ningún movimiento por recoger su espada. Me compadecía de él.

–No tienes nada de que avergonzarte, Ptang -le dije-. Eres un espadachín espléndido, pero lo que te he hecho, se lo puedo hacer a cualquier hombre de Kamtol.

–Lo creo -dijo-. Puede que seas un esclavo, pero estoy muy orgulloso de haber cruzado mi espada contigo. El mundo nunca ha visto espada mejor.

–De eso estoy convencido -dijo Xaxak-. Preveo que voy a ganar mucho dinero contigo, Dotar Sojat.

VI

Xaxak me trató como un criador de caballos de la Tierra trataría a un ganador del Gran Derby. Me instalaron en los barracones de su guardia personal, donde fui tratado como uno más. Dio la orden a Ptang de que se asegurase que realizara bastante ejercicio y prácticas de esgrima; y también de que me vigilara y no pudiera escapar... cuando mi preocupación era el destino de Llana de Gathol y de Pan Dan Chee, de cuya situación no sabía nada.

Algo, una especie de amistad, floreció entre Ptang y yo. Admiraba mi forma de usar la espada, y presumía de mis habilidades con ella delante de los otros guerreros. En un principio, comenzaron a criticarle y, después, a ponerlo en ridículo por haber sido vencido por un esclavo; así que le sugerí que les propusiera, a los que de esa forma procedían, a que intentaran hacerlo mejor que él.

–No puedo hacer eso -dijo- sin el permiso de Xaxak; si algo te ocurriera, yo sería el responsable.

–Nada me va a ocurrir -le dije-. Nadie lo sabe mejor que tú.

Él sonrió, afirmando con la cabeza.

–Tienes razón -dijo-. Pero de todas formas, debo preguntárselo a Xaxak.

Y en cuanto vio al dator, así lo hizo.

Para ganarme mejor la amistad de Ptang, le había estado enseñando algunos lances de esgrima que yo había aprendido en los dos mundos en mil duelos y batallas; pero en absoluto le enseñaba todos mis trucos, al igual que de ninguna manera podía compartir la fuerza y la agilidad que mis músculos terrenales me daban en Marte.

Xaxak nos estaba observando, mientras combatíamos, cuando Ptang le preguntó si podía enfrentarme a algunos guerreros que se burlaban de él. Xaxak se negó.

–Tengo miedo de que Dotar Sojat pueda resultar herido -le respondió.

–Te garantizo que no sucederá nada -le dije.

–Está bien -dijo-. En este caso, tengo miedo de que puedas matar a alguno de mis guerreros.

–Prometo que no les haré nada. Simplemente les enseñaré que no son capaces de aguantar tanto como Ptang.

–Quizás sea un buen espectáculo -me dijo Xaxak-. ¿Quiénes son aquellos que han estado burlándose de ti, Ptang?

Ptang le dio los nombres de cinco de ellos, que habían sido particularmente insistentes en sus burlas y críticas para ponerlo en ridículo. Xaxak los mandó venir rápidamente.

–Entiendo -dijo Xaxak cuando los tuvo a todos reunidos- que habéis estado burlándoos de Ptang porque fue derrotado en duelo por un esclavo. ¿Creéis que lo podéis hacer mejor que Ptang? Si es así, éste es el momento.

Todos, al mismo tiempo, afirmaron que lo harían mucho mejor.

–Comprobémoslo -dijo-. Pero todos debéis entender que nadie debe matar, y que deberéis parar cuando yo dé la orden. Y esto es una orden definitiva.

Le aseguraron que no me matarían, e inmediatamente el primero de ellos avanzó arrogantemente para enfrentarse conmigo. A uno detrás de otro, rápida y limpiamente, les herí en el hombro y los desarmé.

Debo admitir que acogieron su derrota con dignidad; todos menos uno de ellos, un guerrero llamado Ban-Tor, que había sido el más vehemente en sus críticas a Ptang.

–Me engañó -protestó-. Déjame enfrentarme con él nuevamente, mi dator, y lo mataré -estaba tan enfadado, que su voz le temblaba.

–No -le respondió Xaxak-. Te ha herido y desarmado, demostrando que es mejor con la espada que tú. Si se hubiera debido a sus trucos, serían propios de un maestro de esgrima, cosa que harías bien en dominar antes de intentar matar a Dotar Sojat.

El guerrero estaba muy molesto y protestaba mientras se alejaba, y me di cuenta de que mientras que estos Primeros Nacidos eran mis enemigos naturales, este oficial, Ban-Tor, era un enemigo personal. De todos modos, le di poca importancia al incidente, ya que siendo de mucho valor para Xaxak, nadie se arriesgaría en demostrar su descontento y hacerme daño. Tampoco pude observar algo en Ban-Tor que me pudiera hacer daño.

–Ban-Tor nunca se ha llevado bien conmigo -me dijo Ptang, después que todos se hubieran ido-. No le agrado, porque siempre he sido superior a él, tanto con la espada como en los deportes de fuerza; y, además, posee por naturaleza un carácter muy agresivo. Si no fuera por que es pariente de la mujer de Xaxak, el dator no lo tendría a su lado.

Como ya me he comparado a un posible ganador del Gran Derby, seguiré narrando los Juegos Menores con los mismos términos de una carrera de caballos.

Los Juegos Menores, se celebran una vez a la semana, en un estadio dentro de la Ciudad, donde los nobles ricos enfrentaban a sus guerreros y esclavos contra los de otros nobles, en deportes de fuerzas, lucha libre y duelos. Se apostaban grandes sumas de dinero, en medio de una gran tensión. Los duelos no eran siempre a muerte; ya que los nobles decidían, con anterioridad, los términos del duelo, indicando si eran a muerte o no. Solían establecerse a primera sangre, o hasta que uno de los combatientes era desarmado por su contrario. Sin embargo, siempre había, al menos, un duelo a muerte, que podría compararse a la carrera principal del Gran Derby, o a la final de un torneo de boxeo.

Kamtol tiene una población de cerca de doscientos mil habitantes, de los cuales, quizás cinco mil, sean esclavos. Como me dejaron bastante libertad, recorría la ciudad con mucha frecuencia; aunque siempre acompañado por Ptang. Me encontraba

tan extrañado por la escasez de niños, que le pregunté la razón de aquella ausencia a Ptang.

–El valle de los Primeros Nacidos solamente puede albergar, con holgura, a unas doscientas mil personas -me contestó-. Así que se permite sólo el nacimiento de los niños suficientes para reemplazar a las pérdidas por fallecimiento. Como habrás adivinado al ver a nuestra gente, a los viejos y los incapacitados se les otorga la muerte; y así tenemos alrededor de unos sesenta y cinco mil hombres en situación de poder coger las armas, y el doble de mujeres y niños muy saludables. Existen dos facciones aquí; una que propone que el número de guerreros es suficiente, y con lo cual no se debería reducir el de las mujeres. Por extraño que pueda parecer, la mayoría de las mujeres pertenecen a la primera facción; incluso, considerando que esta facción apoya la disminución del número de mujeres; aunque lo harían permitiendo un número mayor de huevos para incubar, matando después a todas las mujeres que dieran estos huevos y, así, conseguir que hubiera el mismo número de mujeres, como de hombres. Esto se debe a la idea de que cada mujer piensa que es demasiado importante para que le sea dada la muerte, y que ese destino está reservado para las otras. Doxus piensa mantener la misma situación actual; pero algún jeddak, en el futuro, podría pensar de otra manera, e incluso puede que Doxus cambie de parecer, ya que, confidencialmente, es un hombre muy variable.

Mi fama como espadachín pronto se extendió entre los sesenta y cinco mil guerreros de Kamtol, y las opiniones eran variadas respecto a mis habilidades. Quizás una docena de hombres de Kamtol me habían visto luchar con la espada, y se enfrentaron a tales opiniones, afirmando que me podría enfrentar a cualquier guerrero; sin embargo, todos los demás guerreros creyeron que me podían vencer en un combate individual. Son de una raza de guerreros muy orgullosos de su valía y coraje.

Estaba entrenándome en el jardín un día con Ptang, cuando Xaxak vino con otro dator llamado Nastor. Cuando Ptang les vio venir, silbó suavemente.

–Nunca había visto a Nastor aquí antes. Xaxak no le aprecia, y éste odia a Xaxak. ¡Claro! – exclamó-. Tengo una idea del motivo de su visita. Si nos piden que nos enfrentemos, déjame ganarte. Te lo explicaré más tarde.

–Muy bien -le dije-. Espero que te sirva para algo.

–No es para mí -me dijo-. Es para el dator Xaxak.

Mientras que los dos se acercaban a nosotros, oí cómo Nastor decía:

–¡Así que éste es tu gran espadachín! Me gustaría apostar a que tengo hombres que le pueden ganar en cualquier momento.

–Tienes hombres excelentes -le dijo Xaxak-. Aunque opino que mi hombre se puede defender con facilidad de los tuyos. ¿Cuánto quieres apostar?

–Has visto luchar a mis hombres -dijo Nastor-. Pero nunca he visto al tuyo luchar.

Me gustaría verlo en acción, entonces sabré lo que puedo ofrecer.

–Muy bien -dijo Xaxak-. Me parece muy justo.

A continuación se dirigió a nosotros:

–Ofrécele al dator Nastor una exhibición de tus habilidades con la espada, Dator Sojat; pero que no sea a muerte. ¿Lo entiendes?

Ptang y yo, sacamos nuestras espadas y nos enfrentamos.

–No olvides lo que te dije -me dijo Ptang. Entonces comenzamos.

No sólo recordaba lo que me había dicho, si no que ahora lo comprendí, y así les ofrecí una demostración de conocimientos muy ordinarios; lo suficientemente buenos para defenderme y permitir que Ptang me desarmara.

–Es un buen espadachín -dijo Nastor, sabiendo que estaba mintiendo, pero sin saber que no nos engañaba-. Sin embargo, igualaré la apuesta que indiques a que mi hombre lo puede matar.

–¿Quieres que sea una lucha a muerte? – dijo Xaxak-. Entonces renuncio a la paridad de la apuesta; no quiero que mi hombre luche a muerte en su primer combate.

–Te ofrezco dos a uno -le dijo Nastor-. ¿Te satisface?

–Perfectamente -dijo Xaxak-. ¿Cuánto quieres apostar?

–Mil tanpi contra tus quinientos -contestó Nastor. Un tanpi equivale a un dólar.

–Quiero ganar más que lo que me cuesta el pienso del sorak de mi mujer -le contestó Xaxak.

Un sorak, es un pequeño animal de seis patas, parecido a un gato, que tienen como animal doméstico muchas mujeres marcianas; así que lo que Xaxak le había dado a entender a Nastor era que le parecía muy poco dinero. Sabía que Xaxak estaba tratando de enojar a Nastor para que apostara sin miedo, y entonces supe que se había dado cuenta de la farsa que habíamos realizado.

Nastor parecía irritado.

–No deseo robarte -dijo-. Pero si quieres tirar tu dinero, puedes poner la cantidad que quieras.

–Solamente para que te resulte interesante -dijo Xaxak- te apostaré cincuenta mil tanpi, contra tus cien mil.

–¡Hecho! – dijo-. Y lo siento por ti y por tu hombre.

Con un gesto de falsedad, dio la vuelta y se marchó sin decir nada mas. Xaxak miró cómo se alejaba con una sonrisa en los labios; y cuando se hubo ido, se dirigió a nosotros:

–Espero que estuvierais fingiendo -nos dijo-; si no es así, me habéis hecho perder cincuenta mil tanpi.

–No debes preocuparte, mi príncipe -dijo Ptang.

–No me preocuparé, si tú no lo estás, Dotor Sojat -contestó el dator.

–Siempre existe riesgo en un duelo -le contesté-, pero creo que has obtenido una

buena apuesta, pues hacer lo contrario habría sido una insensatez.

–Al menos, tienes más fe que yo -replicó Xaxak el dator.

VII

Ptang me dijo que nunca se había visto tanto interés en un duelo a muerte como el que fue anunciado entre los apostantes: Xaxak y Nastor.

–No va a ser un guerrero corriente, será el representante de Nastor -me comentó-. Ha persuadido a un dator para que luche por él, un hombre considerado como el mejor luchador con espada de Kamtol. Su nombre es Nolat. Nunca he visto a un príncipe luchar contra un esclavo; pero dicen que Nolat le debe bastante dinero a Nastor y que éste cancelará su deuda, si gana, para tener dinero y poder apostar por él.

–No es una decisión estúpida la que ha tomado -le dije-; si pierde, no le hará falta el Palacio.

Ptang se rió.

–Espero que no lo necesite -dijo-; pero no te confíes en exceso: está considerado la mejor espada entre los Primeros Nacidos, y se sabe que no hay mejor espada en todo Barsoom.

Antes de que llegara el día en que me tenía que enfrentar a Nolat, Xaxak y Ptang mostraban gran nerviosismo, al igual que todos los guerreros de Xaxak, que parecían tener un interés personal hacía mí. Con la excepción de Ban-Tor, cuya enemistad había provocado al desarmarle cuando luché contra él.

Dormía solo, en una pequeña habitación, entre viejas pieles abandonadas, propias de un esclavo. Mi cuarto estaba al lado del de Ptang; y solamente tenía una puerta, que daba a su habitación. Estaba situada en el segundo piso del palacio y daba a la parte baja del jardín.

La noche antes del encuentro, fui despertado por un ruido dentro de mi cuarto, y mientras abría los ojos, vi a un hombre saltar por la ventana, con una espada en la mano; pero como ninguna de las dos lunas de Marte estaban en el cielo, no había la suficiente luz para poder reconocerlo; aunque había algo que me era muy familiar en él.

Al día siguiente, le dije a Ptang lo de mi visitante nocturno. Ninguno de los dos podíamos imaginar que alguien entrara a mi cuarto para robar, sabiendo que no había nada.

–Pudo haber sido un asesino, que querría que no se realizara el duelo -sugirió Ptang.

–Lo dudo -le dije-; tuvo ocasión para matarme, ya que no desperté hasta que saltó por la ventana.

–¿No has echado nada en falta? – preguntó Ptang.

–No tengo nada que echar en falta -le contesté-, a excepción de mi correa y mis armas, y los llevo en este momento.

Ptang sugirió que el ladrón habría pensado que no estaba durmiendo en la habitación; y cuando se dio cuenta de su error, se fue con rapidez; y, con eso, dejamos de pensar sobre el incidente.

Fuimos al estadio alrededor del cuarto zode, y fuimos con arrogancia. Allí estaba Xaxak junto con su mujer con sus esclavas, sus oficiales y los guerreros estaban montados en thoats engalanados; ondeaban banderas sobre nosotros y las cornetas tocaban, mientras nos anunciaban. Nastor nos observaba con gran orgullo. Todos desfilamos alrededor de la arena, al compás de los gritos del público.

Había algunos enfrentamientos de lucha libre y de boxeo, y un número de duelos, de los que no eran a muerte; pero lo que esperaba el público era mi duelo a muerte. El público es muy parecido en todos los sitios; en la Tierra, acuden a los combates de boxeo, esperando sangre o el fuera de combate; van a ver lucha libre, en espera de ver a algún atleta lanzado fuera del ring, lesionado; y cuando van a las carreras de coches, esperan ver que alguien se estrelle. La gente no lo admite, pero sin la emoción del peligro y el riesgo de la muerte, estos deportes no atraerían al público.

Finalmente, llegó el momento en que entré en la arena, y me enfrenté a un público lleno de nobles. Doxus, jeddak de los Primeros Nacidos, estaba acompañado de su jeddara. Las gradas y tribunas estaban llenas de la nobleza de Kamtol. Era un espectáculo maravilloso; los trajes de los hombres y mujeres resplandecían con los metales preciosos y de las joyas, y por donde quiera que mirara se veía el estadio adornado con banderas y estandartes.

Nolat fue escoltado a la tribuna del jeddak y fue presentado; entonces me condujeron a la tribuna de Xaxak, que inclinó la cabeza en señal de saludo. Finalmente, fui llevado a la tribuna donde se encontraba Nastor, para quien iba a luchar contra un extranjero, en un combate a muerte.

Yo, al ser un esclavo, no fui presentado al jeddak, pero fui llevado delante de Nastor para que me pudiera identificar como la persona contra la que había apostado. Fue una simple formalidad, pero cumplía con las reglas de los Juegos.

Apenas había visto a la comitiva de Nastor, mientras desfilaba alrededor de la arena, ya que estaban detrás de nosotros y me era imposible el verlos; pero ahora los podía observar bien, parado sobre la arena, delante de la tribuna de Nastor. Vi a Llana de Gathol, sentada al lado del dator. ¡Ahora, sin ninguna duda, mataría al luchador de Nastor!

Llana de Gathol hizo un ademán de sorpresa, y comenzó a hablar conmigo, pero le hice con la cabeza un gesto negativo para que callase, porque tenía miedo que me llamara por mi nombre, lo que aquí, entre los Primeros Nacidos, equivaldría a una sentencia de muerte. Siempre ha sido una sorpresa para mí que ninguno de estos hombres me reconociera; pues mi piel blanca y ojos grises hicieron de mí un hombre marcado, y si alguno de ellos hubiera estado en el Valle del Dor, cuando yo estuve

allí, debería haberme reconocido. Más tarde sabría el motivo de que ninguno de estos Primeros Nacidos de Barsoom me reconociera.

–¿Por qué hiciste eso, esclavo? – preguntó Nastor.

–¿Hacer qué? – pregunté yo.

–Sacudir la cabeza -me contestó.

–Quizás es que estoy nervioso -le respondí.

–Y puede que tengas motivos, esclavo, ya que estás a punto de morir -me replicó, haciendo un ademán de desprecio.

Entonces me llevaron a un lugar de la arena, al otro lado de la tribuna del jeddak. Ptang estaba allí para ayudarme, supongo. Nos dejaron solos durante varios minutos, seguramente para ponernos nerviosos; entonces se nos acercó Nolat, acompañado de otro noble dator. Había un quinto hombre, que lo podríamos llamar arbitro; aunque no hizo mucho, aparte de dar la señal del comienzo del duelo.

Nolat era un hombre grande y fuerte, y hecho para ser luchador. Era un hombre muy atractivo, con una expresión de arrogancia y desprecio en el rostro. Ptang me había dicho que teníamos que saludarnos con las espadas antes de comenzar; y tan pronto como me puse en posición, saludé, pero Nolat respondió con un ademán negativo de su cara, y no me correspondió al saludo; dijo:

–¡Venga, esclavo, estás a punto de morir!

–Has cometido un error, Nolat -le dije, mientras comenzábamos a luchar.

–¿Qué quieres decir? – preguntó, lanzando una estocada.

–Deberías saludar a los que son mejores que tú -le dije, esquivando su estocada-. Ahora será peor para ti, si no quieres parar y saludarme, como debieras haber hecho al principio.

–¡Calot, insolente! – exclamó, mientras que, al mismo tiempo, me lanzaba una nueva estocada.

Como contestación, le hice un corte en la mejilla izquierda.

–Te dije que debieras haber saludado -le dije con sarcasmo.

Nolat se enfureció y vino hacia mí con la intención evidente de terminar el duelo e inmediatamente le corté en la otra mejilla. Un momento más tarde, le hice una sangrienta cruz en su pecho, en una maniobra difícil, que requería una agilidad especial, debido a que su lado derecho siempre estaba frente a mí, el cual debería haber estado en la misma posición si hubiera sido lo bastante rápido para seguir los movimientos de mis pies.

El público estaba tan silencioso como una tumba, con la excepción de los gritos de los partidarios de Xaxak. Nolat sangraba en abundancia, y era considerablemente más lento.

De pronto alguien gritó:

–¡Mátalo! – Y en ese momento, otras voces se unieron al grito.

Querían la muerte de uno de nosotros, y como era evidente, Nolat no me podía matar, con lo que supuse, que querían que yo lo matara. En lugar de hacerlo, lo desarmé haciendo que su espada volara al otro lado de la arena. El arbitro corrió tras de ella; por fin tenía algo que hacer.

Me dirigí al compañero de Nolat.

–Ofrezco la vida de este hombre -dije en un tono de voz bastante alto para que se oyera en todas las partes del estadio.

Sólo hubo gritos de *¡Muerte!*

–¡Ofreces la vida de Nolat! – exclamó su compañero.

–Pero las apuestas deben ser pagadas, como si hubiera muerto -dije.

–Esto es un duelo hasta la muerte -dijo Nolat-. Lucharé.

Era un hombre valiente y, por ese motivo, odiaba el tener que matarlo. Le devolvieron su espada y reanudamos el duelo. Esta vez Nolat no sonreía, ni hizo ningún gesto de desprecio, ni tampoco comentario alguno. Se lo estaba tomando muy en serio; luchaba por su vida, como un ratón acosado por un gato. Era un luchador muy bueno. Pero no era el mejor entre los Primeros Nacidos, ya que había visto muchos de ellos luchar antes, y podía nombrar a una docena de ellos que lo podrían matar rápidamente.

Habría podido matarlo en cualquier momento, si lo hubiera querido, pero no sé por qué, no lo podía hacer. Era una pena matar a un luchador tan bueno y a un hombre tan valiente; así que le herí unas cuantas veces y le desarmé una vez más. Esto lo repetí unas cuantas veces, y mientras que el arbitro iba a recoger su espada, me dirigí a la tribuna del jeddak y le saludé.

–¿Qué estás haciendo aquí, esclavo? – preguntó un oficial de la guardia del jeddak.

–Vengo a pedir clemencia por la vida de Nolat -contesté-. Es un buen combatiente y un hombre valiente, y yo no soy un asesino, y sería un asesino, si lo matara.

–Es una petición extraña -dijo Doxus-. El duelo era hasta la muerte, y debe continuar.

–Soy un extranjero en este lugar -le dije-. De donde soy, si un contrincante puede demostrar que hay engaño o falsedad, se le otorgaría la decisión del resultado del duelo, sin tener que terminarlo.

–¿Estás dando a entender que ha habido engaño o falsedad, por parte del dator Nastor o del dator Nolat? – preguntó Doxus.

–Quiero decir, que un hombre entró a mi cuarto anoche, mientras dormía, y cogió mi espada, dejando una más corta en su lugar. Esta espada es varias pulgadas más corta que la de Nolat; lo noté, por primera vez, cuando comenzamos el duelo. Ésta no es mi espada, como Xaxak y Ptang, podrán confirmar si la examinan.

Doxus llamó a Xaxak y Ptang, y les preguntó si podían identificar la espada.

Xaxak dijo que no sabía si era la espada que me había dado, pero el que lo sabría con seguridad era Ptang; entonces Doxus se dirigió a Ptang.

–¿Es ésta la espada que le fue dada al esclavo Dotar Sojat?

–No, no es su espada -contestó Ptang.

–¿La reconoces?

–La reconozco.

–¿A quién pertenece?

–Es la espada del guerrero llamado Ban-Tor -contestó Ptang.

VIII

Doxus no tenía otro remedio que otorgarme vencedor del duelo; ordenó que todas las apuestas fueran pagadas, igual que si hubiera matado a Nolat. Eso no dejó muy contento a Nastor; ni tampoco que Doxus le hiciera pagar a Xaxak, 100.000 tanpi, en su presencia; entonces ordenó llamar a Ban-Tor.

Doxus estaba muy molesto; porque los Primeros Nacidos tienen el honor de sus guerreros en gran estima, y lo que se había hecho era una mancha sobre ellos.

–¿Es éste el hombre que entró en tu cuarto, anoche? – me preguntó.

–Estaba oscuro; y solamente le vi de espaldas, pero había algo que me era familiar, aunque no lo pude identificar.

–¿Apostaste en este duelo? – preguntó a Ban-Tor.

–Un poco de dinero, jeddak -contestó el hombre.

–¿Por quién?

–Por Nolat.

Doxus se dirigió a uno de sus oficiales.

–Traed a todos los que hayan apostado con Ban-Tor.

Un esclavo fue mandado alrededor de la arena para que fuera gritando el mensaje; y, muy pronto, había unos cincuenta guerreros reunidos delante de la Tribuna de Doxus. Ban-Tor estaba muy asustado; mientras que cada uno de los cincuenta guerreros le fue indicando lo que había apostado, Doxus fue obteniendo la información de que Ban-Tor había apostado una gran suma de dinero con cada uno de ellos, y, en algunos casos, ofreciendo mucho por poco.

–¿Pensaste que estabas apostando sobre seguro, verdad? – le preguntó Doxus.

–Creía que Nolat ganaría -contestó Ban-Tor-. No hay mejor espada en todo Kamtol.

–También estabas seguro de que vencería a alguien que tuviera una espada más corta. Eres un desgraciado. Has deshonrado a los Primeros Nacidos. Como castigo, lucharás contra Dotar Sojat -entonces se dirigió a mí-. Puedes matarle; pero antes de empezar, yo mismo comprobaré que tu espada sea de igual tamaño que la de él. Aunque sería más justo que él fuera obligado a luchar con la espada corta que te dio.

–No lo mataré -le contesté-. Pero le haré una marca que tendrá toda su vida, que le recordará a todos los hombres su deshonor.

Mientras tomábamos posiciones delante de la Tribuna del jeddak, oí que se cruzaban apuestas, con unas diferencias muy altas, como de diez a uno, de que yo ganaría, y más tarde supe que incluso de mil a uno, sin que alguien la aceptara; entonces mientras nos enfrentábamos, oí a Nastor gritar.

–¡No apostaré, pero daré a Ban-Tor cincuenta mil tanpi si mata al esclavo! – Parecía que el noble dator estaba enfadado conmigo.

Ban-Tor no era un contrario fácil, porque no sólo era una buena espada, sino que también luchaba por su vida y por los cincuenta mil tanpi. No empleó ninguna táctica ofensiva en esta ocasión; luchaba con mucho cuidado, casi siempre a la defensiva, esperando la ocasión de que tuviera un fallo que le diera una oportunidad; pero no efectuó ningún falso movimiento. Fue él el que cometió el primer fallo; atacó, después de haber fingido que no se encontraba con estabilidad, esperando que estuviera confiado.

Yo nunca me confiaba. Mi espada se movió dos veces, con la rapidez de la luz, dejando una equis muy profunda en la frente de Ban-Tor, y a continuación lo desarmé.

Sin tan siquiera mirarle, caminé a la Tribuna de Doxus.

–Estoy satisfecho -le dije-. Llevará la cicatriz de por vida. Es suficiente castigo. Para mí sería peor que la muerte.

Doxus hizo un ademán, indicando que estaba de acuerdo; entonces ordenó que las trompetas anunciaran que los Juegos habían terminado, y luego se dirigió a mí.

–¿De qué país eres? – me preguntó.

–No tengo país, soy un panthan -le contesté-. Mi espada está a disposición de la mejor oferta.

–Te compraré, y de ese modo adquiriré tu espada -me dijo el Jeddak-. ¿Qué pagaste por este esclavo, Xaxak?

–Cien tanpi -contestó mi dueño.

–Lo compraste muy barato -le dijo Doxus-. Te daré cincuenta tanpi por él.

¡No hay nada mejor que ser el jeddak!

–Es un placer para mí el regalártelo -dijo Xaxak, lleno de orgullo; le había hecho ganar cien mil tanpi y se daba cuenta de que le sería imposible el tener otro duelo en el que apostar.

Este cambio de dueño me resultaba especialmente adecuado, pues me llevaría al palacio del jeddak. Había estado elaborando un temerario plan que me permitiera fugarme, y tendría éxito sólo si pudiera tener acceso al palacio, si mis cálculos eran correctos.

Así que John Carter, príncipe de Helium, guerrero de Barsoom, acudió como un esclavo al palacio de Doxus, jeddak de los Primeros Nacidos; pero un esclavo con gran reputación. Los guerreros de la guardia del jeddak me trataron con respeto; me dieron una habitación decente, y uno de los suboficiales más leales de Doxus me tenía a su cargo, como Ptang lo había sido en el Palacio de Xaxak.

Estaba un poco desconcertado al no saber la razón por la que Doxus me había comprado. Sabía que ya no se podría realizar un duelo, con apuestas, en el que yo luchara contra alguien. ¿Pues quién sería tan tonto de poner a un hombre contra mí, o de realizar una apuesta contra uno que había hecho que varios guerreros de Kamtol

parecieran unos novatos?

Al día siguiente lo supe. Doxus me mandó llamar. Estaba a solas, en un pequeño cuarto, e inmediatamente despidió al guerrero que me había guiado.

–Cuando entraste en el Valle -me dijo- viste muchos esqueletos, ¿verdad?

–Sí -contesté.

–Esos hombres murieron cuando trataban de escapar -dijo-. Sería imposible que tuvieras más éxito que ellos. Te estoy diciendo esto para que no lo intentes. Quizás pienses que al matarme puedas escapar en la confusión que se ocasionaría; pero no te sería posible; no podrás salir nunca del Valle de los Primeros Nacidos. Ahora bien, podrás vivir cómodamente, si lo deseas. Todo lo que tienes que hacer es enseñarme la técnica de la esgrima con la que has ganado al mejor espadachín de los Primeros Nacidos. Deseo que me enseñes, pero que me adiestres en secreto y que ninguna palabra salga de tus labios, pues si lo haces, tendrás una muerte segura y muy desagradable, te lo puedo asegurar. ¿Qué dices a esto?

–Puedo prometerte la mayor discreción -le dije-. Pero no puedo prometerte el convertirme en el mejor espadachín entre los Primeros Nacidos ya que todo depende de tus cualidades. De todas formas, te enseñaré.

–No hablas como un panthan -me dijo-. Me hablas como un hombre acostumbrado a tratar con jeddaks, y como a un igual.

–Tienes mucho que aprender en el arte de la espada -dije-. Pero yo tengo aún más que aprender de ser un esclavo.

Hizo una mueca, y entonces se levantó y me dijo que le siguiera. Pasamos por una pequeña puerta, que estaba detrás del escritorio, donde él había estado sentado, y bajamos por una rampa que conducía a las celdas del palacio. Al pie de la rampa, entramos en una habitación grande y bien iluminada donde había vitrinas, un cofre, varios bancos alargados, una mesa con materiales para escribir e instrumentos para dibujar.

–Ésta es una habitación secreta -dijo Doxus-. Solamente otra persona sabe lo de este lugar. Aquí no nos molestarán. Esta otra persona de que te hablé es mi más fiel servidor. Puede entrar en ocasiones, pero no dirá nada de nuestro secreto. Vamos a comenzar a trabajar. A duras penas puedo esperar el día en que cruce la espada con alguno de esos nobles egoístas que se creen unos grandes espadachines. ¡Qué sorpresa se van a llevar!

IX

No tenía intenciones de revelarle todos mis secretos sobre la esgrima a Doxus; aunque podía hacerlo teniendo en cuenta mi integridad física, ya que él nunca podría igualarme. Nunca tendría mi fuerza física y mi agilidad.

Había estado enseñándole a desarmar a un contrario cuando se abrió una puerta por la que habíamos entrado y apareció un hombre. Durante los pocos segundos que se quedó abierta la puerta, vi al otro lado de ella una habitación amplia y brillantemente iluminada, en donde había una máquina muy complicada. La parte frontal de la misma estaba cubierta de botones, mandos y otros aparatos; todo ello me recordaba a la máquina que me aplicaron en aquel extraño examen, que recibí cuando entré a la Ciudad.

Al verme, el hombre que acababa de entrar, pareció sorprendido. Aquí estaba yo, un extraño, y evidentemente un esclavo, enfrentándome al jeddak de los Primeros Nacidos, con una espada desenvainada en mi mano. Al instante, el hombre sacó una pistola de radium; pero Doxus evitó una tragedia.

–No pasa nada, Myr-Lo -dijo-. Solamente estoy aprendiendo unos de los detalles más finos de la esgrima de este esclavo. Se llama Dotar Sojat; lo veras aquí abajo conmigo, diariamente. ¿Qué estas haciendo aquí abajo, en este momento? ¿Ha sucedido algo?

–Un esclavo se escapó anoche -dijo Myr-Lo.

–¿Lo atrapaste?

–Ahora mismo. Se encontraba en la mitad de la pendiente de la salida del Valle.

–¡Muy bien! – dijo Doxus-. Continuamos, Dotar Sojat.

Estaba tan interesado en lo que acababa de oír y de ver; que pensando en lo que quería decir todo ello, me costaba en concentrarme en mi trabajo; así que sin querer, deje que Doxus me hiriera. Se puso muy contento.

–¡Magnífico! – exclamó-. ¡Con una sola lección, me he superado tanto, que he sido capaz de herirte! Ni siquiera Nolat pudo hacer eso. Ya está bien por hoy. Te dejaré que te muevas libremente por la Ciudad.

Fue a la mesa y se puso a escribir durante unos minutos; luego me dio lo que había escrito.

–Toma esto -dijo-. Te permitirá ir donde quieras, a todos los lugares públicos y regresar al Palacio.

En el documento leí:

A Dotar Sojat, el esclavo, se le otorga la libertad de estar por la ciudad y el palacio.

Doxus Jeddak.

Mientras regresaba a mis habitaciones, me propuse que Doxus me hiriera todos

los días. Encontré a Man-Lat, el suboficial al que habían asignado mi vigilancia, solo en su cuarto, que se comunicaba con el mío.

–Tus obligaciones van a ser menores -le dije.

–¿Qué quieres decir? – preguntó.

Le enseñé el pase.

–Doxus debe de haber comenzado a apreciarte -dijo-. Nunca he conocido a un esclavo al cual le den tanta libertad, pero no trates de escapar.

–Soy lo suficientemente inteligente como para no tratar de hacer eso. Vi los esqueletos en el risco de la entrada al Valle.

–Nosotros les llamamos los bebés de Myr-Lo -dijo Man-Lat-. Está muy orgulloso de todos ellos.

–¿Quién es Myr-Lo? – le pregunté.

–Alguien al que seguramente nunca verás -contestó Man-Lat-. Siempre está con sus calderos, botellas, sierras, taladros y sus instrumentos de dibujo.

–¿Vive en el palacio?

–Nadie sabe dónde vive, a no ser el jeddak. Dicen que tiene un apartamento en el palacio, pero de eso no sé nada. Lo que sí sé, es que es el hombre más poderoso de Kamtol, después de Doxus, y que tiene el poder de la vida y la muerte sobre todos los que vivimos en el Valle de los Primeros Nacidos. Nos puede matar a cualquiera de los dos, mientras estamos aquí hablando y nunca veríamos lo que nos mató.

Ahora estaba más convencido que antes de que había encontrado lo que esperaba, en el cuarto secreto debajo del palacio. ¡Pero cómo utilizar ese conocimiento!

Enseguida hice uso de mi libertad para visitar la ciudad; solamente había visto una parte, cuando había estado con Ptang. Los guardias de la puerta del palacio se quedaron tan sorprendidos como se había quedado Man-Lat, cuando enseñé mi pase. Era cierto que, con pase o sin él, era un enemigo y un esclavo, una persona observada con sospecha y desprecio; pero en mi caso, el desprecio estaba atenuado porque sabían que era mejor que todos ellos con una espada en la mano. Creo que se pueda entender, por la gran estima que se tiene a un gran espadachín en cualquier parte de Marte. En su propio país, era idolatrado, como lo puede ser Juan Belmonte, en España, o Jack Dempsey, en América.

No me había alejado mucho del palacio, cuando miré al cielo, y, para mi sorpresa, vi un gran número de naves cayendo hacia la ciudad. Todos los Primeros Nacidos que había visto en el Valle del Dor, habían sido pilotos de aeronaves; pero no había visto ninguna nave en este valle, y había comenzado a preguntarme al respecto.

Las aeronaves marcianas tienen menos peso que el aire, o al menos dan esa impresión, por la utilización de ese descubrimiento maravilloso que es el rayo de retropropulsión, que tiende a empujarlas fuera del planeta, pudiendo aterrizar verticalmente, en un espacio un poco mayor que la superficie que una de ellos

ocupan. Vi que las naves que llegaban descendían hacia la ciudad, a poca distancia del palacio.

¡Aeronaves! Creo que mi corazón latía un poco más de prisa al verlas. ¡Aeronaves! Una nueva manera de poder escapar del Valle de los Primeros Nacidos. Probablemente me llevaría mucho tiempo planearlo, y ciertamente entrañaría un gran peligro; pero si todo salía bien, y con esto unido a la otra parte de mi plan, encontraría la forma de llevarlo a cabo y de conseguir una aeronave.

Me acerqué al lugar donde había visto desaparecer a las naves, detrás de los tejados de los edificios cercanos a donde yo estaba; y por fin mi búsqueda fue recompensada. Llegué a un enorme edificio de tres plantas, en cuyo tejado podía ver parte de una nave. Prácticamente todos los hangares de Barsoom están en tejados de los edificios, y de esta forma conservan más espacio en las ciudades superpobladas y amuralladas; así que no me extrañó encontrar un hangar así situado.

Me acerqué a la entrada del edificio, con la intención de inspeccionar alguna de las naves, si es que podía entrar. Mientras me acercaba a la entrada, un guerrero me paró con su espada.

–¿A dónde crees que vas, esclavo? – preguntó.

Le enseñé mi pase. Se quedó tan sorprendido como los demás que lo habían leído.

–Esto dice: «libertad en el palacio y en la ciudad» -me dijo-. No dice nada de libertad para entrar en los hangares.

–Los hangares están en la ciudad, ¿no es verdad? – le pregunté.

No dijo nada, pero hizo con la cabeza un gesto negativo.

–Puede que estén en la ciudad, pero no se te permite la entrada. Llamaré al oficial.

Así lo hizo, y al momento llegó el oficial. Cuando me vio dijo.

–Tú eres el esclavo que pudo matar a Nolat, pero que le perdonó la vida. ¿Qué haces aquí?

Le enseñé mi pase. Lo leyó con mucha atención, un par de veces.

–Me parece imposible -dijo-. Pero tu habilidad con la espada también me parecía imposible. Todavía me es difícil creerlo. Nolat estaba considerado como la mejor espada de Kamtol; y tú le hiciste parecer como una anciana tullida. ¿Por qué quieres entrar aquí?

–Quiero pilotar una nave -le respondí ingenuamente.

Se golpeó las piernas con las manos mientras reía.

–O eres tonto, o tomas a los Primeros Nacidos como a tales, si crees que vamos a enseñar a un esclavo a pilotar una nave.

–Bueno, me gustaría, al menos poder ver las naves -le dije-. Eso no haría daño a nadie. Siempre me han gustado.

Lo pensó durante un momento, y dijo:

–Nolat es mi mejor amigo, podías haberlo matado, pero no lo hiciste; por eso te voy a permitir que entres.

–Gracias.

El primer piso del edificio estaba completamente ocupado por los talleres, donde las naves estaban siendo reparadas. El segundo y tercer piso, estaban llenos de naves, casi todas eran las pequeñas y veloces aeronaves por las que eran famosos los Piratas Negros de Barsoom. Sobre el tejado había cuatro grandes naves de guerra, y había unas cuantas de las pequeñas aparcadas debajo de ellas, por la carencia de sitio en los pisos inferiores.

El edificio cubría varias hectáreas; así que había un gran número de naves aparcadas. Podía verlas ahora, como las había visto años atrás, en grupos, como mosquitos rabiosos volando sobre las doradas acantilados de los Sagrados Therns. ¿Pero qué estaban haciendo aquí? Había supuesto que los Primeros Nacidos solamente vivían en el Valle del Dor, aunque la mayoría de los Barsoomianos todavía creen que vienen de Thuria, la luna más próxima a Marte. Esta teoría había quedado refutada, cuando Xodar, el pirata negro, casi había sucumbido por falta de oxígeno cuando yo había volado muy alto, tratando de escapar de ellos, en aquella ocasión cuando Thuvia y yo habíamos escapado de los Therns, durante la batalla contra los piratas negros. Si un hombre no puede vivir sin oxígeno, menos puede volar entre Thuria y Barsoom, en una nave abierta.

El oficial había ordenado a un guardia que me acompañara, como prevención a un posible sabotaje, y le pregunté a éste el motivo por el que no había visto naves en el aire desde que había llegado.

–Volamos casi siempre por la noche -me contestó-, para que nuestros enemigos no puedan ver de dónde salimos, ni dónde aterrizamos. Las que has visto hace un momento pertenecen a visitantes de Dor. Lo que parece indicar que vamos a tener una guerra. Así espero que sea; no hemos atacado ninguna ciudad desde hace mucho tiempo. Y si vamos a hacer un ataque en gran escala, los de Dor y Kamtol formarán una alianza.

¡Piratas negros del Valle del Dor! Posiblemente ahora sería reconocido.

X

Mientras me alejaba de los edificios destinados como hangares, miré hacia atrás, estudiando cada detalle de la arquitectura; di una vuelta alrededor del edificio, que cubría toda una manzana, con avenidas en sus cuatro lados. Como casi todos los edificios marcianos, éste estaba ornamentado con bajorrelieves. Estaba situado en una parte muy pobre de la ciudad, aunque no muy lejos del palacio; y en sus inmediaciones había pequeñas y modestas casas. Serían, posiblemente, las casas de los operarios de los hangares. Un poco más lejos del hangar, había un área con pequeñas tiendas; y mientras paseaba, mirando los artículos que se exponían, vi algo que me hizo parar en seco: un nuevo accesorio que me hacía falta para mis planes, que muy rápidamente se estaban gestando, para poder escapar de los Primeros Nacidos, cosa que nadie había hecho. Entré en la tienda y pregunté al dueño el precio del artículo. Su valor era de tres tanpi, unos treinta centavos en dinero americano: mas al saber su valor, me di cuenta de que no tenía dinero de los Primeros Nacidos.

La forma de dinero en Marte no es muy distinta a la nuestra, con la excepción de que las monedas son ovaladas; solamente hay tres tipos de monedas: el pi, un centavo; el teepi, diez centavos y el tanpi, un dólar. Estas monedas son ovaladas; de bronce, plata y oro, respectivamente. Los billetes son como cheques al portador, y la persona que los da tiene que reembolsar su valor dos veces al año. Si alguien extiende más dinero que el que posee de fondo, el estado lo paga y lo hace trabajar en las granjas o en las minas, que son propiedad del estado, hasta cubrir la deuda.

Tenía dinero de Helium, por valor de cincuenta tanpi, y pregunté al dueño si aceptaría que le pagara más de lo que valía el artículo con moneda extranjera. Como el valor del metal es igual al de la moneda, aceptó con agrado el valor de un dólar en oro, lo que equivalía treinta centavos en plata. Tomé mi compra y me fui.

Mientras me acercaba al palacio, vi a un hombre de tez blanca delante de mí, llevando una pesada carga a sus espaldas. Por lo que sabía, solamente había otro hombre de tez blanca en Kamtol, y ese era Pan Dan Chee; así que me di prisa para llegar a donde él estaba.

Con seguridad que se trataba del orovar de Horz, y cuando llegué y le llamé por su nombre, casi se le cae la carga de la sorpresa.

–¡John Carter! – exclamó.

–¡Silencio! – le previne-. Mi nombre es el de Dotar Sojat. Si los Primeros Nacidos supieran que John Carter está en Kamtol, no me gustaría pensar lo que me pasaría. Cuéntame lo que ha sido de ti. ¿Qué te ha pasado desde la última vez que nos vimos?

–Fui comprado por el dator Nastor, que tiene la reputación de ser el amo más difícil que existe en Kamtol. También es el más cruel. Me compró por que mi valor

era muy barato y con la condición de que Jad-Han le fuera entregado como regalo. Nos hace trabajar día y noche, y nos da muy poco de comer, y lo que nos da es muy malo. Desde que perdió cien mil tanpi contra Xaxak, ha sido como si se transformara en un demente.

»¡Por mis antepasados! – exclamó de repente Pan Dan Chee-. ¡Así que fuiste tú el que derrotó a Nolat y causó a Nastor que perdiera tanto dinero! No me había dado cuenta hasta ahora. Me dijeron que el esclavo que ganó el encuentro se llamaba Dotar Sojat, y hasta ahora no significaba nada para mí, y así y todo, he tardado en darme cuenta.

–¿Has visto a Llana de Gathol? – le pregunté-. Estaba en la tribuna de Nastor, durante los Juegos, y supongo que ha sido comprada por él.

–Sí, pero no la he visto -contestó Pan Dan Chee-. Aunque he oído comentarios en las habitaciones de los esclavos, y estoy muy preocupado por lo que se dice en Palacio.

–¿Qué has oído? Presentí que estaba en peligro cuando la vi en la tribuna de Nastor; es demasiado bella para estar a salvo.

–Estaba a salvo en un principio -dijo Pan Dan Chee-. Fue comprada por la primera esposa de Nastor. Todo iba bien para ella, hasta que Nastor la vio durante los Juegos, e intentó comprársela a su mujer. Pero ella, Van-Tija, se negó a vendérsela. Nastor se puso furioso, y le dijo a Van-Tija que se llevaría a Llana de todas maneras; así que Van-Tija la ha encerrado en unas habitaciones de la parte alta de las torres de su propio palacio, y ha puesto a su guardia personal vigilando la entrada. Aquella es la torre -me dijo señalándola-. Quizá Llana de Gathol nos esté observando en estos momentos.

Mientras miraba la torre, vi que ésta sobresalía por encima de un palacio, que se encontraba a sus pies; éste se encontraba enfrente al palacio del jeddak, y estaban separados ambos por una gran plaza. Vi que las ventanas de las habitaciones de Llana no tenían barrotes.

–¿Crees que Llana corre gran peligro? – le pregunté.

–Sí -contestó-. Lo creo; se rumorea en Palacio que Nastor mandará unos guerreros al palacio de Van-Tija, para tomar por asalto la Torre.

–Entonces no tenemos tiempo que perder, Pan Dan Chee. Tenemos que actuar esta noche.

–¿Pero que pueden hacer dos esclavos? – me preguntó-. Aunque tuviéramos éxito en sacar a Llana de la torre, nunca podríamos salir del Valle de los Primeros Nacidos. No olvides los esqueletos, John Carter.

–Ten fe en mí -le dije-. Y no me llames John Carter. ¿Puedes salir del Palacio de Nastor por la noche?

–Creo que sí; no son muy severos en la vigilancia del palacio; los asesinatos y

robos son aquí desconocidos, ya que la máquina secreta del jeddak hace que el escapar del Valle sea imposible. Con toda seguridad podré salir esta noche. A decir verdad, me han mandado fuera del palacio algunas veces para realizar algún trabajo, desde que me compraron.

–¡Muy bien! – le dije-. Escúchame con atención: sal del palacio y ve caminando por la sombra, cerca del palacio de Nastor, sobre los veinticinco xasts, después del octavo zode[1], y traes a Jad-Han contigo, si es que quiere escapar. Si mi plan tiene éxito, una nave aterrizará en la plaza, cerca de vosotros; corred hacia ella y subid a bordo. Estará pilotada por un pirata negro, pero no dejes que te sorprenda. Si podéis conseguir algunas armas, hacedlo; puede que haya que luchar. Si la nave no aparece, sabrás que mi plan ha fracasado, y podrás regresar nuevamente al palacio, ya que no habrá ocurrido nada. Si no aparezco, será porque he muerto o estaré a punto de morir.

–¿Y Llana? – preguntó-. ¿Qué hay de ella?

–Mis planes se centran completamente en el rescate de Llana -le dije-. Si fracaso en ello, fracasaré en todo; ya que no me marcharé sin ella.

–Me gustaría que me dijeras cómo esperas llevar adelante lo imposible -me dijo-. Me sentiría más seguro del resultado si supiera un poco de tus planes.

–Claro que sí -le dije-. En primer lugar...

–¿Qué estáis haciendo por aquí? – preguntó una voz autoritaria detrás de nosotros. Me giré, y vi a un enorme guerrero detrás de mí. Le enseñé el pase que me había dado el jeddak.

Aun después de haberlo leído, parecía como si no lo creyera, pero al instante me lo devolvió y dijo:

–Está bien para ti. ¿Pero qué hay de este otro esclavo? ¿Él también tiene un pase del jeddak?

–La culpa es mía -le dije-. Lo conocí antes de que fuéramos capturados, y le paré para preguntarle cómo se encontraba. Estoy seguro que si lo supiera el jeddak, diría que no hay importancia en hablar con un amigo. El Jeddak ha sido muy bueno conmigo.

Estaba tratando de impresionarlo, y creo que tuve éxito.

–Muy bien -dijo-. Pero debéis seguir vuestros caminos, la gran plaza no es lugar para que los esclavos se visiten.

Pan Dan Chee recogió su carga y se marchó. Yo estaba a punto de irme, cuando el guerrero me retuvo.

–Vi como derrotabas a Nolat y a Ban-Tor en los Juegos -me dijo-. Estuve hablando de ello, hace un rato, con algunos amigos del Valle del Dor. Me dijeron que por allí fue una vez un guerrero que era un espadachín igualmente hábil. Su nombre era el de John Carter. ¡Tenía la tez blanca y los ojos grises! ¿Puede ser que te llames John Carter?

–Mi nombre es Dotar Sojat -le contesté.

–A nuestros amigos del Valle del Dor les gustaría poder coger a ese John Carter - me dijo; y entonces, con una vil sonrisa, se dio la vuelta y me dejó.

[1] Media noche en la Tierra.

XI

Había llegado el momento de tener que actuar rápidamente. Si algún hombre de Kamtol, supiera que yo era John Carter, príncipe de Helium, estaría perdido mucho antes de que amaneciera. Incluso cuando entré en Palacio, temía ser arrestado, pero llegué a mi habitación sin incidente alguno. Al momento llegó Man-Lat y al verle esperé lo peor, ya que nunca me había visitado. Mi espada estaba a punto de salir con rapidez de su funda, pues estaba dispuesto a morir luchando, antes de permitirles que me arrestaran y desarmaran. Incluso ahora, si Man-Lat hacía un movimiento extraño, le mataría; y todavía habría una posibilidad de que mi plan tuviera éxito.

Pero Man-Lat estaba de un humor muy apacible, casi jovial.

–Es una pena que seas un esclavo -dijo-; sucederán grandes acontecimientos en el palacio esta noche. Doxus está atendiendo a los visitantes de Dor. Habrá mucho de comer y beber, y un gran espectáculo. Doxus, seguramente, te presentará en una exhibición de espada contra uno de nuestros mejores espadachines, no será a muerte, solamente hasta que uno de los dos sea herido. Habrá bailes de esclavas, los nobles harán bailar a las más bellas. Doxus ha ordenado a Nastor traer a una de sus nuevas adquisiciones, cuya belleza ha sido elogiada en Kamtol desde los últimos Juegos. Sí, es una pena que no seas un Primer Nacido, para que puedas disfrutar de tan grata velada.

–Estoy seguro que disfrutaré de la velada -le aseguré.

–¿Cómo es eso? – me preguntó.

–¿No dijiste que acudiría en la fiesta para luchar?

–Ah, sí; pero sólo para entretenernos. No comerás ni beberás con nosotros, y no disfrutarás de las esclavas. De verdad, es una pena que no seas un Primer Nacido; hubiera sido un orgullo para nosotros.

–Me considero igual que cualquiera de los Primeros Nacidos -le dije. Estaba harto de su arrogancia y vanidad.

Man-Lat me miró con sorpresa.

–Eres un presuntuoso, esclavo -me dijo-. No sabes que los Primeros Nacidos de Barsoom, a veces conocidos por vosotros, criaturas inferiores, como los Piratas Negros de Barsoom, son la raza más antigua de este planeta. Preservamos nuestro linaje, ininterrumpidamente, directamente desde el Árbol de la Vida, que floreció en el Valle del Dor, hace veintitrés millones de años.

»Durante incontables siglos, la fruta de este árbol pasó por cambios graduales de evolución, pasando por diferentes etapas, desde la vida vegetal, hasta una combinación de planta y animal. En la primera fase de este cambio, la fruta del árbol sólo poseía el don del movimiento muscular, independiente del árbol, mientras estaba unida a la rama; más tarde evolucionó, en su interior, un cerebro; así que, colgado de

su rama, podía pensar y moverse con independencia del árbol.

»Entonces, con la evolución de los sentidos se llegó a la razón; naciendo el poder de razonar en Barsoom.

»Pasaron los años. Muchas formas de vida nacieron y murieron en el Árbol de la Vida, pero todas estaban unidas al tronco principal, por ramas de varios tamaños. Con el tiempo la fruta del árbol se convertía en un pequeño hombre planta, que podemos ver crecer resplandecientes, y en grandes tamaños, en el Valle del Dor; pero todavía colgando de las ramas del Árbol, por un tallo que crece sobre sus cabezas.

»Los capullos, de los cuales nacieron los hombres plantas, eran como grandes nueces, de un sofá de diámetro (unas once pulgadas), divididas por paredes, en cuatro secciones. En una sección crecieron los hombres planta; en otra, un gusano de dieciséis patas; en la tercera, el progenitor de los grandes simios blancos, y en la cuarta, el primitivo hombre negro de Barsoom.

»Cuando el capullo floreció, los hombres planta se quedaron colgados de la rama; pero las otras tres secciones cayeron al suelo, en donde los esfuerzos de sus ocupantes para salir de sus correspondientes secciones hicieron que estas nueces saltaran en todas las direcciones.

»Así, mientras pasaba el tiempo, todo Barsoom se fue cubriendo por estas criaturas, prisioneras dentro de las nueces. Durante mucho tiempo, vivieron sus largas vidas en su interior, saltando por todo lo ancho de este planeta; cayendo en ríos, lagos y mares, lo cual hacía que se dispersaran más por la superficie del Nuevo Mundo.

»Incontables billones murieron antes de que el primer hombre blanco saliera de su reclusión en la nuez a la luz del día. Alentado por la curiosidad, el primer hombre negro abrió las demás nueces; y la población de Barsoom comenzó.

»La pureza de la sangre de este primer hombre negro se ha mantenido sin mezclarse con otras razas; pero los gusanos de dieciséis patas, los simios blancos y los renegados hombres negros, se han mezclado entre ellos, apareciendo las demás criaturas de Barsoom.

Esperaba que terminara, por que ya había oído contar todo esto mucho tiempo antes; pero, claro está, no me animé a decírselo. Esperé a que se fuera; no es que tuviera que hacer algo antes que anocheciera, pero quería estar a solas y poder planear todos los pequeños detalles del trabajo que me esperaba esa noche.

Por fin se fue y llegó la noche, pero aún debía permanecer inactivo, durante dos horas, para que llegara el momento que le indiqué a Pan Dan Chee que estuviera preparado para subir a la nave, pilotada por un pirata negro. Estaba seguro que Pan Dan Chee estaría desconcertado por aquello.

Pasaba la noche. Oí un bullicio de fiesta que llegaba de la primera planta del palacio, por el jardín, hasta mi ventana; el banquete del jeddak estaba en su esplendor. La hora del desenlace se acercaba. Vino un guerrero para llevarme al salón del

banquete.

Debería haberle matado y seguir con mi plan, pero de pronto un espíritu de valentía me invadió. Me enfrentaría a todos ellos, dejándoles ver, una vez más, la mejor espada de dos mundos, para que se dieran cuenta, cuando hubiera escapado, que era el más grande en todas las cosas que el mejor de los Primeros Nacidos. Sabía que aquello era una temeridad; pero ahora que seguía al guerrero al salón, me di cuenta de que la suerte estaba echada y que era demasiado tarde para echarme atrás.

Nadie se fijó en mí mientras entraba en el salón, solamente era un esclavo. Cuatro mesas formando un cuadro estaban llenas de hombres y mujeres maravillosamente vestidos que hablaban y reían, mientras que un pequeño ejército de esclavos traía más comida y bebida. Algunos de los invitados estaban bastante ebrios, y era evidente que Doxus estaba embriagado como el que más. Rodeaba con un brazo a su mujer y besaba a la mujer de otro por el otro lado.

El guerrero que me fue a buscar le susurró algo al oído del jeddak, y luego Doxus golpeó con fuerza un enorme gong, para pedir silencio. Cuando todos le prestaron atención, les habló:

–Durante mucho tiempo los Primeros Nacidos del Valle del Dor han presumido de su habilidad con la espada en combate, pero debo admitir que tengo en mi palacio a un esclavo, un vulgar esclavo, el cual puede vencer al mejor del Valle del Dor. Está aquí, en este momento, para enseñarnos sus maravillosas habilidades en un encuentro contra uno de mis nobles. No será a muerte, sino que durará hasta que uno de ellos sea herido. ¿No hay nadie del Valle del Dor que crea que le puede vencer a mi esclavo?

Se levantó un noble.

–Es un desafío -dijo-. El dator Zithad es la mejor espada de los que están aquí; pero si él no se enfrenta al esclavo, yo lo haré, por el honor de Dor. Hemos oído comentarios sobre este esclavo desde que hemos llegado a Kamtol y de cómo le ganó a la mejor espada; y yo me sentiré feliz de herirle.

Entonces se levantó Zithad, orgulloso y arrogante.

–Nunca he manchado mi espada con la sangre de un esclavo -dijo-. Pero tendré el placer de remediar la vergüenza de Kamtol. ¿Dónde está el esclavo?

¡Zithad! Había sido el dator de la Guardia de Issus en tiempos de la revuelta de los esclavos, cuando éstos vencieron a Issus. Tenía motivos para recordarme y odiarme.

Cuando nos enfrentamos, en el centro formado por las cuatro mesas del salón de banquetes de Doxus, jeddak de los Primeros Nacidos de Kamtol, pareció desconcertado durante unos instantes y luego se echó para atrás e intentó hablar.

–¡Así que tienes miedo de enfrentarte a un esclavo! – le provoqué-. ¡Venga! quiero ver cómo me puedes herir, no vayamos a desilusionarles.

Le toqué con la punta de mi espada mientras le hablaba.

–¡Calot! – gritó mientras se lanzaba sobre mí.

Era mejor espadachín que Nolat, pero le dejé en ridículo. Le hice girar alrededor de las mesas manteniéndole a la defensiva; mas no le herí. Estaba furioso y con miedo. Los invitados permanecían en absoluto silencio.

De pronto gritó:

–¡Idiotas! ¿No sabéis quien es este esclavo? Es...

En ese momento le traspasé el corazón.

Al instante se formó un gran revuelo. Cien espadas salieron de sus fundas, mas no esperé a ver más. ¡Había visto ya suficiente! Con la espada en la mano, corrí hacia una de las mesas y, con un movimiento, mientras que una mujer gritaba, salí por una puerta que estaba detrás de ellos al jardín.

Inmediatamente salieron tras de mí, pero me escondí en los arbustos del jardín, y lo atravesé escondido hasta llegar debajo de mi ventana. Era un pequeño salto el que tenía que dar para llegar a ella; un momento más tarde, crucé por mi habitación y por una rampa, y llegué al piso de abajo.

Estaba a oscuras, pero conocía cada palmo del camino que tenía que recorrer. Me había preparado para esta situación. Llegué a la sala donde Doxus me había entrevistado por primera vez, y pasé por la puerta que estaba detrás del escritorio, que daba a la habitación secreta en donde se encontraba la máquina.

Sabía que nadie adivinaría a dónde había ido; y como Myr-Lo se encontraba en el banquete, podría cumplir, con facilidad, con lo que había venido a hacer.

Mientras abría la puerta del cuarto mayor, Myr-Lo se levantó del sofá y se enfrentó a mí.

–¿Qué estás haciendo aquí, esclavo? – preguntó.

XII

Todo me salía mal. Primero tener que ir al salón del banquete, después la lucha con Zithad y ahora Myr-Lo. No quería hacerlo, pero no había otra salida.

–¡En guardia! – le dije.

No soy un asesino; así que no podía matarle, sin que tuviera una espada en su mano; pero Myr-Lo no tenía tanta ética. Desenfundó la pistola de radium que colgaba de su cadera. ¡Fatal error! Crucé el espacio que nos separaba de un salto y de una estocada en el corazón maté a Myr-Lo, el inventor de Kamtol.

Sin limpiar la sangre de mi espada, corrí a la sala más pequeña, donde estaba el mecanismo maestro que controlaba a doscientas mil almas, la horrible invención que había llenado el borde de los riscos de grandes cantidades de esqueletos.

Miré a mi alrededor y encontré un trozo de un metal muy pesado; me acerqué a aquella máquina demencial y, con toda la fuerza que pude, la lancé contra ella. En poco minutos era un montón de chatarra.

Rápidamente regresé a la otra sala, le quité el correa y las armas al cadáver de Myr-Lo, mientras me quitaba las mías, y saqué de mi bolsillo el artículo que había comprado en la pequeña tienda. Era un tarro de crema de color negro ébano, con la cual las mujeres de los Primeros Nacidos trababan de esconder los fallos de su piel.

En diez minutos, era tan negro como el más negro de los piratas negros de Barsoom. Me puse el correa y las armas de Myr-Lo; y con la excepción de mis ojos grises, era exactamente igual que un noble de los Primeros Nacidos. Me alegré de que Myr-Lo no estuviera en el banquete, pues su correa me ayudaría a atravesar el palacio y salir de él, una tarea que no emprendería con mucho agrado.

Pasé por el palacio sin encontrarme con nadie, y cuando llegué a la verja comencé a tambalearme. Quería que pensarán los guardias que un invitado ebrio se marchaba temprano. Contuve la respiración, mientras me acercaba a los guerreros que estaban de guardia; pero se limitaron a saludarme con respeto y salí a las avenidas de Kamtol. Mi plan había sido el de subir por la fachada de los hangares, cosa que hubiera hecho, ya que su ornamentación lo permitía; pero eso habría significado tener una lucha con el guardián del tejado cuando hubiera llegado arriba. Ahora mi intención era sacar adelante otro plan, no menos peligroso.

Caminé directamente a la entrada. Solamente había un guerrero de guardia. No le hice caso y entré. Pareció confuso, después me saludó y continué mi camino, subiendo por una rampa. Se había impresionado por la maravillosa vestimenta de Myr-Lo, el noble.

Mi mayor obstáculo era el guardia del tejado, donde era seguro que encontraría a varios de ellos. Sería difícil convencerlos de que un noble quisiera volar a estas horas de la noche, pero cuando llegué al tejado, no había ningún guerrero a la vista.

Tardé sólo un momento en encontrar la nave que había elegido previamente para escapar, y rápidamente subí a bordo, me situé frente a los paneles de control y puse la nave en marcha.

La noche era oscura; ni siquiera las lunas estaban en el cielo. Subí en vuelo vertical hasta que estuve por encima de la ciudad, y entonces me dirigí a la torre del palacio de Nastor, donde Llana de Gathol se encontraba prisionera.

El negro casco de la nave me hacía invisible, y estaba a salvo de que me observaran desde las avenidas en una noche tan oscura como ésta. Llegué a la torre convencido de que todo mi plan iba a salir con increíble éxito, a pesar de los incidentes que parecían que lo iban a hacer fracasar, en su etapa inicial.

Mientras me acercaba a la ventana de la habitación de Llana, oí un grito de mujer y una voz de hombre que gritaba con ira. Un poco más tarde, el morro de mi vehículo tocaba la pared, por la parte baja de su ventana y, cogiendo un cabo, salté al interior con la espada de Myr-Lo en mi mano.

Al otro lado de la habitación, un hombre estaba forcejeando con Llana de Gathol sobre un sofá. Ella le estaba golpeando, y él le gritaba.

–¡Basta! – grité, y el hombre soltó a Llana y se dirigió a mí. Era Nastor, el dator.

–¿Quién eres? – preguntó-. ¿Qué haces aquí?

–Soy John Carter, príncipe de Helium -le contesté-. Y estoy aquí para matarte.

Él había sacado su espada, y las cruzamos, mientras yo hablaba.

–Quizás me recordarás mejor como Dotar Sojat, el esclavo que te hizo perder cien mil tanpi -le dije.

Comenzó a gritar, llamando a la guardia, y oí el sonido de pisadas, como si corrieran por una rampa, al otro lado de la puerta. Supe que tenía que terminar con Nastor rápidamente; pero resultó mejor espadachín de lo que esperaba. Sin embargo, la lucha derivó rápidamente en una carrera alrededor de la habitación.

La guardia se estaba acercando, cuando Llana corrió a la puerta y la cerró con una barra que la atravesaba; llegando muy a tiempo, ya que al instante oí golpear la puerta y los gritos de los guerreros afuera; y entonces tropecé con una piel que se había caído del sofá durante la lucha entre Llana y Nastor, y caí de espaldas. Al instante, Nastor saltó para atravesarme el corazón. Mi espada le apuntaba, pero él tenía toda la ventaja. Estaba a punto de morir.

Solamente el rápido ingenio de Llana me salvó. Se fue hacia Nastor por la espalda, le cogió por los tobillos y lo tiró. Cayó sobre mí, y mi espada atravesó su corazón, saliéndole la punta por detrás de su espalda. Necesité todas mis fuerzas para arrancarla.

–¡Deprisa, Llana! – dije.

–¿Adónde? – preguntó-. La salida está llena de guerreros.

–Por la ventana -dije-. ¡Vamos!

Mientras me acercaba, vi la punta del cabo, que se había soltado durante la lucha, desaparecer por el borde de la ventana. Mi nave se había alejado y nos encontramos atrapados.

Corrí a la ventana. A unos diez metros de distancia y a unos dos por debajo de la ventana, se alejaba nuestro medio de fuga y nuestra libertad. Allí flotaba la posibilidad de seguir con vida para Llana de Gathol, Pan Dan Chee, Jad-Han y para mí.

Había una sola esperanza. Subí al borde de la ventana, calculé la distancia y salté, aterrizando sobre la cubierta de la nave. Un momento más tarde estaba al lado nuevamente y Llana subió a bordo.

–¡Pan Dan Chee! – dijo.

–¿Qué hay de él?

–Es cruel abandonarle a su destino.

Pan Dan Chee hubiera sido el hombre más feliz del mundo, si hubiera sabido que su primer pensamiento había sido para él, pero yo sabía que, con toda seguridad, ella lo despreciaría o lo insultaría a la primera oportunidad que se le presentara. Las mujeres son muy particulares en este sentido.

Bajé rápidamente a la Plaza.

–¿Adónde vas? – me preguntó Llana-. ¿No temes que te apresen de nuevo en este lugar?

–Voy a recoger a Pan Dan Chee y Jad-Han -le respondí, y un momento más tarde aterrizaba en la plaza que estaba cerca del palacio de Nastor, y dos hombres salieron de las sombras y se acercaron a la nave. Eran Pan Dan Chee y Jad-Han.

Tan pronto como estuvieron a bordo, subí rápidamente y me dirigí a Gathol. Sentí la mirada de Pan Dan Chee y finalmente no se pudo contener más.

–¿Quién eres? – preguntó-. ¿Dónde está John Carter?

–Ahora soy Myr-Lo, el inventor -le dije-. Hace poco era Dotar Sojat, el esclavo, pero siempre soy John Carter.

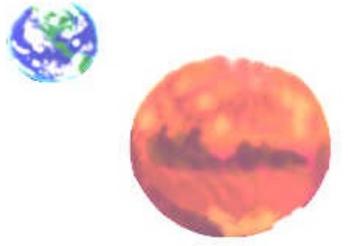
–Estamos juntos todos, otra vez -dijo-. Y vivos, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Te has olvidado de los esqueletos del borde del risco?

A continuación, se dirigió a Llana.

–Llana de Gathol, hemos pasado muchas cosas juntos, y no se puede saber lo que el futuro nos deparará. Otra vez más pongo mi corazón a tus pies.

–Lo puedes recoger -le dijo Llana de Gathol-. Estoy cansada y deseo dormir.

UNA HUIDA EN MARTE



I

Eramos cuatro a bordo de la nave que había robado del hangar de Kamtol para llevar a cabo nuestra fuga del valle del Primer Nacido: Llana de Gathol, Pan Dan Chee de Horz, Jad-Han, hermano de Janai de Amhor, y yo, John Carter, Príncipe de Helium y Señor de la Guerra de Barsoom.

Era una de aquellas sobrecogedoras y magníficas noches marcianas que le quitan a uno la respiración. En el aire poco denso del moribundo planeta, cada estrella destaca en brillante magnificencia contra la aterciopelada oscuridad del firmamento, con un esplendor inconcebible para un habitante de la Tierra.

Mientras sobrepasábamos la gran grieta del valle, las dos lunas de Marte eran visibles, y la Tierra y Venus estaban en conjunción, proporcionándonos un espectáculo de belleza incomparable. Clorus, la luna más alejada, avanzaba con majestuosa dignidad por la bóveda celeste a treinta mil kilómetros de distancia, mientras Thuria, sólo a siete mil kilómetros, cruzaba la noche de horizonte a horizonte en menos de cuatro horas, recortando sombras cambiantes en el suelo bajo nosotros, produciendo la impresión de constante movimiento, como si la superficie de Marte estuviese cubierta de innumerables cosas deslizantes, hormigueantes. Desearía poder expresarte una idea de la extrañeza misteriosa y sobrecogedora de la escena, y de su belleza; pero, desgraciadamente, mis facultades de descripción son totalmente inadecuadas. Pero quizás, algún día, tú también visitarás Marte.

Mientras franqueábamos la falla de la impresionante escarpadura que limita el valle, puse rumbo a Gathol y apreté el acelerador, ya que preveía una posible persecución; pero, conociendo la velocidad de este tipo de nave, y la ventaja que llevábamos, estaba seguro de que nada en Kamtol podría alcanzarnos a menos que tuviéramos mala suerte.

Muchos suponen que Gathol es la más antigua ciudad habitada de Marte, y que es una de las pocas que han conservado su libertad; y, aunque ricas minas de diamantes son las más antiguas conocidas, a diferencia de prácticamente todos los demás yacimientos, son aparentemente tan inagotables como siempre.

En la antigüedad, la ciudad fue construida sobre una isla del Throxus, el mayor de los cinco océanos del viejo Barsoom. Cuando el océano se retiró, Gathol fue creciendo por la falda de la montaña, la cima de la cual era la isla sobre la que había sido fundada, hasta llegar al día de hoy, que cubre las laderas desde la cima a la base, mientras las entrañas de la gran colina están llenas de galerías mineras.

Un gran pantano salado rodea totalmente Gathol, protegiéndola de las invasiones por tierra, mientras la escarpada y, a veces, vertical topografía de la montaña convierte en una empresa arriesgada el aterrizaje de aeronaves hostiles.

Gahan, el padre de Llana, es jed de Gathol, que es mucho más que una simple

ciudad, abarcando más de doscientos mil kilómetros cuadrados, muchos de las cuales son excelentes tierras de pasto por donde corren sus grandes manadas de thoats y zitidares. Era por devolver a Llana a su padre y a su madre, Tara de Helium, por lo que habíamos arrojado tantas angustiosas aventuras desde que dejamos Horz. Y ahora Llana estaba casi en su hogar; y yo pronto estaría en camino hacia Helium y mi incomparable Dejah Thoris, que debía haberme dado por muerto desde hace mucho tiempo.

Jad-Han se sentaba a mi lado en los mandos. Llana dormía y Pan Dan Chee estaba melancólico. La melancolía parece ser el estado natural de todos los enamorados. Lo sentía por Pan Dan Chee; yo podría haber aliviado su depresión revelándole que las primeras palabras de Llana, una vez rescatada de las torres del palacio de Nastor, habían sido para preguntar por él; pero no lo hice. Deseaba que el hombre que se ganara a Llana de Gathol lo hiciera por sí mismo. Si él, en su desesperación, se daba por vencido mientras ambos vivían y ella se quedaba soltera, entonces es que no se la merecía. Así que dejé que el pobre Pan Dan Chee sufriera por el último desaire que le había infligido Llana.

Nos aproximamos a Gathol poco antes del amanecer. Ninguna luna estaba en el cielo, que aparecía comparablemente oscuro. La ciudad también estaba oscura; no vi una sola luz. Esto era extraño, y podía presagiar peligro, puesto que las ciudades marcianas no se oscurecen normalmente salvo en caso de guerra, cuando pueden ser amenazadas por el enemigo.

Llana salió del estrecho camarote y se acuclilló a mi lado.

–Esto parece de mal agüero -dijo.

–También me lo parece a mí -convine-, y voy a esperar hasta que claree. Quiero ver qué pasa antes de intentar aterrizar.

–Mira allá -dijo Llana, señalando a la derecha de la negra masa de la montaña-, mira todas esas luces.

–Quizás sean los campamentos de los pastores -sugerí.

–Hay demasiados -dijo Llana.

–Podrían ser campamentos de guerreros -dijo Jad-Han.

–Ahí viene una nave -dijo Pan Dan Chee-. Nos ha descubierto.

Una nave se nos aproximaba rápidamente desde abajo.

–Una nave patrulla, sin duda -dije, apretando el acelerador y orientando la proa de nuestra nave en la dirección opuesta. No me gustaba la apariencia de la situación, y no iba a dejar que ninguna nave se acercase hasta que viera su insignia. Entonces nos llegó una llamada:

–¿Quiénes sois?

–¿Quiénes sois vosotros? – exigí saber yo en respuesta.

–¡Deteneos! – nos ordenaron. No me detuve; estaba alejándome de el

rápidamente, y mi nave era mucho más veloz.

Dispararon entonces, pero el tiro nos pasó de largo. Jad-Han estaba en el cañón de popa.

–¿Respondo al fuego? – preguntó.

–No -repliqué-. Pueden ser gatholianos. Enfócalo en el reflector, Pan Dan Chee; a ver si podemos distinguir su insignia.

Pan Dan Chee no había estado nunca en una nave antes, y jamás había visto un reflector. Los antiguos supervivientes de la casi extinta raza de los orovares, que se ocultan en la antigua Horz, a las cuales pertenecía él, no disponen ni de naves ni de reflectores; así que Llana de Gathol fue en su ayuda, y pronto la proa de la nave perseguidora estuvo brillantemente iluminada.

–Puedo ver la insignia -dijo Llana-, y no es una nave de Gathol.

Otro disparo pasó de largo, y le dije a Jad-Han que podía disparar. Lo hizo y erró. El enemigo disparó de nuevo, y sentí como el proyectil nos alcanzaba, aunque no explotó. Nos tenía a tiro, así que comencé a zigzaguear, y sus dos disparos siguientes fallaron. Jad-Han también falló, y a continuación nos alcanzaron otra vez.

–Coge los mandos -le dije a Llana, y fui hacia el cañón-. Mantén el rumbo, Llana -le indiqué, mientras apuntaba cuidadosamente.

Disparé una granada explosiva con espoleta de impacto. Dio en plena proa, penetró en el casco y explotó. Desgarró toda la parte delantera de la nave, que comenzó a arder y a caer de proa. Al principio descendió lentamente, luego emprendió su largo y veloz picado... Un meteoro incandescente se estrelló en el pantano salado y se extinguió.

–Eso es todo -dijo Llana de Gathol.

–En lo que a nosotros concierne, no creo que esto haya sido todo -repliqué-. Estamos perdiendo altura rápidamente; uno de sus tiros debe haber alcanzado un tanque de alimentación.

Tomé los controles e intenté mantener la nave en vuelo; con el acelerador apretado a fondo, buscando sobrepasar el anillo de hogueras de los campamentos antes de que finalmente tuviéramos que tomar tierra.

II

La pequeña nave era muy buena, fiable y veloz, como todas las naves de los Piratas Negros de Barsoom, y nos condujo más allá de las hogueras antes de que finalmente nos posáramos en tierra al amanecer.

Quedamos próximos a un bosquecillo de sarapes, y pensé que sería mejor refugiarnos allí hasta que pudiéramos inspeccionar un poco los alrededores.

–¡Vaya suerte! – exclamó Llana, indignada-, y justo cuando estaba segura de que estábamos prácticamente sanos y a salvo en Gathol.

–¿Qué hacemos ahora? – preguntó Pan Dan Chee.

–Nuestro destino está en las manos de nuestros antepasados -dijo Jad-Han.

–Pero no debemos dejarlo allí -les aseguré-. Presiento que soy mucho más adecuado para dirigir mi propio destino que mis antepasados, que murieron hace muchos años. Además, a mí me interesa mucho más que a ellos.

–Creo que quizás estés en lo cierto -dijo Llana, riendo-, aunque no me importa dejar mi destino en manos de mis antepasados vivos; y ahora, ¿qué es lo que piensan hacer ellos?

–Primero, voy a buscar algo de comer -repliqué-, y luego voy a intentar descubrir quién se calentaba en aquellos fuegos que vimos anoche; podrían ser amigos, ya sabes.

–Lo dudo -dijo Llana-. Pero, si son amigos, Gathol está en manos de enemigos.

–Lo sabremos dentro de muy poco; y ahora, quedaos aquí los tres mientras voy a ver si crece algo comestible en este bosque. Estad alerta.

Me adentré en el bosque en busca de raíces o hierbas y de la mantalia, esa plantadora de vida, cuya raíz lechosa me ha salvado en muchas ocasiones de morir de hambre y sed. Pero aquel bosque parecía estar particularmente desprovisto de cualquier forma de alimento, y lo atravesé de parte a parte sin encontrar nada que ni tan siquiera un muerto de hambre se llevaría a la boca.

Mas allá del bosque vi unas lomas; ello me dio nuevas esperanzas, puesto que, en algún pequeño barranco donde se mantuviese la humedad, sin duda encontraría algo digno de llevar a mis compañeros.

Había recorrido la mitad de la distancia entre el bosque y las colinas cuando escuché detrás de mí el inconfundible ruido del metal y el crujir del cuero; y, volviéndome, divisé unos veinte hombres rojos que se me aproximaban al galope montados en thoats, sin que los acolchados cascos de sus animales hicieran ruido alguno en la suave vegetación que cubría el suelo.

Enfrentándome a ellos, desenvainé mi espada; ellos tiraron de las riendas a pocos metros de mí.

–¿Sois hombres de Gathol? – pregunté.

–Sí -replicó uno de ellos.

–Entonces, yo soy amigo -le dije. El tipo se rió.

–Ningún pirata negro de Barsoom es amigo de ninguno de nosotros -contestó.

Hasta entonces, me había olvidado el pigmento negro con el cual había cubierto cada centímetro de mi cara y cuerpo como disfraz para ayudarme a escapar de los piratas negros del Valle de los Primeros Nacidos.

–No soy un pirata negro -le dije.

–¡Oh, no! – gritó él-. Entonces, supongo que eres un mono blanco. – Todos rompieron a reír-. Vamos, ahora envaina tu espada y ven con nosotros. Dejaremos que Gan Hor decida qué hacer contigo, y puedo anticiparte que a Gan Hor no le gustan los piratas negros.

–No seas tonto -le dije-. Te digo que no soy un pirata negro; esto es sólo un disfraz.

–Bien -dijo el tipo, que se creía muy gracioso-. ¿No es extraordinario que nos encontremos? Yo soy en realidad un pirata negro disfrazado de hombre rojo.

Esto hizo dislocarse de risa a sus compañeros. Cuando pudo dejar de reír su propia broma, dijo:

–¡Vamos, no más tonterías! ¿O quieres que vayamos a cogerte?

–Venid a cogerme -le repliqué.

Aquí cometí una equivocación; pero estaba algo resentido de que aquellos estúpidos se rieran de mí.

Comenzaron a rodearme al galope y, mientras lo hacían, desenrollaron las cuerdas que utilizaban para atrapar los thoats. Lo hicieron girar sobre sus cabezas, gritando. Repentinamente, una docena de lazos se enroscaron simultáneamente sobre mí. Fue una bonita demostración de laceo, pero en aquel momento no supe apreciarlo de verdad. Aquellos dogales me atenazaron desde el cuello a los talones, dejándome absolutamente imposibilitado de moverme cuando se pusieron tensos; entonces la docena de ellos que me habían atrapado con sus lazos, cabalgaron en la misma dirección, derribándome; y no se detuvieron allí: continuaron su marcha, arrastrándome por el suelo.

Mi cuerpo rebotó una y otra vez sobre la blanda vegetación color ocre, y mis captos cabalgaron más y más rápido, hasta que sus monturas estuvieron a plena carrera. Era la más indigna situación para un guerrero; me parece que pensé antes en la injuria hecha a mi orgullo que en la injuria que se estaba haciendo a mi cuerpo... o en el hecho de que mucho más de este tratamiento me reduciría al estado de un cadáver sangriento pendiente de los cabos de una docena de cuerdas de cuero sin curtir.

Debieron haberme arrastrado una media milla antes de parar finalmente, y sólo el hecho de que la musgosa vegetación que cubre la mayor parte de Marte fuera blanda

fue lo que me permitió sobrevivir a la experiencia.

El jefe cabalgó hacia mí, seguido por los otros. Me miró, y sus ojos se abrieron más de lo normal.

–¡Por mi primer antepasado! – exclamó-. No es un pirata negro... ¡Su color ha desaparecido!

Me contemplé; seguramente, la mayoría del pigmento había desaparecido al frotarse mi cuerpo contra la vegetación a través de la cual me habían arrastrado, y mi piel era ahora una mezcla de líneas blancas y negras manchadas de sangre.

El hombre desmontó y, después de desarmarme, me quitó los lazos.

–No es un pirata negro; ni siquiera es un hombre rojo -dijo a sus compañeros-. Es blanco y tiene los ojos grises. Por mi primer antepasado, no creo que sea humano. ¿Puedes levantarte?

Me puse de pie. Estaba un poco aturdido, pero podía mantener el equilibrio.

–Puedo levantarme -le dije-, y si quieres saber si soy un hombre o no, devuélveme mi espada y saca la tuya -y lo abofeteé con tanta fuerza que lo tiré al suelo. Yo estaba tan enloquecido que no me preocupaba el que me matara o no. Se puso de pie maldiciéndome como un auténtico pirata del Caribe.

–¡Dadle su espada! – gritó-. Iba a llevárselo vivo a Gan-Hor, pero ahora lo dejaré aquí muerto.

–Sería mejor que nos lo llevásemos vivo, Kor-An -aconsejó uno de sus amigos-. Podemos haber capturado un espía; y, si lo matas antes de que Gan-Hor pueda interrogarlo, no te hará ningún bien.

–Nadie puede golpearme y seguir vivo -gritó Kor-An-. ¿Dónde está su espada?

Uno de ellos me alcanzó mi espada larga, y me enfrenté a Kor-An.

–¿A muerte? – le pregunté.

–¡A muerte! – replicó Kor-An.

–No voy a matarte, Kor-An -le dije-. Y tú no puedes matarme a mí, pero te voy a enseñar una lección que no vas a olvidar.

Hablé en voz lo bastante alta como para que los otros pudieran oírme. Uno de ellos rió, y dijo:

–No sabes a quien estás hablando, amigo. Kor-An es uno de los mejores espadachines de Gathol. En cinco minutos estarás muerto.

–En uno -dijo Kor-An, yendo a por mí.

Me dispuse a «trabajar» a Kor-An después de calcular aproximadamente cuántos cortes y arañazos había en mi cuerpo. Era un luchador furioso, pero sin técnica. En el primer segundo le hice sangre en la parte derecha del pecho; luego le abrí un largo corte en el muslo derecho. Le toqué una y otra vez, haciéndole sangrar por cortes y arañazos. Pude haberlo matado en cualquier momento, y él no pudo tocarme nunca.

–Ha pasado más de un minuto, Kor-An -le dije.

No respondí; estaba respirando agitadamente, y sus ojos me revelaron que tenía miedo. Sus compañeros estaban sentados en silencio, observando cada movimiento. Finalmente, después de haberlo llenado de cortes desde la frente hasta la punta de los pies, salté atrás y bajé mi espada.

–¿Has tenido bastante, Kor-An? – le pregunté-. ¿O quieres que te mate?

–Elegí luchar hasta la muerte -dijo él valientemente-, tienes derecho a matarme... y sé que puedes hacerlo. Has podido matarme desde el momento que cruzamos las espadas.

–No quiero matar a un valiente -dije.

–Olvidalo todo, Kor-An -dijo uno de los otros-, te enfrentas al mejor espadachín que se ha visto jamás.

–No -dijo Kor-An-. Quedaría deshonrado si parase antes de matarlo o de que él me mate. ¡Vamos!

Dejé caer mi arma y me encaré con él.

–Ahora tienes la posibilidad de matarme.

–Pero eso sería asesinato. No soy un asesino.

–Ni yo, Kor-An; y si te atravieso, aunque empuñes tu espada, seré tan asesino como tú si me matas ahora; porque, incluso con una espada en la mano, estas frente a mí tan desarmado como yo ahora ante ti.

–Tienes razón -intervino uno de los gatholianos-. Envaina la espada, Kor-An; nadie te lo reprochará.

Kor-An miró a los otros, y todos le aconsejaron que cediera. Metió la espada en la vaina y montó el thoat.

–Monta detrás de mí -me dijo.

Monté, y partimos al galope.

III

Después de una media hora, entramos en un bosquecillo de sorapos y, seguidamente, en un grupo de los toscos barracones usado por los pastores-guerreros de Gathol. Aquí estaba el resto de la compañía a la cual pertenecían mis captos. Estos pastores son los soldados de Gathol, y están organizados en unidades regulares. Éste era un utan de cien hombres bajo el mando de un dwar, con dos padwars, o tenientes, a sus órdenes. Permanecen en este servicio durante un mes, equivalente a unos setenta días terrestres; luego son relevados y retornan a la ciudad de Gathol.

Gan-Hor, el dwar, estaba sentado ante un refugio jugando al jetan con un padwar cuando Kor-An me llevó ante él. Nos miró a ambos de arriba a bajo durante todo un minuto.

–¡En el nombre de Issus! – exclamó-. ¿Qué habéis estado haciendo los dos? ¿Jugando con un rebaño de banths? ¿O con una tribu de monos blancos? ¿Y quién es éste? No es ni rojo ni negro.

–Un prisionero -dijo Kor-An; luego explicó con bastante honradez por qué estábamos en aquellas condiciones. Gan-Hor frunció el ceño.

–Trataré de esta cuestión contigo más tarde, Kor-An -dijo; luego se volvió hacia mí.

–Soy el padre de Tara de Helium -dije-, la princesa de tu jed.

Gan-Hor se puso en pie de un salto, y Kor-An vaciló como si le hubiese golpeado; pensé que iba a caerse.

–¡John Carter! – exclamó Gan-Hor-. La piel blanca, los ojos grises, la maestría con la espada que ha relatado Kor-An. Nunca he visto a John Carter, pero no puede ser otro. – Entonces se volvió hacia Kor-An.

–¡Y arrastraste al Príncipe de Helium y Señor de la Guerra de Barsoom a lo largo de un kilómetro al extremo de tu cuerda! – estaba casi gritando-. ¡Morirás por ello!

–No -dije yo-. Kor-An y yo hemos ajustado cuentas; no va a ser castigado más.

Estos pastores-guerreros de Gathol vivían de forma parecida a nuestros nómadas de desierto, desplazándose de un lugar a otro según distaban la necesidad de pastos y la presencia del agua. No hay agua de superficie en Gathol, salvo la del pantano salado que rodea la ciudad; pero en ciertos lugares podía encontrarse agua cavando pozos, y en esos puntos levantaban sus campamentos, como aquí en el bosquecillo de sorapo al cual me habían conducido.

Gan-Hor ordenó que me trajeran agua; y, mientras me lavaba el pigmento negro, la suciedad y la sangre, le conté que Llana de Gathol y dos compañeros estaban no lejos del sitio donde Kor-An me había capturado; él envió a uno de sus padwars con cierto número de guerreros y tres thoats extra para traerlos aquí.

–Y ahora -le dije-, cuéntame qué está sucediendo en Gathol. El hecho de que

fuéramos atacados anoche, junto con el anillo de hogueras que rodeaban la ciudad, sugiere que algún enemigo está sitiando Gathol.

–Tienes razón -replicó Gan-Hor-. Gathol está rodeado por las tropas de Hin Abtol, que se titula a sí mismo *Jeddak de Jeddaks del Norte*. Apareció aquí hace algún tiempo con una nave vieja y anticuada, pero como vino en son de paz fue tratado por Gahan como un honorable invitado. Dicen que se portó como un fanfarrón egoísta y un insufrible patán, y acabó por exigir a Gahan que le diera a Llana por mujer... aunque se jactó de tener siete ya.

»Por supuesto, Gahan le dijo que Llana de Gathol elegiría su propia pareja; y cuando Llana rehusó sus proposiciones, amenazó que volvería a tomarla por la fuerza. Luego se marchó, y al siguiente día nuestra princesa partió para Helium en una nave con veinticinco miembros de su guardia personal. Nunca alcanzó Helium, y nadie la ha visto ni había sabido de ella hasta que me contaste que está viva y que ha retornado a Gathol.

»Pero pronto supimos de Hin Abtol. Volvió con una gran flota compuesta por las naves más viejas y anticuadas que jamás he visto; algunas de sus naves deben tener más de cien años. Hin Abtol volvió, y exigió la rendición de Gathol.

»Sus naves estaban abarrotadas de guerreros, miles de los cuales saltaron de ellas y descendieron con equilimotors sobre la ciudad. Durante todo un día se luchó en las avenidas y las terrazas de los edificios, pero al fin los destruimos e hicimos prisioneros a todos; por lo tanto, al descubrir que no podía tomar la ciudad por asalto, Hin Abtol la sitió.

»Ha alejado a todas sus naves salvo unas pocas, y creemos que retornaron al helado Norte en busca de refuerzos. Los que estábamos de pastores al principio del asedio, fuimos incapaces de volver a la ciudad, pero estamos hostigando continuamente a los guerreros de Hin Abtol acampados en la llanura.

–Así que usan equilimotors -comenté-. Parece extraño que un pueblo del helado Norte los posea. Eran absolutamente desconocidos en Okar cuando estuve allí.

El equilimotor es un ingenioso aparato para el vuelo individual. Consiste en un grueso cinturón no muy diferente a un salvavidas terrestre; el cinturón está relleno del octavo rayo barsoomiano, o rayo de la propulsión, en un grado suficiente para igualar la fuerza de gravedad, y así mantener a una persona en equilibrio entre esta fuerza y la opuesta ejercida por el octavo rayo. Un pequeño motor de radio está adosado a la trasera del cinturón, con sus mandos en el frente del mismo; fijada rígidamente al borde superior del cinturón, y proyectándose desde él, dispone una aleta fuerte y ligera, con pequeñas palancas para alterar rápidamente su posición. Podía comprender que tal aparato se mostraría muy efectivo para tropas que aterrizaran de noche en una ciudad enemiga.

Había escuchado a Gan-Hor con sentimiento de profunda preocupación, puesto

que sabía que Gathol no era un país poderoso y que un asedio largo y persistente lo reduciría con toda seguridad, a menos que llegara ayuda del exterior.

Para su abastecimiento de víveres, Gathol depende de las llanuras que prácticamente abarcan todo su territorio, la zona noroeste del país está cortada por uno de los famosos canales de Barsoom; y allí crecen los granos, verdura y frutas que suministran a la ciudad, mientras en las llanuras pastan los rebaños que la abastecen de carne. Un enemigo que rodee la ciudad cortaría estos suministros; y aunque, sin duda, Gahan disponía de reservas almacenadas en la ciudad, éstas no podían durar indefinidamente.

Discutiendo esto con Gan-Hor, le hice notar que si yo pudiese conseguir una nave, retornaría a Helium y traería una flota de sus poderosas naves de guerra, y transportes con hombres y cañones suficientes para borrar a Hin Abtol y sus panars de la faz de Barsoom.

–Bien -dijo Gan-Hor-. Tu nave está aquí, vino con la flota de Hin Abtol. Uno de mis hombres reconoció su insignia en cuanto la vio, y hemos estado tratando de imaginar cómo la consiguió Hin Abtol; tiene naves de un montón de naciones distintas, y no se ha molestado en borrar sus insignias.

–La encontró en un patio de la ciudad desierta de Horz -expliqué- y, cuando fue atacado por hombres verdes, se escabulló en ella con un par de sus guerreros, dejando que mataran a los demás.

Justo en ese momento, el padwar que había ido a por Llana, Pan Dan Chee y Jad-Han retornó con su destacamento... ¡y tres thoats sin jinetes!

–No estaban allí -dijo-, aunque buscamos por todas partes, no pudimos encontrarlos; pero había sangre donde habían estado.

IV

¡Así que había perdido de nuevo a Llana de Gathol! De que había sido capturada por guerreros de Hin Abtol, había poca duda. Le pedí a Gan-Hor un thout para examinar el lugar donde el grupo había sido capturado; y no sólo aceptó, sino que me acompañó con un destacamento de sus guerreros.

Evidentemente, un combate había tenido lugar en el sitio en que los dejé; la vegetación estaba pisoteada y ensangrentada; pero el alfombrado musgoso que recubre el fondo de los mares secos de Marte es tan elástico que, exceptuando la sangre, los últimos vestigios del encuentro estaban desapareciendo rápidamente; y no había señal de la dirección tomada por los captores de Llana.

–¿A qué distancia están sus líneas desde aquí? – pregunté a Gan-Hor.

–A unos nueve haads -replicó (mas o menos, cinco kilómetros terrestres).

–Podemos retornar al campamento -dije-. No disponemos de una fuerza lo suficientemente poderosa para lograr algo ahora. Yo volveré cuando haya oscurecido.

–Podríamos realizar una pequeña incursión en uno de sus campamentos esta noche -sugirió Gan-Hor.

–Iré solo -le manifesté-. Tengo un plan.

–Pero eso no será seguro -objetó él-. Tengo un centenar de hombres con los cuales los estoy hostigando constantemente; cabalgaremos contigo gustosamente.

–Sólo busco información, Gan-Hor; puedo conseguirla mejor yo solo.

Retornamos al campamento, y, con la ayuda de uno de los guerreros de Gan-Hor, apliqué a mi cara y cuerpo el pigmento rojo que siempre llevo conmigo para cuando encuentro necesario disfrazarme de hombre rojo nativo. Es un unguento cobrizo igual al que me proporcionaron por primera vez los hermanos Ptor de Zodanga hace muchos años.

Cuando oscureció, me puse en marcha en un thout, acompañado por Gan-Hor y uno de sus guerreros, ya que había aceptado su oferta de conducirme a un punto cercano a las líneas. Afortunadamente, el cielo estaba por el momento desprovisto de lunas, y llegamos bastante cerca de las primeras hogueras antes de que yo desmontara y me despidiera de mis nuevos amigos.

–¡Buena suerte! – dijo Gan-Hor-. La necesitarás.

Kor-An era uno de los guerreros que nos acompañaban.

–Me gustaría ir contigo, príncipe -dijo-; así podría expiar lo que hice.

–Si pudiera llevar a alguien, te llevaría a ti, Kor-An -le aseguré-. De todas formas, no tienes que expiar nada; pero si quieres hacer algo por mí, prométeme que siempre lucharás por Tara de Helium y Llana de Gathol.

–Lo juro sobre mi espada -dijo él; y luego los dejé y me aproximé con cautela al campamento panar.

Una vez más, como en tantas otras ocasiones, usé las tácticas de otra raza de guerreros rojos, los apaches de nuestro suroeste, deslizándome con el vientre pegado a tierra como un gusano, más y más cerca de las líneas del enemigo. Pude divisar las formas de guerreros apiñados alrededor de sus hogueras, y pude percibir sus voces y sus roncas risas; y, según me acercaba, los juramentos y obscenidades de los labios de los soldados que eran proferidas con la mayor naturalidad; y, cuando una ráfaga de viento sopló desde el campamento hacia mí, incluso pude oler el sudor y el cuero, mezclado con la ocre humareda de sus hogueras.

Un centinela rondaba entre mi posición y las hogueras; cuando se me acercó, me aplasté contra el suelo. Lo oí bostezar. Cuando estaba casi encima de mí, me levanté delante de él; y, antes de que pudiera proferir un grito de alerta, lo aferré por la garganta. Tres veces apuñalé su corazón. Odio matar así, pero ahora no había otra forma, y no era por mí por quien había matado; era por Llana de Gathol, por Tara de Helium y por Dejah Thoris, mi amada princesa.

Apenas había depositado el cuerpo en el suelo, un guerrero de la hoguera más cercana se incorporó y miró hacia nosotros.

–¿Qué fue eso? – preguntó a sus amigos.

–El centinela -replicó uno de ellos-. Está allí ahora -pues yo estaba haciendo la ronda lentamente, esperando que nadie viniera a investigar.

–Juraría que vi a dos hombres luchando allí.

–Tú siempre estás viendo cosas -dijo un tercero.

Rondé hasta que cesaron de discutir sobre ese tema y volvieron su atención a otras cosas; entonces me arrodillé junto al muerto y lo despojé de su correa y armas, que me puse de inmediato. Ahora, en apariencia exterior, era un soldado de Hin Abtol, un panar de una acristalada ciudad-invernadero del helado Norte.

Caminando hasta el límite de mi puesto, lo abandoné y entré en el campamento a alguna distancia del grupo que incluía al guerrero cuyas sospechas había despertado. Aunque pasé al lado de otro grupo de guerreros, ninguno se fijó en mí. Otros individuos vagaban de hoguera en hoguera, por lo que mis movimientos no llamaron la atención.

Debía haber caminado todo un haad dentro de las líneas desde mi punto de entrada, antes de que sintiera que ya era seguro detenerme y mezclarme con los guerreros. Finalmente, vi un guerrero solitario sentado ante una hoguera, y me aproximé a él.

–¡Kaor! – dije, utilizando el saludo universal de Barsoom.

–¡Kaor! – respondió-. Siéntate. Soy extraño aquí y no tengo amigos en este dar - un dar es una unidad de muchos hombres, análogo a un regimiento terrestre-. Acabo de llegar hoy con un contingente de refresco de Pankor. Es bueno moverse y ver otra vez el mundo, después de haber estado congelado cincuenta años.

–¡No has salido de Pankor en cincuenta años! – exclamé, suponiendo que Pankor era el nombre de la ciudad ártica de la cual provenía, y confiando en suponer bien.

–No -dijo-. ¿Y tú? ¿Cuánto tiempo has estado congelado?

–Nunca he estado en Pankor -le dije-. Soy un panthan y acabo de unirme a las fuerzas de Hin Abtol cuando bajaron al sur.

Pensé que ésta era la posición más segura, ya que estaba seguro de levantar sospechas si pretendía estar familiarizado con Pankor sin haber estado allí nunca.

–Bien -repuso mi compañero-, debes de estar loco.

–¿Por qué? – pregunté.

–Nadie salvo un loco se pondría en manos de Hin Abtol. Bien, lo has hecho; y ahora te llevarán a Pankor cuando acabe esta guerra, a menos que tengas la suerte de que te maten; y te quedarás allí congelado hasta que Hin Abtol te necesite para otra campaña. ¿Cómo te llamas?

–Dotar Sojat -respondí, recurriendo al viejo nombre que me había dado la horda marciana verde de Thark muchos años atrás.

–Yo Em-Tar; soy de Kobol.

–Creí que habías dicho que eras de Pankor.

–Soy Koboliano de nacimiento -explicó-. ¿De dónde eres tú?

–Los panthanes no tenemos patria -le recordé.

–Pero debes haber nacido en alguna parte -insistió.

–Cuanto menos se diga, mejor -le dije, guiñando maliciosamente.

–Siento haberlo preguntado -dijo, riendo.

A veces, cuando un hombre comete un crimen político, se ofrece una generosa recompensa por información concerniente a su paradero; así que éste, además de cambiar de nombre, nunca divulga cuál es su país. Dejé creer a Em-Tar que yo era un fugitivo de la justicia.

–¿Cómo crees que va la campaña? – le pregunté.

–Si Hin Abtol logra matarlos de hambre, puede ganar -contestó Em-par-. Pero, por lo que he oído, nunca tomará la ciudad por asalto. Puede decirse de los que combatimos a las órdenes de Hin Abtol que no ponemos en ello los corazones, que no tenemos sentimientos de lealtad hacia Hin Abtol; pero estos gatholianos luchan por sus casas y por su jed, y aman a ambos. Dicen que la princesa de Gahan es hija del señor Guerrero de Barsoom. Dicen que si se entera de este asunto y trae de Helium un ejército y una armada, podemos empezar a cavar nuestras tumbas.

–¿Hemos capturado muchos prisioneros? – le pregunté.

–No muchos. Cogieron tres esta mañana; uno de ellos era la hija de Gahan, el jed de Gathol; los otros dos eran hombres.

–Es interesante; imagino lo que hará Hin Abtol con la hija de Gahan.

–Eso no lo sé -replicó-. Pero dicen que ya la ha enviado a Pankor. Aunque se

oyen rumores en un ejército, y muchos son equívocos.

–Supongo que Hin Abtol posee una gran flota.

–Ha reunido un montón de chatarra, y no muchos hombres capaces de hacerlas volar.

–Yo soy piloto.

–Será mejor que no lo divulgues, o te colocarán a bordo de algún viejo pecio -me aconsejó Em-Tar.

–¿Dónde está el campo de aterrizaje?

–A un haad por ese camino -señaló la dirección que yo llevaba cuando me detuve para hablar con él.

–Bien, adiós, Em-Tar -dije, levantándome.

–¿Adónde vas?

–A volar por Hin Abtol de Pankor.

V

Recorrí el campo hasta donde se alineaban un cierto número de naves; era una línea extremadamente andrajosa y antimilitar que sugería indolencia; y las naves constituían la más sorprendente colección de anticuadas reliquias que yo había visto.

Algunos guerreros estaban sentados en torno a varias hogueras cercanas; suponiendo que estaban asignados a la aviación, me aproximé a ellos.

–¿Dónde está el oficial al mando? – pregunté.

–Allá -dijo uno de los hombres, señalando a la nave más grande de la línea-. ¿Por qué? ¿Quieres verlo?

–Sí.

–Bien, probablemente esté borracho.

–Está borracho -dijo otro.

–¿Cómo se llama?

–Odwar Phor San -respondió mi informador.

Un odwar es algo así como un general, mandando diez mil hombres en el ejército o una flota en la armada.

–Gracias -dije-. Iré a verlo.

–Si lo conocieras, no lo harías; es tan ruin como un ulsio.

Caminé hacia la gran nave. Estaba abollada y desgastada por la intemperie, y debía tener al menos cincuenta años. Una escalerilla colgaba en medio de ella, y a su pie hacía guardia un guerrero con espada desenvainada.

–¿Qué quieres? – exigió saber.

–Tengo un mensaje para el odwar Phor San -le dije.

–¿De parte de quién?

–Eso no te importa; haz saber al odwar que Dator Sojat desea verle para una cuestión importante.

El tipo saludó con fingido esmero.

–No sabía que teníamos un jedwar entre nosotros -se burló-. ¿Por qué no me lo dijiste?

Bien, jedwar es la más alta graduación en un ejército o armada barsoomiana, exceptuando jed, jeddak y Señor de la Guerra, un rango creado especialmente para mí por los jeddaks de cinco imperios. Aquel fulano se hubiera sorprendido de saber que me había otorgado un título muy inferior al mío. Reí su pequeña broma y le dije:

–Uno nunca sabe con quién se puede tropezar.

–Si de verdad tienes un mensaje para el viejo ulsio, avisaré al guardia de cubierta; pero, por Issus, será mejor que el mensaje sea importante.

–Lo es -le aseguré, y dije la verdad, pues el mensaje era de una importancia tremenda para mí; así que él llamó al guardia de cubierta y le dijo que comunicara al

odwar que Dator Sojat había llegado con un mensaje importante.

Esperé unos cinco minutos antes de ser convocado a bordo y conducido a uno de los camarotes. Un hombre gordo y desaliñado se sentaba ante una mesa con una gran jarra y varias macizas copas metálicas. Me miró ceñudamente con ojos velados.

–¿Qué quiere ahora ese hijo de calot? – exigió saber.

Imaginé que se refería a un oficial superior, y probablemente Hin Abtol. Bien, si creía que yo traía un mensaje de Hin Abtol, mucho mejor.

–Vengo a presentarme como piloto experimentado -dije.

–¿Te envía a esta hora de la noche a presentarte a mí como piloto? – Casi me gritó.

–Dispones de pocos pilotos experimentados -dije-. Soy un panthan que ha pilotado todo tipo de naves en la armada de Helium. Supuse que estarías contento de conseguir mis servicios antes de que otro comandante me atrape. Soy navegante, y estoy familiarizado con todos los instrumentos modernos; pero si no me quieres, seré libre de buscar destino en otra parte.

Estaba atontado por la bebida, ya que si no, nunca le hubiera engañado con mi farol. Pretendió estar considerando seriamente la cuestión; y mientras la consideraba, se sirvió otra copa, que engulló en dos o tres tragos... lo cual no mejoró su estado, luego colmó otra copa y la empujó hacia mí a través de la mesa, derramando la mayor parte de su contenido sobre la tabla.

–¡Echa un trago! – dijo.

–Ahora no -rechacé-. Nunca bebo cuando estoy de servicio.

–No estás de servicio.

–Siempre estoy de servicio; puedo tener que tomar una nave en cualquier momento.

Consideró esto durante varios minutos con la ayuda de otro trago: luego llenó otra copa y la empujó hacia mí a través de la mesa.

–¡Echa un trago! – repitió.

Ahora tenía ante mí dos copas llenas; era evidente que Phor San no se había dado cuenta de que yo no me había bebido la primera.

–¿Qué nave voy a mandar? – pregunté.

Me estaba ascendiendo rápidamente. Phor San no prestó atención a mi pregunta, estando ocupado en lo que había llegado a ser una operación difícil: el llenado de otra copa; la mayor parte fue a parar a la mesa, desde donde caía hacia su regazo.

–¿Qué nave dijiste que iba a mandar yo? – quise saber.

Pareció desconcertado durante un momento; después intentó henchirse de dignidad militar.

–Mandarás la *Dusar*, dwar -dijo, llenando otra copa y empujándola hacia mí-. Echa un trago, dwar.

Mi ascenso estaba confirmado.

Me acerqué a un escritorio cubierto de un desordenado montón de papeles, y rebusqué hasta encontrar un documento oficial, en el que escribí:

Para el Dwar Dator Sojat.

Asumiré inmediatamente el mando de la nave *Dusar*.

Por orden de:

Odwar en Jefe.

Después de encontrar un paño y limpiar el licor de la mesa delante de él, extendí la orden y le ofrecí una pluma.

–Olvidaste firmar esto, mi odwar -le dije. Estaba comenzando a vacilar, y pensé que debía darme prisa.

–¿Firmar qué? – exigió saber, tratando de buscar la Jarra. La alejé de él, agarre su mano y la coloqué en el lugar apropiado del documento.

–Firma aquí -ordené.

–Firma aquí -repitió él, y garabateó laboriosamente su nombre; luego cayó dormido sobre la mesa. Había acabado justo a tiempo. Subí a cubierta; ambas lunas estaban en el cielo, Clorus encima del horizonte y Thuria un poco más alta; cuando Clorus se aproximara a su cénit, Thuria ya habría completado su órbita alrededor de Barsoom y la habría adelantado, tan rápido es su movimiento a través de los cielos.

El guardia de cubierta se me aproximó.

–¿Dónde está la *Dusar*? -pregunté. Él señaló la línea.

–Creo que es la quinta o sexta -dijo.

Fui hacia la borda; cuando alcancé el suelo, el centinela me preguntó:

–¿Estaba tan borracho como siempre el viejo uisio?

–Estaba perfectamente sobrio -contesté.

–Entonces será mejor llamar al médico, porque debe de estar enfermo.

Caminé a lo largo de la línea, y me aproximé al centinela al pie de la escalerilla de la quinta nave.

–¿Es ésta la *Dusar*? – pregunté.

–¿No sabes leer? – me replicó con insolencia. Miré la insignia de la proa de la nave; era la *Dusar*.

–¿Sabes leer? – pregunté, sosteniendo la orden ante él. Se puso firme de golpe y me saludó.

–No pude saberlo por tu metal -dijo hoscamente. Tenía razón; yo portaba el metal de un guerrero común.

Examiné la nave. Desde el suelo no presentaba una apariencia prometedora: sólo una vieja carcasa lamentable y anticuada. Ascendí por la escalerilla y pisé la cubierta de mi nuevo mando; no sonó pitido del contramaestre convocando a la tripulación; sólo había un hombre de guardia; y estaba acurrucado sobre la cubierta, dormido

como un tronco. Fui hacia él y le aticé con una sandalia.

–¡Despiértate! – ordené.

Abrió un ojo y me miró; luego se puso en pie de un brinco.

–¿Quién eres tú? – exigió saber-. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y qué pretendes dándome patadas en las costillas y despertándome?

–Una pregunta cada vez, buen hombre. Responderé a tu primera pregunta, y con ello responderé también a las otras.

Le extendí la orden. Según la tomaba, empezó a decir:

–¡No me llames buen hombre, tú...! – Pero se detuvo allí; había leído la orden. Me saludó y me devolvió la orden, pero noté la sombra de una sonrisa en su rostro.

–¿Por qué te ríes? – le pregunté.

–Pensaba que probablemente te ha tocado el trabajo más cómodo de toda la armada de Hin Abtol -me dijo.

–¿Sí? ¿Qué quieres decir?

–No hay nada que hacer; la *Dusar* está fuera de servicio, no vuela.

¡Así que era eso! Tal vez Phor San no estaba tan borracho como yo había creído.

VI

La cubierta de la *Dusar* estaba deteriorada por la intemperie y la mugre; todo estaba en desorden, pero ¿qué diferencia había si no podía volar?

–¿Cuántos oficiales y soldados comprenden la tripulación? – pregunté.

El tipo sonrió y se señaló a sí mismo.

–Uno -dijo- o, más bien, dos, ahora que estás tú.

Le pregunté su nombre, y me dijo que era Fo-Nar. En los Estados Unidos hubiera sido un marinero ordinario, pero la palabra «marinero» es hoy tan obsoleta como los océanos con los cuales murió tal palabra de la memoria del hombre. Todos los marineros y soldados son conocidos como *thanes*, que he traducido siempre por *guerrero*.

–Bien, Fo-Nar -le dije-, echémosle un vistazo a nuestra nave. ¿Qué es lo que anda mal? ¿Por qué no vuela?

–Es el motor, mi señor -dijo él-. No arranca.

–Revisaré la nave -dije-, y luego veremos si se puede hacer algo por el motor.

Tomé a Fo-Nar conmigo y bajé. Todo estaba mugriento y desordenado.

–¿Cuánto hace que está fuera de servicio? – pregunté.

–Aproximadamente un mes.

–Con toda seguridad que tú solo no has podido organizar todo este revoltijo en un mes -le dije.

–No, mi señor; siempre estuvo así, incluso cuando volaba.

–¿Quién la mandaba? Quienquiera que fuese, debería ser encarcelado por permitir que una nave adquiriera esta condición.

–Nunca será encarcelado, señor -dijo Fo-Nar.

–¿Por qué? – le interrogué.

–Porque en nuestro último vuelo se emborrachó y se cayó por la borda -me explicó Fo-Nar con una sonrisa.

Inspeccioné los cañones. Había ocho, cuatro alineados en la pequeña proa y cuatro de popa en cubierta; todos parecían estar en buenas condiciones y bien provistos de munición. Los dispositivos portabombas de la sentina estaban al completo, y había una escotilla delantera y otra trasera para lanzarlos.

Contaba con alojamiento para veinticinco soldados y tres oficiales, una buena cocina y un montón de provisiones. De no haber contemplado al odwar Phor San, no habría entendido porqué todo este material, cañones, munición, provisiones y aparejos, había sido abandonado en una nave permanentemente fuera de servicio. Después de una cuidadosa inspección, me pareció que la nave tendría unos diez años; superficialmente, aparentaba un centenar.

Le permití a Fo-Nar que volviera a cubierta a dormir; si así lo deseaba; y luego

entré en la cabina del dwar y me tendí; no había dormido demasiado la noche anterior y estaba cansado. Era ya de día cuando me desperté, y encontré a Fo-Nar en la cocina haciendo el desayuno; le dije que preparase el mío, y cuando ambos hubimos comido fui a echarle una mirada al motor.

Me dolió atravesar la nave y contemplar la condición en que la habían permitido caer su borracho capitán. Amo las naves barsoomianas, y he estado tantos años en la armada de Helium que han adquirido para mi personalidades casi humanas. Las he diseñado; he supervisado su construcción; he desarrollado nuevas ideas en equipo, motores y armamento; y varios instrumentos de vuelo y navegación de uso común, son inventos míos. Si hay algo que yo no sepa sobre una nave marciana moderna, es que nadie lo sabe.

Encontré herramientas, y prácticamente, desmantelé el motor, revisando cada pieza. Mientras lo hacía, tuve a Fo-Nar limpiando la nave. Le indiqué que comenzara por mi camarote, y que se ocupara de la cocina acto seguido. Le llevaría un mes o más a un hombre el poner la *Dusar* en condiciones aceptables, pero por lo menos habíamos empezado.

Llevaba media hora trabajando en el motor cuando descubrí lo que andaba mal: ¡sólo era la suciedad! Todas las tuberías de alimentación estaban atascadas; y el maravilloso y concentrado combustible marciano no podía alcanzar el motor.

Me horrorizó la evidencia de tal estupidez e ineficacia, aunque no me sorprendió por completo; las naves barsoomianas y los comandantes borrachos no se llevan bien. En la armada de Helium, ningún oficial bebe a bordo ni cuando está de servicio; y ninguno bebe demasiado en ningún momento.

Si algún oficial se emborracha a bordo de su nave, la tripulación cuida de que no se vuelva a emborrachar más; saben que sus vidas están en manos de sus oficiales, y no tienen la intención de confiárselas a un borracho... Simplemente, lo tiran por la borda. Esta costumbre está tan firmemente establecida, o lo estaba antes de que la práctica de que los oficiales beban cesase prácticamente, que nunca se tomaron medidas contra los guerreros que imponían la disciplina por su cuenta, incluso aunque la acción fuese presenciada por otros oficiales. Sospechaba que esta costumbre tradicional había tenido algo que ver con el deplorable accidente que había despojado la *Dusar* de su anterior comandante.

El día había prácticamente terminado cuando acabé de limpiar concienzudamente cada pieza del motor y lo monté de nuevo; entonces lo puse en marcha, y su dulce zumbido, casi sin ruido y sin vibración, sonó como música a mis oídos. Tenía una nave... ¡una nave que podía volar!

Un hombre podía manejarla pero, por supuesto, no podía luchar solo. Sin embargo, ¿dónde conseguiría hombres? No quería unos hombres cualquiera; quería buenos combatientes a los que les diera igual luchar contra Hin Abtol.

Sopesado este problema, fui a mi camarote para lavarme; éste estaba flamante. Fo-Nar había realizado un buen trabajo; también había dispuesto el correaje y el metal de un dwar, sin duda propiedad del último comandante. Bañado y vestido adecuadamente, me sentí un hombre nuevo cuando subí a la cubierta superior. Fo-Nar se puso firme y me saludó.

–Fo-Nar -dije yo-. ¿Eres panario?

–Debería decir que no -contestó con alguna aspereza-. Soy originario de Jahar, pero ahora no tengo patria. Soy un panthan.

–¿Estuviste allí durante el reinado de Tul Axtor? – le pregunté.

–Si -replicó él-. Es por su culpa que me convertí en un exiliado: intenté matarlo, y fui detenido; escapé apenas con vida. No puedo volver mientras él viva.

–Entonces, puedes volver -le dije-. Tul Axtor está muerto.

–¿Cómo lo sabes, mi señor?

–Conozco al hombre que lo mató.

–¡Maldita sea mi suerte! – exclamó-. Ahora que podría volver es imposible.

–¿Por qué es imposible?

–Por la misma razón, mi señor, por la que tú nunca volverás a tu lugar de origen, a menos que seas panario, cosa que dudo.

–No, no soy panario -le dije-. Pero ¿qué te hace pensar que nunca volveré a mi país?

–Porque nadie que caiga en las manos de Hin Abtol puede escapar nunca, excepto por medio de la muerte.

–Oh, vamos, Fo-Nar -le dije yo-. Esto es ridículo. ¿Qué puede evitar que uno de nosotros deserte?

–Si desertamos aquí -replicó él-. Seremos inmediatamente descubiertos y muertos por los gatholianos; cuando acabe la campaña no aterrizaremos en ningún sitio antes de alcanzar Panar: y de Panar no hay escape. Las naves de Hin Abtol nunca se detienen en alguna ciudad amiga donde uno tenga oportunidad de escaparse, ya que no hay ninguna ciudad que sea amiga de Hin Abtol. Ataca cualquier ciudad que se cree capaz de tomar, la saquea y se lleva todo el botín que puede reunir y todos los prisioneros que sus naves pueden transportar, principalmente hombres; dicen que ya dispone de un millón de hombres, y que planea conquistar Helium en su momento, y luego todo Barsoom. Me hizo prisionero cuando saqueó Raxor en su camino de Panar a Gathol; yo servía en el ejército del jed.

–¿Te gustaría volver a Jahar? – pregunté.

–Claro -contestó-. Mi mujer está allí, si vive aún; he estado ausente veinte años.

–¿No sientes lealtad hacia Hin Abtol?

–Absolutamente ninguna, ¿por qué?

–Creo que puedo contártelo. Tengo el mismo poder que todos los barsoomianos

de leer la mente de otro cuando éste se descuida; y un par de veces, Fo-Nar, tu subconsciente ha bajado la guardia y me ha permitido leer tus pensamientos; he aprendido varias cosas acerca de ti. Una de ellas es que estás constantemente meditando acerca de mí, sobre quién soy y si soy de confianza. Otra es que desprecias a los panarios. También he descubierto que tú no eras un guerrero cualquiera en Jahar, sino un dwar al servicio del jeddak... Estabas pensando en ello cuando me viste por primera vez con el metal y el arnés de un dwar.

Fo-Nar sonrió.

–Lees bien -me dijo-. Debo tener cuidado. Lees mucho mejor que yo, y guardas tus pensamientos mucho más celosamente que yo; ya que no he sido capaz de obtener ni el más ligero indicio de lo que pasa por tu cabeza.

–Nadie ha sido capaz de leer en mi mente nunca -dijo yo.

Era extraño, y bastante inexplicable. Los marcianos han desarrollado la capacidad para leer de la mente hasta el punto de convertirla en un arte, pero ninguno ha podido leer en la mía. Quizás era por ser la mente de un terrícola, y esto puede explicar el hecho de por qué la telepatía no ha avanzado demasiado en nuestro planeta.

–Eres afortunado -dijo Fo-Nar-, pero por favor, continúa con lo que habías empezado.

–Bien -dije-. En primer lugar, he reparado el motor. La *Dusar* puede ya volar.

–¡Magnífico! – exclamó Fo-Nar-. Ya te dije que no era un panario; es el pueblo más estúpido del mundo. Ningún panario hubiese podido repararla nunca; todo lo que saben hacer es dejar que las cosas se destruyan y se arruinen. Continúa.

–Ahora necesitamos una tripulación. ¿Puedes encontrar de quince a veinticinco hombres de confianza y capaces de combatir, hombres que me sigan a cualquier parte para ganar su libertad de Hin Abtol?

–Puedo encontrar todos los hombres que necesites -me contestó Fo-Nar.

–Pues ocúpate de ello; ahora eres primer padwar de la *Dusar*.

–Estoy naciendo otra vez -dijo Fo-Nar riendo-. Comenzaré inmediatamente, pero no esperes un milagro. Me llevará algún tiempo dar con los hombres adecuados.

–Diles que se presenten en la nave después de oscurecer, y que se aseguren de que nadie los ve. ¿Qué podemos hacer con respecto al centinela que hay al pie de la escalerilla?

–El que estaba de guardia cuando llegaste a bordo es de confianza -dijo Fo-Nar-, y nos acompañará. Estará de servicio de la octava rodé a la novena, y les comunicaré a los hombres que vengan a esa hora.

–¡Buena suerte, padwar! – dije mientras se dirigía a la borda.

El resto del día se arrastró con lentitud. Pasé algún tiempo en mi camarote hojeando los documentos de la nave. Al igual que las naves terrestres, las barsoomianas llevan un cuadro de bitácora, y ocupé varias horas en examinar el de la

Dusar. La nave había sido capturada cuatro años atrás, durante una expedición científica al ártico, y, desde entonces, bajo comandantes panarios, el cuaderno había quedado muy descuidado. A veces no había ninguna anotación en una semana, y las que había eran chapuceras y no profesionales; cuanto más sabía de los panarios, tanto menos me gustaban... ¡Y pensar que la criatura que los gobernaba aspiraba a conquistar el mundo! Hacia el final de la séptima ronda, Fo-Nar retornó.

–He tenido mucha más suerte de lo que esperaba -dijo-. Cada hombre al que me acerqué sabía de tres a cuatro por los cuales podía responder; así que no me llevó mucho reunir veinticinco. Sabía, también, que tenía al hombre adecuado para que fuera el segundo padwar. Fue padwar del ejército de Helium, y ha servido en muchas de sus naves.

–¿Cómo se llama? – le pregunté-. Conozco a mucha gente de Helium.

–Tan Hadron de Hastor -contestó Fo-Nar.

¡Tan Hadron de Hastor! ¡Uno de mis mejores oficiales! ¿Qué mala pasada le habría llevado a la armada de Hin Abtol?

–Tan Hadron de Hastor -dije en voz alta-; el nombre me suena algo familiar; es posible que lo conozca.

No deseaba que nadie supiera que yo era John Carter, Príncipe de Helium; porque si se sabía, y yo era capturado, Hin Abtol podría arrancar un enorme rescate a Tardos Mors, Jeddak de Helium y abuelo de mi mujer, Dejah Thoris.

Los guerreros comenzaron a subir a bordo inmediatamente después de la octava ronda. Había instruido a Fo-Nar para que los enviara de inmediato a sus alojamientos, puesto que temía que demasiado movimiento en la cubierta de la *Dusar* llamara la atención; también le había indicado que mandara a Tan Hadron a mi camarote apenas llegase.

Hacia la octava ronda y cuarto, alguien golpeo a mi puerta; y, cuando le permití pasar, Tan Hadron entro en el camarote. Mi piel roja y mi correa panario le confundieron, y no me reconoció.

–Soy Tan Hadron de Hastor; el padwar Fo-Nar me ha ordenado que me presentara a ti.

–¿No eres panario? – le pregunté. Él se puso rígido.

–Soy heliumita, de la ciudad de Hastor -dijo con orgullo.

–¿Dónde está Hastor? – inquirí yo. Pareció sorprendido por tal ignorancia.

–Se encuentra directamente al Sur del Gran Helium, mi señor; aproximadamente a quinientos haads. Perdóname -añadió-, pero creí oír al padwar Fo-Nar que conocías a mucha gentes de Helium, y por ello imaginé que habías visitado el imperio; de hecho, él me dio a entender que habías servido en nuestra armada.

–Esto no viene al caso. Fo-Nar te ha recomendado para el puesto de segundo padwar de la *Dusar*. Tendrás que servirme fielmente y seguirme a donde yo la

conduzca; tu recompensa será la libertad de Hin Abtol.

Pude ver que, ahora que me había conocido, era un poco escéptico acerca de la proposición... un hombre que nunca había oído hablar de Hastor no podía valer demasiado; sin embargo, tocó la empuñadura de su espada y dijo que me seguiría lealmente.

–¿Es esto todo, mi señor? – preguntó.

–Sí, por el momento. Cuando todos los hombres estén a bordo, los haré formar bajo cubierta, y entonces designaré los oficiales; estáte allí, por favor.

Saludó y se volvió para irse.

–Ah, a propósito -le llamé-. ¿Cómo está Tavia?

Ante esto, se volvió como si le hubiesen pegado un tiro, y sus ojos se le dilataron.

–¿Que sabes de Tavia, mi señor? – exigió conocer. Tavia era su amante.

–Sé que es una chica adorable, y que no puedo comprender por qué no estás con ella en Hastor, ¿o estás destinado ahora en Helium?

Él se me acercó más, y me miró intensamente. En realidad, la luz de mi camarote no era muy buena, o me hubiera reconocido antes. Finalmente su boca se abrió, desenfundó la espada y la arrojó a mis pies.

–¡John Carter! – exclamó.

–No tan alto, Hadron -le amonesté-. Nadie conoce mi identidad; y nadie debe saberla, excepto tú.

–Te lo has pasado bien a mi costa ¿eh, mi señor? – me dijo riendo.

–Hacía tiempo que no tenía nada de que reírme -le dije- así que espero que me perdones; ahora, cuéntame cómo te has metido en este lío.

–Casi la mitad de la armada de Helium os está buscando a Llana de Gathol y a ti. Han llegado rumores sobre el paradero del uno o del otro desde todos los rincones de Barsoom. Como muchos otros oficiales, yo estaba explorando en tu busca en una nave monoplaza, tuve mala suerte, mi señor, y aquí estoy. Una de las naves de Hin Abtol me derribó, y cuando aterricé me capturaron.

–Llana de Gathol y yo, junto con otros dos compañeros, también fuimos derribados por una nave de Hin Abtol -le conté-. Mientras yo estaba buscando comida, ellos fueron capturados, presumiblemente por guerreros de Hin Abtol, ya que aterrizamos detrás de sus líneas. Tenemos que intentar averiguar, si es posible, dónde está Llana; entonces podremos hacer planes. Quizás alguno de nuestros reclutas tenga información; investiga, a ver qué puedes descubrir.

Saludó y abandonó mi camarote. Era bueno saber que tenía a un hombre como Tan Hadron de Hastor como uno de mis tenientes.

VII

Poco después de que Tan Hadron abandonara mi camarote, Fo-Nar entró para informarme de que todos los reclutas, salvo uno, se habían presentado, y que los tenía poniendo la nave en condiciones. Parecía preocupado por algo, y le pregunté lo qué era.

–Es por ese guerrero que no se ha presentado -me contestó-. El hombre que lo persuadió de que se nos uniera está preocupado también. Asegura que lo conocía desde hace poco tiempo, pero que en cuanto llegó a la *Dusar* se encontró con un par de hombres que lo conocían bien; y ellos dicen que es un ulsio.

–Bien, no podemos hacer nada ahora -dije-. Si ese hombre habla y levanta sospechas, podemos tener que despegar aprisa. ¿Has asignado un puesto a cada hombre?

–Tan Hadron lo está haciendo ahora. Creo que hemos encontrado un oficial espléndido en él.

–Estoy seguro de ello -convine-. Asegúrate de que cuatro hombres estén preparados para cortar las amarras instantáneamente, por si es preciso llevar a cabo una fuga rápida.

Cuando están en tierra, las naves marcianas más grandes son amarradas a cuatro ganchos enterrados, uno a cada lado de proa y uno a cada lado de popa. A menos que la nave vaya a retornar al mismo anclaje, estos ganchos son desenterrados y llevados a bordo antes de que despegue. En el caso de una partida forzosa, tal como anticipaba que podía ser la nuestra, las amarras atadas a éstos suelen ser cortadas.

Fo-Nar había salido de mi camarote, y cinco minutos después volvió apresuradamente.

–Supongo que tendremos que hacerlo, mi señor -dijo-. ¡El odwar Phor San está subiendo a bordo! El recluta desaparecido está con él; debe haberle contado todo lo que sabía.

–Cuando el odwar suba a bordo, bájalo a mi camarote; y luego ordena a los hombres que ocupen sus puestos; cuida de que los cuatro hombres destacados para el desamarre esperen con hachas junto a las maromas; pide a Tan Hadron que encienda el motor y esté listo para despegar; sitúa un hombre ante la puerta de mi camarote para pasar la orden de despegar cuando yo dé la señal, que será con dos palmadas.

Fo-Nar retornó a los dos minutos.

–No bajaré -me informó-. Está vociferando como un thoot enloquecido, exigiendo que le suban a cubierta al hombre que dio la orden de reclutar una tripulación para la *Dusar*.

–¿Está Tan Hadron a los mandos, listo para encender el motor? – le pregunté.

–Si.

–Entonces, que los encienda en cuanto yo suba a cubierta, y al mismo tiempo sitúa a tus hombres en las amarras; infórmalos de cuál será la señal.

Esperé un par de minutos una vez que Fo-Nar hubo partido; luego subí a cubierta. Phor San esta caminando arriba y abajo, evidentemente invadido por una terrible cólera; también un poco bebido. Caminé hacia él y lo saludé.

–¿Me mandaste llamar, mi señor? – le pregunté.

–¿Quién eres? – exigió saber.

–El dwar al mando de la *Dusar*, mi señor -repliqué.

–¿Quién lo dice? – gritó-. ¿Quién te destinó a esta nave? ¿Quién te destinó a alguna nave?

–Tú, mi señor.

–¿Yo? – aulló-. Nunca antes te he visto. Estás bajo arresto. ¡Arrestadlo! – Se volvió hacía un guerrero que estaba junto a él (mi guerrero desaparecido, sospeché) y comenzó a hablarle.

–Espera un minuto -le dije yo-, mira esto; es una orden escrita con tu propia firma asignándome el mando de la *Dusar*.

Sostuve la orden donde pudiera leerla a la brillante luz de las dos lunas de Marte.

Pareció sorprendido y un poco avergonzado durante un momento, luego explotó:

–¡Esto es una falsificación! Y de cualquier modo, no te he dado autoridad para reclutar guerreros para la nave.

–¿De qué vale una nave de combate sin guerreros? – quise saber.

–Una nave que no puede volar no necesita guerreros, idiota -entonces comenzó a recordar-. Pensaste ser muy listo al hacerme firmar esa orden; pero yo fui un poco más listo... sabía que la *Dusar* no podía volar.

–Bien ¿entonces por qué todo este jaleo, mi señor? – le pregunté.

–Porque estás tramando algo. No sé qué es, pero voy a descubrirlo... ¡Trayendo hombres a bordo en secreto por la noche! Revoco esa orden, y te coloco bajo arresto.

Yo había esperado sacarlo de la nave pacíficamente, puesto que quería asegurarme del paradero de Llana antes de despegar. Un hombre me había contado que había oído que ella iba en una nave con rumbo a Pan-Kor, pero no era muy preciso. También deseaba saber si Hin Abtol estaba en ella.

–Muy bien, Phor San -le dije-, ahora déjame decirte algo. Estoy al mando de esta nave, y tengo la intención de seguir al mando de ella. Te doy, a ti y a esta rata, tres segundos para saltar por la borda, por que la *Dusar* despegará dentro de tres segundos. – Y entonces di dos palmadas.

Phor San rió sarcásticamente.

–Te dije que no vuela. ¡Ahora, vamos! Si no vienes por las buenas, te arrastraremos -señaló por la borda.

Miré... y vi un numeroso destacamento de guerreros marchando hacia la *Dusar*;

al mismo tiempo, la *Dusar* se separó del suelo. Phor San se plantó frente a mí, divertido.

–¿Y ahora qué vas a hacer? – preguntó imperativamente.

–Llévate a dar un pequeño paseo, Phor San -repliqué yo, señalando a mi vez la borda.

Él echó una mirada, y luego corrió hacia la barandilla. Sus guerreros lo miraban con fútil desconcierto.

–¡Ordena a la *Okar* que persiga y tome esta nave! – gritó Phor San al padwar que los mandaba. La *Okar* era su nave insignia.

–Quizás te gustaría bajar a mi camarote y echar un traguito -le sugerí, pues el licor del comandante anterior aún estaba allí-. Tú, vete con él -ordené al soldado que nos había traicionado-. Encontraréis licor en uno de los armarios.

Luego fui al puente. Por el camino, envié a un guerrero a convocar a Fo-Nar. Indiqué a Tan Hadron que volara en círculos sobre la línea de naves; y, cuando Fo-Nar se presentó, le di sus órdenes y volvió a bajar.

–No podemos dejarlos tomar aire -le dije a Tan Hadron-. Esta no es una nave rápida, y no tendremos ninguna posibilidad si varias de ellas nos alcanzan.

Siguiendo mis órdenes, Tan Hadron voló a baja altura hacia la primera nave de la línea; era la *Okar* e iba a despegar. Señalé hacia abajo a Fo-Nar, y un instante después se produjo una terrorífica explosión a bordo de la nave. ¡Nuestra primera bomba había hecho diana!

Avanzamos lentamente sobre la línea, dejando caer nuestras bombas; pero, antes de que hubiésemos alcanzado la mitad de ésta, comenzaron a despegar varias naves del otro extremo, y a estallar alrededor de nosotros los proyectiles de las baterías de tierra.

–Es el momento de marcharse de aquí -le dije a Tan Hadron. Aumentó la velocidad, y la *Dusar* ascendió rápidamente en zigzag.

Nuestros propios cañones estaban respondiendo a las baterías de tierra, y evidentemente con mucha eficacia, ya que no fuimos alcanzados una sola vez. Me pareció que, hasta el momento, habíamos salido del asunto con mucha fortuna. No habíamos inutilizado tantas naves como yo creía que podíamos, y ya había varias en el aire que sin duda nos perseguirían; pude ver una de ellas ya en nuestra cola, pero estaba fuera de tiro y, aparentemente, no nos ganaba en velocidad, si es que nos podía ganar en algo.

Indiqué a Tan Hadron que pusiera rumbo al Norte y mandé llamar a Fo-Nar a quien le dije que convocara a todos los hombres en cubierta; quería tener la oportunidad de examinar a mi tripulación y de explicarles lo que entrañaba nuestra expedición. Ahora había tiempo para ello, mientras ninguna nave estaba a tiro, cosa que podía cambiar en breve tiempo.

Los hombres se fueron reuniendo desde abajo y desde sus puestos en cubierta. Eran, en su mayor parte, un grupo de hombres rudos, veteranos, diría yo, de muchas campañas. Mientras los examinaba, pude ver que me estaban evaluando; probablemente estaban pensando más sobre mí de lo que yo pensaba sobre ellos, porque estaba bastante seguro de lo que harían si pensaban que podían dominarme... Me «caería» por la borda, y ellos se adueñarían de la nave; luego pelearían entre ellos para decidir qué harían con la nave y a dónde la dirigirían; al final, sobrevivirían media docena de los más duros, irían a la ciudad más cercana, venderían la *Dusar* y celebrarían una salvaje orgía... si no se estrellaban antes.

Le pregunté a cada uno su nombre y su experiencia; de los veintitrés, once eran panthans y doce asesinos; habían luchado por todo el mundo. Siete de los panthans eran de Helium o habían servido en su armada. Sabía que estos hombres estarían acostumbrados a la disciplina. Los asesinos eran de varias ciudades repartidas por todo Barsoom. No necesitaba preguntarles para asegurarme de que todos habían incurrido en la ira de su hermandad, viéndose forzados a huir para escapar ellos mismos al asesinato; formaban una dura cuadrilla.

–Estamos volando hacia Pankor -les informé- en busca de la hija del jed de Gathol, que ha sido secuestrada por Hin Abtol. Puede que tengamos que luchar duramente antes de encontrarla; si tenemos éxito y sobrevivimos, volaremos a Helium; allí os cederé la nave y podréis hacer con ella lo que queráis.

–No voy a ir a Pankor -aseguró uno de los asesinos-. He vivido allí veinticinco años, y no pienso volver.

Esto suponía una insubordinación cercana al motín. En una armada disciplinada, hubiera sido algo muy simple de solucionar; pero aquí, donde no había una autoridad más alta que la mía, tenía que tomar un curso de acción muy diferente al de un comandante con un poderoso gobierno respaldándole. Me dirigí al hombre y le golpeé cómo había golpeado a Kor-An; y, como Kor-An, cayó al suelo.

–Volarás a donde yo quiera llevarte -le dije-, no habrá insubordinación alguna en esta nave.

Se puso en pie de un salto y extrajo su espada; no había nada que yo pudiera hacer salvo desenvainar también.

–Comprenderás que el castigo por esto es la muerte... a menos que enfundes tu espada inmediatamente.

–¡La enfundaré en tus tripas, calot! – gritó, tirándome una estocada terrorífica que paré con facilidad, atravesándole acto seguido el hombro derecho.

Sabía que tendría que matarlo, porque sobre la disciplina de la nave se apoyaba, quizás, el destino de Llana de Gathol, y podían depender de este desafío mi supremacía y autoridad; pero primero debería ofrecer una exhibición de esgrima que asegurara definitivamente a los otros miembros de la tripulación que la estocada

mortal no supondría un accidente, como podían haber pensado si lo mataba de inmediato.

Así que jugué con él como un gato con un ratón, hasta que los otros miembros de la tripulación, que al principio habían permanecido silenciosos y ceñudos, comenzaron a ridiculizarle.

–Creí que ibas a envainar tu espada en sus tripas -se mofó uno.

–¿Por qué no lo matas, Gan-Ho? –exigió otro-. Creí que eras un gran espadachín.

–Voy a decirte una cosa -dijo un tercero-: no vas a volar ni a Ankor ni a ninguna otra parte. ¡Adiós, Gan-Ho! Estás muerto.

Sólo para mostrar a los hombres lo fácilmente que podía hacerlo, desarmé a Gan-Ho, enviando su hoja repiqueteando sobre la cubierta. Se quedó quieto un momento, mirándome como una bestia enloquecida; luego se volvió, corrió por la cubierta y saltó por la barandilla. Me sentí feliz por no tener que matarlo. Me volví hacia los hombres y los reuní delante de mí.

–¿Hay algún otro que no quiera volar a Pankor? –pregunté, y esperé la respuesta.

Varios de ellos sonrieron embarazados; hubo mucho arrastrar de sandalias sobre la cubierta, pero nadie contestó.

–Os he convocado aquí para contaros a dónde volamos y por qué; también para informaros que Fo-Nar es el primer padwar. Tan Hadron es el segundo padwar, y que yo soy vuestro dwar... y que vamos a ser obedecidos. Volved a vuestros puestos.

VIII

Poco después de que los hombres se dispersaran, Phor San y su satélite aparecieron en cubierta; ambos estaban borrachos. Phor San se me acercó y se detuvo agitando un dedo errático ante mí. Apestaba al licor que había estado bebiendo.

–En nombre de Hin Abtol, jeddak de jeddaks del Norte -declaró-, te ordenó que me entregues el mando de esta nave, o sufrirás finamente las consecuencias de un delito de motín.

Vi a los hombres mirándome maliciosamente.

–Será mejor que bajéis -dije- podríais caer por la borda.

Phor San se volvió hacia algunos de los hombres de la tripulación.

–Soy el odwar Phor San -anunció-, comandante de la flota. ¡Encadenad a este hombre y llevad esta nave de vuelta al aeropuerto!

–Creo que has llegado demasiado lejos, Phor San -le dije-. Tendré que suponer que estás incitando a mi tripulación a amotinarse si perseveras en tu actitud, y actuar de acuerdo con ello. ¡Baja!

–¿Estás intentando darme órdenes en una de mis naves? –exigió saber-. ¿No has entendido que yo soy Phor San...?

–... comandante de la flota -terminé por él; tras lo que les ordené a un par de guerreros cercanos-: ¡Llevad a estos dos abajo y, si no se comportan, atadlos!

Colérico, Phor San fue arrastrado abajo. Su compañero bajó con tranquilidad; supuse que sabía lo que le convenía.

La otra nave estaba aún pegada a nuestra cola sin ganar terreno de manera perceptible, pero había otras dos detrás de ella que navegaban más rápido que ella y que nosotros.

–Esto no tiene buena pinta -le dije a Tan Hadron, que permanecía a mi lado.

–Enseñémosles algo -dijo él.

–¿Por ejemplo?

–¿Recuerdas aquella maniobra tuya la última vez que Helium fue atacado por una flota enemiga, cuando venciste a la nave insignia y a otras dos naves que creían que huías de ellas?

–Muy bien -le dije- lo intentaremos.

Mandé buscar a Fo-Nar y le di instrucciones precisas. Mientras hablábamos, escuché una serie de penetrantes gritos, cada vez más lejanos: pero mi mente estaba tan ocupada con esa otra cuestión que apenas si les hice caso. Al rato oí el «todo listo» de Fo-Nar, y dije a Tan Hadron que emprendiera la maniobra.

La *Dusar* marchaba a toda velocidad contra un fuerte viento de cara, y cuando Tan Hadron la hizo dar media vuelta, se lanzó hacia las naves perseguidoras como un *thoat* a la carrera. Dos de ellas estaban en posición para abrir fuego sobre nosotros en

cuanto estuviésemos a su alcance; sin embargo, comenzaron a disparar demasiado pronto; nosotros contuvimos nuestro fuego hasta que fuera efectivo. Todos disparaban los cañones de proa, los únicos que se podían utilizar; y ninguno hacía mucho daño.

Según nos acercábamos a la nave que iba en cabeza, vi en su cubierta una considerable confusión; imaginé que pensaban que íbamos a embestirlos. Precisamente entonces nuestros artilleros pusieron fuera de servicio su cañón de proa, lo que fue en verdad una fortuna para nosotros; entonces Tan Hadron levantó el morro de la *Dusar*, y nos elevamos por encima de la nave de cabeza. Cuando pasamos sobre ella, se produjo una terrorífica explosión en su cubierta, y estalló en llamas. Tan Hadron viró a babor tan rápidamente que la *Dusar* escoró sobre su costado, y los que estábamos en cubierta tuvimos que agarrarnos a lo que pudimos para no caer por la borda; con esta maniobra, cruzó por encima de la segunda nave, y los bombarderos de la sentina de la *Dusar* dejaron caer sobre su cubierta una bomba pesada. Con la detonación de la bomba, la nave volcó completamente y cayó a plomo hacia tierra, cuatro mil pies más abajo. La explosión debía haber hecho estallar todos sus tanques de sustentación.

Sólo quedaba una nave en nuestra inmediata vecindad; y cuando nos dirigimos hacia ella, volvió la popa y huyó, seguida por los vítores de nuestros hombres. Habiendo abandonado el enemigo la persecución, reasumimos nuestro rumbo hacia el Norte.

La primera nave aún estaba ardiendo, e indique a Tan Hadron que se le aproximara para cerciorarnos de si algunos tripulantes habían sobrevivido. Mientras nos acercábamos, vi que estaba suspendida proa a bajo, con toda su parte posterior en llamas. La proa no ardía, y vi a algunos hombres aferrados a la inclinada cubierta.

Mi artillero pensó que iba a acabar con ellos y apuntó su pieza en su dirección; lo detuve justo a tiempo; luego me dirigí a ellos.

–¿Podéis alcanzar su arnés de abordaje? – les grité.

–Sí -llegó la respuesta.

–Me situaré por debajo y os recogeré.

En quince minutos habíamos recogido a los cinco supervivientes, uno de los cuales era un padwar pananio.

Estaba sorprendido de que no hubiéramos acabado con ellos ni los hubiéramos dejado allí colgados para que ardieran. El padwar estaba seguro de que teníamos algún motivo cruel al recogerlos, y me preguntó que cómo pensaba matarlos.

–No pienso mataros -le dije-. A menos que me vea obligado.

Mis propios hombres estaban casi tan sorprendidos como los prisioneros; pero oí a uno decir:

–El dwar ha estado en la armada de Helium. En Helium no matan a los

prisioneros de guerra.

Bien, en ningún país marciano matan a los prisioneros, aunque en la mayoría de ellos lo hacen si encuentran difícil o imposible llevarlos como esclavos sin poner en peligro la seguridad de sus propias naves.

–¿Qué vas a hacer con nosotros? – preguntó el padwar.

–Os desembarcaré tan pronto como sea conveniente, y os dejaré libres; o podrás alistarte y venir con nosotros. Sin embargo, debes comprender que estamos en guerra con Hin Abtol.

Los cinco decidieron compartir su suerte con nosotros, y se los mandé a Fo-Nar para que les asignara sus guardias y sus deberes. Mis hombres estaban reunidos en el centro de la cubierta discutiendo sobre el enfrentamiento; se sentían tan orgullosos como pavos reales.

–Destruimos dos naves e hicimos huir una tercera sin sufrir una sola baja -decía uno.

–Ésta es la clase de dwar con el cual se puede volar -dijo otro-. Supe que valía en cuanto vi cómo trató a Gan-Ho. Os digo que es un hombre por el que merece la pena luchar.

Después de sorprender esta conversación, y muchas más por el estilo, me sentí mucho más seguro en cuanto a las posibilidades de éxito de nuestra aventura, ya que con una tripulación desleal todo puede suceder salvo el éxito.

Un poco más tarde, cuando cruzábamos la cubierta, vi a uno de los guerreros que se había llevado abajo a Phor San y a su compañero; lo llamé y le pregunté si los prisioneros estaban bien.

–Siento informarte, mi señor -me dijo- que ambos se cayeron por la borda... se cayeron por la escotilla lanzabombas de popa.

IX

Naturalmente, yo sospechaba algo de la fidelidad de Gor-Don, el panario que habíamos recogido de la nave incendiada. Era el único panario a bordo de la *Dusar*, y la única persona que, concebiblemente, podía sentir lealtad hacia Hin Abtol. Avisé a Fo-Nar y a Tan Hadron de que mantuvieran un ojo encima de él, aunque en realidad no podía imaginar cómo podía hacernos daño.

Según nos aproximábamos a la región del Polo Norte, se hizo necesario repartir las prendas de abrigo de piel que la *Dusar* almacenaba en sus paños; la piel blanca de apt para los guerreros, y la piel de arluk, rayada en negro y amarillo, para los oficiales; también hubo que suministrar mantas de piel adicionales a todos.

Yo estaba desvelado aquella noche, sin ninguna razón, pero con un presentimiento de inminente desastre, y hacia la novena zode (la una de la madrugada, hora terrestre) me levanté y subí a cubierta. Fo-Nar estaba al timón, porque aún no conocía lo bastante bien a ninguno de los guerreros como para confiarle este importante puesto.

Había un grupo de hombres susurrando entre sí en el centro de la nave. Como no eran miembros de la guardia, no tenían nada que hacer allí a esa hora de la noche. Iba caminando hacia ellos para ordenarles que bajaran, cuando vi a tres hombres peleando más a popa. Esta infracción de la disciplina requería una atención más inmediata que la reunión en cubierta, y me dirigí rápidamente hacia ellos, alcanzándolos, justo cuando dos de ellos iban a tirar al tercero por la barandilla.

Agarré a los dos por el cuello y tiré de ellos hacia atrás; dejaron caer a su víctima y se volvieron hacia mí, vacilando al reconocermé.

–El panario se estaba cayendo por la borda -me dijo uno de ellos descaradamente.

Con toda seguridad, el tercer hombre era Gor-Don, el panario. Se había salvado por los pelos.

–Baja a mi camarote -le indiqué-, hablaré contigo más tarde.

–No hablará mucho si sabe lo que le conviene -amenazó uno de los hombres que había intentado tirarlo por la borda cuando se alejaba.

–¿Qué significa esto? – pregunté a los dos hombres, que había reconocido como asesinos.

–Significa que no queremos a ningún panario a bordo de esta nave -replicó uno de ellos.

–Bajad a vuestro alojamiento -les ordené-. Os veré más tarde.

Mi intención era encadenarlos inmediatamente. Vacilaron, uno de ellos se me acercó más. Sólo había una forma de enfrentarse a una situación como ésta: ser el primero. Lancé un rechazazo a la mandíbula del tipo y, mientras se caía, saqué mi espada y me enfrenté a ellos.

–Os atravesaré a los dos si echáis mano a las espadas -les dije. Sabían que hablaba en serio. Los hice entonces apoyarse en la barandilla de espaldas a mí, y los desarmé-. Ahora, bajad.

Mientras caminábamos, vi a los hombres del grupo que estaba en el centro de la cubierta observándonos y, cuando me aproximé a ellos, se alejaron y bajaron antes de que pudiera ordenar que los cogieran. Bajé y le dije a Fo-Nar lo que había sucedido y que estuviera alerta por si había problemas.

–Voy a hablar con el panario; creo que hay algo más que el simple deseo de tirarlo por la borda en todo esto; luego tendré una charla con algunos de los hombres. Primero despertaré a Tan Hadron y le ordenaré que encadenen a esos dos asesinos inmediatamente. Estaré de vuelta dentro de poco; nosotros tres tendremos que estar en guardia desde ahora. Aquellos hombres no estaban en la cubierta a esta hora sólo para tomar aire fresco.

Bajé y desperté a Tan Hadron, le conté lo que había pasado y le ordené que tomara un grupo de hombres y encadenara a los dos asesinos; después de ello, fui a mi camarote. Cuando entré, Gor-Don se levantó de un banco y me saludó.

–Debo agradecerte que me salvaras la vida, mi señor.

–¿Era porque eres panario por lo que iban a tirarte por la borda? – le interrogué.

–No, mi señor, no es eso -me respondió-. Los hombres están planeando adueñarse de la nave, pues temen ir a Pankor, e intentaron que me uniese a ellos, pues ninguno puede pilotar una nave como yo; intentaban mataros a ti y a los dos padwares. Rehusé unirme a ellos, y ellos intentaron disuadirme; luego temieron que yo te comunicara sus planes, como pensaba hacer; así que fueron a tirarme por la borda. Tú me salvaste la vida, mi señor, cuando me rescataste de aquella nave en llamas; y estoy contento de ofrecerla en defensa de la tuya... y vas a necesitar toda la defensa que puedas conseguir; los hombres están decididos a adueñarse de la nave, aunque están divididos por la cuestión de matarte.

–Parecían muy contentos por servir a mis órdenes, después de nuestro enfrentamiento con tus tres naves -le dije-. No me imagino qué puede haberlos hecho cambiar de idea.

–Cuanto más nos acercamos a Pankor, más temen a Hin Abtol -replicó Gor-Don-; están aterrorizados por la idea de que los puedan congelar otra vez allí durante años.

–Pankor debe de ser un lugar terrible -le dije.

–Para ellos lo sería.

Vi que estaba armado, y le indiqué que me siguiera a cubierta. Al menos, seríamos cuatro, y confiaba en que algunos de la tripulación fuesen leales. Tan Hadron de Hastor y yo podíamos presentar bastante resistencia; de los otros dos, no lo sabía.

–¡Vamos! – dije al panario, y abrí la puerta de mi camarote, cayendo en las manos

de la docena de hombres que esperaban allí y que se lanzaron sobre mí y me condujeron hacia la cubierta antes de que pudiera dar un solo golpe en mi defensa; nos desarmaron al panario y a mí, y nos ataron las manos a la espalda.

Todo fue ejecutado en silencio y expeditivamente; el plan había sido admirablemente concebido, y se ganó mi aprobación... cualquiera que pueda apoderarse de John Carter con tanta facilidad, merece mi alabanza.

Nos llevaron a cubierta, y no pude dejar de notar que muchos de ellos aún me trataban con deferencia. Los que me habían reducido con tanta facilidad eran panthans. En la cubierta, vi que tanto Tan Hadron como Fo-Nar estaban prisioneros. Los hombres nos rodearon y discutieron sobre nuestra suerte.

–¡Por la borda con los cuatro! – gritó un asesino.

–No seas tonto -dijo uno de los panthans-. No podemos pilotar la nave sin uno de ellos por lo menos.

–Encadenemos a uno, entonces, y tiraremos a los otros tres... ¡El dwar el primero!

–¡No! – dijo otro panthan-. Es un gran luchador, un buen comandante que nos conducirá a la victoria; antes que verle muerto, pelearé.

–¡Y yo! – gritaron varios otros al unísono.

–¿Entonces qué quieres hacer con ellos? – preguntó imperativamente otro asesino-. ¿Quieres que los llevemos con nosotros para que nos corten la cabeza en la primera ciudad donde paremos y puedan informar a las autoridades?

–Guardaremos dos para pilotar la nave -dijo un hombre que no había hablado anteriormente- y desembarquemos a los otros dos, si no queréis matarlos.

Varios de los asesinos estaban aún por matarnos, pero los otros prevalecieron, e hicieron que Tan Hadron aterrizara la *Dusar*. Allí nos desembarcaron a Gor-Don y a mí, y nos devolvieron nuestras armas, con las protestas de varios de los asesinos.

Cuando estuve sobre la nieve y el hielo del Ártico y vi la *Dusar* elevarse y poner rumbo al sur, pensé que hubiera sido mejor que nos mataran.

X

Al norte de nosotros se alzaba una cadena de colinas rocosas. El viento barría sus cima de granito, moteadas de manchas de nieve y de hielo, haciéndolas parecer, por encima de las laderas nevadas, como la columna vertebral de algún monstruo muerto. Hacia el sur se extendía un terreno escarpado y nevado... Una desolación helada y la muerte hacia el norte; la muerte y una desolación helada hacia el sur. Parecía no haber alternativa.

–Supongo que estaremos igual de bien si nos movemos -dijo a Gor-Don, y emprendí el camino del sur.

–¿Dónde vas? – preguntó él-. A un hombre a pie sólo la muerte lo aguarda en esa dirección.

–Por lo que yo sé, la muerte nos aguarda en cualquier dirección que podamos tomar.

El panario sonrió.

–Pankor se encuentra justo detrás de estas colinas -me dijo-. He cazado aquí muchas veces; podemos estar en Pankor dentro de un par de horas.

Yo me encogí de hombros.

–No hay mucha diferencia para mí, puesto que probablemente me matarán en Pankor. – Y emprendí el camino, aunque ahora el del norte.

–Puedes entrar en Pankor con seguridad -dijo Gor-Don-. Pero tendrás que hacerlo como esclavo mío. No es que me guste, mi señor, pero es la única forma de que estés seguro.

–Comprendo -dije-. Gracias.

–Tendremos que decir que te hice prisionero; que la tripulación de mi nave se amotinó y que nos desembarcó a ambos -me explicó.

–Es una buena historia, y al menos se basa en hechos reales -le dije-. Pero dime, ¿podré alguna vez escapar de Pankor?

–Si consigo otra nave, lo harás -prometió él-. Tengo derecho a un esclavo a bordo, y te llevaré conmigo; el resto tendremos que dejárselo al destino; aunque puedo asegurarte que no es cosa fácil escapar de la armada de Hin Abtol.

–Estás siendo muy generoso.

–Te debo mi vida, mi señor.

La vida es extraña. ¿Cómo podía haber imaginado yo unas horas antes que mi vida iba a estar en manos de uno de los oficiales de Hin Abtol, y a salvo? Si alguna vez un hombre fue rápidamente recompensado por una buena obra, ese fui yo por haber rescatado a aquellos diablos de la nave en llamas.

Gor-Don abrió la marcha con seguridad en aquel desierto sin caminos, hacia una estrecha garganta que dividía las colinas. Alguien no familiarizado con la situación,

hubiera pasado a lo largo del pie de las colinas, a cien yardas de distancia, sin verla nunca, puesto que sus paredes cubiertas de hielo y nieve se confundían con las nieves de alrededores, ocultándola efectivamente.

Fue muy duro atravesar la garganta. La nieve cubría rocas y pedazos de hielo, y formaba incesantemente un laberinto de corredores en los cuales un hombre podía perderse con facilidad. Gor-Don me dijo que era el único paso a través de las colinas, y que si algún enemigo lo encontraba, moriría congelado antes de atravesarlo.

Habíamos avanzado trabajosamente durante una media hora, cuando, en una curva, nuestro camino fue bloqueado por una de las mas terribles criaturas que habitan Marte. Era un apt, una enorme bestia de piel blanca con seis piernas, cuatro de las cuales, cortas y macizas, lo conducen rápidamente sobre la nieve y el hielo; mientras las otras dos, creciendo hacia adelante desde sus hombros, a cada lado de su largo y poderoso cuello, terminan en unas manos blancas y sin pelo, con las cuales atrapa y sostiene su presa.

Su cabeza y boca son de apariencia más similar a la del hipopótamo que a la de ningún otro animal terrestre, excepto en que desde los lados del maxilar superior, dos poderosos colmillos se curvan hacia adelante y ligeramente hacia abajo.

Sus dos enormes ojos inspiran la mayor curiosidad. Se extienden en dos vastas manchas que bajan por ambos lados de la cabeza, desde la coronilla hasta debajo de las raíces de los colmillos, de forma que estas armas en realidad nacen de la parte baja de sus ojos, cada uno de los cuales se compone de varios millares de ocelos.

Esta estructura ocular siempre me ha parecido notable en una bestia cuyo habitat son los deslumbrantes campos de nieve y hielo y, como descubrí mediante un concienzudo examen de los ojos de varios de los que matamos Thuvan Dihú y yo, una vez que atravesamos las Cuevas de la Carroña, cada ocelo dispone de su propio párpado, y el animal puede, cuando le interesa, cerrar tantas facetas de sus enormes ojos como desee, aunque estoy seguro de que la naturaleza los ha equipado así porque la mayor parte de su vida la pasan en oscuros agujeros subterráneos.

La criatura cargó contra nosotros en cuanto nos vio; y Gor-Don y yo desfundamos nuestras pistolas de radium simultáneamente, y comenzamos a disparar. Pudimos oír las balas explotar en su cuerpo y ver grandes pedazos de carne y hueso saliendo disparados, pero todavía siguió adelante. Una de mis balas se tropezó con un ojo de mil facetas y explotó allí, arrancándoselo. Durante un momento, la criatura vaciló y se agitó; luego siguió adelante otra vez. Estaba encima de nosotros, y nuestras balas destrozaban sus órganos vitales. Cómo podía continuar con vida, no lo comprendía, pero lo hizo; nos alcanzó, y agarró a Gor-Don con sus dos horribles manos blancas sin pelo, y lo acercó a sus gigantescas mandíbulas.

Yo estaba en su lado ciego y, dándome cuenta de que mis balas no lo matarían a tiempo de salvar a Gor-Don, desenvainé mi espada larga y, agarrando la empuñadura

con ambas manos, la alcé hasta detrás de mi hombro derecho, y hundí la afilada hoja en el largo cuello de la bestia. Justo cuando las mandíbulas iban a cerrarse sobre Gor-Don, la cabeza del apt rodó por el helado suelo de la garganta; pero sus poderosos dedos aún aferraban al panario, y tuve que cortarlos con mi espada para liberarlo.

–Faltó poco -le dije.

–Una vez más, me ha salvado la vida -dijo Gor-Don-. ¿Cómo podré compensártelo?

–Ayudándome a encontrar a Llana de Gathol, si está en Pankor.

–Si está en Pankor, no sólo te ayudaré a encontrarla, sino que te ayudaré a escapar con ella, si es humanamente posible hacerlo -replicó él-. Soy un oficial de la armada de Hin Abtol -continuó-, pero no siento ninguna lealtad hacia él. Es un tirano odiado por todos; es un milagro que haya sido capaz de gobernarnos durante más de cien años sin encontrarse con la daga o el veneno de un asesino.

Continuamos atravesando la garganta mientras hablábamos; y al fin salimos a una llanura nevada, sobre la cual se alzaba una de aquellas ciudades-invernadero cubiertas de cristal de la región polar de Barsoom.

–Pankor -dijo Gor-Don; entonces se volvió hacia mí, me miró y comenzó a reír.

–¿Qué sucede? – le pregunté.

–Tu metal; llevas la insignia de un dwar al servicio de Hin Abtol; puede resultar extraño que tú, un dwar, sea prisionero y esclavo de un padwar.

–Efectivamente, puede ser difícil de explicar -dije, quitándome la insignia y tirándola a un lado.

En la puerta de la ciudad, tuvimos la buena fortuna de encontrar a un conocido de Gor-Don al mando de la guardia. Escuchó la historia de éste con interés y nos permitió entrar, sin prestarme la más mínima atención.

Pankor era muy parecida a Kadabra, la capital de Okar, sólo que mucho más pequeña. Aunque el país que la rodeaba hasta sus murallas estaba cubierto de nieve, no había ninguna sobre el gran domo de cristal que recubría toda la ciudad; y bajo el domo prevalecía una atmósfera agradable y primaveral. Sus avenidas están cubiertas de césped de la ocre vegetación musgosa que cubre el fondo de los mares del planeta rojo, y bordeadas por parterres bien cuidados de la carmesí hierba barsoomiana. A lo largo de estas avenidas circulaba el tráfico silencioso de las ligeras y estilizadas naves de tierra con las que yo me había familiarizado muchos años atrás en Marentina y Kadabra.

Los anchos neumáticos de estas naves únicas son en realidad depósitos de gas de apariencia gomosa, llenos del octavo rayo barsoomiano, o rayo de propulsión, ese notable descubrimiento marciano que ha hecho posible las grandes flotas de poderosas naves que dan la supremacía al hombre rojo del mundo exterior. Este rayo es el que propulsa la luz inherente y reflejada de los soles y los planetas por el

espacio, y, cuando es almacenado, da sustentación aérea a las naves marcianas.

Gor-Don y yo fuimos conducidos a su casa llamando una nave pública; yo, como esclavo, me senté con el conductor. Allí fuimos cálidamente recibidos por su madre, padre y hermanos; y fui llevado a los alojamientos de los esclavos por un criado. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que Gor-Don me mandara llamar; y, cuando el sirviente que me había traído salió, Gor-Don me explicó que había contado a sus padres y a su hermano que yo le había salvado la vida, y que ellos deseaban expresarme su gratitud. Estuvieron muy atentos.

–Serás el guardia personal de mi hijo -me dijo el padre-, y en esta casa no se te tratará como a un esclavo. Dice que en tu país eres un noble.

Gor-Don lo había supuesto, o lo había inventado para la ocasión, pues yo ciertamente no le había revelado nada de mi posición. Traté de imaginarme qué más les habría dicho; no deseaba que mucha gente conociera mi búsqueda de Llana. Cuando estuvimos solos la siguiente vez, se lo pregunté, y me aseguró que no les había dicho nada.

–Confío absolutamente en ellos -me dijo-, pero no hablo de asuntos ajenos.

Al menos había un panario decente; presumí que los había juzgado a todos por Hin Abtol.

Gor-Don me proveyó de un correa y una insignia que me marcaban definitivamente como un esclavo de su casa, y me daba seguridad para recorrer la ciudad, lo que estaba ansioso de hacer con la esperanza de encontrar alguna pista de Llana; porque Gor-Don me había dicho que en la plaza del mercado, donde se reunía a los esclavos para comprarlos y venderlos, se discutían diariamente todos los cotilleos de la ciudad.

–«Si algo ha sucedido o va a suceder, el mercado lo sabe», dice un refrán nuestro -me dijo. Más adelante encontré que era verdad.

Como guardia de corps de Gor-Don, se me permitía llevar armas, y así lo denotaba la insignia de mi arnés. Me alegraba de ello, pues me sentía perdido sin armas, casi como se sentiría un terrícola andando por la calle sin pantalones. Al día siguiente de nuestra llegada, acudí solo a la plaza del mercado.

XI

Conversé con algunos esclavos, pero no me enteré de nada de valor para mí; sin embargo, el estar allí me puso en el camino de informarme de algo valioso. Estaba hablando con otro esclavo cuando vimos a un oficial que atravesaba la plaza del mercado, tocando primero a un esclavo y luego a otro, quien inmediatamente le siguieron.

–Si te toca, no hagas preguntas y sigúelo -dijo el esclavo al que le había contado que yo era recién llegado a Pankor.

Bien, el oficial me dio una palmada en el hombro cuando pasó; y yo lo seguí, junto con otros quince o veinte esclavos.

Nos condujo fuera de la plaza del mercado y a lo largo de una avenida de pobres tiendas, hacia la muralla de la ciudad. Allí, al lado de una pequeña puerta, había un cobertizo en el cual se almacenaban trajes de piel de apt. Después de que, de acuerdo con las instrucciones del oficial, se nos dieron uno a cada uno de nosotros, él abrió la puerta y nos condujo fuera de la ciudad, en el amargo frío del Ártico, donde mis ojos se encontraron con una visión que espero no volver a presenciar. Hilera tras hilera de picotas se extendían hasta tan lejos como alcanzaba la vista, y de ellos colgaban cadáveres humanos congelados, miles de millares de ellos colgaban por los pies, meciéndose al cortante viento.

Todos los cadáveres estaban recubiertos de hielo, una trasparente mortaja a través de la cual sus ojos muertos miraban suplicantes, reprobadores, acusadores, horribles. Algunos rostros mostraban muecas congeladas, burlándose del Destino con los dientes desnudos.

El oficial nos hizo descolgar veinte cadáveres, y el pensamiento del propósito para el cual parecían obviamente destinado casi me dio náuseas. Mientras contemplaba aquellas líneas sin fin de cuerpos colgados cabeza abajo, recordé escenas invernales ante las carnicerías de las ciudades norteñas de mi propio país, donde colgaban helados cuerpos de bueyes, osos y ciervos para la inspección de los gourmets.

Levantar y transportar uno de aquellos cuerpos incrustados de hielo requería la fuerza combinada de dos hombres rojos; y como el oficial había palmeado a un número impar de esclavos, me quedé sin un compañero que llevara un cuerpo conmigo, así que esperé órdenes. El oficial me vio parado sin hacer nada y me llamó.

–Eh, tú -gritó-. No te hagas el holgazán; arrastra uno de ellos hasta la puerta.

Me detuve y alcé uno de los cadáveres sobre mi hombro, llevándolo yo solo hacia la puerta. Pude ver que el oficial estaba asombrado, porque lo que había hecho era una hazaña imposible para un marciano. De hecho, no era nada notable que yo pudiera hacerlo; porque mi fuerza asombrosamente grande, combinada con la menor

gravedad de Marte, lo hacía relativamente fácil para mí.

Todo el tiempo que llevé mi espantosa carga, estuve pensando acerca del asado que habíamos almorzado en la casa de Gor-Don... ¡Y me lo imaginaba! ¿Era posible que hombres civilizados fueran tan depravados? Parecía increíble de una gente tal como Gor-Don y su familia. Su hermana era una muchacha realmente hermosa. ¿Podría ella...? Me estremecí ante las implicaciones.

Transportamos los cuerpos a un gran edificio perpendicular a la avenida de la pequeña puerta. Allí había hilera tras hilera y línea tras línea de mesas de sobre de ersita; y cuando, bajo la dirección del oficial, tendimos los cadáveres sobre algunas de ellas, el lugar cobró el aspecto de una morgue.

En ese momento, algunos hombres entraron en la habitación; llevaban pesados cuchillos. «Los carniceros» pensé. Conectaron varias mangueras a unos grifos, y cada uno de ellos se puso junto a un cuerpo, rociándolo con agua caliente, y quitando al mismo tiempo el hielo con sus cuchillos. Esto les llevó algún tiempo.

Cuando el primer cadáver estuvo totalmente liberado de su envoltura helada, quise mirar a otra parte, pero no pude... estaba fascinado por el horror de lo que esperaba que hiciera el carnicero con su cuchillo; pero no lo hizo. En lugar de ello, continuó rociando el cuerpo con agua caliente, dándole masajes ocasionalmente. Finalmente, sacó una jeringuilla hipodérmica de su bolsa e inyectó algo en el brazo del cadáver; entonces ocurrió lo más horrible de todo: ¡el cadáver agitó la cabeza y abrió los ojos!

—Estad atentos, esclavos -nos ordenó el oficial-; algunos de ellos pueden volverse un poco salvajes al principio; estad listos para agarrarlos.

El primer cadáver se sentó y miró alrededor, mientras otros comenzaban a mostrar signos de vida. Pronto estuvieron todos sentados o de pie, mirando confusamente en torno de ellos. Entonces le dieron a cada uno el correa de un esclavo; y cuando un destacamento de guerreros vino a hacerse cargo de ellos, los otros esclavos fuimos licenciados. Entonces recordé y comprendí la referencia a menudo repetida por los guerreros de Hin Abtol a estar «congelados». Había pensado que se referían, sencillamente, a estar confinados en una ciudad ártica rodeada por la nieve y el hielo. Mientras abandonaba el edificio, fui abordado por el oficial.

—¿Quién eres tú, esclavo? — quiso saber.

—Soy el esclavo y guardia de corps del padwar Gor-Don -repliqué.

—Eres un hombre muy fuerte -me dijo él-. ¿De qué país eres?

—De Virginia -le contesté.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Dónde está?

—Al sur de Maryland.

—Bien, dejémoslo... veamos lo fuerte que eres. ¿Puedes levantar tú solo un extremo de esta mesa de ersita?

–No lo sé.

–Inténtalo -me ordenó-. ¡Increíble! – exclamó. Los guerreros me miraban con la boca abierta de asombro-. ¿Cómo te llamas? – me preguntó.

–Dotar Sojat.

–Muy bien; puedes marcharte.

Cuando volví a casa de Gor-Don, me dijo que se había preocupado por mi larga ausencia.

–¿Dónde ha estado todo este tiempo? – me preguntó.

–Descongelando cadáveres -le contesté, riendo-. Antes de empezar a verlos volver a la vida, pensé que los panarios os los comíais. Dime ¿cuál es el plan?

–Forma parte del descabellado plan de Hin Abtol para conquistar todo Barsoom y convertirse en jeddak de jeddaks y Señor de la Guerra de Barsoom. Ha oído hablar del famoso John Carter, que ostenta tales títulos, y está envidioso. Ha estado almacenando humanos por congelación durante todo un siglo. Al principio era solo un sistema por el cual podía disponer de gran cantidad de esclavos en cualquier momento, sin gastos de alimentación mientras no tuviera nada que hacer. Después que supo de John Carter y de las enormes riquezas de Helium y de varios otros imperios, comenzó a tomar forma este grandioso plan.

»Tenía que conseguir una flota; y como nadie de Pankor sabía construir naves aéreas, tuvo que adquirirlas mediante engaños y robos. Algunas pocas cruzaron la barrera de hielo desde alguna de las ciudades norteñas; éstas fueron atraídas a tierra mediante señales de amistad y bienvenida; luego sus tripulaciones fueron capturadas y congeladas todas salvo uno o dos hombres. Quienes lo fueron fue por no haberse comprometido a entrenar panarios en el manejo de sus naves. Es un proceso muy lento para adquirir una armada; pero lo ha complementado visitando varias de las otras ciudades norteñas, pretendiendo amistad, y luego robando una nave o dos, exactamente como pretendió hacer con Gahan de Gathol para luego robarle a la hija.

»El actual ataque a Gathol es sencillamente un entrenamiento para dar experiencia a sus oficiales y guerreros, y al mismo tiempo adquirir unas cuantas naves más.

–¿Cuántos hombres helados tiene? – le pregunté.

–En los últimos cien años ha acumulado un millón -me contestó Gor-Don-. Un formidable ejército, si tuviera naves para transportarlo.

Sobre este planeta moribundo, cuya población ha decrecido continuamente durante quizás un millón de años, un ejército de un millón de hombres sería realmente formidable; pero dirigido por Hin Abtol y con oficiales panarios, aun dos millones de guerreros descontentos no presentarían ninguna gran amenaza a un poder como el de Helium.

–Me temo que el sueño de Hin Abtol nunca se cumplirá -le dije.

–Espero que no. Muy pocos panarios simpatizan con él. La vida aquí es fácil, y estamos contentos de que nos dejen solos y de dejar solos a los demás. A propósito, ¿averiguaste algo sobre el paradero de Llana de Gathol mientras estuviste fuera?

–Nada ¿y tú?

–No -contestó-, pero aún no he realizado ninguna pregunta directa. Estoy esperando hasta que pueda hablar con algunos amigos míos destinados en el palacio. Sin embargo, no sé si Hin Abtol ha vuelto de Gathol y está en el palacio.

Mientras hablábamos, un esclavo vino a anunciar que había llegado un oficial del jeddak y que deseaba hablar con Gor-Don.

–Tráelo aquí -le dijo mi *señor*, y un momento después, entró en la habitación un hombre magníficamente ataviado. En aquel momento, me situé de pie detrás de la silla de Gor-Don, como debe hacer un esclavo y guardia de corps bien entrenado.

Los dos hombres se saludaron con nombres y títulos; y luego el visitante dijo:

–¿Tienes un esclavo llamado Dotar Sojat?

–Sí -contestó Gor-Don-. Es éste, mi guardia de corps personal.

El oficial me miró.

–¿Eres tú el esclavo que levantó solo la mesa de ersita hoy en la casa de las resurrecciones? – me interrogó.

–Sí.

Se volvió hacia Gor-Don.

–El jeddak te honrará aceptando este esclavo como regalo.

–Es un gran placer, así como un honor, regalar el esclavo Dotar Sojat a mi jeddak -le dijo; y luego, como el oficial apartó la mirada para dirigirla hacia mí otra vez, Gor-Don me guiñó un ojo. Sabía que yo estaba ansioso por introducirme en el palacio de Hin Abtol.

Como un esclavo sumiso, abandoné la casa de Gor-Don, el padwar, y seguí al oficial del Jeddak a palacio.

XII

Las tierras del palacio de Hin Abtol en la ciudad de Pankor ocupan la superficie de una elevada colina, en lo alto del mundo, y los guardias rondan sobre la misma noche y día. En las puertas hay un utan completo de cien hombres; y dentro, en la gran entrada del propio palacio, permanece otro utan. No era extraño que hubiese sido difícil asesinar a Hin Abtol, autonombrado jeddak de jeddaks del Norte.

A un lado del palacio, sobre un abierto parterre escarlata, vi algo que me asombró: ¡mi propia nave! Era la nave que Hin Abtol me había robado en la ciudad desierta de Horz; y ahora, como supe después, la tenía allí exhibida como prueba de su gran coraje y capacidad. Alardeaba que se la había arrebatado fácilmente al Señor de la Guerra de Barsoom después de derrotarlo en duelo. El hecho de que no podía haber duda de que era mi nave personal, prestaba color a la historia; mi insignia estaba allí, en la proa, para cualquiera que quisiera leerla. Debió volar en ella hasta su actual lugar de descanso; puesto que, por supuesto, ninguna nave podía aterrizar dentro del gran domo de Pankor.

Me dejaron en la sala de la guardia, justo a la entrada de palacio, donde holgazaneaban algunos guerreros de la guardia; dos de ellos jugaban al jetan, el ajedrez marciano, mientras otros jugaban al yano. Todos se incorporaron cuando el oficial entró en la sala conmigo; y, cuando se fue, me senté en un banco a un lado, mientras los otros se sentaban y reemprendían sus juegos. Uno de ellos me miró, frunciendo el ceño.

–¡Levántate, esclavo! – ordenó-. ¿No sabes hacer nada mejor que sentarte en presencia de guerreros panarios?

–Si puedes probar que eres mejor hombre que yo -le dije-, me levantaré.

No estaba de humor para aguantar nada dócilmente; de hecho, estaba harto de comportarme como un esclavo. El guerrero se puso de pie de un salto.

–¡Insolente! Muy bien, te daré una lección.

–Sería mejor que no te apresurases tanto, Ul-To -le alertó uno de sus compañeros-. Creo que este tipo fue mandado llamar por el jeddak. Si lo hieres, a Hin Abtol puede no gustarle.

–Sólo va a aprender una lección -gruñó Ul-To-. Si hay algo que no puedo soportar, es un esclavo insolente -y vino hacia mí.

Yo me levanté, y él me cogió por el corraje e intentó ponerme de pie tirando de él; y al mismo tiempo, me lanzó un puñetazo.

Paré su golpe, y agarré su corraje; luego me puse de pie y lo levanté por encima de mi cabeza. Lo sostuve allí un momento, y luego lo lancé a través de la sala.

–Esto te enseñará a ser más respetuoso con los que son mejores que tú.

Alguno de los otros guardias me miraron ceñudamente, enfadados; pero muchos

se rieron de Ul-To, que se puso en pie trabajosamente, sacó su espada larga y vino hacia mí. Aún no me habían desarmado, y desenvainé la mía; pero antes de que pudiéramos enfrentarnos, un par de los compañeros de Ul-To lo agarraron y lo contuvieron. Estaba maldiciendo y forcejeando para liberarse cuando el oficial de guardia, evidentemente atraído por el disturbio, entró en la sala. Cuando supo lo que había pasado, se volvió airadamente hacia mí.

–Deberías ser flagelado -me dijo- por insultar a un guerrero panario.

–Quizás te gustaría intentarlo -le respondí.

Ante esto, se puso del color de la grana y casi saltó, de tan furioso que estaba.

–¡Agarradlo! – ordenó a voz en grito a los guerreros-. Y dadle una buena paliza.

Todos se acercaron hacia mí y desenvainé la espada. Estaba de espalda a la pared, y hubiera habido varios panarios muertos por la sala en pocos minutos, si el oficial que me había llevado allí no hubiese entrado en ese preciso instante.

–¿Qué significa esto? – preguntó imperativamente.

El oficial de guardia se explicó, mintiendo descaradamente.

–Miente -le dije al oficial-. Fui atacado sin provocación.

Él se volvió hacia el oficial de guardia.

–No sé quién empezó esto -le dijo-, pero será mejor para vuestros cuellos que nada le pase a este hombre -luego me desarmó y me dijo que lo siguiera.

Me condujo de nuevo fuera de palacio, al lado del edificio donde estaba mi nave. Me di cuenta de que no estaba amarrada, no existiendo peligro de viento bajo la gran cúpula; deseé que estuviera al aire libre para poder huir volando si era capaz de encontrar a Llana de Gathol; hubiera sido una oportunidad espléndida para escapar de no haber sido por aquella cúpula cerrada.

Me llevó al centro de una extensión de césped bien cuidado, ante un grupo de gente que se había reunido junto al edificio. Había tantos hombres como mujeres, y estaban acercándose más desde el palacio, finalmente se oyó una fanfarria de trompetas y apareció el jeddak, acompañado por cortesanos y cortesanas.

Entre tanto, un hombre de gran tamaño había salido al césped y se había situado junto a mí; era un guerrero que llevaba el metal que lo identificaba como miembro de la guardia de corps de Hin Abtol.

–El jeddak ha oído historias de tu gran fuerza -dijo el oficial que me había traído allí- y desea ver una demostración de ella. Rab-Zov, aquí presente, se supone que es el hombre más fuerte de Pankor...

–Yo soy el hombre más fuerte de Pankor, señor -le interrumpió Rab-Zov-. Soy el hombre más fuerte de Barsoom.

–Debes ser bastante fuerte -le dije-. ¿Qué vas a hacerme?

–Vais a luchar entre vosotros para entretener al jeddak y a su corte. Rab-Zov demostrará cuan fácilmente puede derribarte al suelo y mantenerte allí. ¿Estás listo,

Rab-Zov?

Rab-Zov dijo que estaba listo, y el oficial nos indicó que comenzáramos. Rab-Zov se me acercó contoneándose, echando ocasionalmente rápidos vistazos a la audiencia para ver si todos lo miraban. Así lo hacían; lo miraban y admiraban su gran corpulencia.

–¡Vamos, amigo! – dijo Rab-Zov-. Hazlo lo mejor que puedas; quiero atraer la atención del jeddak.

–Espero hacerlo interesante para ti, Rab-Zov -le dije. Él se rió muy alto ante mi frase.

–No tendrás tantas ganas de bromear cuando esté encima de ti.

–¡Vamos, charlatán! – le azucé-. ¡Hablas demasiado!

Estaba inclinado hacia adelante, intentando agarrarme, cuando hice presa de una de sus muñecas, la torcí rápidamente, y lo arrojé por encima de mi hombro. Lo dejé caer con fuerza a propósito. Aún estaba un poco atontado cuando se levantó. Yo lo esperaba muy cerca; lo cogí por el correa y lo levanté por encima de mi cabeza; entonces comencé a hacerlo girar. Estaba absolutamente inerte; y cuando pensé que estaba lo suficientemente mareado, lo lancé con fuerza ante Hin Abtol. Rab-Zov estaba en el suelo... y fuera de combate.

–¿No hay hombres fuertes en Pankor? – pregunté, y entonces vi a Llana de Gathol de pie junto al jeddak. Se me ocurrió una idea descabellada casi con la rapidez de una revelación.

–Quizás sería mejor que enviara a dos hombres contra ti -me dijo Hin Abtol de buen humor; evidentemente, había disfrutado con el espectáculo.

–¿Por qué no un espadachín? – le pregunté-. Soy bastante bueno con la espada.

Quería una espada como fuera... la necesitaba para ejecutar mi plan.

–¿Quieres morir, esclavo? – quiso saber Hin Abtol-. Tengo a los mejores espadachines del mundo en mi guardia.

–Entonces, preséntame al mejor -le dije yo-. Puedo darte alguna sorpresa a ti... y a alguien más -y miré directamente a Llana de Gathol y le guiñé un ojo. Entonces, por primera vez, ella me reconoció pese a mi disfraz.

–¿A quien estás guiñando el ojo? – me preguntó imperiosamente Hin Abtol, mirando alrededor de él.

–Se me metió algo en el ojo -le respondí.

Hin Abtol habló a un oficial.

–¿Quién es el mejor espadachín de la guardia?

–No hay ninguno como Ul-To -le contestó el oficial.

–Ve a buscarlo.

¡Vaya! Iba a cruzar mi espada con la de mi viejo amigo Ul-To. A él le gustaría... durante un momento.

Trajeron a Ul-To; y cuando descubrió que iba a luchar conmigo, su satisfacción fue evidente.

–Ahora, esclavo, te voy a enseñar la lección que te prometí.

–¿Otra vez? – le pregunté.

–Esta vez será diferente.

Cruzamos las espadas.

–¡A muerte! – le dije.

–¡A muerte, esclavo! – replicó Ul-To.

Al principio, luché sobre todo a la defensiva, intentando colocar a mi rival en la posición donde lo quería tener. Cuando lo tuve allí, comencé a acosarlo, y él retrocedió. Lo mantuve de espaldas a la audiencia y, empecé a hacerle cortes... sólo unos pocos. Quería que adquiriera respeto por mi punta y por mi habilidad. Pronto estuvo cubierto de sangre, y yo lo estaba forzando a ir a donde quiera que yo deseara.

Lo empujé dentro de la multitud, que reculó; y entonces capté la mirada de Llana, y le indiqué con mi cabeza que se pusiera a mi lado; luego acosé a Ul-To hasta más cerca de ella.

–Cuando lo mate -susurré-, corre hacia la nave y enciende el motor.

Hice entonces retroceder a Ul-To lejos de la multitud, vi a Llana siguiéndonos, y pensé que estaba tan interesada en el duelo que no se daba cuenta de lo que hacía.

–¡Ahora, Llana! – susurré, y la vi retirarse lentamente hacia la nave.

Para desviar la atención de Llana, hostigué a Ul-To hacia un lado con una exhibición de esgrima tal que atrajo todas las miradas; entonces lo rodeé y lo hice casi correr hacia atrás, llevándolo hacia mi nave. De repente, oí gritar a Hin Abtol:

–¡La chica! ¡Atrapadla! ¡Ha subido a bordo de la nave!

Mientras comenzaba a moverse, le atravesé el corazón a Ul-To y corrí hacia mi nave. Una docena de guerreros con las espadas desenvainadas iba tras mis talones. El que había salido primero, y que era más rápido que los demás, me alcanzó justo cuando acababa de detenerme junto a la nave para asegurarme de que no estaba amarrada a ninguna parte. Me di la vuelta y paré un violento tajo; mi hoja se movió una vez más con la ligereza de un rayo, y la cabeza del guerrero cayó rodando de sus hombros.

–¡Vamonos! – le grité a Llana, saltando a cubierta.

Mientras la nave se levantaba, acudí apresuradamente a los mandos y me hice cargo de ellos.

–¿Adónde vamos, John Carter? – me preguntó Llana.

–A Gathol -repliqué.

–¿Cómo...? – comenzó a decir, pero vio que yo había alzado el morro de la nave hasta formar un ángulo de cuarenta y cinco grados, y que había apretado el acelerador... ésa era la respuesta.

La pequeña nave, la más veloz y maniobrable que yo había manejado nunca cruzaba el aire templado de Pankor a tremenda velocidad. Ambos nos acurrucamos contra el suelo de la pequeña cabina de pilotaje, y esperamos.

La nave se estremeció ante el terrorífico impacto; cristales rotos saltaron en todas direcciones... y luego salimos al frío y limpio aire del Ártico.

Enderecé entonces la nave, y puse rumbo a Gathol a toda velocidad; había peligro de que nos congelásemos si no alcanzábamos pronto un clima más cálido, puesto que no contábamos con pieles.

–¿Qué fue de Pan Dan Chee y de Jad-Han? – le pregunté.

–No los he visto desde que fuimos capturados en Gathol -contestó Llana-. Pobre Pan Dan Chee; luchó por mí y fue gravemente herido; me temo que nunca lo volveré a ver... -la voz se le rompió.

Yo deploraba mucho el probable destino de Pan Dan Chee y Jad-Han, pero al menos Llana de Gathol estaba al fin a salvo. ¿O estaba exagerando? Ella estaba al fin a salvo de Hin Abtol, pero ¿qué nos aguardaba en el futuro? Estaba en peligro inmediato de morir congelada si algún contratiempo demoraba nuestro vuelo hacia regiones más cálidas, y habría otros innumerables peligros al cruzar los desiertos de este planeta moribundo.

Pero, siendo un optimista incorregible, aún sentía que Llana estaba a salvo; y ella también. Quizás porque no era concebible ningún peligro mayor que el que la había amenazado mientras estuvo en poder de Hin Abtol.

En ese momento, me di cuenta de que ella se estaba riendo, y le pregunté qué la divertía.

–Hin Abtol te teme a ti más que a ningún otro hombre de Barsoom -me dijo ella-, y te tuvo en su poder y no lo supo. Y enfrentó a un torpe ceporro contra ti, el mejor espadachín de dos mundos, cuando podía haberte lanzado encima todo un utan para destruirte. Aunque sin duda hubiera perdido la mitad de su utan. Sólo pido que algún día sepa la oportunidad que desperdició dejando escapar a John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom.

–Sí -convine- es divertido. Y también lo es el agujero que dejamos en el techo de su ciudad; pero me temo que el sentido del humor de Hin Abtol no sepa apreciarlo.

Volamos rápidamente hacia el sur y a climas más cálidos, felices de nuestra milagrosa huida del tirano de Panar; y, afortunadamente, ajenos a lo que nos deparaba el futuro.

Llana de Gathol estaba a salvo, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuándo veríamos de nuevo a Gathol o Helium?

LOS HOMBRES INVISIBLES DE MARTE



I

Sí, Llana de Gathol estaba a salvo al fin. La había rescatado de su cautiverio en la ciudad de Pankor; lo hice ante las mismísimas narices de Hin Abtol, el que se titulaba a sí mismo jeddak de jeddaks del Norte, y volamos apresuradamente a través del aire poco denso del moribundo Marte en mi propia nave rápida hacia Gathol. Estaba muy satisfecho por lo que había conseguido, pero también tenía mucho frío.

–Dices que me vas a llevar a Gathol -me dijo Llana cuando Pankor hubo quedado bien atrás-. Nada me haría más feliz que retornar a mi ciudad con mis padres; pero ¿cómo podemos confiar en aterrizar allí, estando Gathol rodeada por los guerreros de Hin Abtol?

–Los panarios son una gente estúpida e ineficaz -le respondí-. La mayoría de los guerreros de Hin Abtol son conscriptos forzosos, que no ponen el corazón en hacer la guerra por cuenta de su tiránico amo. Estos pobres diablitos congelados sólo lo soportan porque saben que no hay escape, y prefieren la vida y la consciencia a que los devuelvan a Pankor para ser congelados de nuevo hasta que Hin Abtol necesite sus espadas en una futura guerra.

–¡Hombres congelados! – exclamó Llana-. ¿Qué quieres decir?

–¿No oíste hablar nada de ellos mientras estuviste prisionera en Pankor? – le pregunté, sorprendido.

–Nada -me aseguró Llana-. Háblame de ellos.

–Enseguida. Fuera de los muros de la ciudad-invenadero, hay filas y filas de picotas expuestas al cortante viento y al amargo frío de la región polar. De estos soportes, como vacas congeladas en un almacén de carne, cuelgan por los pies millares de guerreros, congelados y en estado de animación suspendida. Son cautivos capturados en numerosas incursiones durante un período de cien años. He hablado con uno que estuvo congelado más de cincuenta años.

»Estaba en la sala de resurrección cuando algunos de ellos fueron revividos; después de unos pocos minutos, no parecían haber sufrido ningún mal por su experiencia, pero la idea en sí es repulsiva.

–¿Por qué lo hace? – quiso saber Llana-. ¿Por qué miles de ellos?

–Mejor sería decir miles de millares -le dije-. Un esclavo me dijo que había al menos un millón. Hin Abtol sueña en conquistar todo Barsoom con ellos.

–¡Qué grotesco! – exclamó Llana.

–Si no fuera por la armada de Helium, podría llegar bastante lejos en su gran ambición; y debes agradecer a tus reverenciados antepasados, Llana, que exista la armada de Helium. Cuando te haya devuelto a Gathol, volaré a Helium y organizaré una expedición que pondrá punto final a los sueños de Hin Abtol.

–Desearía que, antes de que hicieras eso, intentásemos averiguar qué ha sido de

Pan Dan Chee y de Jad-Han -me dijo Llana-. Los panarios nos separaron al poco de nuestra captura.

–Deben de haber sido conducidos a Pankor y congelados -sugerí.

–¡Oh, no! – exclamó Llana-. Sería demasiado terrible.

–Estás muy encariñada con Pan Dan Chee, ¿no? – pregunté.

–Se ha comportado como un buen amigo -dijo ella, algo envarada.

La muy testaruda nunca admitiría que estaba enamorada de él... y quizás no lo estuviera; nunca se puede afirmar nada respecto de las mujeres. Lo había tratado abominablemente mientras estuvieron juntos; pero cuando se separaron y él estuvo en peligro, había mostrado la mayor preocupación por su seguridad.

–No me imagino cómo podemos descubrir algo de su destino, a menos que preguntemos directamente a los panarios; y eso puede ser más bien peligroso. También me gustaría saber qué ha sido de Tan Hadron de Hastor.

–¿Tan Hadron de Hastor? ¿Dónde está?

–La última vez que le vi estaba a bordo de la *Dusar*, la nave panaria que robé de su base aérea ante Gathol; y había sido hecho prisionero por la tripulación amotinada que me echó de ella. Había un montón de asesinos entre ellos, y estaban determinados a matar a Tan Hadron en cuando hubiera conducido la nave al destino que hubiesen elegido; ya ves, nadie de la tripulación sabía nada de navegación.

–Tan Hadron de Hastor -dijo Llana otra vez-. Su madre fue una princesa real de Gathol, y el propio Tan Hadron es uno de los mejores luchadores de Barsoom.

–Y un espléndido oficial -añadí.

–Tenemos que tomar medidas para salvarlo también a él.

–Si no es demasiado tarde; y la única oportunidad de salvar a cualquiera de ellos, reside en que yo alcance Helium a tiempo para llevar una flota a Gathol antes de que Hin Abtol logre reducirla, y luego a Pankor, si no los encontramos a los tres entre los prisioneros de Hin Abtol en Gathol.

–Quizás sería mejor volar directamente hacia Helium -me sugirió Llana-. Una flota de Helium podría conseguir algo, mientras nosotros dos, solos, no podemos conseguir nada más que ser de nuevo capturados por los panarios. Y sería duro para ti, John Carter, que Hin Abtol llegara a tenerte alguna vez en sus manos, después de lo que hiciste hoy en Pankor -me dijo riendo-. Nunca olvidaré lo que le hiciste a Rab-Zov, «el hombre más fuerte de Pankor».

–Ni lo hará Rab-Zov -dije yo.

–Ni Hin Abtol. ¡Y el agujero que abriste en la cúpula de cristal que recubre la ciudad, cuando la atravesaste con la nave! Apuesto a que tiritaron bastante antes de lograr ponerle un parche. ¡No, Hin Abtol nunca te olvidará!

–Pero él nunca supo quién era yo en realidad -le recordé a Llana-. Sin mi disfraz, ya no seré un hombre rojo; y puede que él nunca adivine que tuvo a John Carter en su

poder.

–En lo que a ti concierne, el resultado será el mismo: en cualquier caso, te querrá ver muerto.

Antes de que nos hubiésemos alejado mucho de Pankor, decidí que lo más sensato sería dirigirnos directamente a Helium y conseguir la ayuda de Tardos Mors, el jeddak; aunque yo ostentaba los títulos de jeddak de jeddaks y Señor de la Guerra de Barsoom, conferidos por los jeddaks de cinco naciones, siempre los he considerado principalmente honorarios, y nunca he presumido de ejercer la autoridad que llevan implícita, excepto en caso de guerra, cuando incluso el gran jeddak de Helium ha servido amablemente a mis órdenes.

Habiendo decidido volar a Helium en vez de a Gathol, viré al suroeste. Ante nosotros se presentaba un viaje a lo largo de medio planeta, y estábamos absolutamente desprovistos de agua y provisiones. Pronto fueron visibles las torres y las majestuosas ruinas de Horz, recordándonos a ambos las circunstancias bajo las cuales habíamos encontrado a Pan Dan Chee, y creo que Llana contempló con un poco de tristeza la ciudad muerta, de la que se había autoexiliado, por culpa nuestra, su desaparecido enamorado. Era aquí donde ella había escapado de Hin Abtol, y donde Hin Abtol me había robado esta misma nave, recuperada por mí en su capital polar. Sí, Horz nos traía muchos recuerdos a ambos; y me alegré al dejar atrás aquel monumento a un pasado muerto.

Mucho más adelante se encontraba Dugar, donde podríamos avituallarnos de agua y provisiones, pero la amistad de Dugar estaba abierta a discusión. No había estado allí desde hacía muchos años, cuando Carthoris, el Príncipe de Helium, casi había sido muerto por Astok, el hijo de Nutus, el jeddak de Dugar; y desde entonces no había habido relaciones entre Helium y Dugar. Y más allá de Dugar, no había ninguna ciudad amiga en todo el camino hasta Helium.

Decidí dar un rodeo para evitar Dugar, y, mientras lo efectuábamos, volamos sobre un país enteramente desconocido; era una región poblada de colinas; y, en un largo y profundo valle, divisé una de las panorámicas más raras de todo Marte: un espléndido bosque. Ahora bien, para mí un bosque significa frutas y nueces y, quizás, caza; y estábamos hambrientos. Sin duda, también habría plantas de mantalia, la raíz que apagaría nuestra sed; y, por lo tanto, decidí aterrizar. El juicio me avisó de que era una idea arriesgada, y los hechos subsiguientes probaron que mi juicio había sido totalmente correcto.

II

Aterricé en un terreno nivelado cercano al bosque, instruí a Llana para que permaneciera a bordo, lista para despegar al momento, y fui en busca de comida. El bosque consistía principalmente de skeeles, sorapus y sompus. Los dos primeros son árboles de madera dura con nueces grandes, deliciosas, mientras el árbol de sompus produce una fruta de apariencia cítrica, con una delgada piel roja. La pulpa de esta fruta, llamada somp, es similar a la del pomelo, aunque mucho más dulce. Está considerada un gran manjar por los barsoomianos, y se cultiva a lo largo de muchos canales. Sin embargo, no había visto nunca ninguna tan grande como estas silvestres; ni había visto nunca en Marte árboles del tamaño de algunos de los que crecían en aquel bosque oculto.

Había recogido tantas frutas y nueces como podía llevar, cuando escuché que Llana me llamaba. Había una nota de excitación y urgencia en su voz, de modo que dejé caer lo que había recogido y corrí en dirección a la nave. Poco antes de salir del bosque, la oí gritar; y cuando aparecí en el exterior, la nave se separó del suelo. Corrí hacia ella tan rápidamente como pude, y esto, bajo las condiciones de gravedad reducida de Marte, era muchísimo. Salté cuarenta o cincuenta pies de un brinco, y luego me elevé treinta pies en el aire, en un esfuerzo por asir la barandilla de la nave. Una mano tocó la borda, pero mis dedos no lograron cerrarse en torno a la barandilla, y me resbalé y caí al suelo. Sin embargo, logré echar un vistazo a la cubierta de la nave, y lo que vi allí me llenó de asombro y, por alguna razón, produjo en mi cuero cabelludo la extraña sensación de que tenía los pelos de punta: Llana estaba tendida sobre la cubierta absolutamente sola, ¡y no había nadie a los mandos!

–Un noble esfuerzo -dijo una voz detrás de mí-. Con toda certeza que eres capaz de dar grandes saltos.

Me di la vuelta, y mi mano voló hacia la empuñadura de mi espada. ¡No había nadie allí! Miré hacia el bosque; no había signo de ser viviente alguno en los alrededores. Una risa llegó detrás de mí, una risa burlona, provocativa. De nuevo me volví. Sólo pude ver el pacífico paisaje marciano hasta donde me alcanzaba la vista. Por encima de mí, la nave viró y desapareció más allá del bosque... manejada por una mano no humana, por alguna fuerza siniestra que yo no podía penetrar.

–Bueno -me dijo la voz, otra vez detrás de mí-, también podemos colocarnos en tu camino. Presumo que te darás cuenta de que eres nuestro prisionero.

–No me doy cuenta de nada de eso -repliqué-. Si quieres atraparme, ven y cógeme... Sal a la luz como un hombre; si es que lo eres.

–La resistencia es fútil -dijo la voz-. Somos veinte, y tú sólo uno.

–¿Quiénes sois? – quise saber.

–Oh, perdóname -dijo la voz-. Debería haberme presentado. Soy Pnoxus, hijo de

Ptantus, jeddak de Invak. ¿A quién hemos tenido el honor de capturar?

–Todavía no has tenido el honor de capturarme -dije.

No me gustaba aquella voz. Era demasiado melosa y educada.

–Eres muy poco cooperativo -dijo la voz llamada Pnoxus-. Odiaría tener que emplear métodos poco agradables.

La voz no era ahora tan dulce; había un ligero tono acerado en ella.

–No sé dónde te ocultas -dije- pero si salís los veinte, os enseñaré el sabor de mi acero. Estoy harto de esta majadería.

–¡Y nosotros también! – exclamó la voz.

Sonaba algo así como una trampa de osos para mí... toda la aceitosa dulzura había desaparecido de ella.

–¡Atrapadlo, hombres!

Miré rápidamente alrededor de mí, pero no vi nada; sólo la voz y yo estábamos allí. O al menos eso fue lo que creí hasta que unas manos agarraron mis tobillo y tiraron de mis pies hacia atrás. Caí boca abajo, y sentí como si media docena de hombres corpulentos saltaran sobre mi espalda, y media docena de manos me arrebataron la espada, y más manos aún me despojaron de mis otras armas. Después, manos invisibles ataron las mías a la espalda, y otras amarraron un cuerda alrededor de mi cuello, y la voz dijo:

–¡Levántate!

Me levanté.

–Si vienes sin ofrecer resistencia -me dijo la voz llamada Pnoxus- será mucho mejor para ti y para mis hombres. Algunos de ellos tienen muy mal genio, y si les pones la cosa difícil, puede que no llegues vivo a Invak.

–Iré -dije-. Pero ¿dónde?

–Te guiarán -dijo Pnoxus-. Y nos cuidaremos de que vayas donde te conducimos. Ya me has causado bastantes problemas.

–No apreciarás bien el problema que soy hasta que pueda verte -repliqué.

–No me amenes; ya te has buscado bastantes líos.

–¿Qué ha sido de la muchacha que estaba conmigo? – quise saber.

–Me gustó -dijo Pnoxus-, e hice que uno de mis hombres, que sabe pilotar naves, la llevara a Invak.

No puedo expresar lo horripilante que fue la experiencia de ser conducido a través de aquel bosque por hombres que no podía ver, escuchando una voz que no tenía cuerpo; pero cuando me di cuenta de que, probablemente, me llevaban al lugar adonde habían llevado a Llana, me sentí contento, más aún, ansioso de seguirlos dócilmente adonde me conducían.

Podía ver delante de mí la cuerda que colgaba de mi cuello; generalmente descendía en una suave curva, para luego desvanecerse lentamente, como en los

bordes borrosos de un retrato; a veces se tensaba repentinamente, y entonces yo sentía un tirón en la nuca; pero, siguiendo aquella cuerda fantasmal mientras serpenteaba entre los árboles del bosque, y observando cuidadosamente su curvatura, pude anticipar el próximo tirón por la tensión de la cuerda, y así aprendí a evitar la molestia.

Delante y detrás de mí, escuchaba continuamente unas voces regañando a otras voces: «Mira donde te metes, idiota» o «Deja de pisarme los talones, tonto» o «¿Con qué te crees que estás topando, hijo de calot?» Las voces parecían estarse metiendo constantemente unas en el camino de otras. Tan seria como podía parecer mi posición, no pude dejar de divertirme.

En un momento dado, noté el roce de un brazo contra el mío, o al menos así lo sentí, la carne templada de un brazo desnudo; me tocó un solo instante, desapareciendo inmediatamente, y luego me tocó de nuevo, con una cadencia medida, como podía rozarse los brazos de dos hombres caminando hombro con hombro; poco después una voz habló a mi lado, y supe que esa voz caminaba conmigo.

–Estamos llegando a un mal sitio -me dijo la voz-. Será mejor que cojas mi brazo.

Tanteé con mi mano derecha y encontré un brazo que no podía ver. Agarré lo que podía ser su parte superior, y cuando lo hice ¡mi mano derecha desapareció! Ahora mi brazo terminaba en la muñeca, o al menos así lo parecía; pero podía sentir mis dedos asidos al brazo que no podía ver. Era una sensación espeluznante. No me gustan las situaciones que no puedo comprender.

Casi inmediatamente, llegamos a un claro del bosque donde no crecía ningún árbol. El terreno estaba cubierto de diminutos montículos de tierra, y cuando pisé uno me hundí algunos centímetros. Era como caminar sobre muelles recubiertos de turba.

–Yo te guiaré -dijo la voz a mi lado-. Si te apartas del camino, la tierra te tragará. Lo peor que puede sucederte ahora es que se te trague una pierna, pues yo te sacaría antes de que te tenga bien atrapado.

–Gracias -dije-, es muy amable de tu parte.

–No pienses en ello. Lo lamento por ti; siempre lo siento por los extranjeros a los cuales el Destino conduce al bosque de Invak. Nosotros le damos otro nombre que creo que lo describe mejor; el Bosque de los Hombres Perdidos.

–¿Es en verdad tan malo caer en manos de tu gente?

–Me temo que sí -respondió la voz-. No hay escapatoria posible.

Yo había oído eso otras veces, así que no me impresionó demasiado. Todos los pueblos menores de Barsoom son grandes fanfarrones; siempre tienen los mejores espadachines, las más bellas ciudades, la cultura más sobresaliente y, una vez que uno cae en sus manos, está condenado a la muerte o a la esclavitud sin remisión posible... nunca puedes escapar de ellos.

–¿Puedo preguntarte algo?

–Claro -dijo la voz.

–¿Siempre sois sólo voces?

Una mano, supongo que su diestra, cogió mi brazo y lo apretó con dedos poderosos, aunque invisibles; y, cualquiera que fuera el ser que caminaba a mi lado, rió entre dientes.

–¿Aparento eso, ser sólo una voz?

–Una voz estentórea -dije yo-. Pareces tener los atributos físicos de un hombre de carne y hueso. ¿Tienes nombre?

–Por supuesto: Kandus ¿y el tuyo? – me preguntó cortésmente.

–Dotar Sojat -le respondí, recurriendo a mi muy usado seudónimo.

Habíamos ya cruzado con éxito el pantano, o lo que quiera que fuese; y retiré mi mano del brazo de Kandus. De inmediato, fui de nuevo completamente visible, mientras que Kandus permaneció siendo sólo una voz. De nuevo caminaba solo, con una cuerda colgada delante de mí que, aparentemente, desafiaba la ley de la gravedad. Incluso aunque yo sospechaba que el otro cabo estaba atado a otra voz, ello no servía para hacerlo parecer correcto, era una forma indecente de comportarse para una cuerda.

–Dotar Sojat... -repitió Kandus-. Suena más como el nombre de un hombre verde.

–¿Estás familiarizado con los hombres verdes? – le pregunté.

–Oh, sí; hay una horda que ocasionalmente frecuenta los fondos del mar muerto de más allá del bosque; pero han aprendido a evitarnos. Pese a su gran fuerza y tamaño, tenemos una ventaja decisiva sobre ellos. De hecho, creo que nos tienen mucho miedo.

–Puedo imaginármelo; no es fácil luchar contra voces; no hay nada donde uno pueda hundir la espada.

Kandus se rió.

–Supongo que te gustaría hundir tu espada en mí.

–De ninguna manera -le dije-; has sido muy amable conmigo, pero no me gusta la voz que se llama a sí misma Pnoxus. No me importaría cruzar mi espada con la suya.

–No tan alto -me avisó Kandus-. Debes recordar que es el hijo del jeddak. Todos tenemos que ser muy simpáticos con Pnoxus, sin que importe lo que podamos pensar de él en privado.

Juzgué de esto que Pnoxus no era muy popular. Es realmente fantástico lo rápido que uno puede juzgar a una persona por su voz; nunca me había impresionado tanto hasta entonces. Ahora, me había desagradado la voz de Pnoxus desde el principio, incluso cuando fue tan suave y aceitosa; pero me había gustado la voz llamada Kandus: era la voz de todo un hombre, abierto y sin doblez; una buena voz.

–¿De dónde eres, Dotar Sojat? – preguntó Kandus.

–De Virginia.

–Nunca he oído hablar de esa ciudad. ¿En qué país está?

–En los Estados Unidos de América -le respondí-, pero tampoco habrás oído hablar de ellos.

–No -admitió-, debe ser un país muy lejano.

–Es un país muy lejano -le aseguré-, está a unos ochenta millones de kilómetros de aquí.

–Exageras tanto como saltas -dijo él-. No me importa que bromees conmigo -añadió-, pero si yo estuviera en tu piel no me pondría gracioso con Pnoxus ni con Ptantus, el jeddak; ninguno de los dos tiene sentido del humor.

–Pero si no bromeo -insistí-. ¿Has visto Jasoom en el cielo por la noche?

–Por supuesto.

–Bien, de ese mundo procedo yo; allí se le llama «La Tierra», y Barsoom es conocido como «Marte».

–Te comportas y hablas como un hombre de honor -dijo Kandus- y me inclino a creerte, aunque no te comprendo; sin embargo, será mejor que elijas algún lugar de Barsoom como tu patria cuando algún otro te lo pregunte en Invak; y puede que pronto te lo pregunten: aquí están ya las puertas de la ciudad.

III

¡Invak! La ciudad del Bosque de los Hombres Perdidos. Al principio sólo una puerta era visible, tan apretados estaban los árboles que ocultaban las murallas de la ciudad... los árboles y las enredaderas que cubrían los muros.

Escuché a una voz dar el «Quién vive» mientras nos aproximábamos a la puerta, y oí replicar la voz de Pnoxus:

–Soy el Príncipe Pnoxus, con veinte guerreros y un prisionero.

–Que se adelante uno a dar la contraseña.

Yo estaba asombrado de que la guardia de la puerta no reconociera al hijo del jeddak, ni a ninguno de los veinte guerreros que los acompañaban. Supongo que una voz avanzó y susurró la contraseña, pues acto seguido dijo una voz:

–Entra, Pnoxus, con tus veinte guerreros y tu prisionero.

Las puertas se abrieron inmediatamente, y vi más allá de ellas un pasillo iluminado, y a gentes moviéndose por él; entonces mi cuerda se tensó y avancé hacia la puerta; y delante de mí, uno tras otro, comenzaron a aparecer de improviso hombres armados, exactamente en el umbral de la puerta. Aparecían uno a uno como si se materializaran del aire, y continuaban avanzando por el pasillo iluminado. Me aproximé a la puerta aparentemente sola, pero cuando atravesé el umbral había a mi lado un guerrero donde había caminado anteriormente la voz de Kandus.

Contemplé al guerrero, y mi evidente asombró debió de retratarse completamente en mi rostro, puesto que el guerrero sonrió con una mueca. Eché un vistazo tras de mí y vi a un guerrero tras otro materializarse en carne y hueso según iban franqueando el umbral. Yo había caminado a través del bosque acompañado solamente por voces, pero ahora diez guerreros caminaban delante de mí, nueve detrás y uno a mi lado.

–¿Eres tú Kandus? – pregunté a este último.

–Claro.

–¿Cómo lo hiciste? – exclamé.

–Es muy simple, pero es el secreto de los invakenses -me respondió-. Puedo decirte, sin embargo, que somos invisibles a la luz del día, o más bien cuando no estamos iluminados por estas lámparas especiales que alumbran nuestra ciudad. Si te fijas en la construcción de la ciudad mientras la atravesamos, verás que tomamos plena ventaja de nuestra única oportunidad de ser visibles.

–¿Por qué preocuparse de si otras gentes pueden veros o no? ¿No es suficiente con que os veáis vosotros mismos?

–Desgraciadamente, ésa es la pega. Podemos verte a ti, pero no podemos vernos los unos a los otros, más de lo que tú puedes hacerlo.

Así que esto explicaba los refunfuños y maldiciones que había escuchado durante la marcha a lo largo del bosque: los guerreros habían estado tropezando entre ellos

porque no podían verse más de lo que yo podía verlos.

–¿Habéis descubierto la invisibilidad? – dije yo-. ¿O nacéis de huevos invisibles?

–No -contestó-, somos gente bastante normal; pero hemos aprendido a hacernos invisibles.

Precisamente entonces, divisé un patio abierto ante nosotros y, según los guerreros salían a él desde el corredor iluminado, iban desapareciendo. Cuando Kandus y yo pisamos el exterior, me encontré de nuevo caminando solo. Era insólito.

La ciudad estaba salpicada de estos patios que le daban ventilación y, por lo demás, estaba totalmente techada e iluminada artificialmente por las asombrosas luces que daban total visibilidad a sus habitantes. En cada patio crecían varios árboles, y se las habían arreglado para que las enredaderas cubriesen los techos de la ciudad; así que, estando construida como lo estaba en el centro del Bosque de los Hombres Perdidos, era casi tan invisible desde el cielo y desde la tierra como lo eran sus habitantes.

Nos detuvimos finalmente en un patio grande con muchos árboles en los cuales se hallaban dispuestas anillas de hierros de las que pendían cadenas, y allí manos invisibles apresaron uno de mis tobillos con un grillete conectado al extremo de una de estas cadenas. En este instante, una voz susurró a mi oído:

–Intentaré ayudarte, ya que me has caído bien. Admiro a un hombre capaz de saltar cincuenta metros de alto; y no puedo dejar de interesarme por alguien que dice provenir de otro mundo a ochenta millones de kilómetros de Barsoom.

Era Kandus. Sentí que era afortunado por tener al menos un simpatizante allí, aunque no pude imaginarme qué ventajas podría proporcionarme. Después de todo, Kandus no era el jeddak; y mi suerte probablemente descansaba en las manos de Ptantus.

Pude escuchar voces cruzando de un lado a otro el patio. Pude ver gente acercándose por los pasillos o las calles, y luego desvaneciéndose en cuanto pisaban el patio. Pude ver las espaldas de hombres y mujeres aparecer de improviso en las entradas de las calles al abandonarlo.

En varias ocasiones, algunas voces se detuvieron junto a mi árbol y discutieron acerca de mí. Comentaban sobre mi piel clara y ojos grises. Una voz mencionó mi gran salto en el aire, que uno de mis captosres había relatado a su poseedor.

En una ocasión, un delicado perfume se detuvo cerca de mí, y una dulce voz dijo:

–Pobre hombre, ¡y es tan guapo!

–No seas tonta, Rojas -gruñó una voz masculina-. Es un enemigo y, de cualquier forma, no es muy agradable de ver.

–Creo que es muy agradable de ver -insistió la voz dulce-. ¿Y cómo sabes que es un enemigo?

–No era un enemigo cuando aterricé con mi nave junto al bosque -dije yo-, pero

el tratamiento que he recibido desde entonces me está convirtiendo rápidamente en uno.

–¿Ves? – dijo la voz dulce-. No es un enemigo. ¿Cómo te llamas, desgraciado?

–Mi nombre es Dotar Sojat, y no soy un *desgraciado* -repliqué yo con una carcajada.

–Eso es lo que te crees tú -dijo la voz masculina-. Vamos, Rojas, antes de que hagas más el ridículo.

–Si me das una espada y abandonas tu cobarde invisibilidad, te pondré yo en ridículo a ti, calot -dije yo.

Un invisible pero muy material pie me golpeó en la ingle.

–¡Mantente en tu lugar, esclavo! – gruñó la voz.

Yo me abalancé hacia adelante y, por suerte, le eché las manos encima al tipo; entonces lo agarré por su correa hasta que localicé su cara al tacto y, cuando la hube encontrado, le lancé un gancho de derecha que debió haberlo proyectado sin sentido a lo largo de medio patio.

–Eso te enseñará a dar de puntapiés a un hombre que no puede verte.

–¿Motus te dio una patada? – gritó la dulce voz, ahora ya no tan dulce; era una voz enfadada, sorprendida-. Me pareció que le pegaste... Espero que lo hayas hecho.

–Lo hice, y será mejor que vieras si hay algún doctor en la casa.

–¿Dónde estás, Motus? – gritó la muchacha.

No hubo respuesta; Motus se había apagado como una luz. Al poco, escuché una maldición y a la voz de un hombre diciendo:

–¿Quién eres tú, tumbado en medio del patio?

Evidentemente, alguna voz había tropezado con Motus.

–Ése debe ser Motus -dije en la dirección de donde había provenido la voz de la chica por última vez-. Sería mejor que lo llevaras adentro.

–En lo que a mí respecta, puede quedar ahí hasta que eche raíces -replicó la voz mientras se alejaba.

Casi inmediatamente, contemplé la esbelta figura de una joven materializándose en la entrada de una de las calles. Puedo decir por su espalda que era una joven enfadada, y, si su espalda servía de criterio, que era una joven hermosa... de cualquier forma, tenía una hermosa voz y un buen corazón. Quizás estos invakenses no fueran tan malas gentes, después de todo.

IV

–Fue todo una maravilla lo que le hiciste a Motus -dijo una voz detrás de mí.

No iba a molestarme en volverme. ¿Para qué volverse, si no había nada que ver? Pero cuando la voz dijo:

–Apuesto a que ese sucio calot invakense estará una semana fuera de combate. – Me volví, puesto que sabía que ningún invakense hubiera proferido una observación como aquella.

Encadenado a un árbol cerca de mí, divisé a otro hombre rojo. Es extraño que, aquí en Barsoom, siempre pienso en mí mismo como en un hombre rojo; aunque, quizás, después de todo no sea tan extraño. Excepto por mi color, yo soy un hombre rojo... un hombre rojo hasta el tuétano de mis huesos, en pensamientos y sentimientos. Ya no pienso en mí como en un virginiano, tan arraigado ha llegado a ser mi amor por este mi mundo de adopción.

–Bien, ¿de dónde vienes tú? -exigí saber-. ¿Eres uno de los invisibles?

–No lo soy -me respondió el hombre-. He estado aquí todo el tiempo. Debí de estar dormido detrás de mi árbol cuando le trajeron, pero la gente que se detenía a hacer comentarios sobre ti, me despertó. Oí cómo decías a la chica que tu nombre es Dotar Sojat. Es un hombre extraño para un hombre rojo. El mío es Ptor Fak; soy de Zodanga.

¡Ptor Fak! Me acordé de él; era uno de los tres hermanos Ptor, con los que había trabado amistad aquella vez que deseaba entrar en Zodanga en búsqueda de Dejah Thoris. Al principio, dudé en revelarle quién era yo realmente; pero después, sabiendo que era un hombre de honor, iba a hacerlo cuando él exclamó repentinamente:

–¡Por la madre de la luna más cercana! ¡Esos ojos, esa piel!

–¡Pssst! – le amonesté-. Aún no conozco la naturaleza de esta gente, así que pienso que será más prudente que sea Dotar Sojat.

–Si no eres Dotar Sojat, ¿quién eres? – quiso saber una voz junto a mi lado. Éste era el problema de la invisibilidad: un hombre puede deslizarse hacia ti y escuchar furtivamente, sin que tengas la mas leve idea de que hay alguien cerca.

–Soy el sultán de Swat -dije, lo primero que se me vino a la cabeza.

–¿Qué es un sultán?

–Un jeddak de jeddaks.

–¿De qué país?

–De Swat.

–Nunca he oído hablar de Swat -dijo la voz.

–Bien, ahora que lo sabes, será mejor que le digas a tu jeddak que tiene a un sultán encadenado aquí en su patio trasero.

La voz debió de haberse ido, puesto que no la escuché más. Ptor Fak se estaba riendo.

–Veo que las cosas empiezan a animarse un poco ahora que estas aquí -dijo-. Mi más profunda reverencia a aquel de tus antepasados que te legó el sentido del humor. Es la primera vez que río desde que me capturaron.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Varios meses. Estaba probando un nuevo motor que hemos desarrollado en Zodanga, e intentaba establecer un nuevo récord de circunnavegación de Barsoom por el ecuador, y, por supuesto, este lugar tenía que estar en medio, y precisamente debajo de mí, cuando mi motor dejó de funcionar. ¿Cuándo llegaste tú aquí?

–Acababa de escapar de Pankor con Llana, la hija de Gahan de Gathol, y estábamos en camino hacia Helium para regresar con una flota y enseñarle una lección a Hin Abtol. No teníamos ni agua ni comida en la nave, así que aterricé al lado de este gran bosque para conseguir alguna. Mientras yo estaba en el bosque, uno de los invakenses, invisible para Llana, subió a la nave y despegó con ella; y veinte más de ellos saltaron encima de mí y me tomaron prisionero.

–¡Una chica estaba contigo! Esto es demasiado malo. Puede que nos maten a nosotros, pero se quedarán con ella.

–Pnoxus dijo que le había gustado -dije yo amargamente.

–Pnoxus es un calot, el hijo de un calot y el nieto de un calot -dijo Ptor Fak, iluminado. Nadie hubiera podido evaluar a Pnoxus con mayor concisión.

–¿Qué harán con nosotros? – le pregunté-. ¿Tendremos alguna oportunidad de escapar que me permita a la vez rescatar a Llana?

–Bueno, no podrás escapar en tanto te mantengan encadenado a un árbol, y así es como me han tenido a mí desde que llegué. Creo que pretenden usarnos en alguna clase de juegos, pero desconozco en qué pueden consistir. ¡Mira! – exclamó, señalando y riendo.

Miré en la dirección que indicaba y divisé a dos hombres portando, por una de las calles, la exánime forma de un tercero.

–Ése debe ser Motus -dijo Ptor Fak-. Me temo que te has metido en un buen lío -añadió, repentinamente preocupado.

–Cualquiera que sea el lío en que me haya metido, mereció la pena. Su acción vino a ser como darle una patada a un ciego. La chica se enfureció tanto como yo; debe ser una buena persona. Rojas... es un nombre bonito.

–El nombre de una noble -dijo Ptor Fak.

–¿La conoces?

–No, pero puedes saber si son nobles por las terminaciones de sus nombres, y si son de sangre real por los principios y terminaciones. Los nombres de los nobles acaban en «us», y los de las nobles en «as». Los nombres de la realeza terminan de la

misma forma, pero siempre empiezan con dos consonantes, como Pnoxus y Ptantus.

–Entonces, Motus es un noble.

–Sí, y eso es lo que va a acarrearle problemas.

–Dime -le pregunté-. ¿Cómo se hacen invisibles?

–Han desarrollado algo que les da la invisibilidad durante quizás un día; es algo que toman internamente; una pastilla grande. Supongo que se toman una todas las mañanas, para asegurarse la invisibilidad por si tienen que salir de la ciudad. Al parecer el mejunje tarda una hora en hacer efecto, y se verían en un aprieto si la ciudad fuera atacada y tuviesen que salir a luchar mientras son visibles.

–¿Qué enemigos pueden temer? – pregunté-. Kandus me dijo que incluso los hombres verdes los temen.

–Hay otra ciudad en el bosque habitada por una ramificación escindida de esta tribu -me explicó Ptor Fak-; se llama Onvak, y su pueblo también posee el secreto de la invisibilidad. De vez en cuando, los onvakenses vienen a atacar Invak, o tienden emboscadas a las partidas de caza invakenses cuando éstas salen al bosque.

–Creo que debe ser un tanto difícil luchar en una batalla en la cual no se pueden distinguir ni a los amigos ni a los enemigos -comenté.

–Sí; supongo que nunca se causan daño, aunque a veces capturan algún prisionero. En la última batalla que mantuvieron, los invakenses cobraron dos prisioneros, y cuando los trajeron a la ciudad descubrieron que ambos eran de los suyos. Nunca logran saber a cuántos de sus propios hombres matan; se limitan a repartir mandobles a diestro y siniestro con sus espadas, y que Issus ayude al que se ponga delante.

En cuanto Ptor Fak dejó de hablar, sentí unas manos revolviendo en los grilletos de mis tobillos, y acto seguido éstos se abrieron y cayeron.

–Vamos, esclavo -dijo la voz. Luego alguien me cogió por el brazo y me condujo hacia la entrada de una de las calles.

En el momento en que entramos, pude observar a un guerrero a mi lado, y a otros delante y detrás de mí. Me llevaron a lo largo de esta calle, atravesando otros dos patios en los cuales, por supuesto, ellos se hicieron invisibles de inmediato y pareció como si yo caminara solo, indicando solamente la presión de una mano en mi brazo que no era así. Llegamos a un gran salón donde cierto número de personas rodeaban de pie una mesa tras la cual se sentaba un individuo ceñudo y de aspecto feroz.

Fui conducido hasta la mesa, y el hombre detrás de ella me estudió en silencio durante varios segundos. Su correa era sumamente elaborada, con el cuero bellamente repujado y tachonado de piedras preciosas. La empuñadura de su espada, que yo podía ver por encima de la mesa, era aparentemente de oro, y también engastada con aquellas raras y hermosas gemas barsoomianas que desafían para su descripción a las palabras terrestres. Una diadema de cuero repujado rodeaba su

frente, blasonada con los jeroglíficos barsoomianos que identifican a un jeddak, en piedras preciosas. Así que éste era Ptantus, jeddak de Invak. Sentí que Llana y yo no podíamos haber caído en peores manos.

V

Ptantus me miraba tan ferozmente que estuve seguro de que intentaba amedrentarme. Parece que ésta es la manera que tienen los tiranos y los matones de intentar socavar la moral de una víctima antes de destruirla; más yo no me impresioné demasiado, e, impelido por un más bien estúpido deseo de fastidiarlo, dejé de mirarlo. Supongo que lo conseguí, puesto que golpeó la mesa con su puño y se inclinó encima de ella.

–¡Esclavo! – casi me rugió-. ¡Préstame atención!

–Aún no has dicho nada -le recordé-. Cuando digas algo digno de ser atendido, te escucharé. Y no hace falta que me grites.

Se volvió airado hacia un oficial.

–No te atrevas nunca más a traer ante mí a un prisionero hasta haberle enseñado cómo comportarse en presencia de un jeddak.

–Sé como comportarme en presencia de un jeddak -le aseguré-. He estado en presencia de algunos de los más grandes jeddaks de Barsoom, y trato a un jeddak igual que trato a cualquier hombre: como se lo merece. Si es noble de corazón, dispone de mi deferencia; si es un patán, no.

La indirecta era clara, y Ptanus cambió de color.

–Ya está bien de insolencias -dijo-. Sé que eres un individuo molesto, que diste muchos problemas al principio a Pnoxus tras tu captura, y que golpeaste y lesionaste gravemente a uno de mis nobles.

–Ese hombre puede tener un título -repuse-, pero no es un noble. Me propinó una patada cuando era invisible... fue igual que si golpeará a un ciego.

–Eso es verdad -dijo una voz femenina un poco detrás y a un lado mío. Me volví a mirar. Era Rojas.

–¿Viste lo que sucedió, Rojas? – exigió saber Ptantus.

–Sí, Motas me insultó y este hombre, Dotar Sojat, le reprendió por hacerlo. Entonces Motas le dio una patada.

–¿Es esto verdad, Motas? – preguntó Ptantus, volviendo la cabeza y mirando al otro lado detrás de mi. Eché un vistazo en esa dirección y divisé a Motas con la cabeza envuelta en vendajes; su aspecto era lamentable.

–Golpeé al esclavo, lo que se merecía -gruñó-. Es un insolente.

–Estoy de acuerdo contigo en eso -dijo Ptantus-, y morirá cuando le llegue su hora. Pero no lo he convocado aquí para juzgarlo. Yo, el jeddak, tomo mis decisiones sin testimonio ni consejos. Lo mandé llamar porque un oficial afirmó que podía saltar a cincuenta metros de altura; y, si puede hacerlo, valdrá la pena conservarlo algún tiempo como diversión.

No pude dejar de sonreír levemente ante esto, porque había sido mi capacidad

para saltar lo que, probablemente, me había salvado la vida a mi llegada a Barsoom, hace ya tantos años, cuando fui capturado por las hordas verdes de Thark, y Tars Tarkas me ordenó saltar para entretener a Lorquas Ptomel, el jed, y ahora iba a concederme al menos un aplazamiento de mi muerte.

–¿Por qué sonríes? – quiso saber Ptantus-. ¿Encuentras algo gracioso en esto? Ahora salta, y rápido.

Miré al techo. Estaba a sólo siete metros del suelo.

–Esto será sólo un bote -dije.

–Bien, bota entonces -dijo Ptantus.

Me di la vuelta y miré detrás de mí. Entre la puerta y yo, a unos diez metros de distancia, hombres y mujeres se aglomeraban apretadamente. Gracias a mi gran agilidad y a la reducida gravedad marciana, salté sobre todos ellos con facilidad. Podía haber huido entonces por la puerta, saltar al techo de la ciudad y escaparme; y lo hubiera hecho de no haber sido porque Llana de Gathol estaba todavía prisionera aquí.

Ante ésta para ellos maravillosa hazaña de agilidad, las exclamaciones de sorpresa llenaron el salón; y cuando volví de otro salto, se insinuaron algunos aplausos.

–¿Qué más sabes hacer? – me interrogó Ptantus.

–Puedo dejar en ridículo a Motus con una espada en la mano, así como con mis puños, si nos enfrentamos bajo las luces donde pueda verlo.

Ptantus rompió a reír.

–Creo que te dejaré que lo hagas cuando me haya cansado de ti -dijo-, pues Motus te matará con toda seguridad. Probablemente, no hay en todo Barsoom un espadachín mejor que el noble Motus.

–Estaré encantado de dejar que lo intente -le repliqué-, y puedo prometerte que aún seré capaz de saltar después de haber matado a Motus. Pero, si de verdad quieres presenciar unos buenos saltos -continué- trae ante mí a la joven que fue capturada conmigo en el bosque, y te enseñaremos algo que valdrá la pena.

Si conseguía solamente atravesar las puertas con Llana, sabía que podríamos escapar, puesto que yo era capaz de distanciarme de cualquiera de ellos, aun teniendo que cargar con ella.

–Lleváoslo y ponedle los grilletes -dijo Ptantus-. Ya he visto y oído demasiado por hoy.

Así que me devolvieron al patio, y me encadenaron a mi árbol.

–Bien -dijo Ptor Fak, cuando creyó que los guardianes se habían marchado-. ¿Cómo te las arreglaste?

Le conté todo lo que había acaecido en presencia del jeddak, y él dijo que confiaba en que tuviera la oportunidad de enfrentarme a Motus, ya que Ptor Fak

conocía mi reputación como espadachín.

Después de anochecido, una voz hizo su aparición y se sentó junto a mí. Era Kandus.

–Estuvo bien que saltaras hoy para Ptantus -me dijo-. El viejo diablo creía que Pnoxus le había mentido, y una vez que se hubiera demostrado que no podías saltar, Ptantus pensaba acabar contigo de la muy poco agradable forma que reserva a aquellos que despierten su ira o su rencor.

–Espero poder divertirlo bastante tiempo.

–El final será el mismo, más tarde o más temprano -dijo Kandus-. Pero si hay algo que pueda hacer para suavizar tu cautiverio, me alegrará hacerlo.

–Me aliviaría saber qué ha sido de la chica que fue capturada al mismo tiempo que yo.

–Está confinada en los alojamientos de las esclavas. Están a ese lado de la ciudad, más allá del palacio -me indicó la dirección con la cabeza.

–¿Qué crees que le va a pasar? – le pregunté.

–Ptantus y Pnoxus están peleándose por ella -me respondió-. Siempre están peleándose por algo; se odian el uno al otro. Y cómo Pnoxus la quiere, Ptantus no quiere que la consiga; y así al menos por el momento, ella está a salvo. Tengo que irme ya -añadió un momento después, y noté que se había levantado por la dirección de su voz-. Si hay algo que puedo hacer por ti, no dejes de pedírmelo.

–Si pudieras traerme un trozo de alambre, te lo agradecería.

–¿Para qué quieres el alambre? – me preguntó.

–Sólo para matar el tiempo; lo doblo en distintas formas para hacer figurillas y entretenerme. No estoy acostumbrado a estar encadenado a un árbol, y el tiempo se me hace muy largo.

–Es verdad; me alegraré de traerte un trozo de alambre; volveré en un momento; adiós hasta entonces.

–Eres afortunado en tener un amigo -dijo Ptor Fak-. Llevo aquí ya varios meses y no he hecho ninguno.

–Creo que son mis saltos -opiné-. Me han sido útiles con anterioridad y de muchas formas.

No pasó mucho tiempo antes de que Kandus retornara con el alambre. Le di las gracias y partió inmediatamente.

Era ya de noche, y ambas lunas aparecían en el cielo. Su suave luz iluminaba el patio, mientras el raudo vuelo de Thuria a través de la bóveda celeste arrastraba las sombras de los árboles, agitándolas en constantes cambios sobre la gama escarlata, convertida en purpúrea por la luz lunar.

La cadena de Ptor Fak y la mía eran lo bastante largas para permitir sentarnos el uno junto al otro, y noté que mi petición de un pedazo de alambre había despertado su

curiosidad por la forma en que lo observaba en mi mano. Al fin, no pudo contenerse más.

–¿Qué vas a hacer con ese alambre? – preguntó.

–Te sorprendería saber... -dije, y me detuve al sentir una presencia cercana a mí...la cantidad de cosas ingeniosas que se pueden hacer con un pedazo de alambre.

VI

Aunque pasara aquí en Invak el resto de mi vida, estoy seguro de que nunca me acostumbraría a estas misteriosas presencias, ni la idea de que siempre puede haber alguien cerca de mí escuchando todo lo que le decía a Ptor Fak.

En aquel momento sentí una suave mano sobre mi brazo, y luego la misma voz dulce que ya había oído otras veces dijo:

–Soy Rojas.

–Me alegro de que hayas venido -dijo yo-. Deseaba tener la oportunidad de agradecerte el testimonio que hiciste hoy a mi favor ante Ptantus.

–Me temo que no te hice ningún favor -repuso-. A Ptantus no le caigo bien.

–¿Por qué no le gustas? – pregunté.

–Pnoxus me quiso por mujer y lo rechacé; así que, aunque Ptantus no se lleva bien con Pnoxus, su orgullo fue herido; y ha estado desahogando su mal humor sobre mi familia desde entonces.

Se me acercó más, y pude sentir la tibieza de su brazo sobre el mío cuando se inclinó hacia mí.

–Dotar Sojat -dijo- desearía que fueses un invakense y pudieras quedarte aquí para siempre con seguridad.

–Es muy amable de tu parte, Rojas, pero me temo que el Destino ha dispuesto otra cosa.

El suave brazo se deslizó por encima de mis hombros. El delicado perfume que me había anunciado su presencia por primera vez aquella tarde, llenó mi olfato, y pude sentir su cálido aliento en mi mejilla.

–¿Te gustaría quedarte, Dotar Sojat... -Hizo una pausa-... conmigo?

La situación se estaba poniendo embarazosa. Incluso Ptor Fak, que no tenía ningún suave brazo invisible rodeándole el cuello, estaba incómodo. Yo sabía que lo estaba porque se había alejado de nosotros todo lo que le permitía su cadena. Por supuesto, no podía ver a Rojas más que yo, pero debía haber escuchado sus palabras; y, siendo un caballero, se había apartado cuanto le era posible; y ahora se sentaba allí, dándome la espalda. El que a uno le seduzca una hermosa muchacha en un jardín iluminado por la luna puede considerarse romántico, pero si la chica es totalmente invisible, es como ser seducido por un fantasma; aunque puede asegurarse que no sentía nada fantasmal en Rojas.

–No me has respondido, Dotar Sojat -dijo ella.

Siempre he amado a una sola mujer: a mi incomparable Dejah Thoris. A diferencia de otros hombres, nunca he mariposeado pretendiendo el amor de otras mujeres. Así que, como decimos en la Tierra, estaba metido en un buen lío. Dicen que todo vale en el amor y en la guerra; y, en lo que a mi concernía, yo,

personalmente, estaba en guerra abierta con Invak. Aquí estaba una muchacha enemiga, cuya lealtad podía ganar, o en cuyo amargo odio podía incurrir, según le respondiera. Si sólo hubiera tenido que pensar en mí mismo, no lo hubiera dudado; pero la suerte de Llana de Gathol prevaleció sobre todas las otras consideraciones, y decidí contemporizar.

–No importa cuánto pudiera apetecerme el quedarme siempre contigo, Rojas -dije-, sé que es imposible. Permaneceré aquí sólo como un objeto al capricho del jeddak, y luego la muerte nos separará para siempre.

–Oh, no, Dotar Sojat -gritó ella, estrechándome contra sus mejillas-; no debes morir... porque yo te amo.

–Pero Rojas -protesté-, ¿cómo puedes amar a un hombre al que sólo conoces desde hace unas horas, y al que sólo has visto unos pocos minutos?

–Sé que te amo desde el momento en que puse mis ojos sobre ti -replicó-, y te he visto durante mucho más tiempo que unos pocos minutos. He permanecido en el patio casi constantemente desde que te vi por primera vez, observándote. Conozco cada cambio de expresión de tu cara. He visto en tus ojos la luz de la ira, del humor y de la amistad. No te conocería mejor si te conociese de toda la vida. Bésame, Dotar Sojat -concluyó.

Y entonces hice algo de lo que probablemente jamás me avergonzaré. Estreché a Rojas entre mis brazos y la besé.

¿Has estrechado alguna vez un fantasma entre tus brazos y lo has besado? Me humilla admitir que no fue una experiencia desagradable. Pero Rojas se aferró a mí tan apasionada y estrechamente, que me sentí invadido por la confusión y el embarazo.

–Oh, si pudiéramos estar siempre así -sollozó Rojas.

Personalmente, yo pensaba que, por muy agradable que fuese, podría ser un poco inconveniente. Pese a ello, dije:

–Quizás volverás otra vez, Rojas, antes de que yo muera.

–Oh, no hables de muerte -gritó ella.

–Pero ya sabes que Ptantus me hará matar... a menos que escape.

–¡Qué escapes! – Apenas si suspiró la frase.

–Pero supongo que no habrá escape para mí -añadí, intentando no parecer demasiado esperanzado.

–Que escapes -repitió ella-. ¡Qué escapes! ¡Ah, si pudiera ir contigo!

–¿Por qué no? – le pregunté.

Ya que había llegado hasta allí, sentía que podía llegar mucho más lejos, si haciéndolo podía liberar a Llana de Gathol de su cautiverio.

–Si, ¿por qué no? – repitió Rojas-. ¿Pero cómo?

–Si yo pudiese hacerme invisible... -sugerí. Ella consideró la idea durante un

momento, y luego dijo:

–Eso sería traición. Significaría la muerte, una muerte horrible, cuando me prendan.

–Nunca podría pedírtelo -protesté sintiéndome hipócrita, puesto que sabía que se lo pediría si pensara que ella lo haría. Hubiera sacrificado a sabiendas la vida de cualquier persona de Invak, incluyendo la mía propia, si ello me permitiera liberar a Llana de Gathol. Estaba desesperado, y cuando un hombre está desesperado recurre a cualquier medio para lograr sus fines.

–Soy muy infeliz aquí -dijo Rojas, en un intento bastante natural y humano de justificarse a sí misma-. No importaría quién supiese lo que había hecho, porque nunca nos encontrarían otra vez. Ambos seríamos invisibles, y podríamos marcharnos a tu país -lo planeaba todo estupendamente.

–¿Sabes dónde está la nave que trajo a la muchacha prisionera? – la interrogué.

–Sí, aterrizó en el techo de la ciudad.

–Esto simplifica mucho el asunto. Si todos nos hiciéramos invisibles, podríamos alcanzarla y escaparnos con facilidad.

–¿Qué quieres decir con «todos»? – me preguntó ella imperiosamente.

–Que quiero llevar conmigo a Ptor Fak y a Llana de Gathol, que fue capturada al mismo tiempo que yo.

Rojas se heló instantáneamente y sus brazos me soltaron.

–La chica no -dijo.

–Pero, Rojas, debo salvarla -insistí.

No hubo contestación. Esperé un momento y la llamé, pero ella no respondió, y poco después vi su esbelta espalda materializarse en la entrada de una de las calles opuestas a mí. Una esbelta espalda coronada por una cabeza desafiantemente alzada. Aquella espalda irradiaba furia femenina.

VII

Una vez Rojas hubo partido, me hundí en los abismos de la desesperación. Si ella hubiera esperado a que yo hubiese podido explicárselo todo, los cuatro podríamos habernos escapado juntos. Debo admitir que nunca he sido capaz de desentrañar el comportamiento de las mujeres, pero ahora presentía que Rojas no retornaría jamás. Presumo que mi convicción estaba influenciada por una cita de *La Novia de Enlutada*: «El Cielo no conoce pasión como la del amor vuelto en odio, ni el Infierno furia como la de una mujer despechada».

Sin embargo, no me desesperé completamente: nunca lo hago. En vez de afligirme, me dispuse a hurgar en la cerradura de mis grilletes con el trozo de alambre que me había traído Kandus. Ptor Fak se acercó para observarme. Yo me sentaba de cara al árbol, pegado a él, e inclinándome sobre mi trabajo; y Ptor Fak se me acercó y se inclinó también sobre mí. Tratábamos así de ocultar a ojos curiosos lo que intentábamos conseguir; como ya la noche estaba bien entrada, confiábamos en estar solos en el patio.

Finalmente di con la forma de abrirla, y después de esto sólo me llevó unos pocos segundos despojar a Ptor Fak de sus grilletes. Entonces se dejó oír una voz detrás de nosotros.

–¿Qué estáis haciendo? – preguntó imperativamente-. ¿Por qué no estáis dormidos?

–¿Cómo podemos dormir si nos están molestando continuamente? – repliqué, ocultando el alambre detrás de mí.

–Levantaos -ordenó la voz, y cuando nos levantamos los grilletes cayeron de nuestros tobillos-. Me lo había imaginado -dijo la voz.

Entonces vi el trozo de alambre elevarse del suelo y desaparecer.

–Eres muy ingenioso, pero no creo que Ptantus sepa apreciar tu ingenio cuando conozca esto. Colocaré a un guardia para que os vigile constantemente de aquí en adelante.

–Todo sale mal -dije un momento después a Ptor Fak, en cuanto vi a un guerrero entrar en una de las calles, suponiendo que aquél era el que nos había hablado, y que no había otro por los alrededores.

–Parece que no hay esperanza ¿verdad? – dijo Ptor Fak.

–No -le reconvine-, no mientras esté con vida.

La tarde siguiente, la voz de Kandus llegó y se sentó a mi lado.

–¿Cómo va todo? – me preguntó.

–Terriblemente.

–¿Qué ha pasado?

–No puedo contártelo -dije- porque probablemente hay un guardia por ahí cerca

escuchando todo lo que diga.

–No hay nadie aquí, excepto nosotros -dijo Kandus.

–¿Cómo lo sabes? Tu gente es tan invisible para ti como lo eres tú para mí.

–Aprendemos a presentir la presencia de otros -me explicó él- aunque no puedo decirte cómo.

–Si estás seguro de que nadie nos está escuchando -dije- da lo mismo de qué forma puedes saberlo. Seré totalmente franco contigo; logré abrir los grilletes de Ptor Fak y los míos. Alguien me sorprendió y se llevó el trozo de alambre.

No le revelé a Kandus que había partido en dos el pedazo de alambre que me había traído, y que aún guardaba en mi bolsillo la otra mitad. No es útil decir todo lo que sabes, incluso a un amigo.

–¿Y cómo demonios pensabas escapar, aun sin los grilletes?

–Era sólo el primer paso -le dije-. En realidad, no teníamos ningún plan, pero sabíamos que, ciertamente, era imposible escapar mientras estuviésemos encadenados.

Kandus se rió.

–Tienes algo de razón -dijo, y luego se mantuvo en silencio un instante-. La chica que fue capturada contigo... -dijo al fin.

–¿Qué hay de ella? – pregunté.

–Ptantus se la ha dado a Motus -me contestó-. Todo se efectuó con mucha rapidez. Nadie parece saber el porqué, ya que Ptantus nunca ha mostrado un aprecio particular por Motus.

Si Kandus no conocía el porqué, yo creía que sí. Vi allí la mano de Rojas, y en ella un demonio de ojos verdes: los celos son un monstruo sin corazón.

–¿Harías algo más por mi, Kandus? – le pregunté.

–De buena gana, si puedo.

–Puede parecer una petición un poco tonta pero, por favor, no me pidas que te la explique. Quiero que veas a Rojas y le digas que Llana de Gathol, la chica que Ptantus le ha dado a Motus, es la hija de mi hija.

Puede parecer extraño a los habitantes de la Tierra el que Rojas pudiera enamorarse locamente de un abuelo, pero debes recordar que Marte no es la Tierra, y que yo soy distinto al resto de los terrícolas. No conozco mi edad. No recuerdo ninguna infancia. Me parece que siempre he existido, y que siempre he sido el mismo. Tengo ahora la misma apariencia que cuando luchaba con el Ejército Confederado en la Guerra de Secesión: la de un hombre de unos treinta años. Y aquí en Barsoom, donde la esperanza de vida normal es de alrededor de mil años, y donde la gente no comienza a mostrar los estragos de la vejez hasta poco antes de su disolución, las diferencias de edad no cuentan. Puedes enamorarte de una hermosa joven en Barsoom y, en lo que respecta a su apariencia, puede tener tanto dieciséis

años como setecientos.

–Por supuesto, no lo comprendo -dijo Kandus- pero haré lo que pides.

–Y otro favor más. Ptantus me ha prometido que va a dejarme celebrar un duelo con Motus, y me ha asegurado que Motus me matará. ¿Existe alguna posibilidad de arreglar que el duelo se celebre hoy?

–Te matará.

–Eso no es lo que te he preguntado.

–No sé cómo podrá hacerse -dijo Kandus.

–Si Ptantus tiene espíritu competitivo -sugerí- le gustará hacer apuestas en cualquier momento. Apuéstale a que, si Motus lucha conmigo siendo visible, no logrará matarme, y que en cambio yo podré matarlo en cualquier momento que quiera.

–Pero no puedo hacer eso -dijo Kandus-. Motus es el mejor espadachín de Barsoom. Te matará y perderé mi dinero.

–¿Cómo podría convencerte? Sé que puedo matar a Motus en un combate. Si tuviera algo de valor, te lo daría como fianza de tu apuesta.

–Yo tengo algo de valor -intervino Ptor Fak- y lo apostaría por Dotar Sojat, junto con cualquier otra cosa que tuviera.

Alcanzó su bolsillo y extrajo de él un magnífico medallón enjorado.

–Es digno del rescate de un jeddak -dijo a Kandus-. Trátalo con cuidado y apuesta su valor por Dotar Sojat.

Un segundo más tarde, el medallón desapareció en el aire, y supimos que Kandus lo había cogido.

–Tendré que ir adentro a examinarlo -dijo la voz de Kandus- porque, por supuesto, ahora que se ha hecho invisible no puedo verlo. No tardaré mucho.

–Ha sido muy amable de tu parte, Ptor Fak. Ese medallón debe ser casi inapreciable.

–Uno de mis antepasados remotos fue jeddak -me explicó Ptor Fak-. Ese medallón le perteneció, y ha permanecido en la familia durante miles de años.

–Debes estar bastante seguro de mi maestría con la espada.

–Lo estoy -contestó-, pero aunque hubiera estado menos seguro, habría hecho lo mismo.

–Esto es amistad, y lo aprecio.

–Posee un valor incalculable -dijo una voz a mi lado, indicándome que Kandus había retornado-. Iré inmediatamente a ver qué puedo hacer sobre el duelo.

–No olvides lo que te pedí que dijeras a Rojas -le recordé.

VIII

Una vez que Kandus nos dejó, el tiempo se arrastró con lentitud. La tarde transcurrió, y se hizo tan de noche que era seguro que Kandus había fracasado en su misión. Me descorazoné, pensando en el destino que pronto se abatiría sobre Llana de Gathol. Sabía que ella se suicidaría, y me sentía impotente para evitar la tragedia. Y, mientras me hundía así en los abismos de la desesperación, una mano se posó sobre mí. Una mano suave; y una voz dijo:

–¿Por qué no me lo dijiste?

–No me diste ocasión -dijo yo-. Echaste a correr sin darme oportunidad de explicártelo.

–Lo siento -dijo la voz- y siento el daño que le he hecho a Llana de Gathol, y ahora te he condenado a muerte a ti.

–¿Qué quieres decir? – pregunté.

–Ptantus ha ordenado a Motus que luche contigo y que te mate.

Rodeé a Rojas con mis brazos y la besé. No pude evitarlo de tan feliz que me sentía.

–¡Bien! – exclamé-. Aunque ninguno de nosotros se diera cuenta en su momento, me has hecho un gran favor.

–¿Qué quieres decir?

–Me han dado la oportunidad de enfrentarme a Motus en una lucha limpia; y ahora estoy seguro de que Llana de Gathol está a salvo... al menos en lo que concierne a Motus.

–Motus te matará -insistió Rojas.

–¿Presenciarás el duelo?

–No deseo verte morir -replicó ella, aferrándose fuertemente a mí.

–No tienes por qué preocuparte, no voy a morir; y Motus nunca poseerá ni a Llana de Gathol ni a ninguna otra mujer.

–Puedes decir a sus amigos que empiecen ya a cavar su tumba -intervino Ptor Fak.

–¿Estás seguro? – le dijo Rojas.

–Tenemos a la princesa en nuestro poder -dijo Ptor Fak. La expresión deriva del ajedrez marciano, el jetan, en el cual la captura de la princesa decide el vencedor y termina el juego.

–Espero que tengas razón -le dijo Rojas-. Al menos me has alentado, y no es difícil esperar cualquier cosa de Dotar Sojat.

–¿Sabes cuándo voy a luchar contra Motus? – le pregunté.

–Esta noche -respondió Rojas-. Ante toda la corte, en el salón del trono de Palacio.

–¿Y qué pasará cuándo lo mate?

–Será de temer también -dijo Rojas- porque Ptantus se pondrá furioso. No sólo habrá perdido un guerrero, sino todo el dinero que ha apostado en el duelo. Pero pronto llegará el momento -añadió- y debo irme ya.

Vi cómo abría mi bolsillo y dejaba caer algo dentro de él, y luego se fue.

Por la forma subrepticia en que lo había realizado, sabía que no deseaba que nadie supiese qué había puesto en mi bolsillo, o el que había puesto algo allí; y, por lo tanto, no lo examiné inmediatamente, temiendo que hubiese alguien espiando y que sospechase algo. La constante tensión de sentirse visto y escuchado por ojos y oídos invisibles comenzaba a afectarme; estaba tan nervioso como una gata con siete cachorrillos.

Después de un largo silencio, Ptor Fak dijo:

–¿Qué piensas hacer con ella?

Sabía lo que quería decir, porque la misma cuestión me preocupaba a mí.

–Si logramos escapar de aquí -dije- me la llevaré a Helium y dejaré que Dejah Thoris la convenza de que allí hay muchos hombres más atractivos que yo.

Ya me las había visto con otras mujeres enamoradas, y no sería la primera vez que Dejah Thoris me sacaba de apuros. Porque ella sabía que, sin importar cuántas mujeres me amaran, ella era la única mujer a la que yo amaba.

–Eres un hombre atrevido -dijo Ptor Fak.

–Lo dices porque no conoces a Dejah Thoris -repliqué-. No es que yo sea un hombre atrevido, es que ella es una mujer juiciosa.

Esto me hizo una vez más comenzar a pensar en ella, aunque debo confesar que rara vez está ausente de mis pensamientos. Podía describirla ahora en nuestro palacio de mármol en Helium, rodeada por los brillantes hombres y mujeres que llenan nuestros salones. Podía sentir su mano en la mía mientras bailábamos las majestuosas danzas barsoomianas que ella ama tanto. Podía verla con el pensamiento como si estuviera delante de mí; y podía ver a Thuvia de Ptarth, a Carthoris, a Tara de Helium, a Gaham de Gathol. A ese magnífico grupo de hombres atractivos y mujeres hermosas, unidos por lazos de amor y de matrimonio. ¡Qué recuerdos evocaban!

Una suave mano acarició mi mejilla y una voz, tensa por el nerviosismo, dijo:

–¡Vive! ¡Vive para mí! ¡Volveré a medianoche y debes estar aquí! – Luego se fue.

Por una u otra razón que no puedo explicar, su voz tranquilizó mis nervios. Me dieron confianza en que a medianoche estaría libre. Su presencia me recordó que había dejado caer algo en mi bolsillo y metí la mano en él con aire casual. Mis dedos entraron en contacto con una esfera del tamaño de canicas, y supe que el secreto de la invisibilidad era mío. Me acerqué a Ptor Fak y, una vez más, abrí la cerradura de su grillete con el resto del pedazo de alambre, y luego alcancé una de las esferas que me había dado Rojas. Me incliné muy cerca de su oreja.

–Tómame esto -susurré- y en una hora serás invisible. Vete entonces al extremo del patio y espera allí. Cuando yo vuelva, también seré invisible, y, cuando silbe esto, respóndeme. – Silbé las notas iniciales del himno nacional de Helium, una señal que Dejah Thoris y yo habíamos usado a menudo.

–Entendido -dijo Ptor Fak.

–¿Qué has entendido? – dijo una voz.

¡Maldita sea! Otra vez la dichosa invisibilidad, y todos nuestros planes podían haberse ido al garete ¿Qué había oído aquel tipo? ¿Qué había visto? Temblé interiormente, temiendo la respuesta. Luego sentí unas manos en mi tobillo y vi caer abierto mi grillete.

–Bien -repitió perentoriamente la voz-. ¿Qué es lo que has entendido?

–Simplemente le estaba contando a Ptor Fak cómo voy a matar a Motus -dije yo- y él lo entendió perfectamente.

–¿Así que crees que vas a matar a Motus? – preguntó la voz-. Bien, en unos cuantos minutos te vas a sorprender mucho, y luego morirás. Ven conmigo: el duelo va a tener lugar.

Respiré de alivio. El tipo, evidentemente, no había visto ni oído nada de importancia.

–Luego te veré, Ptor Fak -le dije.

–Adiós, y buena suerte -me contestó él.

Y luego, acompañado por el guerrero, entré en una calle que me conduciría al salón del trono de Ptantus, jeddak de Invak.

IX

–Así que te crees muy bueno con la espada -el guerrero caminaba al lado mío, ahora ya visible.

–Sí -le contesté.

–Bien, esta noche vas a recibir una lección de esgrima. Por supuesto, no te valdrá para nada, pues cuando acabe estarás muerto.

–Me resultas muy alentador; pero si eres amigo de Motus, te sugiero que guardes tu aliento para él. Va a necesitarlo.

–No soy amigo de Motus -dijo el guerrero-. Nadie es amigo de Motus. Es un calot, y pido disculpas a los calotes por la comparación. Me gustaría que lo mataras pero, por supuesto, no lo harás. Siempre mata a sus rivales. Es un tramposo. Cuídate de ello.

–¿Quieres decir que no juega limpio?

–Nadie se atrevería a afirmarlo -dijo el guerrero.

–Bien, gracias por avisarme; espero que te quedes a presenciar el combate; puede que te lleves una sorpresa.

–Claro que me quedaré. No me lo perdería por nada del mundo. Pero no voy a llevarme ninguna sorpresa. Sé exactamente lo que va a suceder. Jugará contigo durante unos cinco minutos, y luego te atravesará; y eso no le agrada a Ptantus, puesto que le gustan los duelos largos y equilibrados.

–¿Ah, sí? – dije yo-. Pues bien, tendrá uno.

Esto se adaptaba perfectamente a mis planes. Me había tragado una de las esferas de invisibilidad justo antes de que el guerrero me quitara el grillete, y sabía que tardaría aproximadamente una hora en hacer efecto. Podía ser difícil dilatar el duelo una hora, pero confiaba en ganar un poco de tiempo demorando el momento de cruzar las espadas. De acuerdo con ellos, empecé a caminar lentamente para ganar el mayor tiempo posible, y me detuve dos veces para atarme los cordones de mis sandalias.

–¿Qué pasa? – me preguntó el guerrero-. ¿Por qué andas tan despacio? ¿Tienes miedo?

–Estoy aterrorizado -contesté-. Todo el mundo me ha asegurado que Motus va a matarme fácilmente. ¿Crees que un hombre va corriendo hacia su muerte?

–Bueno, no te censuro por ello; no nos daremos prisa.

–Muchos de vosotros, los invakenses, parecéis ser buena gente -observé.

–Naturalmente que sí. ¿Qué te hace pensar otra cosa?

–Pnoxus, Motus o Ptantus -repliqué. El guerrero sonrió.

–Supongo que eres un tipo bastante perspicaz; los has evaluado con rapidez.

–Todo el mundo parece odiarlos -dije-. ¿Por qué no os deshacéis de ellos?

Comenzaré librándoos de Motus esta noche.

–Puede que seas un buen espadachín, pero fanfarroneas demasiado; aún no he conocido a un fanfarrón capaz de «tener en su poder a la princesa».

–No fanfarroneo; simplemente afirmo un hecho.

De hecho, me doy cuenta a menudo de que, cuando hablo de mi habilidad en el esgrima, puedo parecer fanfarrón a otro; pero yo realmente no creo que fanfarronee. Sé que soy el mejor espadachín de dos mundos. Sería tonto ser falsamente humilde y decir que no lo soy, y todos los que me han visto luchar lo saben. ¿Es fanfarronear afirmar un hecho? He salvado algunas vidas, porque he evitado que me desafiaran varios jovencitos temerarios. Se puede decir que la lucha ha sido siempre mi oficio. No hay una sola arma letal en cuyo uso yo no destaque, pero la espada es mi favorita. Adoro las buenas hojas y las buenas luchas, y esperaba gozar de ambas cosas aquella noche. Deseaba que Motus fuera tan bueno como decían. El pensamiento de que lo fuera realmente podía haber abrumado a otro hombre, pero tal idea jamás entró en mi cabeza. Dicen que la excesiva confianza conduce a menudo a la derrota, pero no creo que mi confianza sea nunca excesiva. Simplemente, tengo confianza en mí mismo, y opino que esto no es lo mismo, ni mucho menos.

Finalmente, entramos en el salón del trono. No era el mismo salón en el cual había visto a Ptantus por primera vez; era una habitación mucho más grande, mucho más adornada. En un lado se levantaba una tarima con dos tronos. Estaban vacíos ahora, ya que el jeddak y la jeddara aún no habían aparecido. El salón estaba abarrotado de nobles con sus mujeres. A lo largo de las paredes de la habitación se habían dispuesto varias hileras de bancos, evidentemente traídos para la ocasión. Estaban cubiertos de cojines y paños llamativos, pero aún estaban vacíos, porque, por supuesto, nadie podía sentarse hasta que el jeddak llegara y se sentase. Cuando entré en la habitación, algunos llamaron la atención de los demás hacia mí, y pronto muchos ojos me observaron.

Con mi usado correa de combate, parecía un tanto oscuro en medio de aquella brillante compañía de correas de cuero repujado y tachonado de joyas. Los invakenses, como la mayoría de los pueblos de Barsoom, son un pueblo atractivo, y aquellos que estaban en el salón del trono de esta diminuta nación, oculta en el Bosque de los Hombres Perdidos, mostraban una espléndida apariencia bajo las extrañas y hermosas luces que los hacía visibles. Escuché muchos comentarios acerca de mí.

–No parece nada barsoomiano -opinó una mujer.

–Es muy atractivo -dijo una dulce voz que reconocí inmediatamente; y, por segunda vez, miré a Rojas a la cara. Pude verla temblar cuando nuestros ojos se encontraron. Era una hermosa muchacha, estoy seguro de que la más hermosa de la sala con diferencia.

–Hablemos con él -dijo ella a una mujer y dos hombres que la acompañaban.

–Será interesante -concedió la mujer, y los cuatro se me acercaron. Rojas me miró directamente a los ojos.

–¿Cómo te llamas? – me preguntó, sin el menor signo de conocerme.

–Dotar Sojat -contesté.

–El sultán de Swat -dijo uno de los hombres-. Sea lo que sea un sultán y donde quiera que esté Swat -apenas si pude reprimir una sonrisa.

–¿Dónde está Swat? – inquirió la mujer.

–En la India -respondí.

–Creo que este tipo está intentando burlarse de nosotros -se quejó uno de los hombres-. Acaba de inventarse esos nombres. No existen tales sitios en Barsoom.

–No he dicho que estén en Barsoom -repliqué-. Están a ochenta millones de kilómetros de Barsoom.

–Si no están en Barsoom ¿dónde están entonces? – quiso saber el hombre.

–En Jasoom -contesté.

–Vámonos -dijo el hombre-. Ya he aguantado bastante las insolencias de este esclavo.

–Lo encuentro muy interesante -le dijo la mujer.

–Y yo -añadió Rojas.

–Bien, disfrutad de él mientras podáis -dijo el hombre- porque estará muerto dentro de pocos minutos.

–¿Has apostado por tal cosa? – pregunté.

–No pude encontrar a nadie que apostara contra Motus -gruñó-. Kandus fue el único tonto que lo hizo, y el jeddak cubrió toda su apuesta.

–Eso está muy mal -dije yo-. Alguien está perdiendo la oportunidad de ganar algún dinero.

–¿Crees que vas a ganar? – preguntó Rojas, intentando disimular la ansiedad de su voz.

–Claro que voy a ganar. Siempre lo hago. Pareces una chica muy inteligente; si pudiera hablarte a solas, te contaría un pequeño secreto.

Ella se dio cuenta de que yo quería decirle algo en privado, pero admitiré que la había colocado en una posición un tanto embarazosa. Sin embargo, la otra mujer me prestó ayuda.

–Vamos, Rojas -la incitó-. Creo que será divertido escuchar lo que tiene que decir. Así animada, Rojas me llevó a un lado.

–¿Qué pasa?

–Llana de Gathol. ¿Cómo vamos a hacernos con ella?

Ella tomó aire.

–No lo había pensado.

–¿Puedes llevarle una de las esferas de invisibilidad ahora mismo? – le pregunté.

–Por ti, sí -dijo ella-. Por ti haría cualquier cosa.

–Bien; y dile que salga al patio de los alojamientos de las esclavas. Poco después de medianoche, me oírás silbar. Reconocerá la música. Deberá responderme entonces y esperarme. ¿Lo harás por mí, Rojas?

–Sí, pero ¿qué excusa voy a dar para dejar a mis amigos?

–Diles que vas a buscar dinero para apostar por mí.

Rojas sonrió.

–Es una idea espléndida.

Poco después, dio sus explicaciones a sus amigos y la vi abandonar el salón del trono.

X

La multitud estaba cada vez más inquieta esperando al jeddak, pero yo estaba más que encantado por esta demora, ya que acertaba el tiempo que tenía que esperar antes de lograr la invisibilidad.

Parecía ahora que todo estaba felizmente arreglado; y cuando vi retornar a Rojas al salón del trono y me sonrió brevemente, me convencí de que casi la última de mis preocupaciones había desaparecido. En realidad, sólo restaba una duda en mi mente, y era qué iba a suceder cuando hubiera matado a Motus. Ptantus se enfurecería sin duda; y, siendo un tirano con las reacciones de un tirano, podía ordenar que me matasen inmediatamente. Anticipándome a esto, sin embargo, había decidido echar a correr hacia el patio más cercano; y, si había transcurrido el tiempo suficiente desde que tomara la esfera, sólo tenía que salir al aire libre para eludirlos. Y, una vez invisible y en uno de los patios, sabía que podía escapar.

De repente resonaron las trompetas, y la muchedumbre se retiró a ambos lados del salón del trono. Entonces, precedido por las trompetas, Ptantus y su jeddara entraron en el salón acompañados por una escolta de cortesanos magníficamente ataviados.

Eché una mirada al gran reloj de la pared. Era la octava zode en punto, lo que es equivalente a las 10.48 de la noche en tiempo terrestre. Hacia la medianoche, Llana de Gathol habría logrado la invisibilidad... si Rojas le había dado la esfera. Ésa era la cuestión. Pero presentía que Rojas no me había fallado. Creía firmemente que había cumplido su misión.

La pareja real atravesó lentamente el salón hacia la tarima y se sentó en su trono, tras lo cual los nobles y sus mujeres buscaron sus sitios en los bancos.

Motus había aparecido por alguna parte; y él, el noble que lo acompañaba, mi guardián y yo quedamos solos en la arena. Entonces apareció un quinto hombre, que descubrí más tarde que era lo que podría llamarse el arbitro. Nos convocó, y los cinco avanzamos y nos detuvimos ante el trono.

–Traigo ante ti al noble Motus -dijo, dirigiéndose a Ptantus- y a Dotar Sojat, sultán de Swat, que van a luchar a muerte con espadas largas.

El jeddak asintió.

–Que luchen, pues -dijo- y cuida de que luchen limpiamente -añadió, mirándome directamente a mí.

–Supongo que Motus no va a luchar limpio -dije-, pero no me importa. Lo mataré de todas formas.

El arbitro casi se puso fuera de sí de embarazo.

–¡Silencio, esclavo! – exclamó.

Llevaba una espada extra que me tendió, y luego indicó que cruzásemos las

espadas.

En vez de adherirse a esta honorable costumbre, Motus se tiró a por mi corazón.

–Eso fue algo poco juicioso, Motus -le dije, mientras desviaba su golpe-, te voy a hacer sufrir un poco más por ello.

–¡Silencio, esclavo! – me ordenó el arbitro.

–Cállate tú, calot -le repliqué- y quítate de mi camino. No se supone que tenga que luchar con dos hombres a la vez -arañé a Motus en el pecho diestro y le hice sangre-. Pero me dará lo mismo si desenvainas tú también.

Motus vino a por mí otra vez, pero ahora estaba avisado. Era un buen espadachín.

–Tienes toda la cara negra e hinchada, Motus -me burlé-. Parece como si alguien te hubiera golpeado, que es justamente lo que se merece cualquier hijo de calot que le de una patada a un ciego.

–¡Silencio! – vociferó el arbitro.

Al principio combatí a la defensiva, con un ojo puesto en el gran reloj. Había transcurrido más de media hora desde que tomara la esfera de invisibilidad, y planeé dejar con vida a Motus otra media hora, para asegurarme de que era ya invisible antes de acabar con él.

Luchando a la defensiva, obligué a Motus a realizar todo el trabajo; y esquivando repetidamente sus golpes más violentos, dejándolos deslizarse por mi hoja de forma que tuviera que saltar atrás rápidamente, lo sometí a una considerable tensión nerviosa, así como a un gran desgaste físico, de forma que pronto el sudor chorreaba por todo su cuerpo. Y, entonces, comencé a tocarlo aquí y allí; y la sangre se mezcló con el sudor hasta convertirlo en un espectáculo lamentable, aunque aún no había recibido ninguna herida seria.

La multitud estaba, en casi toda su totalidad, de parte de Motus; es decir, todos los que gritaban. Yo sabía que al menos dos deseaban que yo ganase, e imaginaba que había muchos otros a los que Motus no les caía bien, pero que no se atrevían a animar a un extranjero y esclavo.

–Estás cansándote, Motus -le dije-. ¿No sería mejor que acabaras conmigo antes de estar totalmente exhausto?

–Acabaré contigo inmediatamente, esclavo -replicó él-. En cuanto te detengas y luches.

–Aún no es la hora de matarte, Motus -le dije, echando una ojeada al reloj-. Cuando la aguja señale la octava zode y once xates, te mataré.

–¡Silencio! – aulló el arbitro.

–¿Qué dice el esclavo? – preguntó Ptantus en tono estentóreo.

–Digo -le contesté-, que mataré a Motus exactamente a las ocho zodes, once xates. Observa el reloj; Ptantus, porque en este instante tú perderás tu apuesta y Motus su vida.

–Silencio -ordenó el jeddak.

–Y ahora, Motus -susurré-, voy a mostrarte lo fácilmente que puedo matarte cuando llegue la hora -y, acabando de hablar, lo desarmé y envié su espada repiqueteando a través del pavimento.

Un fuerte murmullo se elevó de la audiencia, ya que, bajo las reglas de un duelo de esta naturaleza, yo era ahora libre de atravesarle el corazón a Motus; pero, en vez de ello, apoyé la punta de mi espada en el suelo y me volví hacia el arbitro.

–Vete a buscar la espada de Motus y devuélvesela.

Motus temblaba ligeramente. Sus rodillas se agitaban, aunque casi imperceptiblemente. Supe entonces lo que ya había sospechado antes: Motus era un cobarde.

Mientras el arbitro recuperaba la espada de Motus, una pequeña oleada de aplausos recorrió los bancos. Pero Ptantus se limitó a fruncir el ceño con más firmeza; me temo que yo no le caía muy bien.

Cuando Motus tuvo la espada, vino a por mí furiosamente. Yo sabía perfectamente lo que tenía en la cabeza: iba a acabar conmigo de inmediato. Lo desarmé otra vez, y otra vez bajé mi espada, mientras el arbitro corría a por la otra sin esperar que se lo indicara.

Ahora Motus era más cauteloso. Noté que intentaba conducirme hacia un determinado lugar. Y me di cuenta entonces de que el arbitro no estaba dentro de mi campo de visión, y una rápida ojeada me reveló que se encontraba directamente detrás de mí; no fue mi intuición la que me avisó lo que pensaba hacer, puesto que, ya había presenciado aquel truco con anterioridad por parte de un espadachín sin escrúpulos y su cómplice. Escuché algunas protestas de entre el público; ninguna persona honorable puede presenciar tal tropelía sin manifestar su desaprobación.

Cuando Motus atacase, esperando obligarme a retroceder, el arbitro estaría «accidentalmente» pegado a mi espalda; yo tropezaría con él, y Motus me tendría a su merced. Es un truco despreciable, y Ptantus debía haberlo visto venir, pero no hizo nada para evitarlo.

Escudriñé los ojos de Motus y ellos me telegrafiaron sus intenciones un instante antes de que se tirara a fondo, con todo su peso tras él. Yo me había agazapado ligeramente, anticipándome, y mis músculos terráqueos me apartaron velozmente a un lado, y la espada de Motus se hundió hasta la empuñadura en el cuerpo del arbitro.

Durante un momento el pandemónium reinó en el salón del Trono. Toda la audiencia se puso en pie, y se escucharon vítores y protestas, y algo me dijo que los vítores eran para mí y las protestas para Motus y el arbitro.

Motus era un hombre terriblemente trastornado y aturdido cuando desclavó su hoja del cuerpo del muerto, pero ahora no le concedí respiro. Fui a por él ansiosamente, aunque aún no para matarlo. Le abrí un profundo corte en su hinchada

mandíbula.

–No vas a ser un cadáver de buena apariencia, Motus -dije- y, antes de que acabe contigo, vas a empeorar mucho más.

–¡Calot! – gruñó, abalanzándose sobre mí lanzando violentos tajos y estocadas.

Paré todos sus golpes, tejiendo una red de acero alrededor de él, y cada vez que fallaba, le hice sangre en algún nuevo punto de su cuerpo.

–Te quedan tres xates de vida, Motus -dije-. Será mejor que los aproveches.

Se lanzó sobre mí como un loco; pero yo salté a un lado y, mientras se volvía, le corté una de sus orejas tan limpiamente como pudiera haberlo hecho un cirujano. Pensé que iba a desvanecerse, porque sus rodillas parecieron ceder, y vaciló durante un momento.

Esperé que recobrará el control de sí mismo, y luego fui a «trabajarlo» de nuevo. Intenté grabar mis iniciales en su pecho, pero por aquel entonces no quedaba allí ningún sitio lo bastante grande; de cintura para arriba parecía una bandeja de hamburguesas crudas.

El suelo estaba cubierto con su sangre y, cuando se abalanzó furiosamente sobre mí una vez más, se resbaló y cayó. Se quedó allí tendido, esperando sin duda que yo acabaría entonces con él, en lugar de ello, dije:

–Aún te queda un xat y medio de vida, Motus.

Se puso de pie, vacilante, e intentó lanzarse sobre mí profiriendo imprecaciones. Creo que por entonces Motus ya se había vuelto bastante loco de terror. No sentía simpatía hacia él: era una rata, y ahora luchaba como una rata acorralada.

–El suelo está demasiado resbaladizo aquí -le dije-. Vayamos hacia el trono del jeddak, estoy seguro de que le gustará presenciar el final.

Lo hice maniobrar hacia la posición adecuada y luego lo obligué a retroceder hasta que estuvimos directamente delante de Ptantus.

Es muy raro que yo castigue a un hombre como castigué a Motus; pero yo opinaba que se lo merecía, y era el denunciante, fiscal, juez y jurado; y era también el verdugo.

Motus estaba ahora farfullando y efectuando fútiles amagos con su hoja. Ptantus me contemplaba, y la audiencia estaba en tensión, conteniendo el aliento. Vi a muchos echar rápidos vistazos al reloj.

–Un tal más, Motus -dije.

Un tal es aproximadamente las ocho décimas partes de un segundo terrestre.

En ese instante, Motus se volvió de improviso y corrió gritando hacia la gran puerta del salón del trono; y de nuevo la audiencia se puso de pie, protestando y gritando:

–¡Cobarde!

El combate era a muerte y Ptantus había apostado a que yo no mataría a Motus. Si

no lo hacía, mucho me temía que Ptantus reclamaría el dinero; así que lo arriesgué todo en un arte que había practicado a menudo para mi propia diversión. Alcé mi mano armada por detrás de mi hombro derecho y luego la proyecté con todas mis fuerzas, soltando primero la hoja de la espada. La espada voló como una flecha, y atravesó el cuerpo de Motus por debajo del hombro izquierdo a la octava zode y once xates en punto.

XI

Me volví y, careciendo de espada con la que saludarlo, me incliné ante Ptantus. Él debía haber respondido a esta cortesía formal, pero no hizo nada de eso, limitándose a contemplarme y a ponerse de pie. La jeddara también se incorporó y, con las trompetas delante y los cortesanos detrás, los dos abandonaron ceremoniosamente el salón del trono, efectuando un amplio rodeo para evitar la sangre y los dos cadáveres.

Una vez que hubieron salido, el guerrero que me había traído desde el patio se acercó y me tocó en el brazo.

–Vamos -dijo-. Todo lo que has sacado de esto es ser encadenado de nuevo en tu árbol.

–He conseguido mucho más que eso -le repliqué, acompañándole a través del salón del trono-. Tuve la satisfacción de vengarme de la patada de un cobarde.

Mientras atravesábamos el umbral, alguien comenzó a vitorearme y prácticamente toda la audiencia le acompañó.

–Es una demostración poco corriente -dijo el guerrero-, pero te la mereces. Nadie en Barsoom ha visto jamás una demostración de esgrima tal como la que nos proporcionaste esta noche... ¡y yo pensé que fanfarroneabas! – se rió.

Sabía que teníamos que cruzar un par de patios antes de alcanzar aquél en el que había estado confinado; y me daba cuenta de que si desaparecía de pronto ante los ojos del guerrero, él sabría que yo había obtenido esferas de invisibilidad; y aunque, por supuesto, no podría encontrarme, con seguridad se iniciaría una investigación que trastornaría nuestros planes de fuga. Si sospechaban que estaba libre e invisible, una de las primeras cosas que harían, naturalmente, sería situar un guardia junto a mi nave.

Si por el contrario, creían que simplemente había escapado, y que no era invisible, considerarían que lo único necesario era buscarme y encontrarme con rapidez. Por supuesto, aun así podían situar un guardia junto a la nave; pero no estaría tan alerta, y podríamos abordar a la nave y escapar antes de que se dieran cuenta de nuestra presencia.

Mientras nos aproximábamos al primer patio, me separé de mi guardián y eché a correr con toda mi velocidad terrestre. El guerrero me gritó que me detuviera, y rompió a correr. Cuando alcancé la entrada del patio, simulé doblar la esquina, lo que, por supuesto, me hubiera ocultado de él aun estando visible.

Debo confesar que aquella carrera había tenido el corazón en la boca, porque no podía saber si me volvería de verdad invisible o no.

Sin embargo, en cuanto abandoné el corredor iluminado, desaparecí totalmente; no podía ver ninguna parte de mi cuerpo... era la sensación más extraña que había experimentado nunca.

Tenía trazado un plan, y ahora corrí hasta el otro extremo del patio y salté sobre el techo de la ciudad.

Pude escuchar a mi guardián corriendo y llamándome; mi desaparición debía haberlo dejado perplejo, puesto que, no teniendo la menor idea de que podía hacerme invisible, no podía explicárselo de ninguna manera, exceptuando el caso de que me hubiera escabullido por la entrada de otra calle. Sin embargo, estaría probablemente seguro de que no había tenido tiempo de eso.

Bien, no me preocupé mucho por lo que estuviera pensando; en vez de ello, me puse en marcha a través del tejado, en busca del patio donde me aguardaba Ptor Fak y donde esperaba verme con Rojas a medianoche; quedaba bastante poco para la medianoche, que tiene lugar en Barsoom a la octava zode y veinticinco xates.

Un día marciano se divide en diez zodes, habiendo cuatro tales en un xat, o doscientos en un zode. Las pantallas de sus relojes están marcadas con cuatro circunferencias concéntricas; entre la circunferencia interior y la siguiente se marcan los zodes de una a diez; en la siguiente circunferencia, se marcan los xates de uno a cincuenta entre cada dos zodes; y en la circunferencia exterior se marcan doscientos tales entre los radios que pasan a través de los números de los zodes y se extienden hasta la periferia. Sus relojes tienen tres manecillas de diferentes colores y longitudes, una indicaba la zode, la segunda el xat y la más larga el tal.

No me fue difícil encontrar el patio en el que había estado confinado; me puse a silbar cuando lo alcancé y Ptor Fak respondió. Vagué hacia el sonido hasta tropezar con él.

–¡Que buena pinta tienes! – dijo él, y ambos nos reímos-. Te llevó mucho más tiempo del que habías previsto acabar con Motus.

–Tuve que demorarlo hasta estar seguro de que sería invisible a mi vuelta -le expliqué.

–¿Y ahora qué? – preguntó él. Averigüé dónde estaba su cabeza y puse mis labios muy cerca de una de sus orejas.

–Cuando venga Rojas -susurré- cruzaremos los tejados hasta los alojamientos de las esclavas y recogeremos a Llana de Gathol. Mientras tanto, tú escalarás este árbol que alcanza los tejados y nos esperarás allí.

–Silba cuando vuelvas -dijo, dejándome.

Había descubierto que la invisibilidad era muy desconcertante; no podía ver ninguna parte de mi cuerpo; era sólo una voz sin sustancia visible... una voz en un patio aparentemente desierto que, por lo que yo sabía, podía estar lleno de enemigos. Si estaban allí, yo no sería capaz de oírlos, porque los invakenses toman la precaución de recubrir todas las partes metálicas de sus equipos de forma que no produzcan ruido al moverse.

Sospechando que debía haberse organizado una búsqueda, presentí que debía

haber guerreros invakenses en el patio, aunque no había visto ni oído a ninguno.

Mientras aguardaba a Rojas, tomé la precaución de no moverme para no tropezar inadvertidamente con alguien que pudiera requerir que me identificara: pero con ello no podía prevenir que alguien tropezara conmigo, y eso fue exactamente lo que sucedió. Unas manos me agarraron y una voz malhumorada preguntó imperiosamente.

–¿Quién eres tú?

¡En buen jaleo me había metido! ¿Qué hacer? Dudaba de que pudiera hacerme pasar por un invakense... sabía demasiado poco de ellos para poder hacerlo con éxito; así que hice lo primero que se me ocurrió.

–Soy el fantasma de Motus -dije, con voz sepulcral-. Estoy buscando al hombre que me mató, pero no está aquí.

Las manos me soltaron; pude casi sentir aquel tipo retroceder temblando, y entonces otra voz dijo:

–¡Nada de fantasma de Motus! Reconozco esa voz: es la del esclavo que mató a Motus. ¡Agárralo!

Salté a un lado, pero salté entre los brazos de otra voz que me cogió.

–¡Lo tengo! – gritó la voz-. ¿Cómo conseguiste el secreto de la invisibilidad, esclavo?

Tanteé con mi mano izquierda en busca de la empuñadura de la espada de aquel tipo y, cuando la encontré, dije:

–Has cometido un error -y atravesé el corazón de la voz.

Un breve gemido y estuve libre. Manteniendo la parte de mi espada a la altura del pecho, me volví y corrí hacia el árbol por el cual Ptor Fak había ascendido al tejado. Uno de mis hombros empujó un cuerpo, pero alcancé el árbol sin problemas.

Mientras subía cuidadosamente hacia una rama baja, intentando no revelar mi presencia agitando el follaje, escuché un silbido. Era Rojas.

–¿Quien silbó? – preguntó imperiosamente una voz en algún lugar del patio. No hubo respuesta.

Rojas no podía haber aparecido en peor momento; no le respondí; no había qué hacer, mas Ptor Fak pensó evidentemente que sí, y contestó al silbido. Debió haberse imaginado que era yo el que lo llamaba.

–¡Están en el tejado! – gritó una voz-. ¡Rápido! ¡Subamos por este árbol!

Bien, el único árbol que alcanzaba el tejado era aquél que ocupaba yo, y si permanecía allí era seguro que me descubrirían. Sólo podía hacer una cosa, y era subir yo también al tejado, y lo hice tan rápidamente como pude.

No había dado media docena de pasos una voz arriba, cuando me tropecé con alguien.

–¿Zodanga? – susurré.

No deseaba pronunciar el nombre de Ptor Fak, pero sabía que él me entendería si mencionaba el nombre de su país.

–Sí -contestó él.

–Busca la nave y quédate cerca de ella hasta que yo llegue.

Él apretó mi brazo para indicarme que me había entendido, y se fue. Pude ver agitarse violentamente el árbol por el cual había subido, así que supe que algunos guerreros lo estaban trepando en mi persecución, aunque no podía imaginarme cómo demonios pensaban dar conmigo.

Era la más fantástica situación concebible; debía haber al menos una docena de hombres en el tejado y posiblemente otros en el patio donde permanecía Rojas, aunque tanto el tejado como el patio estaban aparentemente desiertos: ni el oído ni el ojo podían percibir bicho viviente alguno en ellos; la ilusión desaparecía solamente cuando alguien hablaba, y en ese momento escuché una voz a corta distancia.

–Probablemente ha tomado esta dirección: es la más cercana a las murallas de la ciudad. Extendeos y peinao todo el tejado hasta las murallas.

–Es un gasto inútil de tiempo -dijo otra voz-. Si alguien le ha proporcionado el secreto de la invisibilidad, jamás lo encontraremos.

–De todos modos -habló otra voz-, no creo que fuese él; no hay forma de que se haya hecho invisible... sin duda era de verdad el fantasma de Motus.

Por aquel entonces, las voces se apagaban en la distancia, y me pareció que podía suponer que todos los guerreros habían partido en mi búsqueda; así que me acerqué al borde del tejado y salté sobre el patio. Me detuve allí un momento, concentrando todos mis poderes mentales en el intento de sentir la presencia de otros hombres cerca de mí, como Kandus me había dicho que él podía hacer, pero no obtuve reacción alguna. Esto podía significar que yo no era capaz de sentir la presencia de otros hombres, o que no había ninguno allí, al menos en mis cercanías; así que aproveché la oportunidad y silbé de nuevo. Una respuesta llegó desde el otro extremo del patio; esperé. Entonces escuché un leve silbido mucho más cercano, y lo contesté. Un momento después, la mano de Rojas me tocó. No pronuncié palabra por temor de atraer a otros perseguidores, mas la conduje hasta el árbol y la ayudé a treparlo.

–¿Dónde está mi nave? – susurré.

Ella cogió mi brazo y me llevó en una dirección perpendicular a la tomada por mis perseguidores. Las perspectivas aparecieron inmediatamente más alentadoras.

Rojas y yo caminamos dándonos la mano para no separarnos. Pronto divisé mi nave a la luz de la luna más lejana, y te aseguro que me alegró verla.

–Los alojamientos de las esclavas están cerca ¿no? – pregunté con un susurro.

–Justamente allí -dijo ella, supongo que señalando en su dirección; luego me condujo a un árbol del tejado que dominaba el patio.

XII

Rojas y yo permanecemos cogidos de la mano en el borde del tejado, contemplando un patio aparentemente desierto.

–¿Le diste la esfera de invisibilidad a Llana de Gathol? – pregunté.

–Sí -contestó Rojas- y a esta hora debe ser invisible ya. – Apretó mi mano-. Luchaste magníficamente -susurró-. Todos se dieron cuenta de que podías haber matado a Motus en el momento en que quisieras; pero sólo yo adiviné por qué no lo hiciste antes. Ptantus está furioso; ha ordenado que seas destruido inmediatamente.

–Rojas, ¿no crees que deberías reconsiderar tu decisión de venir conmigo? Todos tus amigos y parientes están aquí, en Invak, y puede que te sientas desgraciada y sola entre mi pueblo.

–Donde quiera que estés, yo seré feliz. Si no me llevaras contigo, me mataría.

Conque así estaban las cosas. Había un triángulo que podía llegar a ser muy embarazoso, y quizás trágico. Lo sentía por Rojas, y me encontraba molesto y humillado por el papel que me veía obligado a representar. Sin embargo, no había otra forma; tenía que elegir entre la felicidad de Rojas y las vidas de Llana de Gathol, de Ptor Fak y de mí mismo. Sabía que había elegido bien, más aún así me sentía incómodo.

Obligado por los hábitos de toda mi vida, escudriñé el patio en busca de Llana de Gathol, que podía estar allá abajo en alguna parte, hasta que me dolieron los ojos; y luego, dándome cuenta de la futilidad de buscarla, silbé. Una respuesta inmediata llegó de abajo, y descendí de un salto. No nos llevó demasiado tiempo dar el uno con el otro y, dado que nadie nos dio el alto, supuse que teníamos la fortuna de estar solos. Llana tocó mi mano.

–Creí que no vendrías nunca -dijo-. Rojas me contó lo del duelo y, aunque no dudaba de tu habilidad con la espada, temía. Siempre existe el peligro de un accidente o de una trampa. Pero al fin estás aquí; ¡Qué extraño es ser incapaz de verte! En realidad, me asusté bastante cuando salí al patio y descubrí que no podía verme ni siquiera a mí misma.

–Es este milagro de la invisibilidad el que nos va a salvar; sólo un milagro puede hacerlo. Ahora tengo que subirte al tejado.

No había ningún árbol apropiado en este patio, y el tejado estaba a ocho metros de altura.

–Vas a pasar por una nueva experiencia, Llana.

–¿Qué quieres decir?

–Voy a lanzarte sobre el techo -le comuniqué-. Confío en que caigas de pie.

–Estoy dispuesta -dijo ella.

Yo podía ver muy bien el tejado, pero no podía ver a Llana; todo lo que podía

hacer era rezar por que mi puntería fuese buena.

–Manten perfectamente rígido el cuerpo -dije-, hasta que te suelte; entonces encoge las piernas y relájate. Quizás sufras una mala caída, pero no creo que puedas hacerte mucho daño, ya que el techo está espesamente acolchado con ramas.

–Vamos a ello -dijo Llana.

Agarré una de sus piernas por la rodilla con mi mano derecha y acuné su cuerpo sobre mi antebrazo izquierdo; luego la balanceé un par de veces atrás y adelante, y la lancé al aire.

Llana de Gathol podía ser invisible, pero también era definidamente corpórea. La oí aterrizar sobre el tejado con un golpe invisible, y respiré de alivio. Saltar en pos de ella no fue nada para mis músculos terrestres, y pronto un leve silbido nos unió a los tres. Avisé a las chicas de que mantuviéramos silencio y avanzamos dándonos la mano en dirección a la nave.

Era éste el momento que despertaba mis mayores preocupaciones, ya que me daba cuenta de que la nave podía estar rodeada por guerreros invisibles; y, por lo que yo sabía, la única espada de la que disponíamos era la que le había quitado al guerrero que maté en el patio; pero tal vez Rojas tuviese una.

–Rojas, ¿tienes una espada? – susurré.

–Sí, traje una conmigo.

–¿Sabes usarla?

–Nunca he usado ninguna -contestó ella.

–Entonces dásela a Llana de Gathol; puede usarla con mucha eficacia si es preciso.

Nos detuvimos al llegar a veinte metros de la nave. Éste era el momento crucial; casi temía silbar, pero lo hice. Hubo una respuesta inmediata desde las proximidades de la nave. Atendí un momento, esperando escuchar alguna voz que traicionara la presencia del enemigo, pero no hubo ninguna.

Avanzamos entonces con rapidez, y ayudé a las chicas a encaramarse sobre la barandilla.

–¿Dónde estás, Ptor Fak? – pregunté-. ¿Estás solo?

–En la cubierta, y no creo que haya nadie por los alrededores.

–Todos los guerreros de Invak pueden aparecer aquí ahora, si les place -le dije yo cuando alcancé los mandos y encendí el motor.

Un momento después, la pequeña nave ascendió gallardamente en el aire, y casi inmediatamente percibimos gritos e imprecaciones debajo de nosotros. Los invakenses habían visto la nave, mas demasiado tarde para evitar nuestra fuga. Estábamos a salvo. Habíamos logrado lo que, unas horas atrás, parecía imposible, ya que entonces Ptor Fak y yo estábamos encadenados a sendos árboles y Llana de Gathol cautiva en otra parte de la ciudad.

–Tenemos una gran deuda de gratitud con Rojas -dije.

–Una deuda -replicó ella- que te será muy fácil, y espero que muy agradable, pagar.

Puse mala cara; preveía malos tiempos para mí. Prefiero enfrentarme a una docena de hombres, espadas en mano, que a una mujer despechada o con el corazón destrozado. Tendría que contárselo todo antes de que alcanzáramos Helium, pero decidí esperar a que volviéramos a ser visibles.

Quizás fuera más fácil confesárselo mientras ambos éramos invisibles, pero me parecía una cobardía.

–¿Vamos a Helium, John Carter? – preguntó Llana.

–Sí.

–¿Qué crees que van a pensar de una nave que llegue volando por sí sola sin nadie a bordo?

–Tendremos que esperar a ser visibles antes de aproximarnos a la ciudad - contesté-. No debemos tomar más esferas de invisibilidad.

–¿Quién es John Carter? – preguntó Rojas-. ¿Hay alguien aquí que lo conozca?

–Yo soy John Carter. Dotar Sojat no es nada más que un nombre que asumí temporalmente.

–¿Entonces no eres el Sultán de Swat? – preguntó imperativamente Rojas.

–No, no lo soy.

–Me has engañado.

–Lo siento, Rojas -dije-, no me proponía engañarte... acerca de mi nombre; en realidad, nunca te dije a ti que fuera el Sultán de Swat; se lo dije a un guerrero que me interrogó.

¡Si estaba enfadada porque la había engañado con relación a mi nombre y título, cómo se pondría cuando supiera que no la quería y que ya tenía mujer! Me sentía infeliz como una anguila friéndose viva en una sartén; entonces decidí de repente coger al toro por los cuernos y soltárselo todo de golpe.

–Rojas -comencé-, aunque no te engañé con relación a mi nombre, te engañé en algo mucho más importante.

–¿En qué? – preguntó ella.

–Utilicé tu... esto... amistad para lograr la libertad de Llana de Gathol. Pretendí amarte aunque no te quería; ya tengo pareja.

Aguardé la explosión, más no sobrevino ninguna; en vez de ella, llegó una risilla leve, tintineante. Continué esperando; nadie pronunció una palabra; el silencio llegó a ser opresivo. Durante un momento pensé que Rojas iba a deslizar una daga entre mis costillas o a saltar por la borda, pero ninguna de estas cosas ocurrió, y me mantuve sentado ante los mandos tratando de desentrañar el significado de aquella risa. Quizás la impresión de mis palabras habían desequilibrado la mente de Rojas. Deseé poder

contemplarla, y al mismo tiempo me alegré de no poder hacerlo... y en verdad que me alegraba de que nadie pudiera verme a mí, porque me sentía como un tonto.

No se me ocurrió nada que decir, y creí que el silencio iba a ser eterno, mas al fin Llana de Gathol lo rompió.

–¿Cuánto tiempo de invisibilidad nos queda? – preguntó.

–Un poco más de diez zodes desde que te tomaste la esfera -dijo Rojas-. Yo me haré visible la primera, luego John Carter o Ptor Fak, ya que me imagino que se la tomaron más o menos al mismo tiempo: tu serás la última en recuperar la visibilidad.

XIII

Poco después del amanecer, presencié un fenómeno de lo más asombroso: percibí junto a mí la sugerencia del contorno de una figura borrosa; lentamente fue tomando forma; ¡Rojas se estaba materializando! Los efectos del compuesto invisibilizador estaban desapareciendo, y Rojas aparecía simultáneamente. Allí estaba, «enfada», contemplando el paisaje de Marte, con la sombra de una sonrisa de felicidad en los labios; en cierta forma, me recordó un gato que acabara de tragarse un canario.

–¡Kaor! – dije, que es el equivalente marciano a «buenos días», «hola» «¿Cómo te va?»... en otras palabras, es un saludo barsoomiano. Rojas miró en mi dirección pero, por supuesto, no pudo verme.

–Kaor -contestó, sonriendo-. Debes estar muy cansado, John Carter. No has dormido en toda la noche.

–Dormiré en cuanto Llana de Gathol se despierte; puede manejar los controles tan bien como yo.

–Nunca había salido antes de los bosques de Invak. Que mundo tan gris y solitario es éste.

–Te agradarán las dos ciudades gemelas de Helium -le dije-. Espero que te guste vivir allí, Rojas.

–Estoy segura de que me gustará. Estoy ansiosa de estar en Helium contigo, John Carter.

Traté de imaginarme qué quería decir con aquello. La chica era un enigma; desistí de intentar comprenderla y, cuando Llana de Gathol me habló poco después, y supe que estaba despierta, le pedí que tomara los mandos.

–Daremos vuelta alrededor de Helium -dije- fuera de sus límites, hasta que seamos visibles. – Luego me acosté y caí dormido.

Transcurrió parte de aquella noche antes de que todos recuperáramos la visibilidad, y a la mañana siguiente me aproximé a Helium. Una patrulla ascendió para interceptarnos y, reconociendo mi nave, se colocó a nuestro lado. El oficial que la mandaba y, de hecho, toda la tripulación, se llenaron de alegría al vernos a Llana de Gathol y a mí, sanos y salvos. La patrullera nos escoltó hasta el hangar situado sobre el tejado de mi palacio, donde recibimos una tremenda bienvenida, puesto que ambos habíamos sido dados por muertos mucho tiempo atrás.

Ptor Fak, Llana y Rojas estaban detrás de mí cuando tomé en mis brazos a Dejah Thoris: entonces me volví y se la presenté a Rojas y a Ptor Fak.

–Si no hubiera sido por Rojas -le conté a Dejah Thoris- ninguno de nosotros estaría ahora aquí -y luego le relaté muy brevemente nuestra captura y prisión en Invak.

Observé atentamente a Rojas cuando Dejah Thoris cogió sus dos manos y la besó

en la frente; y entonces, para sorpresa mía, Rojas la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca; aquella chica era absolutamente desconcertante.

Me entrevisté con Tardos Mors y efectué todas las disposiciones necesarias para enviar una flota a Gathol; luego volví a mi palacio a decirle adiós a Dejah Thoris; y, mientras atravesaba el jardín, vi a Rojas sentada allí sola.

–Ven aquí un momento, John Carter -dijo ella-. Tengo algo que decirte.

Aquí está, pensé; bien, tenía que llegar más tarde o más temprano, y sería mejor aguantarlo ya de una vez.

–Me engañaste, John Carter -dijo ella.

–Sí, lo hice -contesté.

–Me alegra que lo hicieras, porque yo te engañé a ti también. Te admiro, John Carter; te admiro muchísimo; pero nunca te he amado. Sabía que habías llegado a Invak en una nave; y sabía que, si te ayudaba a escapar, podría persuadirte a que me llevaras contigo. Odio Invak; era muy desgraciada allí; hubiera vendido mi propia alma con tal de escapar, y por eso intenté conquistarte para que me sacaras de allí. Creía haber tenido éxito, y ello me daba muchos remordimientos. No podrás nunca imaginarte lo aliviada que me sentí cuando supe que había fracasado, porque te admiro demasiado para desear tu desgracia.

–Pero entonces, ¿por qué pretendiste estar tan celosa de Llana de Gathol?

–Para hacer que mi amor pareciera más realista.

–Me has quitado un gran peso de la conciencia, Rojas. Espero que te guste esto y que seas muy feliz.

–Me gustará, puesto que ya me gusta Dejah Thoris, y me ha pedido que me quede con ella.

–Ahora estoy seguro de que serás feliz aquí.

El vuelo a Gathol transcurrió sin incidentes. Me había tomado una esfera de invisibilidad poco antes de abandonar Helium, y ya había desaparecido antes de alcanzar Gathol.

Según me aproximaba a la ciudad, pude divisar el ejército de Hin Abtol desplegado en torno a ella; eran muchos más que cuando me escapé en la *Dusar* y, en la línea de la cual lo había robado, había al menos cien naves más, muchas de ellas grandes naves de guerra, y también algunos transportes.

Varias patrulleras tomaron altura para interceptarme. Yo volaba sin insignias, y no respondí cuando me llamaron. Un par de ellas me alcanzaron y se colocaron junto a mí, y pude oír sus exclamaciones de sorpresa cuando descubrieron que no había nadie en la nave, ni un piloto en los mandos.

Creo que se aterrorizaron un tanto, puesto que nadie intentó abordarme y me dejaron volar sin molestias.

Descendí hacia la línea panaria, y situé mi aparato junto a la última nave de ella.

Una de las patrulleras también aterrizó, y pronto fui rodeado por una muchedumbre de oficiales y guerreros, que se aproximaron a mi nave con toda la curiosidad del mundo retratada en sus rostros.

Me dirigí al camarote del comandante en jefe de la flota. Estaba allí, sentado con varios oficiales de alto rango, a los cuales daba instrucciones.

–Tan pronto como Hin Abtol llegue a Pankor -estaba diciendo- embarcaremos varios miles de hombres equipados con equilibradores y los dejaremos caer directamente sobre la ciudad. Después, con Gathol como base, nos dirigiremos a Helium con un millón de hombres.

–¿Cuándo llegará Hin Abtol? – preguntó uno de los oficiales.

–Esta noche o mañana por la mañana -contestó el comandante en jefe-. Viene con una gran flota.

Bien, al menos había averiguado algo: y formulé mis planes instantáneamente. Abandoné la nave insignia y retorné a mi nave, que era examinada por un número considerable de oficiales y soldados, aunque desde una prudente distancia.

Me fue difícil encontrar una apertura a través de la cual poder pasar sin tocar a ninguno: pero al fin lo logré, y pronto estuve a los mandos de mi nave.

Cuando se elevó del suelo, aparentemente sin control humano, fue seguida por exclamaciones de temor y asombro.

–Es la Muerte -escuché gritar a un hombre-. ¡La Muerte está a los mandos!

Volé en círculo a baja altura por encima de ellos.

–Sí, la Muerte está a los mandos -los increpé-. La Muerte, que ha venido a llevar a todos los que ataquen Gathol -luego aceleré rápidamente en el aire y orienté hacia Pankor la proa de mi nave.

Me alejé de Gathol sólo lo suficiente para no ser visto por las fuerzas de Hin Abtol; y luego volé en amplio círculo a considerable altura, aguardando la flota de Hin Abtol.

Bastante tiempo después, la divisé a lo lejos. Con ella venía el hombre que, si no era detenido, con seguridad tomaría y saquearía Gathol, dada la enorme cantidad de sus conscriptos.

Distinguí inmediatamente la nave insignia de Hin Abtol y descendí junto a ella. Mi pequeña nave no despertó ninguna alarma, ya que estaba inerte en medio de aquella gran flota; pero, cuando los que iban a bordo de la nave insignia observaron que mi aparato maniobraba sin control humano, su curiosidad no conoció límites, y se apiñaron en la barandilla para verla mejor.

Tracé círculos en torno de la nave, acercándome más y más. Pude divisar a Hin Abtol en el puente con algunos oficiales, y observé que estaban tan intrigados como los guerreros de la cubierta.

Hin Abtol se inclinaba sobre la barandilla para contemplar mejor; yo me acerqué

más; la borda de mi nave tocó ligeramente el puente.

Hin Abtol escudriñaba la cubierta y el interior de la pequeña sala de mando.

–No hay nadie a bordo de esta nave -dijo-. Alguien ha descubierto el medio de volar por control remoto.

Yo fijé el timón para mantener mi nave pegada al puente; luego salté a través de la cubierta; cogí a Hin Abtol por su arnés y tiré de él por encima de la barandilla, sobre la cubierta de mi nave. Un instante después, agarrando aún a Hin Abtol, estuve a los mandos; la nave bajó el morro y picó a toda velocidad. Escuché gritos de asombro entremezclados con otros de ira y miedo.

Varias pequeñas naves se lanzaron tras de mí; pero yo sabía que ninguna podía alcanzarme y que no se atreverían a disparar por temor a matar a Hin Abtol.

Hin Abtol estaba tumbado junto a mí, temblando, casi paralizado de terror.

–¿Quién eres? – logró tartamudear finalmente-. ¿Qué vas a hacer conmigo?

Descendimos aún más por encima de Gathol, ahora a salvo de cualquier ataque. A la mañana siguiente temprano, divisé una gran flota llegando del suroeste: la flota de Helium que Tardos Mors enviaba en socorro de Gathol.

Mientras nos aproximamos a ella, los efectos de la esfera de invisibilidad disminuyeron rápidamente, y me materialicé ante los atónitos ojos de Hin Abtol.

–¿Quién eres? ¿Quién eres? – exigió saber.

–Soy el hombre cuya nave robaste en Horz -le contesté-. Y el hombre que te la arrebató ante tus propias narices en Pankor, junto con Llana de Gathol: soy John Carter, Príncipe de Helium. ¿Has oído hablar de mí?

Cerca de la flota, desplegué mis banderas, las banderas de Príncipe de Helium, y un gran clamor surgió de las cubiertas de todas las naves que pudieron distinguirlas.

El resto es ahora historia: cómo la gran flota de Helium destruyó la flota de Hin Abtol, y el ejército de Helium derrotó a las fuerzas que habían sitiado Gathol durante tanto tiempo.

Cuando la breve guerra hubo concluido, liberamos a casi un millón de los hombres congelados de Panar, y yo retorné a Helium y a Dejah Thoris, de la cual espero no volver a separarme nunca más.

Llevé conmigo a Jad-Han y a Pan Dan Chee, a los cuales había encontrado entre los prisioneros de los panarios; y, aunque no asistí al encuentro entre Pan Dan Chee y Llana de Gathol, Dejah Thoris me ha asegurado que los peligros y vicisitudes que él había sufrido por el amor de la bella gatholiana no han sido en vano.